



HONORABLE SENADO DE LA NACION

**REVOLUCION
Y CONTRARREVOLUCION
EN LA ARGENTINA**

Del Patriciado
a la Oligarquía

**REVOLUCION
Y CONTRARREVOLUCION
EN LA ARGENTINA**

Jorge Abelardo Ramos

Del Patriciado
a la Oligarquía

1862-1904

HONORABLE SENADO DE LA NACION

Presidente

Daniel Osvaldo Scioli

Presidente Provisional

José Juan Bautista Pampuro

Vicepresidente

Marcelo Eduardo López Arias

Vicepresidente primero

Mirian Belén Curletti

Vicepresidente segundo

Ricardo Gómez Díez

Secretario Parlamentario

Juan Héctor Estrada

Secretario Administrativo

Carlos Alberto Machiaroli

Prosecretario Parlamentario

Juan José Canals

Secretario Administrativo

Néstor Horacio Righetti

Prosecretario de Coordinación Operativa

Ricardo Nicanor Gutiérrez

Ramos, Jorge Abelardo
Revolución y Contrarrevolución en la Argentina - 2ª ed. -Buenos Aires: Senado
de la Nación, 2006-
v. 2, 910 p.; 24x17 cm.

ISBN 950-9660-28-0

1. Historia Política Argentina. I. Título
CDD 320.982

Fecha de catalogación 14/08/2006

ISBN -10:950-9660-29-9

ISBN -13:978-950-9660-29-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

H. Senado de la Nación
Secretaría Parlamentaria
Dirección de Publicaciones

Ejemplares de distribución gratuita. Prohibida su venta. (Resolución 7/05)

Del Patriciado a la Oligarquía

1862-1904

LA DICTADURA DE MITRE

Anchorena y Gainza son los dos únicos nombres propios que «Martín Fierro» menciona en su canto. Nombres representativos de la oligarquía que exterminó al criollaje en armas, fueron execrados por los argentinos de todas las épocas. Contemporáneamente, y por un claro designio de la historia, han venido a fundirse en la familia propietaria del diario «La Prensa» el diario simbólico de la sociedad oligárquica.

José Hernández adivinó con la penetración de un artista el significado de estos nombres en la tradición popular. Anchorena eran los primos de Rosas, grandes ganaderos bonaerenses, amos de la provincia con federales o unitarios. Verdadera personificación de nuestra estructura, agraria, siempre habrá un Anchorena en nuestra vida pública, evidenciando el peso de nuestros estancieros. En la Revolución de Mayo veremos a un Anchorena; en la Asamblea del año XIII, a otro; en el Congreso del año 19 a uno más; en la Legislatura de Buenos Aires, siempre se sentará un Anchorena, banca hereditaria como un mayorazgo; junto a Rosas, su primo Tomás de Anchorena; al caer Rosas, Nicolás de Anchorena saludará el triunfo de Urquiza; ese nombre resonará a lo largo de nuestras peripecias con monótona reiteración. Un Anchorena será partidario de Yrigoyen, este último también bonaerense y también ganadero, y que no lesionará jamás los intereses de la oligarquía terrateniente de la provincia. Hasta veremos el 19 de septiembre de 1945 desfilar en la Marcha de la Constitución y la Libertad a un Joaquín de Anchorena, afirmando orgullosamente a la luz pública la inmortalidad de su clase.

Precisamente Gainza sería el ministro de Guerra de Mitre a que alude, Martín Fierro. Bajo su firma se decreta el reclutamiento forzoso, el envío del criollo al fortín de frontera, mientras el nuevo gringo hace su negocio en la pulpería:

*Todos se güelven proyectos
de colonias y carriles
Y tirar la plata a miles
en los gringos enganchaos,
mientras al pobre soldao
le pelan la chaucha ¡ah, viles!¹*

Historia y política

Gainza es el mismo personaje que dirigirá, bajo el dictado de Mitre, la destrucción de nuestros ejércitos gauchescos. «Martín Fierro» no sería, como se ve, el capricho de un escritor aburrido en un hotel de Plaza de Mayo, sino el postrer y fascinador testimonio de la raza argentina semiextinguida por la plutocracia porteña. La feroz frase de Sarmiento ya citada (*No ahorre sangre de gauchos*) inspirará la gestión presidencial de Mitre. Resulta un verdadero sarcasmo que el exterminador de paisanos fuera al mismo tiempo el fundador de la Sociedad Protectora de Animales.

La verdad científica acerca del pasado está tan asociada a la suerte de las clases en pugna, que los textos no suelen emanciparse de la formidable presión ejercida sobre sus autores por la sociedad en que viven. De este modo, Mitre es la notoriedad más solemne de nuestro país, y al mismo tiempo su figura más oscura. En la Argentina todos se han puesto de acuerdo en canonizar a San Martín, en condenar o divinizar a Rosas, en hacer de Mitre un patricio sin mácula.

Grandes son los intereses puestos en juego para que la convención no se viole. También son raros los libros que se publican acerca de los caudillos provincianos². La bibliografía sobre Rosas o Mitre, en cambio, es inmensa. Se trata de dos personajes porteños y de dos clases principales de Buenos Aires: la burguesía comercial y los ganaderos saladeristas. Todo el resto del país carece de importancia; pero el resto es precisamente, todo. En el Interior encontraremos la clave para comprender a Buenos Aires.

La pasión que tiñe nuestras polémicas históricas se deriva del carácter inconcluso de nuestra revolución democrática y del predominio ideológico que ejerce aún la vieja oligarquía.

En Francia o Inglaterra sería inconcebible en nuestros días discutir con espíritu partidario las figuras de Robespierre o de Luis XVI, de Cromwell o Carlos I. La burguesía moderna ha triunfado allí por completo; la reacción feudal y parasitaria ha sido tan radicalmente aniquilada, que la propia burguesía ha sobrepasado ya sus límites históricos: su adversario ha dejado de ser el feudalismo de ayer. La clase obrera enfrenta en Europa al capitalismo, la marca su hora y le recuerda irónicamente su adolescencia revolucionaria.

Los personajes que encarnaron en el pasado aquellos intereses ya no son criaturas vivas; sólo interesan como objeto del análisis retrospectivo. Políticos de ayer, hoy son seres históricos estratificados, sometidos a la amarga glorificación

de la iconografía escolar. Pero en nuestro país y en América Latina la situación se presenta de muy diverso modo.

Hay entre nosotros rosistas y antirrosistas, mitristas y antimitristas, roquistas y antirroquistas; nuestros temas se enlazan tan estrechamente con los problemas actuales que aparecen confundidos en un solo interrogante. El ciclo vital de nuestra historia no ha terminado. «La tradición de las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos», ha observado Marx. Mitre es parte de nuestras luchas cívicas presentes, pues sus ideas, el sistema de intereses económicos portuarios, y la oligarquía, de la que él surgió como la figura más representativa, continúan obstaculizando el desarrollo del pueblo argentino. ¿Cómo prescindir de una evaluación política? ¿Cómo no arrancar la máscara que cubre el rostro de bronce? La Argentina es un país donde las estatuas despiertan sospecha antes que respeto. En la Plaza de Retiro se eleva la figura de Canning, el ministro británico a cuya estrategia obedeció la segregación de la Banda Oriental del resto de nuestras provincias.

Aquella derrota nacional rioplatense, triunfo de la diplomacia inglesa, ha merecido en la ciudad porteña la humillación de un monumento. Pero se buscará en vano la estatua de Juan Facundo Quiroga, en una ciudad plagada de figuras ecuestres que no sabían andar a caballo.

Cuarenta años después de su muerte, en 1877, cuenta Herrera, el odio porteño contra el gran caudillo riojano permanecía vivo. Manos filiales habían colocado una lápida en su tumba de la Recoleta. En ella se leía:

Aquí yace el general Juan Facundo Quiroga. Luchó toda su vida por la organización federal de la República. La historia imparcial pero severa, le hará justicia, alguna vez³.

La existencia del significado epitafio corrió por Buenos Aires como una noticia sensacional. Estanislao del Campo, poeta urbano que imitaba el habla gauchesca para hacer reír a las damas, empuñó su lira para protestar. Reinaba en la aldea una verdadera conmoción; rápidamente se formó un grupo de «gente bien», de esa que nunca falta en Buenos Aires, y dándose valor los unos a otros, se dirigieron a la Recoleta para arrancar la placa. ¿Estatua? ¡Ni epitafio! Nuestros jóvenes continúan, a un siglo y pico de Barranca Yaco, conociendo a Quiroga a través de «Facundo». Ni Sarmiento podía suponer que su diatriba novelesca lo sobreviviría. Así se ha distribuido la gloria y la infamia en la tierra de los argentinos.

Tampoco ha demostrado la oligarquía un respeto excesivo por los documentos sustanciales de nuestro pasado histórico. El propio Mitre, que goza de una aureola sacra por su amor a los papeles viejos, dejó destruir tranquilamente los archivos de la Confederación Argentina. Después de Pavón, Mitre llevó a Buenos Aires estos archivos, indispensables para la reconstrucción de uno de los períodos menos esclarecidos de nuestra historia. Los abandonó en la vieja Aduana porteña, donde yacieron durante muchos años hasta que la humedad los destruyó. Bueno es aclarar que el contenido de esos papeles no dejaba bien al separatista de 1854; la necesidad del político hizo desaparecer los documentos cuyo respeto proclamara en todo momento el historiador. Eran 240 cajones de un metro cúbico cada uno, dice Juan Alvarez⁴. También Ernesto Quesada ha comentado una circunstancia similar cuando Rosas abandonó el país después de Caseros:

Rosas temió que los vencedores destruyeran el Archivo para perpetuar la mistificación y borrar la posibilidad de contralor; no se equivocó: el primer gobierno bonaerense se apresuró a 'clasificar' todos los papeles de la época que pudo encontrar, hacer con parte de ellos grandes pilas en los patios de la casa de la calle Moreno, y practicar un 'auto de fe' monstruo, a fin de borrar hasta la huella del pasado... ¡Nuestros padres han contemplado la humareda de esa justicia histórica^{4bis}.

En un país donde el cretinismo documental tiene gigantescas proporciones, nadie ha explicado fehacientemente qué se hicieron los originales del último tomo de «Memorias» del general Paz, famoso por su veracidad, y por eso mismo temido.

Mitre y Alberdi

Hombre inclinado a diversas disciplinas, Mitre ha sido estudiado desde todos los ángulos: genio universal, polifacético, enciclopédico, nuevo Pico de la Mirándola, un Leonardo con espada, cerebro portentoso y estratega inminente; traductor y poeta, periodista y humanista, legislador, orador, bibliófilo, en fin, un patricio del Renacimiento criollo que ilumina la crisis de Caseros. La existencia de una empresa tan seria y solvente, comercialmente hablando, como «La Nación», explicaría incidentalmente una fama póstuma tan prolijamente elaborada. Pero éste es sólo un aspecto de la cuestión y, en modo alguno, es el más importante.

Alrededor de la personalidad de Mitre y de su tradición ideológica se han agrupado todas las tendencias antinacionales del país.

Mitre no era tan grande, digámoslo al pasar; el análisis de su persona no suscita un interés apasionante. Se trataba más bien de un ser de inteligencia moderada; amaba la cultura; su autodidactismo, propagado como una fiebre hacia todos los campos de la actividad intelectual, no favoreció el desarrollo de sus cualidades, sino que lo perturbó. Con López habría de iniciar nuestra producción historiográfica, pero su contribución de historiador sería tributaria de sus intereses como político. Está lejos de nuestro ánimo formularle ninguna acusación de hecho. Sólo juzgamos el contenido de esa política y en tal sentido es preciso indicar que escribió la historia exigida por la burguesía porteña. Es por tal razón que esa clase perpetúa su nombre.

El mitrismo es el precedente inmediato de la ideología antinacional de nuestra época y su justificación histórica. Su figura ha suscitado siempre la simpatía imperialista. La síntesis de su política y de sus ideas, es ésta: defensor de una «democracia» formal, dirigida por una minoría oligárquica apta; enemigo del «criollismo bárbaro» y partidario del foco civilizador de Buenos Aires y el Litoral; librecambista, ganadero y agrarista, sostenedor de la estructura semicolonial y comercial del país; antiindustrialista, cosmopolita, amigo de la «iniciativa privada», civilista, adversario del «militarismo» (excepto cuando encuentra un puñado de jefes cipayos a su servicio); traductor, lacayo espiritual de la cultura europea y de su preeminencia técnica.

Véase el siguiente juicio del historiador inglés H.S. Ferns en su ob. cit.; p.321 y ss.:

Mitre constituía un nuevo tipo de dirigente argentino: no era un soldado muy bueno, pero en cambio era un político excelente y letrado, un ciudadano que quería superar las costumbres provincianas y sus métodos políticos; un hombre de ideas, capaz de cambiarlas a la luz de las circunstancias. Mitre era evidentemente un argentino en su personalidad pública y privada, pero tenía algo de inglés en cuanto a su flexibilidad. Tal vez, se trataba de algo más universal el temperamento de un hombre de mediados del siglo XIX en el corazón de un patriota argentino .

Mitre quería rescatar la nociones constitucionales de Rivadavia, respecto del lugar que debía ocupar Buenos Aires en la

República. Quería subordinar a las provincias únicamente en sus distritos, y actuando bajo la constante amenaza de intervención por el gobierno central.

Esto suponía que el gobierno nacional y el gobierno provincial de Buenos Aires existirían uno junto al otro en la ciudad de Buenos Aires, una prueba vital de que los poderosos intereses de la comunidad habrían hecho cesar la búsqueda de la dominación de los unos sobre los otros. Cuando Mitre entró a su despacho presidencial como mandatario presidencial de la República Argentina, el compromiso básico o el deseo general de la comunidad argentina había sido expresado en una forma social. Al mismo tiempo, uno de los objetivos de la política británica estaba realizado.

Todo lo dicho nos autoriza a concluir que el «mitrismo», lejos de haber desaparecido con la persona de su caudillo, en la medida que los mismos intereses antinacionales de ayer continúan actuando en nuestra vida política, se ha reencarnado en tendencias cívicas nuevas. Que las fuerzas más reaccionarias del país coincidan sospechosamente en reverenciar a Mitre como un semidiós, prueba que se trata de una esfinge sin secreto.

Si el dirigente comunista Rodolfo Ghioldi comparte su devoción a Moscú con su éxtasis por Mitre, no hace más que reflejar en la esfera teórica la base del compromiso infecto que la «izquierda» argentina mantiene con la oligarquía, pese a todos sus virajes: Ghioldi dirá en 1947 que «Mitre no ha sido superado», en lo cual coincide con Ricardo Levene. Radio Moscú, en una emisión en castellano propalada en 1956, rendirá homenaje a Mitre como uno de los más «grandes patriotas argentinos». En la economía, la política y la cultura, la ideología mitrista será invariablemente la doctrina de la contrarrevolución.

Al disolverse el poder nacional de la Confederación Argentina, Juan Bautista Alberdi era su representante diplomático en las cortes europeas, y el más sagaz asesor político de Urquiza. Ya Presidente de la República, Mitre con su viejo odio frío de porteño, los destituye, designando en su reemplazo a Balcarce, diplomático de Rosas y de los separatistas. Al mismo tiempo, el ministro Elizalde, repugnante bufón de Rosas, pasado ahora al servicio de Mitre, rehúsa pagar los sueldos atrasados a Alberdi. No habrá olvidado el lector que los problemas financieros de la Confederación de Paraná habían suscitado dificultades a su ministro en Europa.

Cuando el gobierno de Mitre asumió el poder nacional se hizo cargo de las deudas contraídas por la Confederación. Pero eso no valía para el caso de Alberdi. Su nombre era aborrecido por la camarilla mitrista y, más que su nombre, sus ideas. Al reclamar Alberdi ese pago, dice Elizalde:

Recibiendo mis cartas de retiro, sin recibir los medios para retirarme, he quedado, en cierto modo, desterrado.

Eso se buscaba precisamente y Alberdi lo comprende enseguida. No había sido en su gestión un diplomático epicúreo, de los que formará luego la oligarquía:

al dejar mi puesto no tengo que suprimir mi letrero en mi puerta, ni librea a mis sirvientes, ni armas en mi coche: en todo lo cual, cediendo a mis instrucciones tanto como a la necesidad, no he contrariado en nada mis instintos.

El modesto diplomático de las trece provincias argentinas carecía hasta de secretario. Pero ya sentiría el puño implacable de la persecución de Mitre, hombre que no perdonó nunca. Elizalde, el lacayo ascendido a ministro, le contestó:

Desde que el gobierno de Paraná no pagaba sus sueldos, usted debió exigirlos y renunciar a su cargo. Continuando sin ser pagado, quedaba usted aceptando voluntariamente una situación que podría llevarlo al caso desagradable en que se encuentra⁵.

El cesante ilustre había cometido el crimen de defender la unión nacional contra los codiciosos separatistas ahora encaramados al poder.

En tales circunstancias, una casa bancaria de París le compró sus créditos contra el gobierno argentino. Los representantes de dicha casa gestionaron el pago sin éxito. Alberdi recibió poco después la carta de un amigo de Buenos Aires, donde se le informaba que Mitre había firmado un decreto negando el pago de sueldos al desterrado.

Así violaba, con una simple disposición administrativa la decisión del Congreso Nacional que había declarado consolidada la deuda pendiente por la desaparición del Gobierno de Paraná. Mitre ignoraba con este acto vengativo la opinión del Fiscal de la Nación, que aconsejaba el pago del crédito, y el informe

de la Contaduría en el mismo sentido. El Decreto se había firmado sin pasar por el Consejo de Ministros, para evitar toda oposición⁵ bis. Al narrar este hecho, pequeño al parecer, pero significativo por los personajes en juego, no hacemos sino restablecer la fisonomía real de sus actores, a través de los cuales se expresaba el viejo duelo entre el Interior y Buenos Aires.

La reiniciación de nuestras guerras civiles de la que el crimen del Paraguay sería su más espantoso episodio enfrentará nuevamente a Mitre con Alberdi. La importancia intelectual de este último no hará sino crecer en los años terribles que se precipitan sobre la convulsionada República.

El nacimiento del partido alsinista

Al subir a la presidencia, Mitre proyectó una ley federalizando toda la provincia de Buenos Aires. Era evidente que un gobierno nacional requería de un asiento federal estable para funcionar, munido de todos los recursos necesarios para el ejercicio del poder. Pero esta ley reincidía en el funesto error de Rivadavia, de quien Mitre era, por otra parte, fiel continuador, y soslayaba la solución verdadera: la federalización de la ciudad de Buenos Aires. Al negarse a esta última salida, Mitre propuso, y con él toda la burguesía porteña, conservar para ella misma el control de la Provincia Metrópoli⁶.

José Hernández señalaría más tarde, que esa actitud de Mitre no era sino la reconstrucción del Virreinato: Vicente Fidel López ha explicado el asunto:

Quería ante todo mantener la gran ciudad y el extenso territorio de la provincia, unido en un mismo gobierno esencialmente propio en lo administrativo y en lo personal; como quien dijera: Buenos Aires es de los porteños y para los porteños; que acá sea parte de la Nación, en horabuena, pero no territorio de la Nación bajo la forma de Capital⁷.

Pero la ley mitrista federalizando la ciudad y la provincia bonaerense fue rechazada por la Legislatura de la Provincia y dividió agudamente el frente bonaerense del partido Liberal gobernante.

Los propios ganadores consideraron demasiado atrevida la pretensión de los comerciantes e importadores mitristas de que su jefe fuera al mismo tiempo

Presidente de la República y Gobernador de Buenos Aires: ciudad y provincia, todo un poder real. El gran problema de la capital argentina fue postergado, otorgándosele al gobierno nacional la gracia de residir como huésped de la ciudad porteña. Esta situación se prolongaría hasta el año '80.

Oponiéndose al proyecto de Mitre, le salió al paso Adolfo Alsina, dividiendo el partido liberal, formado por el localismo porteño y bonaerense al día siguiente de Caseros.

Hijo de aquel unitario estrecho y solemne, Adolfo Alsina era un orador de raza, que conocía su público y se fundía con él. Antítesis de su padre, Alsina sería el ídolo popular de Buenos Aires. Sarmiento lo llamaría «compadrito»; en su partido se formarían Hipólito Yrigoyen y Leandro N. Alem. El alsinismo sería el partido «macho». Nada ha quedado de él, como no sea la estatua de la calle Charcas, donde hace el gesto afirmativo del tribuno; pero gran poder y sugestión de orador y caudillo habrá poseído para que la tradición renueve su nombre con tal fuerza^{7bis}.

Al romper con Mitre, fue rodeado de inmediato por un sector de la juventud intelectual de Buenos Aires, que había militado en las filas del partido «reformista» de Nicolás Calvo «los chupandinos» conocidos más tarde como los «crudos» por oposición a los mitristas, vecinos distinguidos del barrio céntrico, que eran llamados los «cocidos». Las masas populares de la provincia, el pobrerrío de la ciudad y sus orillas, los matarifes y los peones, los gauchos aquerenciados en la urbe, la chusma, en fin, se hizo «autonomista» bajo la jefatura de Adolfo Alsina. Hacía diez años que el pueblo bonaerense carecía de partido político, porque el federal estaba «interdicto».

También integraron el alsinismo, junto a los orilleros, poderosos estancieros y figuras del viejo rosismo, entre ellos Bernardo de Irigoyen, abogado y ganadero prestigioso, privado de Rosas, a quien el odio liberal obligó a permanecer en la oscuridad durante muchos años.

Irigoyen entró por la puerta de Adolfo Alsina -escribe Carlos D'Amico- a combatir a Mitre y sus secuaces; y por cierto que no entró solo sino bien y numerosamente acompañado: al tiempo que él, y siguiéndolo, entraron los Lahite, Pinedo, Saenz Peña, Valdéz, Rosas, Terrero, Luzuriaga, Torres, Lalama, Unzué, Alem, Saldías y tantísimos otros que habían sido federales o de filiación federal, que no eran nada en ese momento, sino perseguidos que se hicieron alsinistas para salvarse de las persecuciones⁸.

De este modo, el partido Liberal dirigido por los unitarios desde Caseros, quedó escindido: con Adolfo Alsina estaban los de origen federal y los intelectuales de la nueva generación, apuntalados por el pueblo de la ciudad y la campaña bonaerense. El ala mitrista, sostenida por la burguesía comercial de Buenos Aires, se llamó desde entonces partido «nacionalista»; era nacional en tanto que, dueños del poder, querían conservar para la ciudad-puerto los viejos privilegios y extender a sangre y fuego en el resto del territorio la invasión de mercaderías importadas, que resistían los últimos caudillos provincianos. Esta división del frente de Buenos Aires proporcionaba al movimiento nacional en gestación –y cuya personificación será el general Roca– una base bonaerense. Tal sería la función histórica del «autonomismo» alsinista.

Una penetrante descripción del Partido «nacionalista» de Mitre y de su psicología nos ha dejado Lucio V. López en las páginas vivaces de «La gran aldea»:

En el partido de mi tía, es necesario decirlo para ser justo, figuraba la mayor parte de la burguesía porteña, las familias decentes y pudientes, los apellidos tradicionales, esa especie de nobleza bonaerense pasablemente beata, sana, iletrada, muda, orgullosa, aburrida, localista, rica y gorda; ese partido tenía una gran razón social y política de existencia. Nacido a la vida al caer Rosas, dominado y sujeto a su solio durante veinte años, había, sin quererlo, absorbido los vicios de la época y con las grandes y entusiastas ideas de libertad, había roto las cadenas sin romper las tradiciones hereditarias. No transformó la fisonomía moral de sus hijos, los hijos estancieros y tenderos en 1850. Miró a la Universidad con huraña desconfianza, y al talento aventurero de los hombres, nuevos pobres, como un peligro de su existencia; creyó y formó sus familias en un hogar lujoso con todas las pretensiones inconscientes a la vida, a la elegancia y al tono; pero sin quererlo, sin poderlo evitar, sin sentirlo, conservó su fisonomía histórica que era honorable y virtuosa, pero rutinaria y opaca...⁹.

¿Cómo veía un jovencito porteño culto de esa época a la Confederación de Urquiza, y a las trece provincias? Con deliciosa ironía nos lo dirá Lucio V. López:

Yo no pensaba sino en soldados, y batallas; tenía cierta disposición genial al dibujo y pasaba las noches dibujando el ejército y la escuela de Buenos Aires en marcha contra Urquiza; y entre las filas de soldados sobre un caballo trazado con el más respetuoso

cuidado, diseñaba la figura de mi general, ídolo de mis sueños infantiles, especie de Cid, fraguado por mi fantasía de niño, caricaturizado involuntariamente por mi lápiz torpe, y destinado por la providencia a aplastar a Urquiza, a quien yo lo representaba vestido de indio, con plumas en la cabeza, con flechas y un gran arcón en la cintura, rodeado por una tribu salvaje que constituía su ejército¹⁰.

Por cierto que, «mutatis mutandi», la moderna oligarquía porteña no vería de otro modo el aluvión mediterráneo de cabecitas negras que formarían un siglo más tarde el ejército industrial de la nueva clase obrera.

Mitre declara la guerra al criollaje

El primer acto de Mitre en el poder fue anular los gobiernos provinciales. Los gobernadores eran caudillos populares; sus lanzas defendían a las provincias contra el centralismo despótico de Buenos Aires, tanto como de la invasión comercial extranjera. ¡Década tras década el mismo esquema! La conversión de Urquiza, su decadencia y su lenta agonía (el pueblo entrerriano ya había perdido la confianza en el caudillo) deja libre a Entre Ríos de las invasiones militares de Mitre. Todo el resto de la República se transforma en su coto de caza.

Las provincias, aún después de Caseros, Cepeda y Pavón, continuaban bajo la influencia de los caudillos federales, cuyo poder emanaba del apoyo popular, enraizado en el tipo de economía regional, y de las fuerzas tradicionales. Los caudillos grandes y menores eran antiguos soldados de la Independencia, o de las guerras civiles en los ejércitos gauchescos, ya incorporados formalmente al ejército de línea nacional creado por el Acuerdo de San Nicolás. Sus grados militares reconocidos no daban sino una autoridad formal a la base primera de su poder efectivo, que era el sostén provincial de su gestión. Los generales eran todavía jefes populares.

Para llevar adelante la política rivadaviana de «hacer la unidad a palos», de abrir el mercado interno a la producción inglesa y de subyugar el país a la férula porteña, Mitre envió varias expediciones al interior. Los generales uruguayos Wenceslao Paunero, Arredondo y Flores y los coroneles Rivas y Sandes conducían estas fuerzas. Las situaciones provinciales fueron arrasadas por las tropas «nacionales». Las escenas de ferocidad, las ejecuciones y los degüellos después

de los encuentros, forman un capítulo impresionante de nuestros conflictos civiles. Estos «civilizadores» dirigidos por Mitre cumplieron su misión a fondo.

Urquiza, mientras tanto, según la expresión de Rosas, «siguió gobernando Entre Ríos y no perdió ni una sola de sus vacas». Tampoco sería por mucho tiempo. Convertido en socio menor de la poderosa oligarquía bonaerense, el federalismo entrerriano se vería conmovido todavía varias veces pero su jefe no se lanzaría a ninguna acción decisiva. Un Lisandro de la Torre, otro hombre del Litoral, también acusaría a la oligarquía bonaerense, un siglo más tarde, sin romper jamás del todo con ella y sin poder ofrecer una salida nacional al país colonizado. Urquiza alentaba secretamente el descontento provinciano, cambiaba correspondencia con los caudillos, encendía las esperanzas. Pero no hacía nada.

En el orden civil, la política mitrista buscó asegurarse gobiernos provinciales dóciles a la burguesía comercial de Buenos Aires. Así se produjeron verdaderos asaltos al poder provincial de aquellos núcleos «distinguidos» que coincidían con los intereses porteños, pero que habían vivido en el interior en permanente minoría. Una atmósfera de fraude y de violencia reinó en las provincias después del triunfo de Mitre. El mismo general Paunero –mitrista– confesaba en una carta dirigida al ministro de Guerra, refiriéndose al golpe de Estado de los mitristas en Córdoba:

Si sus tropas llegan a tardar ocho días –dice– se lleva el diablo la revolución. Como ése eran los otros gobiernos, cuyo origen era la libérrima expresión de los pueblos¹¹.

El asesinato del General Peñaloza

En la tierra de Quiroga, esencia misma del tipo argentino más puro, quedaba un antiguo soldado suyo, formado en el fuego de nuestras luchas civiles; su figura patriarcal dominaba los llanos de La Rioja. Era Angel Vicente Peñaloza, que ostentaba el grado de General de la Nación: en el origen del ejército argentino encontrábase el guerrero gaucho, de melena sujeta por una vincha, armado de lanza y fundido al caballo infatigable como un centauro rústico. Sus hombres lo llamaban El Chacho, y con ese nombre ha ingresado a la historia¹².

La política de exterminio llevada a cabo por Mitre contra las provincias a partir de 1862, modificaría radicalmente su estructura económica y social. No

sólo son arrasadas militarmente. Ramón Gil Navarro, amigo del Chacho, de Urquiza, y destacado político catamarqueño de actuación en el partido federal de Córdoba, escribió en el diario «El Nacional Argentino» artículos que ponían en relieve la actividad económica de las que luego serían conocidas como «provincias pobres». En la década 1853 1863 las provincias de Catamarca, La Rioja y Tucumán mantenían un intenso tráfico con Copiapó y Valparaíso en el país transandino. Exquisitos vinos y licores, superiores a muchos europeos, lo mismo que trigo, minas de explotación en el Famatina (oro, plata) producidos en las provincias nombradas, abrían para ellas excelentes perspectivas. Catamarca exportaba mercaderías a Bolivia, asimismo, por valor de \$351.567 en dicho período. El trazado de los ferrocarriles ingleses quiebra las rutas históricas del comercio interlatinoamericano, arroja numerosos pueblos a la decadencia y la despoblación, invierte el movimiento económico hacia el Litoral y desvincula entre sí las relaciones comerciales interprovinciales.

Era La Rioja de Facundo y El Chacho, un territorio poblado de gentes frugales, laboriosas y duras. Bajo un cielo virgen apacentaban majadas de chivos o cultivaban su pedazo de tierra, cuyos propietarios tradicionales remontaban sus derechos al origen de la Conquista. Las mujeres manejaban el telar primitivo; el criollo más humilde llevaba un sonoro apellido castellano, oscuro vástago de un soldado de casco y coraza. En el paisaje penetrado de grandeza ha señalado López un parentesco singular con el medio físico de la narración bíblica, que también engendró pastores guerreros, jefes de pueblos y fundadores de religiones. La versación de Facundo en las Sagradas Escrituras confirma la observación del historiador; la fe católica de Quiroga constituía su escudo frente a la híbrida Buenos Aires, con sus gringos escépticos, sus prepotencias, su codicia mercantil. Del mismo modo que en los países del Oriente y Medio Oriente la religión islámica desempeña dentro de cierta etapa, una función de ideología nacional ante la penetración imperialista extranjera de nuestros días, el catolicismo de Facundo como la fe religiosa de la población criolla, encarnaba las condiciones de una vida primitiva y el instinto de conservación de una economía natural frente a la invasión comercial extranjera. No había por entonces otra defensa ideológica viable para las grandes masas; resulta evidente la naturaleza social de ese reflejo defensivo.

El Chacho, a quien los historiadores adocenados mencionan con desprecio porque usaba vincha y decía «vide» y «truje», era en los Llanos la última defensa del Norte argentino y de Cuyo. En el esquema de la política mitrista era urgente destruirlo. La influencia del caudillo abrazaba La Rioja, Mendoza y San Juan; Mitre comprendió, a las primeras escaramuzas, que se imponía negociar primero, con el objeto de aislarlo y aplastarlo después. El armisticio duró un año. Durante

doce meses se respetó la persona de El Chacho, pero se eliminaron de la escena a sus principales amigos de las provincias limítrofes. Sus fieles capitanes (Rojas, Bilbao, Moliné, Lucero) eran degollados. La relación de fuerzas se fue modificando en beneficio de Buenos Aires¹³.

Privado de amigos y aliados, provocado incesantemente, injuriado soezmente por la prensa porteña que reclamaba su cabeza, Peñaloza levantó al fin, indignado, su vieja bandera. Todo había sido inútil. Pese a declarar que deseaba someterse al poder central de Buenos Aires, se veía «obligado a ceñir la espada que había colgado», enfrentándose a Mitre, «rodeado de miles de argentinos» que no «tienen que perder más que su existencia»: tal decía en su proclama Peñaloza¹⁴.

Pero la duplicidad de Mitre lo hacía inatacable. Sabía que el crimen político no coadyuva a la fama póstuma. Prefirió utilizar el ciego arrojo de Sarmiento, más desenfrenado que nunca. El sanjuanino fue designado Director de la Guerra. Mitre definió el carácter artero de la lucha contra el legendario caudillo del Norte en sus instrucciones a Sarmiento:

*... procure no comprometer al Gobierno nacional en una campaña militar de operaciones, porque, dados los antecedentes del país y las consideraciones que le he expuesto en mi anterior carta no quiero dar a ninguna operación sobre La Rioja el carácter de guerra civil. Mi idea se resume en dos palabras: quiero hacer en La Rioja una guerra de policía, La Rioja es una cueva de ladrones que amenaza a los vecinos y donde no hay gobierno que haga ni la policía de la provincia. Declarando ladrones a los montoneros, sin hacerle el honor de considerarlos como partidarios políticos, ni elevar sus depredaciones al rango de reacción, lo que hay que hacer es muy sencillo...*¹⁵.

El cauteloso Mitre deseaba exterminar a los criollos proscribiéndolos del interés histórico. Sarmiento no se anda con vueltas en su respuesta:

*Sandes ha marchado a San Luis está saltando por llegar hasta La Rioja y darle una tunda a el Chacho. ¿Qué reglas seguir en estas emergencias? Si va, déjelo ir. Si mata gente, cállense la boca. Son animales bípedos de tan perversa condición, que no se que se obtenga con tratarlos mejor*¹⁶.

Mitre es el responsable central de la represión, la rapiña, la corrupción y el degüello generalizado que practican sus tropas, azuzadas por Sarmiento. Toda la correspondencia de Mitre en su Archivo lo acusa sin atenuantes. De la documentación publicada resulta que la lucha del Chacho no se reducía a unos miles de gauchos de La Rioja y Catamarca, sino que abarcaba casi todas las provincias mediterráneas. Peñaloza confiaba en que Urquiza y las provincias litorales «volverían a montar a caballo» para enfrentar definitivamente a Buenos Aires. Así lo demuestran las cartas que El Chacho envía a Urquiza durante su campaña. Córdoba recibe al Chacho como un libertador. El sargento mayor Simón Luengo derroca al gobernador Posse, entretenido en un negocio de tierras, y eleva al sillón de gobernador a don José Pío Achával. Este último lanza una proclama saludando la entrada de las fuerzas, del Chacho a la ciudad de Córdoba. Todo el partido federal de la provincia, conocido como el partido «ruso»¹⁷, apoya a Luengo y al Chacho.

Como ocurriría pocos años más tarde con las montoneras de López Jordán, la guerra civil tendía a modificarse por las innovaciones técnicas. Las armas europeas que adquirirían los burgueses del Puerto en el Viejo Mundo decidían ya la suerte de los sangrientos encuentros. En Las Playas, el general mitrista Paunero deshace a Peñaloza y sus gauchos. En el parte que Paunero envía a Mitre dice:

estimo en 300 los muertos y en más de 400 los prisioneros. Los malditos mulatos rusos de Córdoba se han batido con un arrojo digno de mejor causa.

Deshechas sus fuerzas por las tropas «nacionales» en sucesivos encuentros, el general Peñaloza es sorprendido mientras dormía y acribillado a tiros y a lanzazos. Al viejo caudillo –tenía 66 años– le fue cortada la cabeza y expuesta a la observación pública en la Plaza de Olta. Sarmiento abrazó a los asesinos –los hombres del comandante Irrazábal– y escribió enseguida a Mitre:

*... he aplaudido la medida precisamente por su forma. Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían quietado en seis meses*¹⁸.

Mitre carecía del candor brutal de Sarmiento. Ceremoniosamente, como cumple a un hombre de Estado, condenó oficialmente el asesinato bestial de Peñaloza. Poco más tarde, sin alharacas, ascendía a Irrazábal a coronel¹⁹.

Todo el carácter de Mitre se revela en el siguiente episodio:

El mismo general Arredondo cuenta que, cuando vino a Buenos Aires, le dijo a Mitre: ‘Sandes es un malvado’. ¿Y qué me contestó el general Mitre? Con su apatía habitual me contestó: ‘Yo sé que Sandes es un mal; pero es un mal necesario’.

Es sabido que Sandes era un militar oriental que arrasó las provincias federales y que se distinguía por una especie de demencia homicida.

La hipocresía mitrista se desnuda en su correspondencia íntima. En una carta a Marcos Paz, vicepresidente, dice Mitre:

Mejor que entenderse con el animal de Peñaloza, es voltearlo, aunque cueste un poco más. Aprovechemos la oportunidad de los caudillos que quieren suicidarse para ayudarlo a morir... Al Chacho es preciso que se lo lleve el diablo barranca abajo.

Sarmiento, el dulce educador, hace barrer la plaza de San Juan a doña Victoria Romero de Peñaloza, compañera de El Chacho, atada a una barra de grillos. Pero en Los Llanos resecos y ardientes nacía una copla:

*Peñaloza diz que es muerto,
no hay duda que así será.
Tengan cuidado, magogos,
no vaya a resucitar^{19 bis}.*

César Reyes, hijo de un militar mitrista –Don Marcelino Reyes–, refiere en una interesante memoria familiar sobre El Chacho algunos rasgos biográficos del asesino de El Chacho, que al mismo tiempo retratan las costumbres de la época:

Fue Irrazábal un gaucho analfabeto de origen porteño, alto, delgado, negro y feo, según me refiere mi madre, que lo conoció mucho en La Rioja siendo ella muy niña; solía alojarse en casa de sus padres. Me refiere que la esposa de éste, doña Luisa Llanos,

que lo acompañaba siempre, hasta en campaña –como a El Chacho la suya, doña Victoria, más conocida con el nombre de doña Victo era vieja y feísima, teniendo –a pesar– una gran influencia sobre él. Que la llamaba doña Luisa, tratándola de usted. Doña Luisa Llanos fue antes mujer de Sandes, y antes de otro, pues fue casada tres veces. Era riojana, guardaba en una bolsa los restos de sus tres esposos; cuando estaba alcoholizada, lo cual ocurría de continuo, sacaba su bolsa agitándola, sin duda para evocar la protección de sus manes conyugales. Viven muchos testigos que la conocieron. Doña Victo, la del Chacho, era también gauchona; lo acompañaba siempre a Peñaloza en sus campañas, manejando una lanza hecha a propósito para ella, de dimensiones menores.

José Hernández y el «Bárbaro Sarmiento»

Baste lo dicho por ahora para conocer un aspecto del Sarmiento que ignoró la leyenda.

Mirémoslo un poco como sus contemporáneos lo vieron. Como lo juzgó por ejemplo en ese momento dramático José Hernández, que atacó violentamente a Sarmiento por el asesinato del Chacho. No es ocioso advertir que el «Martín Fierro» resulta indisociable de las luchas políticas de su creador; en Hernández, poeta y soldado no se separan jamás. Antirrosista, pero federal bonaerense, Hernández escribió desde el periódico

«El Argentino», de Paraná: «el general Peñaloza ha sido degollado. El hombre ennoblecido por su inagotable patriotismo, fuerte por la santidad de su causa, el Viriato argentino, ante cuyo prestigio se estrellaban las huestes conquistadoras, acaba de ser cosido a puñaladas en su propio lecho, degollado y su cabeza ha sido conducida como prueba del buen desempeño de su asesino al bárbaro Sarmiento²⁰.

Hernández protestaba desde Paraná, en tierras de Urquiza, que se hundía en el pasado, y cuyo asesinato por federales entrerrianos cerraría toda una época. En dicho periódico el futuro autor de «Martín Fierro» publicaría en el folletín una enérgica defensa de Peñaloza; en su texto cortante se formulaba una terrible re-

quisitoria contra Sarmiento. El trabajo integra un volumen conocido bajo el título de «Vida del Chacho». Ahí anda, perdido en las librerías de lance de la calle Corrientes, entremezclado con ediciones clandestinas, viejos digestos y novelas rosa²¹.

Diez años antes de escribir el «Martín Fierro», el vigoroso cantor retrataba en su reivindicación del caudillo al país que inmortalizaría con su lirismo amargo y rebelde. El prólogo de la biografía de Peñaloza, comenzaba significativamente:

*los salvajes unitarios están de fiesta. Celebran en estos momentos la muerte de uno de los caudillos más prestigiosos, más generosos y valientes que ha tenido la República Argentina. El partido federal tiene un nuevo mártir El partido unitario tiene un crimen más que escribir en la página de sus horrendos crímenes*²².

La presidencia de Mitre se propuso exterminar a los caudillos de las provincias federales, según se ha visto hasta aquí. A los marxistas cipayos en búsqueda de «capitalismo» mitrista contra «feudalismo» federal, les sugerimos la lectura de las siguientes líneas: «Don Luis Molina había sido elegido por Sarmiento (carta a Mitre del 2-1-1862) para la gobernación de Mendoza. Entró a sangre y fuego en los valles, donde habitaban familias agricultoras sospechosas de participación en las montoneras». «No trasladó la población —escribe el teniente coronel Lino Almandos—, pero les quitó a las familias los hijos de ambos sexos, los que se hallan repartidos en diferentes puntos...; fusilaron a cuatro, sin formación de causa. Arrearon hasta el otro lado de Las Lagunas, provincia de San Juan y me han asegurado que parte de estos ganados engrosan los puestos del gobernador Molina; lo que me consta por habérselo oído al propio gobernador Molina; a mi presencia le dieron orden al mayor Flores que le apartase una pareja de caballos para su carruaje y seis chinitas para regalar^{22 bis}. Esto de las chinitas es una vieja tradición oligárquica vinculada al régimen de la tierra. Sobrevive en el siglo XX y el escritor Ricardo Güiraldes sabía del asunto.

El lector podrá comprender ahora no sólo la materia dramática con que se teje «Martín Fierro» sino también por qué en nuestras escuelas se ignora a José Hernández como político.

Alberdi, por su parte, señalaba desde Europa

La guerra a las instituciones existentes o recibidas hereditariamente del pasado histórico se ha vuelto una industria de

*moda, una guerra de patriotismo, como la de matar argentinos y asolar provincias, en nombre del progreso y la libertad*²³.

También esto explica porque no se reeditan desde hace sesenta años sus obras completas. La oligarquía y sus escuderos «democráticos» –incluso los socialistas y comunistas– han guardado con siete llaves el secreto de nuestra tragedia histórica.

No es inoportuno añadir aquí que la mistificación histórica acompaña como una sombra los actos de nuestros historiadores oficiales. Si se considera que Mitre ordena asesinar a las figuras populares de su época, cabe imaginar que sus obras, sus amigos y sus periodistas, de ayer y de hoy, necesitaban componer una imagen oficial de esa política sangrienta. Olegario Andrade escribió un poema en memoria de El Chacho: *Mártir del pueblo / Tu cadáver yerto / Como el ombú que el huracán desgaja / tiene su tumba digna en el desierto / las grandes armonías por concierto / y el cielo de la patria por mortaja.*

El periodista de Mitre, Héctor F. Varela, años más tarde, publicó los versos que Andrade había dedicado a El Chacho como versos consagrados al general Lavalle. Ni los poetas escaparon a la farsa.

La penetración europea

Los principales caudillos habían sido aniquilados. Hundida la capacidad de resistencia de las provincias, Mitre inaugura «en paz» la política de «puertas abiertas» a Europa, que distinguía a la oligarquía en el poder. Con el osario de las montoneras comienza el llamado período de «engrandecimiento económico». Ya veremos cuál fue su verdadera naturaleza.

Poco antes de empezar su presidencia, Mitre fundaba el diario «La Nación», que publicaría diariamente una sección en francés y en inglés, cosa nada casual en un país sometido ya a una formidable presión extranjera. En 1861, al inaugurar como gobernador de Buenos Aires las obras del Ferrocarril Sud afirmaba:

démonos cuenta de este triunfo pacífico, busquemos el nervio motor de esos progresos y veamos cuál es la fuerza inicial que lo

pone en movimiento. ¿Cuál es la fuerza que impulsa ese progreso? Señores: es el capital inglés²⁴.

Desde sus orígenes, la política ferroviaria tuvo sus rutas predeterminadas por las necesidades del capitalismo europeo –que eran directamente antagónicas a nuestro propio desarrollo capitalista–. El trazado de la red ferroviaria (que desemboca en los puertos ultramarinos) fue diseñado para transportar a bajo costo las materias producidas en Buenos Aires y en el Litoral (carnes, cereales)²⁵. Dicha estructura ferroviaria creó una nueva relación de fuerzas en la Argentina; fue el marco de hierro de nuestra colonización nacional.

La inversión ferroviaria –dice Ferns– tenía, por objeto conquistar mercados, que era de donde se obtenía el mayor margen de ganancias. Los contratistas de ferrocarriles Brassey and Whyts fueron los principales promotores ingleses y los mayores en el ferrocarril Sud. Otro era Tomás Brumball, un ingeniero civil que obtuvo el primer contrato de la compañía para marcar la ruta entre Buenos Aires y Chascomús. De la misma forma, los comerciantes que participaron como organizadores e inversores pueden haber considerado la inversión no como un fin en sí misma, sino como un medio de mejorar las oportunidades comerciales, las cuales eran el principal ingreso.

Cuando en 1862, durante la presidencia de Mitre el Foreign Office autorizó al cónsul británico para integrar la oficina en Buenos Aires del Gran Ferrocarril Sud, el argumento que persuadió a Lord John Russell para aprobar la medida fue que dicha empresa abriría nuevos mercados para las manufacturas británicas.

El establecimiento del transporte a vapor –escribe Dorfman– lejos de facilitar la salida de los productos industriales del interior, llevó hasta sus últimos reductos la avalancha de mercadería europea. El telar a vapor y la locomotora inglesa destruyeron los últimos vestigios del telar a mano apoyados sobre la clásica carreta tucumana²⁶.

Dejemos a un lado la «venalidad» de muchos ilustres miembros de la oligarquía que vendieron sin cargos de conciencia la soberanía económica a los ingle-

ses. Algunos nacionalistas se han especializado en formular reflexiones morales, atribuyendo esas entregas a la ausencia de «patriotismo». Pero cada clase tiene la moral que necesita y merece; la moral es un subproducto de las clases. Para la oligarquía comercial y ganadera porteña la venalidad y la alianza con el extranjero constituyó todo su código ético. En esto, no se diferenció mucho de todas las clases explotadoras y parasitarias de la historia. Sobre la red ferroviaria se soldó una inquebrantable solidaridad de intereses entre la clase ganadera y terrateniente nacional y la burguesía británica. Sus tarifas tradujeron la política extranjera a cifras universales.

En su Historia de los Ferrocarriles Argentinos, Scalabrini Ortiz cita a un autor británico, Allen Hutt, quien explica el propósito que guiaba a los ferrocarriles ingleses en los países coloniales y semicoloniales:

No persiguen el mismo fin que en Inglaterra, es decir, que no son parte –y una parte esencial– de un proceso general de industrialización. Esos ferrocarriles se emprenden solamente, simplemente, para abrir tales regiones como fuentes proveedores de productos alimenticios y materias primas, tanto vegetales como animales, no para apresurar el desarrollo social por un estímulo a las industrias locales. En realidad, la construcción de ferrocarriles en los países coloniales y subordinados es una muestra de imperialismo cuya esencia es su función antiprogresista²⁷.

Una línea insignificante perdida en las tarifas elaboradas por los ingenieros británicos condenaba a la pobreza a determinada provincia, encarecía sus productos o volvía imposible su desarrollo industrial. Pero impulsaba en cambio zonas agrarias en las cuales estaba vitalmente interesado el comercio de exportación, que caería con el tiempo en manos de los grandes monopolios internacionales.

Los ferrocarriles –escribe Lenin– constituyen la síntesis de las principales ramas industriales capitalistas, del carbón y el hierro, a la vez la síntesis y la medida más notable del desarrollo del comercio mundial y de la civilización demócrata burguesa. La construcción de ferrocarriles es aparentemente simple, natural, civilizadora; aparece como tal ante los ojos de los profesores burgueses pagados para excusar la esclavitud capitalista, y ante los ojos de los filisteos

pequeño burgúeses. En realidad los lazos de producción capitalista, por medio de los cuales esas empresas se hayan ligadas a los medios de producción en general, han transformado esa construcción en un instrumento de opresión con respecto a miles de millones de personas (en las colonias y semicolonias), es decir, con respecto a la mitad de la población de la tierra en los países dependientes, y de esclavos asalariados del capital en los países 'civilizados'²⁸.

Es precisamente en la presidencia de Mitre que comienza la historia de nuestra «pampa gringa» es decir, la transformación de nuestro litoral en un área cultivable destinada a alimentar la población de Europa. Los criollos son rechazados hacia atrás, aniquilados por el ejército de línea, agotados en la guerra contra el indio o sometidos al «status» de paria proceso desgarrador que Martín Fierro describirá en su poema épico. El gaucho que no se somete será destruido. El que se rinda o sus hijos, será el peón domado de la gran estancia o el jornalero de la chacra naciente.

Esas tierras conmovidas por las montoneras argentinas, fertilizadas con su sangre a lo largo y a lo ancho, serán entregadas a la colonización europea. Extraña a las dolorosas luchas nacionales, esa mano de obra indiferente llega al país para servir a los grandes consumidores de granos del Viejo Mundo. Cuando Mitre inaugura en 1863 las obras del ferrocarril que unirá Rosario con Córdoba, indica el sentido esencial de su política: «Este es un feliz acontecimiento que inaugura la extinción completa del caudillismo bruto²⁹».

La pampa gringa tendrá su centro comercial y exportador en la ciudad de Rosario, que de perdido villorrio se transformará en el gran emporio de nuestros días. Comenzará la edad de oro de nuestro período agrícola, inmigratorio y ferroviario, que concluye cuando el imperialismo cierra el ciclo, alrededor de 1914, alcanzados los últimos límites de la capacidad de absorción europea de nuestros productos agrarios.

En 1857 comienza la construcción del Ferrocarril Oeste, en 1862 el del Norte, en 1863 el de Ensenada. El Ferrocarril Sud tiende sus líneas primeras dos años más tarde y en 1866 toca su turno al Ferrocarril Central Argentino³⁰.

La empresa británica que lo construyó fue retribuida por Mitre con 3.000.000 de hectáreas de tierras fértiles, ubicada a cada lado de las vías. El liberal donativo estaba destinado a fomentar las empresas de colonización.

Como era previsible, esas tierras se convirtieron en presa de los especuladores. El capital inglés se alzó como un formidable obstáculo para un moderno régimen agrario; los inmigrantes europeos ya no encontraron tierra libre. Varias generaciones debieron desfilarse hasta que el proceso de adquisición de tierra por parte de los arrendatarios, por factores que estudiaremos en su momento, adquiriese cierta importancia y se crease una clase agraria de pequeños propietarios. Quedan en nuestros días latifundios heredados de aquella generosidad mitrista, propiedad de «The Córdoba Land & Co.» y otras empresas británicas

El mismo año que se inicia la presidencia de Mitre se funda el Banco de Londres y Río de la Plata y reanúdanse los empréstitos ingleses que, iniciados con la estafa del Baring Brothers en 1824, a la que ya nos hemos referido, se habían interrumpido durante el régimen de Rosas. Esta casa británica tendrá cada vez más importancia en los bastidores de la política argentina.

En su «Historia de los Ferrocarriles Argentinos» Raúl Scalabrini Ortiz ha demostrado irrefutablemente que los ferrocarriles se hicieron con esfuerzo, iniciativa y capital argentinos. Absorbidos posteriormente por las intrigas inglesas, fueron sometidos a su sistema imperial de intereses. Tal fue el caso de Ferrocarril Oeste: de manos privadas argentinas pasó luego a la propiedad de la provincia de Buenos Aires, que lo administró con ganancias durante varios años hasta su enajenación al imperialismo.

El librecambio arrasa la industria provinciana

Era de vital interés para la burguesía comercial porteña facilitar en todo lo posible el libre intercambio. El sistema era fatal para todo país colonial o semicolonial en crecimiento, que requería barreras aduaneras protectoras para alcanzar cierto «standard» de vida y una real soberanía política. El arrasamiento de la industria en la ciudad de Buenos Aires ya había comenzado con las sucesivas modificaciones de la Ley de Aduanas en 1853 y 1855. Pero la plaza de Buenos Aires no bastaba. Era preciso aniquilar al interior con una ola de mercaderías extranjeras.

Ahogada la resistencia militar con sus tropas, Mitre abrió de par en par las puertas del interior y comenzó la ruina de nuestra economía artesanal. Todo este

viejo sistema que daba de vivir a centenares de miles de argentinos se derrumbó. Por obra del ferrocarril, desaparecieron los millares de carretas con que los troperos, arrieros y boyeros criollos mantenían las comunicaciones comerciales del interior. Con la importación en masa de productos elaborados en Europa, dejaron de existir el telar, los artesanos, las pequeñas fábricas, los talleres manufactureros.

La organización de la estancia capitalista asoció el antiguo patrón ganadero al extranjero; el gaucho de la pampa libre y del carneo franco fue empujado al fortín de la frontera por la policía rural. Hudson alcanzó a conocer los últimos ejemplares de este tipo de argentino extinguido. Ricardo Güiraldes nos mostrará en «Don Segundo Sombra» a su espectro, ese gaucho trocado en peón que lame la mano del amo y dice proverbios para las visitas de la ciudad. Con la producción agrícola realizada por inmigrantes, el argentino nativo fue asimilado al nuevo régimen económico. Sólo sirvió para enseñar a la mayor parte de los colonos cómo se maneja un arado. Luego fue expulsado de sus tierras seculares y suplantado por el recién venido. Apenas se lo toleró más tarde como peón de sol a sol. Tales son las grandes líneas de nuestro desarrollo nacional, que si ha encontrado al poeta de la agonía gaucha, aún espera al historiador que lo narre.

Sarmiento, que por otra parte volvería sobre sus pasos en la ancianidad (se haría industrialista y daría el grito de alarma ante una inmigración incontrolada y sin conciencia nacional), había escrito en su desdichado «Facundo»:

La grandeza del Estado aún está en la pampa pastora, en las producciones tropicales del Norte y en el gran sistema de los ríos navegables cuya aorta es el Plata. Por otra parte, los españoles no somos ni industriales ni navegantes y la Europa nos proveerá por largos siglos de sus artefactos en cambio de nuestras materias primas³¹.

El sanjuanino resumía así toda la doctrina del Puerto. La fertilidad de nuestra pampa húmeda había creado una riqueza renovable de tal magnitud que la oligarquía ganadera nació bebiendo esa doctrina en su cuna. La conciencia exportadora e importadora de la oligarquía en formación debía dejar a un lado toda la historia de Inglaterra, que procuraba justamente lo contrario de lo sostenido por Sarmiento y Mitre. Los estancieros y comerciantes porteños subordinaron el crecimiento de todo el país al desenvolvimiento particular de la zona pampeana. El viejo antagonismo entre la Capital y las provincias se transfirió luego a la dualidad perpetua entre producción agrícola ganadera y el desarrollo industrial. Los teóri-

cos porteños, del siglo XIX se apropiaron de las ideas librecambistas que la burguesía había engendrado en su lucha contra los terratenientes británicos y la aplicaron contra el proteccionismo industrial de las provincias argentinas. Adam Smith, Cobden, Bentham nutrieron las lecturas de la burguesía porteña, que desconocía al mismo tiempo a Alejandro Hamilton y Federico Liszt, los profetas germano americanos del capitalismo industrial y el nacionalismo económico. La reproducción casi espontánea en la época del ganado guampudo enriquecía a los terratenientes y saladeristas; casi sin capital fijo, los comerciantes y ganaderos centuplicaban sus fortunas. La idea misma de la economía industrial no podía hacer su aparición en las pampas convergentes al Plata.

Las predicciones de Ferre habían caído en el vacío. El debate entre protección y libre comercio sólo reaparecerá en la Argentina con el estallido de las crisis mundiales, que pondrán en juego la vieja estructura de los intereses agrarios. No hubo nación más admirada por sus instituciones, sus bienes materiales y su grandeza imperial que la Inglaterra del siglo XX: los discursos y escritos de los porteños encontraban numerosos ejemplos en el esplendor británico. Sin embargo, será inútil buscar en Sarmiento o en Mitre el menor indicio de conocimiento de la historia inglesa.

A comienzos del siglo XIII Inglaterra era un pequeño e insignificante pueblo bárbaro, sin industrias, sin flota mercante, sin comercio alguno. Apenas su población ascendía a un millón de habitantes incapaces de defenderse de los pueblos más organizados, como los romanos, los normandos, los daneses. Producía en aquella época lanas, pieles, estaño y manteca que enviaban a los grandes centros industriales del norte del continente europeo, que constituían la Liga Hanseática, quienes elaboraban y vendían sus manufacturas en toda Europa, 'Inglaterra inclusive' -escribe Peña Guzmán³²- El mismo autor agrega: «Bajo el punto de vista económico las pequeñas y despobladas islas británicas eran simples colonias de los centros industrializados del continente y la única ambición de los señores feudales era la exportación de sus escasas materias primas. La moneda circulante era hanseática y los ingleses la denominaron 'sterling' que proviene de 'sterlings' o mercaderes del Este. De haber creído Inglaterra que su porvenir estaba en las exportaciones de estas materias primas y la consiguiente importación de productos industrializados sería hoy un país perdido en las nieblas del Mar del Norte -o, como bien dice Federico Liszt, el más grande economista del siglo pasado-, los mercaderes del 'stahlholg' continuarían negociando en Londres, los belgas seguirían fabricando paños para

*los ingleses e Inglaterra no sería otra cosa que el pastizal de la Hansa*³³.

Ya en 1350 Eduardo III afirmaba que «una Nación puede hacer algo más útil y provechoso que exportar lana en bruto e importar productos fabricados con ella». A su vez, Eduardo IV prohibía la importación de paños extranjeros y fomentaba la industrialización de las lanas. Isabel, en el siglo XVI protegió la inmigración de mineros y metalúrgicos alemanes para desarrollar la riqueza carbonífera y la siderurgia británica. Adam Smith escribe:

En Inglaterra no sólo hay infinidad de prohibiciones bajo las penas más severas, para la extracción de las materias empleadas en las manufacturas, cuyo monopolio desean radicar en sus dominios, sino aun para la de todos los instrumentos directos e indirectos, máquinas y demás utensilios de oficios y fábricas... Y aún no se contentan con esto, sino que castigan con rigor indecible a cualquier artesano o artífice que sale o intenta salir de sus dominios para reinos extraños, con el fin de ejercer o enseñar en ellos las manufacturas u oficios que han aprendido en la Gran Bretaña. Se le declara expatriado, incapaz de suceder y de adquirir cosa alguna, se le confiscan sus bienes y haciendas, se le priva de la protección de las leyes y queda expuesto a otras penas corporales y aflictivas, si logran detenerlo o si reconvenido que vuelva a la patria dentro de cierto breve plazo, no lo ejecuta inmediatamente.

El Acta de Navegación se dicta en 1651; junto con la expulsión de los mercaderes de Stanford es la medida capital de la historia económica de Inglaterra. Dicha Acta estipulaba que todo producto que saliese o entrase a las islas debía hacerlo exclusivamente en buque de insignia inglesa.

La abrogación de las Leyes del Trigo en 1846 dio a los industriales británicos un triunfo decisivo sobre los terratenientes de la nobleza agonizante. Si la revolución de 1848 había expandido difusamente las ideas liberales por el mundo, la división internacional del trabajo que asume un carácter oficial en Inglaterra con el triunfo del liberalismo económico, impondrá en el Plata el auge del pensamiento benthamiano.

Los resultados de esa política librecambista impuesta al país desde Caseros, son observados por un viajero francés, Martín de Moussy, en 1859:

La industria del tejido disminuye a consecuencia de la abundancia y baratura de los tejidos de origen extranjeros que inundan el país, y con los cuales la industria indígena, operando a mano y con útiles simples, no puede luchar de manera alguna³⁴.

En la misma época ocurría idéntico proceso con la penetración británica en la India. Según José María Rosa,

los algodones y arrozales del Norte se distinguieron por completo. En 1869, el primer censo nacional revelaba que provincias enteras apenas si malvivían madurando aceitunas o cambalacheando pelo de cabra³⁵.

Si en ese año vivían de su industria 90.030 tejedores de una población de 1.769.000 habitantes en 1895 sólo quedaban 39.380 tejedores en una población de 3.857.000. Las industrias territoriales cayeron bajo el golpe mortal de la invasión europea. La economía de mercancías no venía a destruir las formas precapitalistas de una vida pastoril decadente, a fin de reemplazarla por una industria moderna y próspera. Lejos de exportar máquinas de producción, el capitalismo europeo en expansión nos enviaba productos de consumo. El resultado económico de ese intercambio no podía generar nuestro desarrollo capitalista industrial sino impedirlo.

A este respecto dice Engels:

El sistema proteccionista fue un medio artificial para fabricar fabricantes, expropiar a obreros independientes, capitalizar los medios de producción y de vida de la nación y abreviar por fuerza el tránsito del régimen antiguo al régimen de producción» (Marx «El Capital», tomo I), eso fue el proteccionismo al surgir, en el siglo XVIII, y eso siguió siendo hasta bien entrado en siglo XIX. El sistema proteccionista constituía, entonces, la política normal de todos los países civilizados de Europa occidental... A la sombra de esta protección arancelaria nació y se desarrolló en Inglaterra, en el último tercio del siglo XVIII, el sistema de la gran industria moderna, de la producción a base de maquinaria y fuerza de vapor... La emancipación de las colonias sudamericanas de sus metrópolis europeas, la conquista por Inglaterra de todos los mercados importantes pertenecientes hasta entonces a Francia y Holanda y el gradual sojuzgamiento de la India fueron convirtiendo a todos estos países en otros tantos clientes de la industria inglesa. Inglaterra

completaba así, la protección arancelaria practicada dentro de sus fronteras con el sistema de librecambio, impuesto al extranjero, donde quiera que ello fuera posible. Y, gracias a esta afortunada mezcla de ambos sistemas, se encontró al final de la guerra de 1815 en posesión del monopolio efectivo del comercio mundial, por lo menos en lo tocante a todas las ramas industriales decisivas.

Y agregaba:

En realidad, la exportación de productos industriales en cantidades cada vez mayores semejava una cuestión de vida o muerte para Inglaterra. Sólo dos obstáculos parecían alzarse en su camino: las prohibiciones de importación y los aranceles sobre la importación de materias primas y productos alimenticios³⁶.

La opinión de los comunistas en Argentina no coincide con Marx y Engels, sino con Mitre. Se identifican con el jefe de la burguesía comercial del puerto, no con los maestros del socialismo. Dice Real, ob. cit, p. 444 y ss.:

Los librecambistas criollos –que más exactamente deberían llamarse partidarios del libre comercio– eran los únicos que en aquella época comprendían que la destrucción del sistema feudal de producción y el desarrollo industrial del país estaban estrechamente vinculados al libre comercio con los países europeos industriales. Que esto coincidiera con el librecambismo inglés y con sus intereses de productor de artículos elaborados, es cierto.

Nosotros, proletarios revolucionarios, comunistas, creemos que el libre comercio en la época que estudiamos hubiera apresurado el desarrollo industrial del país, hubiera precipitado la destrucción del sistema feudal y domesticado la producción.

La primera dificultad fue resuelta para los ingleses por la victoria de la burguesía portuaria librecambista sobre el interior proteccionista, este último traicionado por los ganaderos entrerrianos que pactaron con Buenos Aires.

El obstáculo segundo, el proteccionismo de los terratenientes ingleses contra la importación franca de productos alimenticios, se resolvió por el triunfo de la

burguesía industrial inglesa sobre los terratenientes, a los que impusieron la doctrina librecambista.

Después de intervenir en las provincias federales y ultimar a sus caudillos, Mitre consumió el último acto del drama: la Guerra del Paraguay es su estigma³⁷. Alberdi la calificó justamente como una guerra civil de nuestros pueblos contra la triple oligarquía antinacional de Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro³⁸.

La guerra del Paraguay

El imperio jesuítico dejó huellas profundas en la economía, política y tradición paraguayas. Como un singular producto de esta tradición, jamás logró consolidarse en el Paraguay una fuerte clase latifundista. El gobierno del doctor Francia ahondó esta tendencia, creando una clase de pequeños productores y, apoyado en ella, un poderoso ejército³⁹. El aislamiento de Paraguay no era resultado de la misantropía del doctor Francia, según afirmaron frívolamente algunos eruditos, sino la expresión histórica de la disgregación nacional sobreviviente a la lucha de independencia de España en el Río de la Plata. Idéntico destino corrieron también Uruguay y Bolivia⁴⁰.

La negativa de la oligarquía porteña bajo Rivadavia y Rosas a facilitar el acceso a los ríos interiores y a nacionalizar la Aduana de Buenos Aires que hubiera atraído hacia el complejo platense a la vieja provincia paraguaya la empujó, por el contrario, al aislamiento primero y luego a la independencia. De su soledad, de las particularidades históricas de su desarrollo, y del genio político de sus jefes, Paraguay extrajo lo mejor de sí mismo; así pudo lanzarse a un desarrollo de las fuerzas productivas que lo convertirían hacia 1865, en el que se sitúa nuestro relato, en una de las primeras potencias sudamericanas⁴¹.

Cuando muere el doctor Francia toma el poder un hacendado llamado Carlos Antonio López. Su gobierno inicia una política que afloja suavemente las puertas cerradas del país y gradúa la intervención de la técnica extranjera y del ingenio europeo, como no supo ni quiso hacerlo la oligarquía porteña. La libre navegación de los ríos era vital para el Paraguay de López, enclaustrado en el centro de la selva; era imperiosamente exigida por el desarrollo económico de la región. El Estado cerrado necesitaba vincularse al mercado mundial y a la técnica avanzada. Al cerrarle Rosas los ríos, obligaba a Paraguay a apoyarse en fuerzas tanto nacionales (como Corrientes o Uruguay) como antinacionales (la Alianza que cabalgó en Caseros contra Rosas).

El Paraguay de López era fruto de sesenta años de evolución autónoma, sin resquicios para la invasión europea en su cruzada mercantil. Obtuvo de ese aislamiento ventajas no despreciables.

La tierra era propiedad del Estado en su mayor parte; la clase terrateniente era insignificante. En este país donde el Estado predominaba en las ramas fundamentales de la economía, se construyó el primer ferrocarril y tendieron las primeras líneas telegráficas de América del Sur.

López levantó un gran ejército, construyó fábricas de ornamentos e instrumental agrícola con fundición propia, astilleros navales, fábricas de papel. Organizó estancias ganaderas del Estado para el consumo interno de carnes. Por la ausencia de, empréstitos Paraguay mantuvo su independencia frente a la diplomacia europea. Al mismo tiempo enviaba centenares de jóvenes a estudiar al viejo continente la técnica moderna. Esta línea de la notable política lopista le confieren un gran parecido con el aislamiento de Japón —con las diferencias obvias— que le permitió, sobre una estructura social asiática, pero bajo la dirección de su ejército, transformarse en pocas décadas en una potencia mundial⁴².

El Paraguay de López era una demostración autóctona de que el progreso técnico de América Latina no sólo podía sino que debía verificarse sin la influencia deformadora de las potencias europeas. La grandeza de López consistió en su comprensión de que ante la inexistencia de una burguesía industrial paraguaya, el progreso industrial del país no podía realizarse sino a través del Estado. Pero ese Estado semiartesanal, semicampesino sólo podía proseguir su evolución en los marcos más amplios de la Confederación Sudamericana. Con el aislamiento impuesto por Buenos Aires, debía engendrarse un monstruo industrial y cesarista sin porvenir.

Treinta años después de la ruptura americana con España, Paraguay no había declarado aún su independencia. El doctor Francia consideraba al Paraguay parte de la unidad política y geográfica del extinto virreinato, y comprendía —lo mismo que López— que a un Paraguay “independiente” le era imposible conservar indefinidamente su plena soberanía y garantizar su evolución económica.

En la medida que Rosas representaba en su tiempo intereses más nacionales que Mitre, se negó a reconocer la independencia paraguaya que López se vio impulsado a planear; era una forma como cualquier otra de mantener bajo la férula de la Aduana porteña al Paraguay. Mitre, en cambio, no tenía inconveniente en admitir esa monstruosa «soberanía» porque estaba dentro de la política de la burguesía comercial porteña impulsar la «balcanización» del Sur bajo el dictado del amo británico.

La existencia independiente del Paraguay como «nación» tan ficticia como la de la Argentina, Bolivia o Uruguay se desarrolló de acuerdo a un proceso muy particular. Influyeron en él, al principio, factores geográficos e históricos: la presión del Brasil –su vecino en el río Paraná–, la coincidencia de sus producciones y la tendencia brasileña de incluir al Paraguay en su Estado de Matto Grosso.

Desde el comienzo del siglo XVIII Portugal estuvo bajo el protectorado británico; toda la historia brasileña transcurre en esa dependencia. Semejante situación determinó que el Brasil, durante el Imperio como bajo la era republicana, propendiese constantemente a ejecutar la política inglesa en el Río de la Plata, aprovechando de paso migajas para su clase gobernante. Gran Bretaña sostenía como divisa inmovible de su estrategia rioplatense, impedir por cualquier medio la unificación de las antiguas provincias españolas del Sur. La guerra del Paraguay fue hija de esa tradición: la diplomacia británica podría explicar muchos secretos de sus preparativos si cediese a la curiosidad contemporánea la llave de sus archivos.

Bajo la dirección del mariscal Francisco Solano López, Paraguay mantenía cerrada las puertas de su comercio, su industria, sus finanzas al «capital extranjero». La destrucción de los focos de resistencia nacional sudamericana, de los que el Paraguay era el último símbolo, era un problema esencial para el comercio inglés interesado en penetrar en el interior continental. Caído Rosas, la traición de Urquiza a las provincias argentinas mediterráneas dejaba abierto el camino al Paraguay de López. Los exportadores de Manchester y de Liverpool estaban impacientes: en Londres los vampiros de la banca exigían la colocación de empréstitos ⁴³.

Los esteros paraguayos serían teatro de la gran guerra colonial del capitalismo europeo en su proceso expansivo hacia el moderno imperialismo.

Las vísperas del crimen

El general Venancio Flores era un oriental al servicio del Brasil y de la oligarquía mitrista. Perteneciente al partido colorado riverista, similar en Montevideo al unitario argentino, participó con otros militares orientales en las expediciones sangrientas enviadas por Mitre al interior. Fue el responsable de los degüellos de Cañada de Gómez al concluir la batalla de Pavón. Por otra parte, el partido blanco, dentro de la tradición de Artigas, Lavalleja y Oribe, encarnaba en la Ban-

da Oriental los mismos intereses que el federalismo argentino. Entreverados en una historia común, las luchas orientales eran nuestras; las disensiones argentinas envolvían inevitablemente a los uruguayos. Gobernaba el Uruguay, en el momento de desencadenarse el drama, un gobierno blanco, es decir federal y popular tradicionalmente vinculado a las provincias litorales⁴⁴.

En esas circunstancias el general Venancio Flores reclamó a Mitre el pago de su anterior ayuda en la represión de las masas argentinas. Así fue cómo se lanzó a invadir la Banda Oriental, con dinero y pertrechos facilitados por Mitre. Todos los autores coinciden en sostener que la invasión de Venancio Flores fue el origen inmediato de la Guerra con el Paraguay^{44bis}. Venancio Flores embarcó en Buenos Aires en el buque «Caaguazú», de la armada argentina, que lo condujo a la costa oriental. Concurrió a despedirlo el general Gelly y Obes, ministro de Guerra de Mitre.

Mientras la lucha entre los aventureros de Flores y el gobierno uruguayo se desarrollaba, Brasil interviene en el conflicto; ante la sorpresa de todos, considera perjudicados los intereses de algunos connacionales por dicha guerra civil. Conmina entonces al gobierno uruguayo a darle garantías en plazo de seis días; caso contrario, la escuadra brasileña al mando de Tamandaré y el ejército imperial (ya estacionado en la frontera) entrarán en acción.

La prensa mitrista aplaude en Buenos Aires ese insolente ultimátum que desnudaba las intenciones expansionistas del Imperio y sus lejanos mandantes. Urquiza, alarmado, hace un débil intento de mediación, pero ya había minado su propia influencia⁴⁵. El Brasil invade Uruguay, y el general Venancio Flores se convierte en el aliado del invasor. Entonces sobreviene la tragedia de Paysandú. La tradición nacional ha recogido en los humildes versos del payador Gabino Ezeiza la ráfaga de indignación que agitó nuestros pueblos cuando la ciudad de Paysandú, sin fortificaciones, fue bombardeada durante un mes por la escuadra brasileña:

«Heroica Paysandú ¡yo te saludo...!»

Lejos de los débiles disparos de los sitiados, los buques de guerra del almirante Tamandaré redujeron a escombros la ciudad mártir. Era la primera vez en América Latina que se bombardeaba una ciudad abierta.

Sus abnegados defensores no transigieron. Rodeados por 10.000 hombres de las tropas brasileñas, lucharon hasta el agotamiento. Mientras tanto, Mitre abastecía de municiones a la escuadra imperial. Al frente de sus hombres, el general Leandro Gómez defendió la plaza sitiada. A medida que el bombardeo cum-

plía su siniestro trabajo, la población entrerriana, al otro lado del río, seguía horrorizada el desarrollo de los acontecimientos. Dice un testigo de estos hechos:

*La contemplación paciente de semejante cuadro era insoportable. Entre Ríos ardía indignado ante el sacrificio de un pueblo hermano consumado por nación extraña. El general Urquiza no sabía ya como contener a los que no esperaban sino una señal para ir en auxilio de tanto infortunio*⁴⁶.

En Paysandú combatió el argentino Rafael Hernández. Hermano del autor de «Martín Fierro», era también federal; sería más tarde senador de la provincia de Buenos Aires y gran figura de la política argentina.

A la ciudad en escombros fueron a buscarlo su hermano José y Carlos Guido y Spano formidable polemista político; porteño argentino, hijo del general Guido y que escribiera poco después un folleto célebre en su tiempo e ignorado hoy, titulado: «El gobierno y la alianza»⁴⁷. Era un enjuiciamiento severo de la Triple Alianza que se preparaba en la oscuridad, entre Mitre, el Emperador y Flores, dirigida contra el Paraguay mientras caía la metralla en Paysandú.

En cuanto a Paysandú, baste decir que al rendirse sus últimos sobrevivientes le fue garantizada la vida al general Leandro Gómez, jefe de la plaza sitiada, y sus soldados. Tampoco fue respetado este pacto: Gómez fue degollado con sus hombres. Era la primera manifestación de la «guerra civilizadora» del Imperio.

Olegario Andrade, un joven entrerriano, condiscípulo de Julio A. Roca y federal (también conocido como poeta y desconocido como luchador) evocó aquel drama:

*¡Sombras de Paysandú, sombra gigante
que velas los despojos de la gloria
una de las reliquias del martirio
espectro vengador!*

Solano López había advertido al Brasil cuando éste lanzó su ultimátum al Uruguay, que la intervención imperial en la Banda Oriental ponía en peligro la seguridad paraguaya y

*afectaba el equilibrio de las repúblicas del Plata*⁴⁸.

Brasil desatendió la observación, la suerte estaba echada. Su plan debía seguir adelante; porque más allá de las incidencias diplomáticas, los intereses locales y las rivalidades domésticas se levantaban las grandes fuerzas mundiales del capitalismo británico.

En el orden inmediato y satisfaciendo sus propias aspiraciones la política brasileña

tenía dos objetivos concretos –escribe Jorge M. Mayer– expuestos por sus propios hombres de Estado: instalar un gobierno adicto en el Uruguay que le abriera los campos de pastoreo para los ganados de Río Grande y formar en Montevideo una base para bloquear y luego atacar al Paraguay. Debía dilucidar dos cuestiones igualmente graves con el Paraguay: la primera, sus límites, que deseaba bajar hasta el río Apa; la segunda abrir el paso del río Paraguay controlado por el gobierno de Asunción ‘trancado a todas as bandeiras’ y dar salida al tráfico del Matto Grosso a Río de Janeiro que por agua se hacía en un mes, y por tierra llevaba diez y ocho con ingentes gastos⁴⁹.

Al iniciar las hostilidades con la Banda Oriental, desafiando la advertencia de Solano López, el Brasil provocó el ingreso del Paraguay en el conflicto, que inició operaciones contra Matto Grosso. Toda la prensa mitrista de Buenos Aires preparaba el espíritu público contra el Paraguay desde hacía más de un año. Con la impudicia de que es capaz la prensa oligárquica se lanzó a injuriar brutalmente a Solano López, anunciando que muy pronto las tropas argentinas irían «a su guarida» para «matarlo como un vil reptil». Se lo llamaba «el nuevo Atila»⁵⁰. Las simpatías de la oligarquía porteña estaban con Brasil; pero las masas populares argentinas del interior apoyaban al Paraguay y a los blancos uruguayos. Fue una guerra civil. Alberdi insistió una y otra vez en sus escritos desde París en calificarla así, demostrando acabadamente la finalidad última de la política anglobrasileña y el rol separatista de la burguesía portuaria. Esta actitud le valió un odio y una campaña de desprestigio que lo persiguieron más allá de su muerte. Es recién en sus escritos sobre la guerra del Paraguay que el pensamiento político de Alberdi alcanza su total plenitud y lo reivindica de sus errores «anglófilos» del pasado⁵¹.

En ese momento, Mitre autoriza a la escuadra brasileña para que navegue por el río Paraná, a fin de atacar al Paraguay. Violaba de ese modo su hipócrita neutralidad. Al mismo tiempo rechazaba el pedido de Solano López de permitir el paso de tropas paraguayas por los

territorios aún no delimitados de las Misiones y avanzar así hasta Porto Alegre⁵².

En Buenos Aires se instalaban centros de reclutamiento para preparar la lucha contra el Paraguay. Bloqueado por todos, Solano López cometió un grave error diplomático, ofreciendo a la oligarquía porteña el pretexto que buscaba: apresó dos barquichuelos argentinos e invadió Corrientes. Esperaba suscitar por este acto el apoyo en masa de todos los pueblos del interior, unirse a Urquiza y marchar juntos contra Mitre y el Brasil. Pero aunque las masas rurales argentinas no ocultaban su apoyo al Paraguay, sus principales caudillos habían sido ya exterminados por Mitre, y el último, Urquiza, estaba domesticado.

Traicionando una vez más la voluntad expresa de su pueblo, Urquiza declaró públicamente su solidaridad con Mitre y movilizó las famosas caballerías entrerrianas. Ese fue el último testimonio de que había dejado de ser el caudillo de Entre Ríos. En la memorable sublevación del campamento de Basualdo, la oficialidad y las tropas urquicistas desertaron en masa desde sus banderas. Detrás de estas grandes deserciones que dejaron solo al señor de San José, despojado de su autoridad moral y política, se movía uno de sus generales, Ricardo López Jordán, que defendería más tarde Entre Ríos contra la invasión militar de Sarmiento, escribió a Urquiza:

Usted nos llama para combatir al Paraguay. Nunca general, ese pueblo es nuestro amigo. Llámenos para pelear a porteños y brasileños. Estamos prontos. Esos son nuestros enemigos. Oímos todavía los cañones de Paysandú. Estoy seguro del verdadero sentimiento del pueblo de Entre Ríos⁵³.

En estas palabras estaba todo el país, y no sólo las lanzas de los últimos guerreros gauchos, sino las cabezas más lúcidas de la República.

Alberdi desnuda la política mitrista

Alberdi esclarecía en esa hora terrible los intereses específicos del Brasil y de la oligarquía mitrista en la contienda. Los folletos que el tucumano escribió desde Francia sobre la Guerra del Paraguay eran devorados por la juventud ar-

gentina de su tiempo. «Las disensiones de las repúblicas del Plata y las maquinaciones del Brasil», primero, y luego «Los intereses argentinos en la Guerra del Paraguay con el Brasil» descifraron los móviles secretos de la matanza. Mientras «La Nación» proclamaba la guerra santa contra el «Atila guaraní», Alberdi explicó la naturaleza económica del conflicto:

Montevideo es al Paraguay –decía– por su posición geográfica lo que Paraguay es al interior de Brasil: la llave de la comunicación con el mundo exterior. Tan sujetos están los destinos del Paraguay a los de la Banda Oriental, que el día que el Brasil llegue a hacerse dueño de ese país, el Paraguay podrá considerarse colonia brasileña, aun conservando su independencia nominal. Ocupado Montevideo por el Brasil, la República del Paraguay vendría a quedar, de hecho, en medio de los dominios del imperio. He aquí por qué el Paraguay se ha visto y ha debido haberse visto amenazado en su propia independencia por la invasión del Brasil a la Banda Oriental.

Y añadía:

Ha hecho suya propia la causa de la independencia oriental ‘por que lo es’ en efecto y su actitud de guerra contra Brasil, es ‘esencialmente defensiva’ aunque las necesidades de la estrategia le hagan salir de sus fronteras⁵⁴.

¿Podrá extrañar al lector que cuando los ejemplares de este ensayo revelador llegaron a Buenos Aires, centro de la histeria bélica del mitrismo, el gobierno adquiriese todos los ejemplares de una sola vez, para sacarlo de circulación? ¡Y la prole de Mitre aburre al país desde hace 80 años perorando cínicamente sobre «la libertad de pensamiento»!

El diario «La Nación», propiedad del Presidente de la República, llamará a Alberdi, por sus escritos acerca de la guerra del Paraguay «traidor», «sicario» y «renegado». Sarmiento lo acusará, con su vieja intrepidez para la calumnia, de estar «a sueldo de Solano López»⁵⁵. A las difamaciones del mitrismo, Alberdi responderá serenamente:

Si al menos hubiera tomado yo una escarapela, una espada, una bandera de otro país, para hacer oposición al gobierno mío,

como en Monte Caseros lo hizo otro argentino contra Buenos Aires, con la escarapela oriental, como oficial de la Banda Oriental o aliado a los soldados de Brasil... Diría él, naturalmente, que eso fue en contra de Rosas, no contra Buenos Aires. De este punto puede ser juez su propio colega en el poder, que formó en el campo contrario la batalla de Caseros. (Se refiere a Elizalde). El podrá decirle si repudió a Rosas o a Buenos Aires. Le recuerdo solamente que el que ha peleado con escarapela extranjera contra el gobierno de su país, no es llamado a condenar al que no usó jamás otros colores que los de su patria para atacar a su gobierno por un medio y en un terreno que autorizan las leyes fundamentales y los usos de los países libres⁵⁶.

En cuanto al significado de la política mitrista en el conflicto brasileño paraguayo, Alberdi ha dejado una página notable que nos permitiremos reproducir in extenso y en la que refiriéndose a Mitre dice:

El que entregó la provincia de Corrientes a los brasileños para que la emplearan como una batería contra el Paraguay, es en efecto el que ha traído a los paraguayos en el suelo argentino.

¿Cuál es la unión que el patriotismo del general Mitre evita con el mayor cuidado en medio de la crisis actual? La unión de los argentinos en el goce de la renta de diez millones, que todos ellos vierten en su Aduana de Buenos Aires. El frenesí de amor por la República Argentina no va hasta devolverle sus diez millones de pesos fuertes.

La unión decantada deja en pie toda la causa de la guerra civil de cincuenta años, a saber, la renta de las catorce provincias invertida en la sola provincia de Buenos Aires.

En lugar de unir dos países se han contentado con unir dos hombres. Esto se ha llamado recoger el fruto de una gran política, es decir, conseguir que Urquiza deshaga su propia obra, su propio poder, su propia importancia⁵⁷.

La frase a la que Alberdi alude («recogemos el fruto de una gran política») fue pronunciada por Mitre, acuñador profesional de aforismos vacíos, cuando Urquiza resigna su papel nacional, capitula y se recluye en su estancia entrerriana

después de Pavón. No se habían unido dos países (la Confederación Argentina y Buenos Aires), bien lo comprende Alberdi, sino dos hombres apenas o más bien, el Litoral y Buenos Aires. Con ese pacto se abandona a las hordas mitristas toda la Argentina mediterránea. Cuando el Litoral traiciona al interior, los porteños aseguran su hegemonía sobre el país.

Prosigue Alberdi:

La unión del general Urquiza con el general Mitre, en efecto, no impide que el presupuesto provincial de Buenos Aires, de valor de diez millones de duros, prosiga en plena unión garantizándose y pagándose con los diez millones en que consistía la renta total de las provincias, aún después de los cinco años que asignó a esta garantía el Convenio de Noviembre de 1869.

¿Qué hace a este respecto el patriotismo del general Mitre? En lugar de devolver a las provincias sus diez millones de duros, se los deja a Buenos Aires, y envía al señor Riestra a Londres a buscar otros diez millones prestados, por cuenta de las provincias, bientendido, para hacer la guerra al Paraguay; es decir para desarmar a la Nación Argentina, del único aliado que puede ayudarla un día a reivindicar los diez millones que Buenos Aires prometió devolverle en el Convenio de unión, de que se hizo garante el Paraguay, y que en vez de devolver aspira a retener toda su vida, como la retendrá indudablemente mientras la ciudad y el puerto de Buenos Aires sean propiedad de esa provincia y no de la nación, conforme a la Constitución reformada por el patriotismo argentino del general Mitre.

Es verdaderamente curioso que Buenos Aires a quien la Nación le tiene prestada toda su renta por razón de que no le basta su renta local y propia, se abstenga de acudir a un empresario en Londres y que sea la Nación (que no necesita pedir diez millones porque los tiene) la que busca en Londres esos diez millones en lugar de tomar los suyos que le tiene Buenos Aires.

¿Qué hace entretanto el patriotismo argentino de esta provincia? Hace préstamos mensuales a la Nación con su propio dinero de ella, a cargo de devolución (sic) y con un moderado interés⁵⁸.

En este análisis implacable, el más grande pensador argentino pone al desnudo toda la verdad de la trampa oligárquica. Si de aquel Alberdi de los errores, vacilaciones o capitulaciones juveniles los reaccionarios póstumos han hecho la máscara de su gloria, de este Alberdi de la madurez no se acuerda nadie^{58 bis}.

Más útil será perpetuar la farsa de un Alberdi extranjerizante, librecambista y anticriollo. La posteridad ignorará, en cambio, su defensa de los caudillos, su lucha contra el mitrismo y sus relaciones con el Rosas emigrado.

José Hernández y su amigo Guido y Spano se ofrecían poco antes al gobierno blanco, siendo aclamados en Montevideo por el pueblo, mientras Rafael Hernández luchaba en Paysandú y era herido en el combate⁵⁹.

Agustín de Vedia y Carlos Guido Spano fundaban a su vez el diario «La América» para exigir la paz con el Paraguay. Al reunir sus artículos en un panfleto famoso Guido y Spano va a ser compañía de Vedia, Miguel Navarro Viola y otros argentinos encarcelados por el gobierno de Mitre y reclusos en pontones⁶⁰. Nos cuenta Mayer en su brillante estudio alberdiano, que en la propia Cámara de Diputados combatían la guerra mitrista contra el Paraguay los legisladores Félix Frías, Nicasio Oroño, Daniel Aráoz.

En Europa, mientras tanto, Bismarck iniciaba la política militar dirigida a unificar Alemania. En 1866 derrotaba en una campaña de seis semanas a Austria, bastión del oscurantismo europeo. En Inglaterra, bajo la mirada maternal de la Reina Victoria, Disraeli sufre arrebatos oratorios:

Inglaterra ha sobrepasado el continente. Su posición no es la de una simple potencia europea; es la capital de un vasto imperio marítimo que se extiende hasta los límites del más apartado océano... Está, desde luego, dispuesta a intervenir lo mismo que en los viejos tiempos, pero únicamente si sus intereses se lo exigen⁶¹.

Pero Gran Bretaña no «intervení» si contaba con tropas cipayas a su servicio, como las topas mitristas. Las catástrofes militares de la Triple Alianza despertaban en las provincias la esperanza de que Urquiza, por fin, se decidiera a poner término a la guerra enfrenando a Buenos Aires. En Salta se festejó públicamente la derrota aliada de Curapaití.⁶² En Entre Ríos

se anunciaba el pronunciamiento del general Urquiza. En el mes de marzo éste ofreció una fiesta fastuosa en San José, 'el vestido de la señora de Urquiza lo calculaban en 160 mil pesos, era bordado

de oro y con ricos encajes y brillantes'. El general mandó izar las banderas de Entre Ríos, el Paraguay, la Argentina y la Oriental, y cuando Victorica preocupado lo observaba: 'Esas banderas han ocasionado un pronunciamiento, ¿es tiempo señor?' el general respondió en alta voz 'lo digo fuerte, me gusta ese acomodo'^{62 bis}.

Pero si los diarios «El Pueblo», «La América», «La República», «La Palabra de Mayo», en Buenos Aires, y toda la prensa entrerriana, llamaban a la guerra «crimen político», en el Norte un caudillo se levantaba en armas. Era el general Felipe Varela. La historia oficial lo ha lapidado como «ladrón de ganado». ¡Método habitual de los monederos falsos del mitrismo! Veremos enseguida la falacia de esta difamación organizada.

Felipe Varela y la rebelión montonera

Procedía Felipe Varela de una familia catamarqueña de acomodada posición social. Teniente de El Chacho en sus campañas iniciales, fue ayudante y edecán del general Urquiza; después de Pavón recibió sus despachos de coronel de la Nación. Los cronistas describieron su figura: alto, bizarro, criado sobre un caballo, enjuto, alimentado a carne y mate, sobresalían en su fisonomía grave los pómulos rodeados de una espesa barba. Bajo un ancho sobrero rural, vestía pantalón bombacha, chaqueta militar con alamares, bolas de caballería, insignias de coronel: así destacábase su persona de los gauchos y paisanos rotos que lo rodearon cuando la indignación general contra Mitre y la carnicería paraguaya lo obligaron a blandir nuevamente su lanza. Sus hombres llevaban la divisa: «Defensores de la Unión Americana»; su jefe se titulaba «representante de Sudamérica»⁶³. El levantamiento del general Varela obligó al gobierno de Mitre a retirar las tropas. La prensa porteña cubrió de insultos su figura. ¡Después de El Chacho, todavía Varela!

El manifiesto que el caudillo insurrecto dirigió a los pueblo de la República no ha merecido la atención de nuestra ingente historiografía. Generaciones enteras de publicistas dedicaron sus energías a hurgonear el detalle más insignificante de la historia en los próceres escolares. Estas investigaciones microscópicas originaron montañas de papelotes, acumulados a través de las décadas, no tanto para descifrar supuestos enigmas, sino para soslayar los grandes problemas. Pero el manifiesto de Varela, que conmovió en su tiempo al país y a sus masas, no ha sido

sino raramente reproducido. El lector nos permitirá que publiquemos alguno de sus párrafos:

La más bella y perfecta carta constitucional democrática republicana, federal –proclamó Varela– que los valientes entrerrianos dieron a costa de su sangre, venciendo en Caseros al centralismo odioso de los espurios hijos de la culta Buenos Aires, ha sido violada y mutilada desde el año '61 hasta hoy por Mitre y su círculo de esbirros. El pabellón de Mayo, que radiante de gloria flameó victorioso desde Los Andes hasta Ayacucho y que en la desgraciada jornada de Pavón cayó en las ineptas y felonas manos del partido rebelde, ha sido cobardemente arrastrado por los fangales del Estero Bellaco, Tuyutí, Curuzú y Curapaití. Nuestra Nación, tan feliz en antecedentes, tan grande en poder, tan rica en porvenir, tan engalanada en gloria, ha sido humillada como una esclava, quedando empeñada en más de 100 millones de pesos fuertes y comprometido su alto honor, a la vez que sus grandes destinos, por el bárbaro capricho de aquel mismo porteño que después de la derrota de Cepeda, lagrimeando, juró respetarla.

¡Compañeros! ¡Desde que aquél usurpó el Gobierno de la Nación, el monopolio de los tesoros públicos y la absorción de las rentas provinciales vinieron a ser patrimonio de los porteños, condenando al provinciano a cederles hasta el pan que reserva a sus hijos! Ser porteño es ser ciudadano exclusivista; y ser provinciano es ser mendigo sin patria, sin libertad, sin derechos. Esta es la política del gobierno de Mitre.

Tal es el odio que aquellos fraticidas tienen a los provincianos, que muchos de nuestros pueblos han sido desolados, saqueados y guillotinado por los alevos puñales de los degolladores de oficio: Sarmiento, Sandes, Paunero, Campos, Irrazábal y otros oficiales dignos de Mitre.

Así veía la Argentina provinciana al gobierno del traductor de Dante. El manifiesto de Felipe Varela concluía:

¡Abajo los infractores de la ley! ¡Abajo los traidores de la patria! ¡Abajo los mercaderes de las cruces de la Uruguayana a precio de oro, de lágrimas y de sangre argentina y oriental! ¡Atrás los usurpadores de las rentas y los derechos de las provincias en beneficio de un pueblo vano, despótico e indolente!

¡Soldados federales! Nuestro programa es la práctica estricta de la Constitución jurada, el orden común, la paz y la amistad con el Paraguay y la Unión con las demás Repúblicas Americanas.

¡Compañeros nacionalistas! El campo de la lid nos mostrará al enemigo. Allá os invita a recoger los laureles del triunfo o la muerte, vuestro jefe y amigo, Felipe Varela.

Campamento en marcha, 6 de diciembre de 1866 ^{63 bis}.

Santos Guallama se llamaba el jefe de vanguardia del ejército de Varela; soldado gaucho, su nombre, como el de Varela, Elizondo y Corvalán, figura en la nomenclatura del cuatrismo ¡Historiadores de pacotilla, no por casualidad muchos de ellos serían abogados a sueldo de las empresas imperialistas! Aún no se ha escrito la historia de las marchas de estas cohortes gauchas; en lucha obligaron a movilizar durante toda la guerra del Paraguay a la Guarda Nacional de cinco provincias.

Resumamos la cuestión. Sarmiento calcularía en cinco millones de pesos los recursos gastados para aplastar a las fuerzas de Varela, y en 5.000 hombres las tropas desmovilizadas de Paraguay para luchar contra los caudillos. Acusados de salteadores y bandidos de orden común por la camarilla porteña, los hombres de Varela y Guallama fueron calificados por el Juez Federal de Salta y la Corte de esta provincia «insurrectos» rechazando el cargo de «salteadores». Por esa razón, Sarmiento, siendo Presidente de la República, y muy olvidado de su origen sanjuanino, atacó con su dureza acostumbrada al referido juez.

El ejército del Norte a las órdenes del general Antonio Taboada (el santiagueño alquilado a Mitre) fue el encargado de liquidar las fuerzas irregulares de Varela.

Mientras Solano López agonizaba en la selva, irreductible y heroico, moría tísico en la ciudad chilena de Copiapó el general Felipe Varela. Era el 6 de junio de 1870. No era el único vencido en el país bañado en sangre.

El ejército de los «civilizadores»

En medio de un caos indescriptible, Mitre, enceguecido, vacilante, hipnotizado por el desastre, rechaza todas las tentativas de mediación sugeridas por

Paraguay, Chile, Perú y Francia. Los reclutas argentinos se desbandaban de tal modo que era preciso enviarlos a sus unidades con grillos en los pies. Juan Manuel de Rosas se disponía a remitir desde Inglaterra a Solano López la espada que San Martín le dejara en su testamento.

Se afirma que el general Virasoro escribe Popolizio en su biografía sobre Alberdi ha prometido encabezar la insurrección del ejército paraguayo. En estas provincias circula la versión de que las tropas de Urquiza engrosarían en cualquier momento el ejército del mariscal.

En Catamarca, el Gobernador Maubecin ordenaba fabricar a una herrería 200 pares de grillos para despachar un destacamento de «voluntarios» a la Guerra del Paraguay.

Generalísimo de los ejércitos de la Triple Alianza, en una de sus bravuconadas habituales, Mitre había anunciado:

En 24 horas al cuartel, en quince días en Corrientes, en tres meses a la Asunción⁶⁴.

La inquebrantable lucha del pueblo paraguayo duró cinco años refutando obstinadamente al soldado, tan estéril como el profeta. Refiriéndose al presidente Mitre, escribe Posse a Sarmiento:

Me hablas de la nulidad que ha traído los desastres de San Juan y otros que no ves a esa distancia, ¿qué sería si examinaras de cerca lo que sucede en toda la República? No hay gobierno, ni se ha hecho cosa alguna por fundarlo; todo se ha ido en rascarse las p... pelo arriba y pelo abajo. Cuánto dinero y cuánta fuerza gastada para organizar la anarquía. Verdaderamente hay ineptitud en nuestro partido, pero más ineptos son los jefes que han tenido su dirección y que lo han postrado por el desgobierno. Cada día me sorprende más de esta política sin política del Gobierno Nacional, es como si gobernara para la Luna. Viene una crisis y lo toma sin amigos, sin disciplina, sin organización, tanteando elementos por todas partes y librando su suerte más a la casualidad y a la corriente natural de las cosas que al éxito combinado» (Tucumán, junio 15 de 1867)⁶⁵.

La popularidad de esta guerra debe medirse en el hecho de que Mitre debía abandonar el frente paraguayo para sofocar en el territorio argentino las convulsiones civiles.

El Tratado de la Triple Alianza fue mantenido en secreto por sus firmantes, que no ignoraban el efecto que produciría su conocimiento a los pueblos interesados. Pero el Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, Carlos de Castro, hombre de Flores, comunicó «confidencialmente» su texto al embajador de Gran Bretaña. La Cámara de los Comunes, a su vez, fue informada de su contenido. El escándalo internacional permitió que se tradujesen a nuestro idioma, desde Londres, las cláusulas del infame tratado. Así pudo conocer el mundo la historia del complot. Sus términos expoliadores levantaron la indignada protesta de Perú, Bolivia, Ecuador y Chile. En el propio Brasil, a raíz de la duración de la lucha y los cruentos sacrificios que originaba, comenzaba a decirse que era una guerra en beneficio de los terratenientes brasileños del Sur.

El geógrafo Eliseo Reclús escribe en la *Revue des Deux Mondes*, noviembre de 1868, acerca de Mitre:

Revestido del título pomposo de general en jefe de los ejércitos aliados; disponiendo de los recursos bélicos de tres naciones, no tan sólo no ha podido el presidente cumplir en tres años la obra de conquista que presuntuosamente afirmaba poder acabar en tres meses, sino ni siquiera ha logrado relacionar su nombre con algunas de las victorias parciales que con razón o sin ella dicen los aliados haber ganado... Entre los sucesos de la guerra, sólo hay uno que pueda el Presidente del Plata reivindicar como resultado exclusivo de su alta estrategia, y es el terrible fracaso de Curupaití, que costó por los menos 5.000 hombres al ejército de los aliados.

Ante la posibilidad de que Sarmiento suceda a Mitre en la Presidencia, Reclús opina que

desgraciadamente es de temer que el señor Sarmiento quiera, él también, gozar del título de general en jefe, y dar una prueba de su talento estratégico, sea contra el Paraguay, sea contra las provincias del interior.

La penetración del célebre geógrafo y anarquista es irreprochable:

Todos los mercaderes, proveedores o almacenistas que surten al ejército y que viven de este tráfico tienen interés en ver prolongarse la lucha y consiguen con sus vociferaciones formar en toda asamblea una pequeña opinión ficticia... No sería extraño que los proveedores genoveses, argentinos o brasileños del ejército de invasión se encargasen ellos mismos de aprovisionar a los sitiados, porque, a creer el rumor público, es por mediación de oficiales de la alianza – los cuales se están haciendo millonarios– que los paraguayos reciben ya casi todas sus municiones.

La escasez de soldados obligó al Emperador don Pedro a abrir las cárceles brasileñas: con la soldadesca extraída del presidio pudo clavar la civilización su punta de lanza en el foco de la barbarie. No era en esto muy original el monarca de Río: ya Valentín Alsina, al serle requerida para la guerra la movilización de la Guardia Nacional, prefería, según su declaración del 23 de mayo de 1867, enfundar 400 uniformes a otros tantos presos; este recurso, decía el gobernador porteño

*causaba menos inquietudes a la sociedad*⁶⁶.

¡Vaya si les causaba menos! La Guardia Nacional era una milicia bisoña formada por los hijos de los vecinos distinguidos de la ciudad. Muy ciego en política tenía que ser el gobernador porteño que mandara a la «gente decente» de Buenos Aires a hundirse en el abismo guaraní. Para servir de carne de cañón estaban los morochos del interior o la oscura clientela de presidio.

Pero como a pesar de las levas apresuradas no se obtenían los soldados que devoraba la inquietud militar de Mitre y el heroísmo paraguayo, la Corte Imperial resolvió comprar carne fresca. Según Carlos Pereyra, el gobierno pagaba de 3 a 4 mil francos por cada esclavo destinado a la guerra.

*Aún se decía que los prisioneros paraguayos de Estigarribia fueron llevados a la campaña contra sus compatriotas*⁶⁷.

En su epigramático libro «Buenos Aires, sus hombres, su política», D'Amico destaca la fraseología pomposa de Mitre, que no perdía ocasión de acuñar vulgaridades conmemorativas:

Al recibir de un proveedor (se refiere este autor a esos comerciantes que se enriquecieron vendiendo materiales para la guerra del Paraguay) un rico reloj, recamado de brillantes: 'Me servirá para señalar la hora de la victoria' Cuando abandonó el ejército se lo pasó al Conde de Eu, que fue a quien se la señaló. Al pasar una revista de las dos divisiones de Buenos Aires, y reconocer en sus filas a la mayor parte de los jóvenes que dirigían el partido liberal llamado 'crudo' o alsinista: 'Me cabrá la gloria de vencer a los crudos pacíficos de Buenos Aires, con los crudos del Ejército'. A los crudos del Ejército los hizo matar en Pehuajó, y los de Buenos Aires le contestaron eligiendo a Sarmiento⁶⁸.

La sucesión presidencial

La putrefacción de la política mitrista, su impopularidad, el odio que suscitaba en la propia Buenos Aires, habían llegado a tales extremos que fueron inútiles todos sus esfuerzos para imponer un sucesor a su Presidencia. Su favorito era nada menos que Rufino de Elizalde, ministro de Relaciones Exteriores, antiguo palaciego de Rosas, porteño típico. Casado con la hija del representante diplomático brasileño, se lo llamaba «el candidato brasileño» por sus vinculaciones con la Corte Imperial.

Carlos D'Amico ha dejado un retrato mordaz de Elizalde:

Después de caído su ídolo (Rosas), había hecho ostentación de perseguir todo lo que de él provenía, y aplicaba su sistema a Mitre, a quien adulaba viendo en cada individuo un revolucionarios, y en cada movimiento político un plan siniestro de revolución o una tenebrosa conspiración; tenía una locuacidad incansable, y con ella era el paladín de todas las grandes inquietudes de aquellas épocas oscuras. Aunque carecía por completo de valor personal, tenía un valor moral estupendo, capaz de cargar con todas las responsabilidades y con todos los odios por una sonrisa aprobatoria de su superior⁶⁹.

El problema de la sucesión presidencial se planteaba en estos términos: Rufino de Elizalde era un candidato envilecido por la guerra del Paraguay. Urquiza, aun-

que desprestigiado en el interior por sus capitulaciones ante la oligarquía porteña siempre suscitaba más confianza que Elizalde, que era un servil peligroso. Las fuerzas de la provincia de Buenos Aires y la pobrería urbana estaban agrupadas en torno al caudillo Adolfo Alsina, cuyo partido autonomista recogía la tradición federal y tendía a abrazar una política nacional de mayor alcance.

En el seno del ejército, hastiado de sangre, la iniciativa del coronel Lucio V. Mansilla de apoyar a Sarmiento comenzaba a abrirse paso. Si bien todo el país sabía que Sarmiento era un «alquilón» de Buenos Aires, un sanjuanino servidor de los porteños, nadie ignoraba tampoco su origen provinciano, sus frecuentes disentimientos con el mitrismo, su carácter independiente y su original inteligencia. Su nombre era una prenda de transacción en el interior devastado y la soberbia porteña. En tales circunstancias, Mitre advirtió que la candidatura de Urquiza surgía amenazadoramente en el horizonte y se apresuró a salirle al paso. Desde su tienda de campaña, mientras organizaba las derrotas, escribió una carta que sus amigos calificaron de testamento político». En ella calificaba las candidaturas de Urquiza y de Alberdi como «reaccionarias» y se inclinaba a aceptar cualquier otra que no fuera la del caudillo entrerriano o la del pensador tucumano.

El liberalismo político estaba en su apogeo lo mismo que el odio generalizado contra Mitre. He aquí un ejemplo:

Los candidatos que hasta ahora se han discutido por la prensa son: Sarmiento, Adolfo Alsina, Elizalde y Urquiza. Los adversarios políticos de Sarmiento dicen: que es loco y díscolo, caprichoso y vano, extravagante y diabólico, dicen también que es condecorado por el Imperio y adicto a la gran política; y que siendo incapaz de gobernarse a sí mismo menos podrá gobernar la Nación. Sus correligionarios que no lo quieren para presidente le reconocen altas cualidades personales y grandes méritos como educador y como publicista, pero le niegan dotes para gobernante. Nosotros afirmamos que no sirve para la presidencia un hombre del cual se ha dicho con razón que 'talento verdadero tiene muy poco, sentido común ni un átomo y que a pesar de ello su vanidad no cabe en la Pampa»⁶⁹.

Y añade:

Elizalde, como es ministro de Mitre, como colaborador el más activo de la Política Grande a la que debemos tanta miseria, tanta

sangre y tanta ruina, tiene menos simpatías y más resistencia que ningún otro. Sus adversarios lo rechazan por sus antecedentes, por ser un candidato del Imperio y porque temen que como un Judas venda la patria por treinta dineros... Para continuar la guerra a muerte y fratricida, conviene Alsina; para entregar la patria maniatada al Imperio esclavócrata, Elizalde; para gobernar el loquero de la Nación y hacer el caos, Sarmiento; y para sujetar al caudillaje de poncho y levita que pulula en toda la República, el general Urquiza^{69bis}.

Ni Alsina, gobernador de la provincia, ni Urquiza con su influencia en el Litoral, ni, por supuesto, el cortesano Elizalde, apoyado en el decaído prestigio de Mitre, eran capaces, por sí solos de nuclear a la mayoría del país. Comenzaba a producirse un acercamiento entre Alsina y Urquiza, cuando la candidatura de Sarmiento, que levantaba en Buenos Aires menos resistencias que la de Urquiza, convence a Alsina de que era necesario llegar a un acuerdo con el sanjuanino. Al apoyar la burguesía culta de varias provincias su nombre, y contando con el peso del gigante bonaerense a su favor, Sarmiento gana la Presidencia de la República.

Mitre le deja la guerra como herencia. El Paraguay es arrasado al fin, su población diezmada, Solano López muere como un héroe en Cerro Corá, asesinado a tiros y lanzazos. Brasil ocupa Asunción. Sus tropas saquean la capital paraguaya, se llevan de las casas particulares muebles, alfombras, ropa, objetos de plata. De trecho en trecho, los saqueadores incendian las casas para iluminar su retirada. Asunción es una gigantesca antorcha. Aún quema el rostro de la canalla oligárquica. Manuel Gálvez ha revivido en su épica trilogía novelesca ese drama de nuestra balcanizada América Latina⁷⁰.

Todo el territorio de la ribera izquierda del Alto Paraná quedó en poder de Brasil. Excluido del problema de los límites, el gobierno porteño protestó. Había llegado la ocasión de inventar la famosa frase: «La victoria no da derechos».

Carlos Pereyra, el notable historiador mejicano, señala:

La victoria siempre da derechos y el vencedor quiere que los dé. Si el gobierno de Buenos Aires quería que no los diera, fue porque la victoria era del Brasil; y los derechos de la victoria del Brasil no podían obtenerse sino a expensas de la República Argentina. Ganada la guerra, se vio que quien había ganado era Brasil, y que la Argentina se había prestado a enseñorear un amo dentro de su propio territorio, en el lecho de sus ríos y en la boca de su

estuario. Preciso era evitar las consecuencias de la falta. De ahí la frase: «La victoria no da derechos». La victoria no da derechos cuando no los hemos de aprovechar⁷¹.

Esto se comenta por sí mismo. Observemos tan sólo que la frase citada era de Mariano Varela, ministro de Sarmiento y antibrasileño, formulada cuando se veían desde gobierno de Buenos Aires los frutos de la política mitrista y se intentaba vanamente contener al Emperador.

¿Qué ocurrió después de la derrota paraguaya? Afirmada con sangre la fragmentación de las provincias del Plata, separadas más aún las pequeñas repúblicas del viejo virreinato, triunfó la política separatista del capital europeo, cuyo principal agente fue Mitre. Inglaterra penetró inmediatamente en el Paraguay aplastado con un empréstito de 200.000 libras esterlinas. Contribuyó de esta manera a «reconstruir el país arruinado por el instrumento militar del prestamista⁷².

Paraguay reconoció como deuda la suma de 1.438.000 libras esterlinas, en pago de la generosa ayuda. Poco tiempo más tarde, y para aliviar la usura, se convino una disminución del total adeudado a cambio de la entrega por el Paraguay de 300.000 hectáreas de tierra.

Dicho en otros términos por la intervención directa de la ingeniosa y rapaz Albión, se echaron las bases del latifundio bárbaro en el Paraguay, esclavizando al pequeño campesino que constituía la tradición más original del país y el cimiento de su fuerza militar. En 1908 la deuda paraguaya a Inglaterra ya ascendía a 7.500.000 libras esterlinas. ¡Un testimonio de la era imperialista bastante diferente al imperialismo de Solano López! Si al comenzar la guerra el Paraguay contaba con 1.500.000 habitantes, al concluir la farsa criminal vagaban entre las ruinas humeantes 250.000 niños, mujeres y ancianos sobrevivientes.

La barbarie anglo porteña impuso al Paraguay la condición servil de los trabajadores en los yerbales. El 1º de enero de 1871, poco después de terminada la guerra y con el país asolado, se dictaba el siguiente decreto:

El presidente de la República, teniendo conocimiento de que los beneficiadores de yerbas y otros ramos de la industria nacional, sufren constantes perjuicios que les ocasionan los operarios, abandonando el establecimiento con cuentas atrasadas... Decreta:

Artículo 1º...

Artículo 2º – En todos los casos que el peón precisase separarse de sus trabajos temporalmente deberá obtener asentimiento por

medio de una constancia firmada por el patrón o capataces del establecimiento.

Artículo 3º – El peón que abandone su trabajo sin este requisito, será conducido preso al establecimiento, si así lo pidiere el patrón, cargándosele a la cuenta los gastos de remisión y demás que por tal estado origine». Rivarola, Juan B. Gil^{72 bis}.

En este simple y repugnante decreto pueden resumirse los fines últimos de la Guerra del Paraguay, conducida por la oligarquía porteña y brasileña, bajo los dictados del Imperio británico. ¿A estos bandidos y sátrapas elogian los historiadores liberales y stalinistas cuando hablan del «capitalismo civilizador» de Buenos Aires y repudian el «feudalismo paraguayo»?

Sometido a la explotación de una oligarquía anglo argentina, el Paraguay no se ha repuesto de ese desastre formidable que ha remachado simultáneamente la colonización paraguaya y argentina. Al Brasil «triumfante», no le fue mucho mejor con el sucio negocio. Los ingleses, tan expertos consejeros de la preparación de la guerra, también «ayudaron» al Imperio en sus dificultades financieras. Brasil obtuvo un empréstito de 91 millones de libras; hubo de reconocer 125 millones, lo que prueba que los ingleses saben cómo tratar a sus aliados.

En cuanto a Mitre no tenía razones para quejarse. D'Amico, el ex Gobernador de Buenos Aires, escribe:

Los proveedores (de la guerra) cuyas fortunas insolentes se habían hecho a la sombra de Mitre, le regalaron a éste la casa en que hoy está la opulenta imprenta de 'La Nación' ⁷³.

La guerra del Paraguay, como último episodio de la disgregación política del Sur y la penetración económica de Europa en su fase pre imperialista, tales son los dos hechos que distinguen a la Presidencia de Mitre. Al concluir su gestión funesta, el Senador Nicasio Oroño, gran político santafesino, elaboró una estadística reveladora, demostrando que el régimen de Mitre había sido una calamidad nacional. Según Oroño,

desde junio de 1862 hasta igual mes de 1868, habían ocurrido en las provincias 117 revoluciones y 91 combates con muerte de 4.728 ciudadanos⁷⁴.

Toda la tragedia y estas cifras asombrosas, no impedirían a nuestro prócer declarar en 1869, en otra de sus arengas:

Cuando nuestros guerreros vuelvan de su larga y gloriosa batalla a recibir la merecida ovación que el pueblo les consagre, podrá el comercio ver inscriptas en sus banderas los grandes principios que los apóstoles del librecambio han proclamado para mayor felicidad de los hombres⁷⁵.

¡Bien sabían los ingleses a quien habían nombrado generalísimo! Teníamos que hundimos todos para salvar el librecambio. Pero nuestros guerreros no escucharon ovaciones sino gritos de espanto. En sus mochilas traían la fiebre amarilla, que diezmó la ciudad.^{76 bis}

Y así, inepto en la guerra, victorioso en el comercio, introductor de la peste, barrido de la escena política, Mitre no tuvo más remedio que encerrarse en su casa a escribir libros de historia y organizar su canonización póstuma. Un pesimista debería concluir que nuestro pueblo no tenía salvación. Pero la oligarquía que hizo de este hombre borroso su tipo representativo no tendría la última palabra.

Una y otra vez levantarán su cabeza los argentinos.

Notas

¹ JOSÉ HERNÁNDEZ: *Martín Fierro*, p. 255 Ed. Crítica de Leumann, Estrada Editora, Bs. As., 1961.

² Desde la primera edición de esta obra, en 1957, se han publicado numerosos estudios sobre los caudillos de provincia. La reorientación de la nueva generación de historiadores revela la presión del presente sobre el pasado.

³ Cfr. HERRERA, *ob. cit.*

⁴ ALVAREZ: *Historia de Santa Fe*, p. 9.

⁴ bis QUESADA, *ob. cit.*, p. 41.

⁵ ENRIQUE POLIZIO: *Alberdi*, p. 163 y ss., Ed. Losada, Buenos Aires, 1946.

⁵ bis ALBERDI: *Escritos Póstumos*, Tomo XV, p. 190.

⁶ V. ARTURO B. CARRANZA: *La Cuestión Capital de la República* p. 23, Tomo IV, Ed. Rosso, 1929.

⁷ LÓPEZ: *Manual*, p. 541.

⁷ bis OCTAVIO R. AMADEO: *Vidas Argentinas*, p. 25, Ed. Giordia, Buenos Aires, 1957.

⁸ D'AMICO, *ob. cit.*, p. 41.

⁹ LUCIO V. LÓPEZ: *La Gran Aldea*, p. 28, Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1965.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ PAUNERO: en *Archivo Mitre*, V, tomo XI, 1862, correspondencia sobre las expediciones al exterior.

¹² V. JOSÉ HERNÁNDEZ: *Vida del Chacho*, Buenos Aires 1947; LUIS FERNÁNDEZ ZÁRATE: *Angel Vicente Peñaloza*, La Rioja 1952; DARDO DE LA VEGA: *La Rioja Heroica*, Universidad Nacional de Cuyo, 1955; ATILIO GARCÍA MELLID: *Montoneras y caudillos en la historia argentina*, Ed. Recuperación Nacional, Buenos Aires 1946. V. la documentada biografía de FERMÍN CHÁVEZ: *Vida del Chacho*, Ed. Theoria, Buenos Aires, 1962.

¹³ Según Joaquín V. González, el elemento federal que apoyó a Peñaloza en junio de 1863 «era numeroso en la clase trabajadora del pueblo, particularmente entre los artesanos fanatizados». Al producirse la retirada del Chacho en las Playas «quedan –dice– sosteniendo desigual combate con heroica bravura los artesanos de Córdoba, que han dejado el martillo y la fragua para blandir la lanza», En FERMÍN CHÁVEZ: *Los matreros y el Chacho*, Conferencia pronunciada en Córdoba 14 de agosto 1964.

¹⁴ DARDO DE LA VEGA: *Mitre y el Chacho*, La Rioja, 1939.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ Por analogía con la guerra Crimea, en Córdoba se llamaba a los federales, que eran numerosos, «rusos» y a los liberales, que eran menos «aliados».

¹⁸ DE LA VEGA DÍAZ, *ob. cit.*

¹⁹ Todo el carácter de Mitre se revela en el siguiente episodio: «el mismo general Arredondo cuenta que, cuando vino a Buenos Aires, después de su campaña en el interior le dijo a Mitre: 'Sandes es un malvado. ¿Y qué me contestó el general Mitre? Con su apatía habitual me contestó': 'yo se que Sandes es un mal, pero es un mal necesario'». Cfr. CHÁVEZ, *ob. cit.*, p. 65. Es sabido que Sandes era un militar oriental que arrasó las provincias federales y que se distinguía por una especie de demencia homicida.

La hipocresía mitristas se desnuda en su correspondencia íntima. En una carta a Marcos Paz, vicepresidente, dice Mitre: «mejor que entenderse con el animal de Peñaloza, es voltearlo, aunque cueste un poco más. Aprovechemos la oportunidad de los caudillos que quieren suicidarse para

ayudarlo a morir.. al Chacho, es preciso que se lo lleve el diablo barranca abajo». (Santa Fe, 10 de enero de 1862), cit. Chávez, p. 65.

^{19 bis} César Reyes hijo de un militar mitrista –Don Marcelino Reyes–, refiere en una interesante memoria familiar sobre el Chacho algunos rasgos biográficos del asesino del Chacho, que al mismo tiempo retratan las costumbres de la época: «Fue Irrazábal un gaucho analfabeto de origen porteño, alto, delgado, negro y feo, según me refiere mi madre que lo conoció mucho en La Rioja siendo ella muy niña, solía alojarse en casa de sus padres. Me refiere que la esposa de éste Doña Luisa Llanos, que lo acompañaba siempre hasta en campaña –como al Chacho la suya, Doña Victoria más conocida con el nombre de Doña Victoria vieja y feísima, teniendo –a pesar– una gran influencia sobre él. Que la llamaba Doña Luisa tratándola de usted... . Doña Luisa Llanos fue antes mujer de Sandes, y antes de otro pues fue casada tres veces. Era riojana, guardaba en una bolsa los restos de sus tres esposos; cuando estaba alcoholizada lo cual ocurría de continuo sacaba su bolsa agitándola, sin duda para evocar la protección de sus manes conyugales. Viven muchos testigos que la conocieron. Doña Victo, la del Chacho, era también gauchona; lo acompañaba siempre a Peñalozza en sus campañas, manejando una lanza hecha a propósito para ella, de dimensiones menores». En Chávez, p. 211.

²⁰ HERNÁNDEZ, *ob. cit.*, p. 7.

²¹ En 1961 la Editorial Coyoacán publicó una nueva edición.

^{22 bis} Cfr. PALACIO, *ob. cit.*, p. 196, 11.

²² *Ob. cit.* La presidencia de Mitre se propuso exterminar a los caudillos de las provincias federales, según se ha visto hasta aquí. A los marxistas cipayos en búsqueda de «capitalismo» mitrista como «feudalismo» federal, le sugerimos la lectura de la siguientes líneas: «Don Luis Molina había sido elegido por Sarmiento (carta a Mitre del 2 1 1862) para la gobernación de Mendoza. Entró a sangre y fuego en los valles, donde habitaban familias agricultoras sospechosas de participación en las montoneras. «No trasladó la población –escribe el teniente coronel Lino Almandos–, pero les quitó a las familias los hijos de ambos sexos, los que se hayan repartidos en diferentes puntos... ; fusilaron a cuatro sin formación de causa. Arriaron hasta el otro lado de las Lagunas, provincia de San Juan y me han asegurado que parte de estos ganados engrosan los puestos del gobernador Molina; lo que me consta por habérselo oído al propio gobernador Molina; a mi presencia le dieron orden al mayor Flores que les apartase una pareja de caballos para su carruaje y seis chinitas para regalar». Cfr. Palacio, *ob. cit.*, p. 196, II. Esto de las chinitas es una vieja tradición oligárquica vinculada al régimen de la tierra. Sobrevive en el siglo XX y el escritor millonario Ricardo Güiraldes sabía del asunto. Ver tomo IV de esta obra.

²³ ALBERDI, *Obras Selectas*, T. VII. No es inoportuno añadir aquí que la mistificación histórica acompaña como una sombra los actos de nuestros historiadores oficiales. Si se considera que Mitre ordena asesinar a las figuras populares de su época, cabe imaginar que sus obras, sus amigos y sus periodistas, de ayer y de hoy, necesitaban componer una imagen oficial de esa política sangrienta. Olegario Andrade escribió un poema en memoria del Chacho:

«Mártir del pueblo.
Tu cadáver yerto.
Como el ombú que el huracán desgaja
tiene su tumba digna en el desierto
las grandes armonías por concierto
y el cielo de la patria por mortaja».

El periodista de Mitre Héctor F. Varela, años más tarde, publicó los versos que Andrade había dedicado al Chacho, como versos consagrados al general Lavalle. Ni los poetas escaparon a la farsa. V. MAYER: *Alberdi y su tiempo*, p. 667, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1963.

²⁴ ROSA, *ob. cit.*, p.168.

²⁵ FERNS, *ob. cit.*, p. 337: «La inversión ferroviaria tenía por objeto conquistar mercado que eran de donde se obtenían mayor margen de ganancias. Los contratistas de ferrocarriles Brassey and Whyts fueron los principales promotores ingleses y los mayores en el ferrocarril Sud. Otro era Tomás Brumball, un ingeniero civil que obtuvo el primer contrato de la compañía para marcar la ruta entre Buenos Aires y Chascomús. De la misma forma, los comerciantes que participaron como organizadores e inversores pueden haber considerado la inversión no como un fin en sí misma, sino como un medio de mejorar las oportunidades comerciales, las cuales eran el principal ingreso».

Cuando en 1862 durante la presidencia de Mitre el Foreign Office autorizó al cónsul británico para integrar la oficina en Buenos del Gran Ferrocarril Sud, el argumento que persuadió a Lord John Russell para aprobar la medida fue que dicha empresa abriría nuevos mercados para las manufacturas británicas. *Ibíd.*, p. 337.

²⁶ V. DORFMAN, *ob. cit.*.

²⁷ En su *Historia de los Ferrocarriles Argentinos*, SCALABRINI ORTÍZ cita a un autor británico Allen Hutt, quien explica el propósito que guiaba a los ferrocarriles ingleses en los países coloniales y semicoloniales: «no persiguen el mismo fin que en Inglaterra, es decir que no son parte, –y una parte esencial– de un proceso general de industrialización. Esos ferrocarriles se emprenden solamente, simplemente, para abrir tales regiones como fuentes proveedoras de productos alimenticios y materias primas, tanto vegetales como animales, no para apresurar el desarrollo social por un estímulo a las industrias locales. En realidad la construcción de ferrocarriles en los países coloniales y subordinados es una muestra de imperialismo cuya esencia es su función antiprogresista», p. 265.

²⁸ LENIN: *El imperialismo, fase superior de capitalismo*, p. 420, Tomo II, Obras Escogidas, Ed. Problemas, Buenos Aires 1946.

²⁹ PUIGGRÓS: *Historia económica del Río de la Plata*, p. 205.

³⁰ RAÚL SCALABRINI ORTÍZ: *Historia de los ferrocarriles argentinos*, p.87, Buenos Aires, 1957.

³¹ Cfr. SARMIENTO: *Facundo*, Buenos Aires, Ed. Mundo Moderno, 1952.

³² SOLANO PEÑA GUZMÁN: *Historia de la política económica en Inglaterra*, en Revista de Economía Argentina, año XXVII, N° 330, diciembre de 1945, tomo XLIV.

³³ Ya en 1350 Eduardo III afirmaba que «una Nación puede hacer algo más útil y provechoso que exportar lana en bruto e importar productos fabricados con ella». A su vez, Eduardo IV prohibía la importación de paños extranjeros y fomentaba la industrialización de lanas. Isabel, en el siglo XVI protegió la inmigración de mineros y metalúrgicos alemanes para desarrollar la riqueza carbonífera y la siderurgia británica. Adam Smith escribe: «En Inglaterra no sólo hay infinidad de prohibiciones bajo las penas más severas, para la extracción de las materias primas empleadas en las manufacturas, cuyo monopolio desean radicar en sus dominios, sino aun para la de todos los instrumentos directos e indirectos, máquinas y demás utensillos de los oficios y fábricas. Y aún no se contentaban con esto, sino que castigaban con rigor indecible a cualquier artesano o artífice que sale o intenta salir de sus dominios para reinos extraños, con el fin de ejercer o enseñar en ellos las manufacturas u oficios que han aprendido en la Gran Bretaña. Se le declara expatriado, incapaz de suceder y de adquirir cosa alguna, se le confiscan sus bienes y haciendas, se le priva de la protección de las leyes y queda expuesto a otras penas corporales y afflictivas, si logran detenerlo o si reconvenido que vuelva a la patria dentro de cierto breve plazo, no lo ejecuta inmediatamente».

El Acta de Navegación se dicta en 1651; junto con la expulsión de los mercaderes de Stanford es la medida capital de la historia económica de Inglaterra. Dicha Acta estipulaba que todo producto que saliese o entrase a las islas debía hacerlo exclusivamente en un buque de insignia inglesa. V. PEÑA GUZMÁN, *ob. cit.*

³⁴ Cit. por ROSA, 13.

³⁵ *Ibíd.*

³⁶ FEDERICO ENGELS: *Proteccionismo y librecambio*, prólogo a la edición inglesa del discurso de Marx sobre el librecambio, 1888, en *Escritos Económicos Varios*, p. 363, Ed. Grójalbo, México, 1962.

³⁷ HERRERA: *El drama del '65 (la culpa mitrista)*, p. 33, Ed. Homenaje, Montevideo 1943.

³⁸ ALBERDI, *ob. cit.*, p. 85.

³⁹ ROSTOVSKY, etc., *ob. cit.*, p. 130.

⁴⁰ ARTURO BRAY: *Hombres y épocas del Paraguay*, p. 15.

⁴¹ V. JOSÉ ANTONIO VÁZQUEZ: *El doctor Francia visto y oído por sus contemporáneos*, Ed. Paraquarae, 1962.

⁴² JULIO CÉSAR CHÁVEZ: *ob. cit.*, p. 291.

⁴³ CARLOS PEREYRA: *Francisco Solano López y la guerra del Paraguay*, p. 10. Ed. San Marcos, Buenos Aires 1945.

⁴⁴ FRANCISCO R. PINTOS: *Historia del Uruguay*, p. 44, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo 1946.

^{44bis} Venancio Flores embarcó en Buenos Aires en el buque «Caaguazú», de la armada argentina que lo condujo a la costa oriental. Concurrió a despedirlo el general Gelly y Obes ministro de guerra de Mitre. V. HERRERA, *ob. cit.*, p. 196

⁴⁵ VICTORICA, *ob. cit.* p. 460.

⁴⁶ VICTORICA, *ob. cit.* p. 465.

⁴⁷ IRAZUSTA: *Ensayos Históricos*, p. 234.

⁴⁸ EFRAIM CARDOZO: *El Imperio del Brasil y el Río de la Plata*, p. 336. Ed. Librería del Plata, Buenos Aires, 1961.

⁴⁹ MAYER, *ob. cit.* p. 335.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 36.

⁵¹ ALBERDI, *ob. cit.* *Historia de la guerra del Paraguay*, Ed. de la Patria Grande, Buenos Aires, 1962.

⁵² MAYER, *ob. cit.*, p. 37.

⁵³ V. RAMÓN J CÁRCANO: *Guerra del Paraguay*, I, Buenos Aires, 1941.

⁵⁴ ALBERDI, *ob. cit.*, p. 55.

⁵⁵ MAYER, *ob. cit.*, p. 38.

⁵⁶ ALBERDI, *ob. cit.*, p. 80.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 86 y ss..

⁵⁸ ALBERDI, *ob. cit.*, p. 88.

^{58bis} Una excepción es el reciente *Pro y contra de Alberdi*, de LUIS ALBERTO MURRAY, Ed. Peña Lillo, 1972.

⁵⁹ V. OSVALDO GUGLIELMINO: *El hermano de Martín Fierro*, Ed. Perlado, Buenos Aires, 1866.

⁶⁰ CARLOS GUIDO Y SPANO: *El gobierno y la Alianza, consideraciones políticas*, Imprenta Buenos Aires, 1866.

⁶¹ JACQUES CHASTENET, *El siglo de la Reina Victoria*, p. 276, Ed. Argos, Buenos Aires, 1949.

⁶² GÁLVEZ: *Sarmiento*, p. 300.

^{62bis} MAYER, *ob. cit.*, p. 728.

⁶³ V. FRANCISCO CENTENO: *Virutas Históricas*, Buenos Aires, Méndez, 1929. Asimismo ANTONIO ZINNY: *Historia de los gobernadores*, p 142 y ss. Tomo V, Ed. La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1921. Zinny recoge de la oligarquía salteña la misma versión calumniosa que esa clase ha guardado para la memoria de Güemes, de donde Varela resulta indirectamente vindicado. En cuanto a la «gente decente» de Salta, bastará recorrer sus antecedentes godos en las *Memorias del general Paz*, Tomo 1, p. 99, Ed. Almanueva.

^{63bis} V. CENTENO, *ob. cit.*

⁶⁴ GUIDO Y SPANO, *ob. cit.*

⁶⁵ Posse a Sarmiento: *Epistolario*, Tomo I, p. 168.

⁶⁶ PEREYRA, *ob. cit.*, p. 102.

⁶⁷ PEREYRA, *ob. cit.*, p. 101.

⁶⁸ D'AMICO, *ob. cit.*, p. 117.

⁶⁹ *Ibídem*, p. 108.

⁷⁰ GÁLVEZ: *Humaitá, Jornadas de agonía, Los caminos de la muerte*, Ed. Losada, Buenos Aires.

⁷¹ PEREYRA, *ob. cit.*, p. 178.

⁷² *Ibídem*, p. 168.

^{72 bis} RAFAEL BARRET: *Obras completas*, p. 149, Tomo 1, Ed. Americalec, Buenos Aires, 1954.

⁷³ En «La Nación», p. 106, *ob. cit.*

⁷⁴ Cit. por PEREYRA, *ob. cit.*, p. 178.

¹⁵ MITRE: *Arengas*, p. 277, Ed. «La Nación».

⁷⁶ El pensamiento marxista en nuestro país ha padecido una deformación tan monstruosa, que durante mucho tiempo el stalinismo y el «justismo» impusieron su sello mitrista a la izquierda cipaya, en el orden político como en el histórico. Dice ENGELS, *ob. cit.*, p. 362: «*Nada tiene de extraño que, en circunstancias tan propicias, extendiese su dominio la industria inglesa, movida por el vapor a expensas de las industrias domésticas extranjeras, cuya fuerza motriz era el trabajo manual. ¿Y ante esto qué iban a hacer los demás países? ¿Cruzarse de brazos y resignarse a verse degradados, así, al papel de simples apéndices agrarios de Inglaterra 'taller del universo'*».

^{76 bis} «El cólera se ha producido porque los aliados, de común acuerdo arrojaban al río los muertos de bala o de epidemia para envenenar a las poblaciones del litoral, que como Entre Ríos y Corrientes eran adversos a la alianza y a la guerra». V. LAURINDO LAPUENTE, *ob. cit.*

LA CONTRAOFENSIVA PROVINCIANA

Ya está el «loco» Sarmiento en el poder. Había soñado en ese momento único desde los años de soledad y destierro. Sanjuanino aporteñado, talentoso instrumento de la oligarquía porteña, puño implacable de Mitre en la extirpación de los caudillos y del gauchaje, español antiespañol como todos los españoles, admirador de los anglosajones y de su idioma y fundador, con Hernández, de nuestra literatura, Sarmiento nos ofrece precisamente el espectáculo mediocre de Mitre. Estamos frente a un hombre contradictorio, vital creador y provinciano al fin.

El secreto de su personalidad, creo, es éste: era un genio provinciano, por eso era «loco». Su autodidactismo heteróclito y amor por la cultura era la necesidad explicable del pobrerío del interior por una nación verdadera. Lo odió a Facundo, porque Facundo era la realidad sin afeites del medio histórico provinciano del cual él mismo surgía. Al rechazar esta sociedad, Sarmiento expresó como nadie la ambición provinciana de sustituir la lanza por el Rémington y la escuela. Fue un burgués sin burguesía, maestro iletrado que hizo su cultura a poncho, que no fundó escuela (según ha probado Avellaneda en carta famosa) pero quiso fundarlas y peleó por ellas. Alberdi y Sarmiento fueron los dos intelectuales más notables producidos por el interior; la diferencia entre ambos radica en que Sarmiento transigió sistemáticamente con la oligarquía porteña para poder vivir y expresarse; Alberdi, por el contrario, a partir de su colaboración con Urquiza y la Confederación, fue extirpado del mapa político del país, donde se le rehusó todo.

Sin embargo, la burguesía comercial porteña, que utilizó muchas veces a Sarmiento, no lo asimiló nunca por entero. No es aventurado conjeturar que la masonería, que ya en esa época se había convertido en una organización política secreta del capitalismo colonial, facilitó las capitulaciones porteñas de Sarmiento. La oligarquía lo usó después de muerto para hundir en la oscuridad a la historia argentina bajo su mole de falso genio y lapidar a Alberdi. De este último, a su

turno y como en el caso de Sarmiento, se glorificarán sus extravíos, para reducir a la nada su pensamiento fundamental. El «Facundo» es una hermosa mentira, cuyo resplandor artístico perdurará en la historia de nuestra literatura. Pero el personaje demoníaco que nos presenta Sarmiento no existió nunca. Sarmiento no escribió ninguna obra que sustente su fama de pensador, aunque casi todas las páginas revelan a un escritor prodigioso. «Facundo» es un relato novelesco; describe la pampa antes de haberla desconocido; su héroe que el autor señala como figura sangrienta y siniestra, era profundamente amado en su tiempo por gran parte del pueblo argentino. Las anécdotas del libro son inventadas «a desigño»¹ confiesa Sarmiento en carta al general Paz. Lo mismo puede afirmarse de sus violentos artículos contra Rosas; en su ancianidad dirá a un joven autor que no debe tomar al pie de la letra la literatura ocasional de los proscriptos. «Argirópolis» proponía la Isla Martín García como capital de la República, locura regocijante que divertía a los porteños y los tranquilizaba, contrariaba la aspiración provincial, que era federalizar Buenos Aires. «Conflicto y armonía de las razas de América» es un alegato incoherente y reaccionario contra el indio y el mestizo, producto de lecturas europeas mal digeridas. Pero los pensamientos penetrantes y las observaciones más inesperadas y felices se encuentran a puñados en toda su obra, inarticulada como el país caótico que engendró a Sarmiento.

De una manera casi inevitable, al subir el sanjuanino a la Presidencia, debía producirse un desplazamiento en las fuerzas nacionales.

Al fin y al cabo, el nuevo mandamiento era un provinciano apoyado por el Partido Autonomista de la provincia de Buenos Aires y por el interior. En una carta que el tucumano Posse envía a su amigo Sarmiento en los primeros tiempos de su Presidencia le dice:

por más que busco los orígenes de la oposición que nace, no veo más que el porteñismo comprimido que se escapa por la primera rotura que le viene a las manos. ¡Un Presidente provinciano es una cosa escandalosa!

Y agregaba:

la cuestión Capital es un cáncer que te ha dejado Mitre, cuyo remedio está en los arcanos de la Providencia. Desde el principio he dicho que no la palabra sino el cañón ha de resolver la cuestión².

En una carta anterior, Posse, que no tenía pelos en la lengua, le escribía a su amigo:

Mitre me ha mandado su discurso de Chivilcoy, que por hallarle sabor a leche de burra en los primeros renglones abandoné su lectura. Me confundo cuando pienso en qué consiste la vitalidad de esa personalidad política, del profeta de profecías que nunca se cumplen. Ya caigo en la cuenta: en Buenos Aires las gentes del país tienen estómago débil, no digieren alimentos fuertes, por eso tiene consumo la leche de burra de los discursos de Mitre, p. 229.

Esto último se revelaría profético. El problema de la capital al que se refería Posse se venía arrastrando desde 1810. Alberdi lo señalaba como el factor desencadenante de nuestras disensiones civiles, junto con la cuestión de la Aduana. Ya nos hemos referido a ella copiosamente; ahora sólo diremos que Sarmiento tampoco tendrá fuerzas suficientes para resolver la cuestión de acuerdo al interés nacional. Recién en 1880 Roca y su generación provinciana, con la ayuda del Ejército, reintegrará su capital histórica a todos los argentinos.

José Hernández enfrenta a Sarmiento

Al día siguiente de asumir Sarmiento, ya estaba el mitrismo en la oposición y conspirando. La conclusión de la guerra del Paraguay y la áspera discusión con los aliados brasileños acerca de los alcances del tratado, no hizo sino acrecer la impopularidad de Mitre. Aristóbulo del Valle lo acusaba de «haber sido burlado como un niño». El prócer se excusaba, balbuceando en «La Nación» frases sobre su «candidez».

El aplastamiento del partido federal en las provincias prosiguió con renovado furor, mientras Urquiza se desvanecía en un ocaso definitivo.

En la provincia de Corrientes gobernaba Evaristo López, viejo federal. Su ministro era José Hernández, futuro autor de nuestro poema nacional y antiguo adversario de Sarmiento. Un golpe de los mitristas derribó a Evaristo López instalándose un gobierno ilegal que a su vez se ve jaqueado por una sublevación al mando del General Cáceres, que pretende reponer en el gobierno a López. Rotas las hostilidades, Sarmiento interviene la provincia. Envía como comisionado nacional a Vélez Sársfield integrante al que llamaban en provincias «Doctor Man-

dinga» y al que sus adversarios atribuían la cualidad de dormir con un solo ojo. Antes de pasar a Corrientes, Vélez visita Entre Ríos donde obtiene el apoyo de Urquiza para neutralizar la influencia de Evaristo López. Bajo el pretexto de que el período gubernativo de López de todos modos terminaba, Vélez convoca a elecciones provinciales que le dan el poder a un tal Guastavino. Este último se pone rápidamente al servicio de Sarmiento.

Algo semejante ocurre en San Juan, que interviene sin motivo, y en Salta, donde envía fuerzas militares para concluir con el General Felipe Varela. En San Luis, Arredondo fusila sin discriminación; continúa en todas partes una persecución implacable a los representantes del federalismo histórico. Evaristo Carriego, abuelo del poeta porteño, hablará de las «*propensiones sanguinarias*» de Sarmiento. Si Mitre le vuelve la vida imposible con el localismo porteño, también lo hostiga a Sarmiento el interior donde la política de exterminio del Presidente, hombre sin partido, facilita el acceso al poder de los núcleos «distinguidos» de la burguesía comercial lugareña, adheridos al partido mitrista.

Con los Taboada, caudillos de frac que dominan largos años Santiago del Estero y las provincias vecinas, Sarmiento tiene choques frecuentes. Los Taboada son aliados del mitrismo; Sarmiento ve en ellos enemigos hábiles y poderosos. Ya empieza a descollar en esos años un joven militar al que Sarmiento enviará en delicadas misiones políticas y militares: el comandante Julio A. Roca. Distingúase por una notable sutileza política y una energía envuelta en guante de terciopelo. Ya oiremos hablar de él, pero vale la pena señalar que su carrera comienza verdaderamente bajo el presidente provinciano.

El asesinato de Urquiza

Sarmiento obtiene en Londres un préstamo de 30 millones de pesos fuertes: 10 millones estaban destinados a terminar la guerra del Paraguay. Los otros 20 eran para financiar el aplastamiento de las revoluciones interiores. Poco después de tomar el mando hace una visita a Entre Ríos y conferencia con Urquiza; a ello lo obliga la guerra sorda que el mitrismo le hace a su gobierno. El caudillo entrerriano ya es una sombra. Su capitulación ante Mitre en la guerra del Paraguay lo ha despojado, como en un eclipse súbito, de su aureola popular, que se apagaba desde Pavón. Sarmiento, que es «medio gaicho» según la apreciación de Vélez, está muy contento con el apoyo que le manifiesta Urquiza. Pero en Entre Ríos la frase más popular y sugestiva por esos días era: «*Urquiza se ha*

vendido a Buenos Aires» Todas las memorias y recuerdos de los entrerrianos de la época contienen expresiones semejantes.

Al regresar a Buenos Aires, el Presidente se siente fortalecido; arremete en la prensa contra el mitrismo y los porteños; a sus espaldas cree contar con las lanzas de Urquiza para sostener el poder nacional. Pero el 11 de abril de 1870 se difunde como un relámpago en toda la República la noticia del asesinato de Urquiza. Es inmolado en su palacio de San José por un grupo de federales entrerrianos exaltados por su «entrega a Buenos Aires»; la legislatura de Entre Ríos se reúne en seguida y designa nuevo Gobernador al General Ricardo López Jordán, hijo del hermanastro del caudillo Francisco Ramírez, que fuera Supremo Entrerriano. López Jordán había sido principal lugarteniente de Urquiza en todas sus campañas, aunque estaba alejado de él en los últimos años, como todo su pueblo.

Era un hombre de 46 años, de gran veteranía militar: Arroyo Grande, Caseros, Cepeda, Pavón. En su provincia ha sido diputado, Presidente de la Legislatura, todo menos gobernador, porque Urquiza se había sentado en la silla regia hacía tres décadas y no se había levantado. Manuel Gálvez lo describe:

Tiene el poder de arrastre de los grandes caudillos. Fascina a los gauchos con su tipo físico –la espléndida estampa, la negra y larga barba, los bellos ojos– y por el don de simpatía y coraje⁴.

Sarmiento cae en un verdadero ataque de delirio; jura exterminar para siempre el «caudillaje bárbaro» y vengar el crimen aunque deba suprimir del mapa a todo Entre Ríos. José Hernández, que iría a unirse a los «entreveros jordanistas», cierra su diario «El Río de la Plata» ante la decisión de Sarmiento de intervenir militarmente Entre Ríos. Hernández declara:

No queremos asistir en la prensa al espectáculo de sangre que va a darse a la República⁵.

La lucha militar contra López Jordán

Pese a sus divergencias con el mitrismo, Sarmiento recae en una alianza virtual con él frente a la crisis entrerriana. Aunque resistido y mirado con descon-

fianza por la oligarquía porteña, Sarmiento nombrará al hermano de Mitre, el General Emilio Mitre, jefe del ejército de «*observación*» para que «*vigile las costas del Uruguay*», miserable eufemismo para ocultar la invasión militar a la provincia entrerriana. Sarmiento califica a López Jordán de «*asesino de Urquiza*», lo que es inexacto; en tal carácter desconoce su nombramiento por la Legislatura provincial y lo coloca fuera de la ley⁶. Emilio Mitre desembarca en Gualeguaychú violando la autonomía provincial.

López Jordán lanza entonces una proclama:

¡Pueblo de Entre Ríos! ¡La guerra, ya que no han querido la paz! ¡La guerra heroica que nos dará en breves días la libertad y el progreso! El que no defienda a Entre Ríos es un traidor⁷.

Sarmiento le respondió declarándolo reo de rebelión y organizando levas para el ejército en campaña. Simultáneamente pone sitio a la provincia y promulga una ley en la que pone a precio la cabeza de López Jordán. Lugones, apologista de Sarmiento, admitirá la monstruosidad de esa verdadera ley de la selva. En estos gestos de Sarmiento se verá que cuando Alberdi lo llamaba el «*terrorista de la prensa argentina*» sabía lo que decía⁸. Pero el terrorista ya no escribía un diario, sino que tenía en sus manos el gobierno.

La guerra oral y escrita contra el «loco» Sarmiento se suspende en Buenos Aires; toda la oligarquía porteña hace causa común con el Presidente contra el «montonero» López Jordán. Gran parte de los recursos gubernamentales son destinados a financiar la guerra contra Entre Ríos. La inquietud en las provincias es inocultable. En Jujuy, en Córdoba y en otras partes se sublevaron batallones solidarizándose con el pueblo entrerriano. Son los ecos postreros de aquel gauchaje que cantará José Hernández en su poema épico, dos años más tarde.

Bueno es advertir que el más grande artista de nuestra historia combatirá junto a López Jordán con la pluma y la lanza, en los combates que libra el pueblo entrerriano contra los invasores porteños. Todo ese mundo declinante del paisano en armas va fijándose en el alma del poeta con caracteres indelebles; la derrota se le aparece como un signo fatal. Frente a las lanzas coronadas frecuentemente con una tijera o un cuchillo las cargas triunfales de la caballería no podían aprovecharse por la falta de fusiles y artillería aparecen los Rémingtons que la opulenta Buenos Aires adquiere en el extranjero para matar gauchos. En ese duelo técnico se medían dos épocas.

Carlos Kirschbaum, representante de la empresa Rémington de los Estados Unidos había ofrecido al ministro de Guerra de Sarmiento, general Gainza, proveerlo del célebre fusil. Sarmiento lo adoptará en el acto para todo el ejército nacional, con lo que pone fin para siempre a la guerra de montoneras.

En el Paraná nos dieron fusiles Rémington que por primera vez iban a ser ensayados en una guerra de hermanos

escribirá luego el general Fotheringham-. Con semejante arma el éxito estaba asegurado^{8bis}.

El presidente universalmente considerado como «loco» por sus extravagancias maneja las nuevas armas en Rosario, ensayándolas en persona contra los muros del Colegio Nacional⁹. El ejército nacional está dividido por recelos políticos: sus jefes son alsinistas, mitristas o avellanistas. Las divergencias no faltan tampoco en el bando de López Jordán. Numerosos jefes comienzan a desertar: algunos comprados con el dinero de Buenos Aires^{9bis}, otros por su vinculaciones con la minoría urquicista sobreviviente, otros, en fin, son federales que confían en resolver la situación nacional por medios políticos comprometiéndolo para ello al futuro presidente Avellaneda, ante el ocaso de la guerra de guerrillas¹⁰.

El empleo de las nuevas armas no prueba sino el poder económico del Puerto:

—Fueron triunfos contra la escasez y la falta de ellos, escribe Alberdi, Ese fue el triunfo de Sarmiento y Cía. sobre Urquiza, sobre López Jordán, sobre El Chacho etc.; triunfo de Buenos Aires, no de sus instrumentos^{10 bis}.

Asu vez, López Jordán escribe a Alberdi manifestando su satisfacción por verle

separado del círculo de los hombres centralistas que dominan el país

y pidiéndole su apoyo político:

Me hace abrigar la esperanza de que llegado el caso necesario, no se negará usted a ayudarnos con su valioso contingente a fin de

*restablecer el orden en nuestro país y hacer efectiva nuestra Carta Constitucional*¹¹.

El prestigio de Urquiza había entrado en crisis cuando se retiró de Pavón sin pelear, dejando en manos de Mitre el porvenir de Entre Ríos y de la República.

La desfederalización de Paraná escribe el historiador entrerriano Aníbal S. Vázquez, *la inmigración de familias y de capitales a Buenos Aires y la quiebra total de su comercio*

dejó arruinada la provincia y

la economía de Entre Ríos en grado de crisis y precariedad absolutas. La Provincia que había sido el baluarte de la Confederación, que había puesto sus hombros para sostenerla y su economía para alimentarla, se encontró al final, empobrecida y entristecida^{11bis}.

El autor citado ofrece interesantes antecedentes económicos de la crisis final de Urquiza. Como resultado de su política de capitulación ante Buenos Aires, Urquiza condujo a Entre Ríos a una postración completa.

Para conjurar esta situación, equilibrar finanzas y estabilizar economías, no encontró mejor recurso que enajenar a una empresa privada la recaudación de la renta pública haciendo desaparecer las receptorías de rentas y colocando la política provincial a disposición y orden del concesionario, quien por otra parte otorgaba un préstamo de un millón de pesos. Sin quererlo y sin advertirlo, el gobernador tocó el punto electrizante de la tierra pública mal distribuida y peor poseída, que estaba como problema de fondo en este desgraciado proceso de la vida pública entrerriana, la empresa concesionaria, más atenta a sus intereses que al sentimentalismo de los contribuyentes comenzó a apremiar y a ejecutar con la frialdad despiadada de los procedimientos expeditivos, dejando a los deudores a campo traviesa, en los zanjones, arrojándolos a vivir a la intemperie .

Vázquez alude a los datos del doctor Clodomiro Cordero, que calculaba

en la impresionante cifra de 6.000 entrerrianos desalojados de sus chozas y de sus ranchos que andaban ambulando, míseros y hambrientos de un lado para otro, precisamente en el tiempo que entró fiebre entre los nuevos propietarios por alambrar los campos. De todas partes eran echados.

El asesinato de Urquiza no era sino el corolario de su rutina política; su muerte suscitó entusiasmo en el pueblo que lo había elevado en otros tiempos. ¡Prueba singular para desmentir ese género tan difundido de imbéciles políticos que pontifican sobre las «masas engañadas» por «caudillos demagógicos» Para combatir por sus intereses e ideales, las masas crean sus jefes, como las clases dominantes se dan a los suyos. Cuando esos jefes traicionan, son abandonados: el propio pueblo destruye el mito que dejó de serle útil. A Urquiza lo mataron viejos urquicistas.

La lucha jordanista se prolongó, entre treguas y combates, varios años. Insumió millones de pesos del presupuesto nacional, hasta quedar totalmente aplastada.

Todo el resto no constituye sino la irresistible evolución de una agonía que será legendaria. En Santa Ana do Livramento, López Jordán medita con tristeza el destino de la Argentina que fue; junto a él, José Hernández su vuelve «Martín Fierro».

Poco antes de la derrota entrerriana se discutía en el Senado una nota enviada por López Jordán proponiendo condiciones de paz para poner fin a la lucha fratricida. El senador Mitre, que se haría también famoso por documentados libros de historia, no sólo se opone a que la nota del gobernador legal de Entre Ríos ingrese a la Cámara, sino a que se discuta y, finalmente, a que figure en el acta de la sesión.

Hoy insisto en eso mismo, para que se borre hasta el rastro por donde esta nota ha entrado al recinto, donde ni ha debido penetrar, ni permanecer un solo instante.

Si su moción no triunfaba, agregaba:

lo repetiré cada año hasta que ella triunfe y quede borrado del precedente del Senado el acta a que ella ha dado lugar¹².

¡Cuánto odio hacia el provinciano había en estas palabras del porteño envanecido! Dueños de la ciudad estado, de su aduana, de su puerto, estos abogados de tenderos, admirados por el filisteo ignorante en virtud de su amor al «documento fidedigno» que hace la historia, no querían ni el acta por la que morían millares de argentinos. Contra esa actitud Nicasio Oroño, senador por Santa Fe y gran gobernador de esa provincia, defendió a López Jordán ante el Senado hostil^{12bis}.

Pero mientras la humareda de las batallas cubría todavía la infame política porteña, un terrible flagelo se cernía sobre Buenos Aires: la fiebre amarilla, el legado que Mitre dejó al país como recuerdo de la guerra del Paraguay. La desmovilización de las tropas argentinas trajo la epidemia. Al asolar la Capital obligó a la plutocracia porteña, que había aplaudido la guerra contra los paraguayos, a emigrar del viejo barrio Sur, en esa época residencia de nuestra oligarquía. Por la peste de Mitre nació el Barrio Norte.

La política económica de Sarmiento

El proceso de colonización agrícola que transformaría nuestras pampas litorales en una fábrica de trigo, continuaba sin cesar. La inmigración, cuyo teórico más batallador era al fin gobierno, ascendía en progresión geométrica. Al mismo tiempo, la red ferroviaria se ampliaba, cumpliendo su función de organizar la gran factoría pampeana y ahogar todo intento de una economía nacional al servicio de los argentinos. El Ferrocarril Oeste, propiedad de la provincia, necesitaba expandir sus líneas hacia los Andes, para restablecer con su trazado la ruta histórica de nuestro comercio con Chile. El Gobierno Nacional le niega los fondos necesarios, mientras entrega concesiones leoninas a empresas de aventureros ingleses que levantan otro ferrocarril el Pacífico en competencia con el Oeste. Como lo ha demostrado Scalabrini Ortiz, «el Ferrocarril Pacífico nació para sofocar una empresa argentina»¹³. El ministro del Interior que firma la ley de concesión es Uladislao Frías. Poco después cambiará su despacho ministerial por un empleo de director del Ferrocarril Pacífico. El sistema británico de corrupción se volverá luego un elemento indisoluble de la política argentina. Este mismo e inmutable caballero pasará a la Corte Suprema en 1879 y negará la libertad de López Jordán, prisionero del gobierno.

La destrucción de los últimos focos nacionalistas que resistían en el Interior, realizada por Mitre y Sarmiento, había abierto el camino a la colonización impuesta por las grandes fuerzas mundiales. Lejos de incorporar a los argentinos nativos a las nuevas formas económicas y transformarlos en chacareros capitalis-

tas, el sistema los aniquiló, como a los indios y a las alimañas. En una carta a Lastarria, Sarmiento decía:

Pudimos en tres años introducir 100 mil pobladores y ahogar en los pliegues de la industria a la chusma criolla, inepta, incivil y ruda que nos sale al paso a cada instante¹⁴.

El bravo educador esgrimía un puntero sangriento.

Cumple lo que promete: el decreto de julio de 1872 -año en que aparece «Martín Fierro»- establece la aplicación de la pena de muerte a los desertores, decreto absolutamente ilegal que origina las protestas del Congreso;

su ministro de Guerra imparte la tremenda orden de diezmar a la gente sublevada de Locagüé, sitio vecino a Nueve de Julio,

dice el apologista Alberto Palcos^{14 bis}; pone precio a la vida del gobernador legal de Entre Ríos, general Ricardo López Jordán. La cabeza del caudillo es aforada por Sarmiento en 100.000 pesos fuertes. El Congreso no aprueba el insensato proyecto.

Sus opiniones sobre todo lo humano y lo divino, ingeniosas a veces, brutales otras, siempre pintorescas, regocijan o indignan al público. El campeón de la inmigración juzga a los árabes como «una canalla que los franceses corrieron a bayonetazos hasta el Sahara»; de los italianos que trabajan en la Argentina y luego se repatrían, dice que se educan entre nosotros y al volver a Italia «han de educar a los ministros mismos»: los llama «gringos bachichas»; de los españoles, no quiere ni oír hablar; de los judíos dice

¡Fuera la raza semítica! ¿O no tenemos derecho como un alemán, ni cualquiera, un polaco para hacer salir a esos gitanos bohemios que han hecho del mundo su patria?.

Por razones difíciles de evaluar, sin embargo, la furia de Sarmiento se detenía en particular contra el imaginario peligro de la inmigración irlandesa, a la que consideraba manejada por los curas católicos:

*En 10 años quedaría reducida la Argentina a la condición de Irlanda, pueblo por siglos ignorante, fanatizado*¹⁵.

Ni por asomo se le ocurriría a Sarmiento que el atraso irlandés se fundaba en la esclavitud colonial que le imponía Inglaterra. Así, tomaba el efecto por la causa y pretendía poblar la pampa con ingleses, que habían logrado la civilización gracias, precisamente, a la expoliación de los «pampeanos» del mundo. Hacía dos años se había hundido el II Imperio, con su brillante corte, sus mariscales y sus aventureros. Mansilla enviado por Sarmiento a la frontera de Río Cuarto, donde escribiera su magna «Excursión a los indios ranqueles». Contaba Sarmiento en la intimidad que su padre, el cuñado de Rosas, el bárbaro argentino, le había presentado al pobre Emperador destronado, Napoleón III, a su esposa la insinuante española Eugenia de Montijo.

Mira chica, si andás con tiento el franchute este caerá en el garlito,

le decía a la futura emperatriz de los franceses el desenfadado Mansilla^{15bis}. Derrotado ante el sable de Bismarck, el Imperio del último Bonaparte desaparece, París se levanta en la gloriosa Comuna y los trabajadores enfrentan a los versalleses que, incapaces de vencer a los alemanes, sabrán masacrar a los obreros de París. Thiers, el miserable intervencionista en el Plata de treinta años antes, será el verdugo de la jornada.

Tras la inconcebible represión, muchos obreros franceses emigran a América. En Buenos Aires se radican algunos y en 1872, en medio de la guerra de montoneras, del degüello y de la ejecución a lanza seca, con la indiada a las puertas de la altiva ciudad, se funda la Sección Francesa de la Asociación Internacional de Trabajadores. Cinco años antes, Marx publicaba el primer tomo de «El Capital».

Vocablos raros y signos misteriosos hacen su aparición en la capital aldeana: «socialismo», «revolución social», «marxistas», «bakuninistas». Posteriormente, se funda la Sección Italiana y Española ¡En la Córdoba de 1874 establecen una filial! ¿Qué habría hecho el coronel Simón Luengo con el latón al cinto y rodeado de lanzas, de haber escuchado estas voces del nuevo credo?¹⁶

Pero Sarmiento no tenía tiempo para estos ritos. Le bastaban los suyos: las logias masónicas de Buenos Aires lo contaban como hermano y se esforzaban en arreglar sus diferencias con Mitre y Urquiza.

En esos días trabajaba afanosamente en una habitación del Hotel Argentino un soldado errabundo en nuestras luchas civiles, periodista a ratos, amigo de cantores y matarifes, hombre de luces, adversario de Mitre y Sarmiento. José Hernández escribe su «Martín Fierro»; lo publicará él mismo en un cuaderno de tapas verdes impreso en papel de almacén. Será la respuesta de una caballería agonizante a la sordidez portuaria y a la locura homicida de Sarmiento. El genio de Hernández elevará su obra a las más altas cumbres del arte universal. Esa «raza de hombres aún próximos a la Naturaleza»¹⁷ vencida en la historia resurgirá en el canto de nuestro poeta épico. El poema alcanzó en poco tiempo tal difusión en nuestras campañas, que Avellaneda, amigo del autor, recordó más tarde el hecho singular de que los pulperos pedían a sus proveedores de la ciudad:

*12 gruesas de fósforos, una barrica de cerveza, 12 vueltas de
«Martín Fierro», 100 cajas de sardinas.*

Fundido desde su arranque glorioso al alma de su pueblo Martín Fierro no podrá ser jamás desentrañado de nuestra formación nacional; y el núcleo resistente de la población criolla, dominando a la masa inmigratoria, transferirá al hijo del europeo, afincado para siempre a nuestro destino, el temblor primordial del verso rústico. El vástago del inmigrante aprenderá de memoria la payada heroica y la sentirá como propia. Hecho memorable, véase en ese encantamiento el mejor testimonio de su triunfo póstumo.

Carlos Alberto Leumann, en su obra «El poeta creador» compara a «Martín Fierro» con los Nibelungos y observa que las maravillas del poema

*sólo hayan equivalencia si se remontan los siglos hasta tiempos
que corresponden a la creación de nuevas nacionalidades y nuevos
idiomas*^{17bis}.

Lejos de poseer un carácter «inconsciente», según la desdichada afirmación de Lugones¹⁸, la obra de Hernández es una síntesis deliberada. Se emparenta con las grandes literaturas por su condición indisimulada de relato histórico, rasgo característico de toda epopeya nacional. Una lectura didáctica de «Martín Fierro» en las escuelas iluminaría agudamente la historia de los argentinos. Es una *Summa* de proverbios; la sabiduría colectiva de un pueblo está encerrada en el deleite de su música. Los eruditos han resecado el origen de ese grito épico. Los intelectua-

les alejandrinos, en su hipnosis europea, prefieren héroes más prestigiosos. Para Aristóteles según recuerda Lafargue, la importancia de los proverbios era inmensa:

Aristóteles considera los proverbios como restos de la filosofía de tiempos remotos devorada por las revoluciones sufridas por los hombres: su picante concisión lo salvó del naufragio. A los proverbios y a las ideas en ellos expresadas, les atribuye la misma autoridad que a la filosofía antigua, de la cual proceden y de la que guardan su noble sello^{18 bis}.

De ahí se deriva el carácter monumental de «Martín Fierro» pieza clave de nuestro drama histórico y documento sin igual del ingreso argentino al arte del mundo. Su canto testimonial dice más de nuestro pasado que todas las academias heladas por el miedo.

El desencuentro entre Sarmiento y Hernández ha sido silenciado por la oligarquía; pues la diatriba del «Facundo» se dirigía contra los «Martín Fierro» y el poema de Hernández no fue sino la vindicación de «Facundo». Hernández dirá a su hija:

Le he puesto el nombre de "Martín Fierro" «en homenaje a Güemes y porque de fierro es el temple del alma del hijo de la pampa.

Cierto es que hubo en la presidencia de Sarmiento telégrafos ferrocarriles, puentes, caminos, escuelas, profesores importados, progresos en distintos órdenes. Porque este hombre era un ser de asombrosa y desordenada actividad y, a pesar de todo, constituía una tentativa de llevar cosas nuevas al interior atrasado, de elevarlo a la escala de lo moderno, desde las condiciones heredadas de la historia. Si la presidencia de Mitre es un desastre bajo todos los puntos de vista, Sarmiento echa las bases de instituciones nacionales y, en un sentido contradictorio y limitado usa de los recursos gubernativos para promover al desarrollo del interior. Esto último chocará con la resistencia de la mezquina oligarquía porteña, para la cual cada peso gastado fuera de Buenos Aires constituía la prueba de un despojo.

El Congreso frena sus mejores iniciativas: no puede hacer el puerto según su deseo, prescindiendo de las autoridades bonaerenses que, dice Gálvez son «dueñas de la ciudad». Indigna a los porteños que Sarmiento funde en La Rioja una escuela superior y once primarias, entregando para esos fines 25.000 pesos. A

otras provincias las subvenciona con 100.000 pesos; promueve la educación popular aunque sobre esto la oligarquía haya exagerado enormemente ocultando el papel de Avellaneda, auténtico propulsor de la educación pública en nuestro país, antes de Roca. La idealización de Sarmiento que organizará luego la oligarquía antinacional propenderá a disimular los crímenes y extravíos en que incurrió el sanjuanino cuando estaba al servicio de Buenos Aires¹⁹.

El presidente Sarmiento, acompañado por su comitiva visita Federación, en Entre Ríos:

Federación es algo así como la capital de los dominios del coronel Guarumba, un indio puro. El coronel al frente de sus soldados a caballo sale a recibir al presidente. Chapeados de plata lujosos, chiripaes y tacuaras. Guarumba se apea y presenta sus respetos al Primer Magistrado. Sarmiento había tenido la ocurrencia de enviar a Guarumba, antes de su viaje, algunos de sus libros. Le pregunta si los recibió y si los ha leído y el charrúa le contesta que los recibió, y que como eran de distintos tamaños los hizo cortar para que cupiesen en la alacena que los esperaba, a lo que Sarmiento que no admite bromas, hace un escándalo y dice a Guarumba: 'civilización hasta aquí, y barbarie de tu lado'.

He aquí en toda su magnificencia el método de Sarmiento. Acusa de «bárbaro» al soldado analfabeto pero le envía libros antes de enseñarle a leer. El «civilizado» era Guarumba en relación a sus conocimientos pues respetó el extraño obsequio y lo cortó a cuchillo evidenciando un afán de orden. Y el «bárbaro» era un presidente tan fatuo como pueril capaz de enviar libros a un iletrado.

Durante el período presidencial de Sarmiento, ingresan al país cerca de 300.000 inmigrantes. De ellos regresan a sus patrias de origen alrededor de 120.000. El país, a pesar de las disensiones civiles, comienza a crecer. Las tierras se valorizan mientras la oligarquía terrateniente las acapara: el régimen de propiedad agraria ya estaba constituido desde los tiempos de Rivadavia y de Rosas. Sarmiento hace aprobar un empréstito inglés para construir el ferrocarril de Río Cuarto a Tucumán, el puerto, los muelles y almacenes de aduana. El empréstito se verifica, pero las obras públicas quedarán sobre el papel. La guerra del Paraguay insume 30 millones de pesos y la represión contra López Jordán, 16 millones^{19bis}.

La relación de dependencia con el Imperio británico se consolidaba. Según Dorfman, las rivalidades de Gran Bretaña con Estados Unidos y Alemania obligaban a aquella a una política financiera específica en los países semicoloniales, pues

la única forma de asegurar abundantes exportaciones era la inmensa colocación de empréstitos que implicaban una supeditación económica creciente del país deudor y una inyección de vida en las industrias inglesas. La relación entre los empréstitos ingleses y las importaciones del mismo origen es muy estrecha. Si en 1868 1873 hay un empréstito por valor de 11.703.000 libras esterlinas, la importación es por valor de 90.000.000 de pesos fuertes, en 1891 1900 los empréstitos ascienden a 34.300.000 de libras esterlinas y las importaciones a 370 millones de pesos fuertes. Gran Bretaña cubre en ese período el 40% de las importaciones recibidas por la economía argentina²⁰.

Sarmiento no tenía la menor idea del significado de estos hechos. Desde los lejanos tiempos de su «Facundo», había predicado en cientos de páginas y discursos el carácter mágico del librecombio. Guardaba de su conversación con Ricardo Cobden, al que conoció en Barcelona, un recuerdo imborrable. El librecombista británico lo dejó en la puerta de su hotel,

abismado de dicha, abrumado de tanta grandeza y tanta simplicidad contemplando medio tan noble y resultados tan gigantescos... La protección de las industrias nacionales, un medio inocente de robar dinero al vuelo arruinando al consumidor y dejando en la calle al fabricante protegido...^{20 bis}

Como presidente no podía amparar la política que había sostenido como publicista.

Sin duda alguna, Sarmiento fue en su presidencia un prisionero de la oligarquía porteña: vivía en su ciudad, gastaba su dinero, usaba su puerto. Cuando se dispuso un día a presenciar un desfile militar, dada la incomodidad del Fuerte para observar la parada, ordenó que el desfile se realizara frente al edificio de la Municipalidad porteña, comunicando al Concejo municipal que el Gobierno nacional ocuparía los salones comunales. El vicepresidente del Concejo contestó al Presidente de la República que la Municipalidad porteña recibiría como huésped al

Presidente, pero no podía entregar su casa. Así, el último concejal, representante de los rentistas y bolicheros de la ciudad, tenía más fuerza que el Presidente de los argentinos. Para la insolencia portuaria el primer mandatario sólo era un huésped. Tejedor hará famosa la palabra en 1880 y eso costará 3.000 muertos. La hora del interior se aproxima. Avellaneda será un hombre de transición, el prólogo a Roca.

Resulta de interés señalar que, pese a todo, con la Presidencia de Sarmiento renacen a la vida política nacional figuras del viejo federalismo intelectual, como Bernardo de Irigoyen, excluido hasta ese momento de la vida pública por el odio mitrista. Otro provinciano, Avellaneda, será ministro de Instrucción Pública y realizará con brillo y eficacia toda la obra educacional que la propaganda póstuma atribuirá a Sarmiento. Representantes de la burguesía ilustrada de las provincias, federales bonaerenses que asoman tímidamente la cabeza después de veinte años de persecución facciosa, muchos hombres del nacionalismo antiporteño encuentran en el gobierno de Sarmiento la posibilidad de manifestarse. Sarmiento masacrará la rebelión jordanista, pero tal como estaban las cosas, las masas populares ya no podían expresarse a través de los viejos caudillos; en la etapa inmediata pesarán en la política argentina, por medio de la burguesía intelectual o militar provinciana: Avellaneda y Roca. Sarmiento fue el resultado de una inestable transacción entre el interior y Buenos Aires. De antiguo embrujado por una Europa mal comprendida, encarnó al mismo tiempo la aspiración de la burguesía provinciana por elevarse a la civilización. Sus extravagancias personales se explican por esa base contradictoria de su política. Ni genio, ni loco, ni padre de la patria, ni sinvergüenza. Liberales y clericales lo han simplificado con la apología o el denuesto. Las tensiones interiores de su personalidad eran tan divergentes como la tierra y la época que las produjeron.

Adolfo Alsina: El tribuno de la plebe

En vísperas de concluir su gobierno se plantea el gran dilema de la sucesión presidencial. Tres candidaturas aparecen: Mitre, Adolfo Alsina y Nicolás Avellaneda. La primera representaba los intereses de la clase porteña — señores, comerciantes, burgueses del puerto, importadores, agiotistas, el elenco europeizante, Alsina, hijo del cerrado don Valentín, aquel prototipo del rivadaviano, encarna otras fuerzas y otras ideas que su padre. Adolfo Alsina, orador nato, de arrastre popular, tiene su base en los barrios pobres de la ciudad, en los grandes ganaderos de tradición federal de la provincia y el peonaje bonaerense.

Alsina tenía un rostro pálido, espaldas de gladiador, ojos brillantes, una nariz arrogante inmortalizada por «El Mosquito», una aireada melena y una barba rotunda de tribuno.

Sufrió el destino de los oradores natos, exaltado y desvanecido el frenesí del minuto, espejo sonoro que absorbe el interés público en fórmulas simples e instantáneas y cuya magia muere con el actor. Fue el orador clásico de la calle, sensible al vocerío anónimo que dictaba sus discursos: ninguno de ellos soportará el análisis póstumo. Gobernador de la provincia de Buenos Aires, Alsina obsequiará una daga con empuñadura de plata a Juan Moreira, uno de los últimos gauchos «malos», que la oligarquía naciente obliga a «matrerear» y que inmortalizarán los folletines populares. El profesor Nerio Rojas dictaminará contemporáneamente, estudiando los expedientes policiales, que Juan Moreira era un «criminal nato», descubrimiento que complace a los terratenientes que empujaron al crimen a los Juan Moreira.

Cunningham Graham ha evocado aquellas casas públicas del suburbio porteño, en las que entraba sonriente el caudillo Adolfo Alsina y se lo veía

sentarse en una de las sillas, encender su puro y beber su café, charlando con las señoras;

indiferente al carácter equívoco del establecimiento saldrá rodeado de guapos y de hombres de acción. Adolfo Alsina será el ídolo popular de su tiempo. Su partido es un neo rosismo de proyección más nacional, más adaptado a los nuevos tiempos. Jefe del partido autonomista y Gobernador de Buenos Aires, Alsina encabeza el partido de los «crudos»; se trata de una prolongación de los «chupandinos» de veinte años atrás, más adversarios que nunca de los «mitristas», «pandilleros» y «cocidos», según la gráfica denominación popular. Se comprende que en el movimiento alsinista inicien su vida política el comisario parroquial Hipólito Yrigoyen, su tío, el abogado Leandro N. Alem y el tribuno Aristóbulo del Valle.

Avellaneda, candidato de las provincias

Tucumano radicado en Buenos Aires, ligado al gobierno provincial de Alsina, Nicolás Avellaneda también milita en el autonomismo bonaerense, menos aristocrático, exclusivo y «aporteñado» que el mitrismo. La actitud de los provin-

cianos que venían a vivir a Buenos Aires en esa época, como Avellaneda, debía teñirse de una posición conciliadora, producto de su debilidad de origen en un medio tan arrogante y localista como era la ciudad porteña. De ahí nacen las ambigüedades y condescendencias que se verifican luego en la personalidad de Avellaneda, vástago de esa burguesía intelectual provinciana que daría sus mejores hijos a la organización de la República²¹.

Era Avellaneda un hombre de talento, autor de un excelente libro sobre «El régimen de la tierra pública»: sugería facilitar la adquisición de la tierra al que trabaja. Orador impecable, de grandes períodos aconsonantados, en su pequeña figura resaltan la gran barba, los ojos renegridos las maneras elegantes. Su fina cultura deslumbrará a la orgullosa ciudad sin convencerla. Ya había probado su aptitud administrativa dirigiendo el Ministerio de Instrucción Pública, en el gabinete de Sarmiento.

Avellaneda era considerado en ese momento como el representante más caracterizado de la juventud argentina de su tiempo. Su candidatura presidencial fue lanzada desde Córdoba, «meridiano político» del país. Esa provincia daba expresión a las aspiraciones nacionales del interior: Avellaneda sólo contó en Buenos Aires, al principio, con once partidarios, según relata Carlos Pellegrini²². Fueron los universitarios cordobeses los que proclamaron sus nombre.

Enfrentadas las tres candidaturas, pronto se vio que Avellaneda contaba con el apoyo decisivo de diez provincias: la mayor parte de los «trece ranchos» provincianos votarían al escritor tucumano. Alsina controlaba sin disputa la provincia bonaerense, gran baluarte, pero insuficiente desde Caseros para determinar por sí mismo la política nacional. Mitre, a su vez, sólo tenía en su favor la ciudad de Buenos Aires, y aun sólo una parte de ella, las parroquias céntricas; además «La Nación», algunos sectores del ejército integrados por oficiales porteños y tres provincias: San Juan, Santiago del Estero y Corrientes²³. En estas provincias sobrevivían los procónsules de la era mitrista, que habían asolado el interior durante seis años y que Sarmiento había sido impotente para desmontar.

El vuelco de Alsina a la fórmula de Avellaneda resultó decisivo y constituyó al mismo tiempo el punto de arranque del Partido Autonomista Nacional, es decir, la fusión del nacionalismo provinciano con los sectores populares y federales de la provincia de Buenos Aires.

La «juventud dorada» de la ciudad nación, en cambio, rodea a Mitre. Pero la partida estaba ganada por Avellaneda y las provincias interiores. Hecho de gran interés: realizadas las elecciones nacionales, se observará que en la provincia de Buenos Aires, baluarte del alsinismo aliado de Avellaneda triunfa Mitre, única

provincia con Santiago del Estero y San Juan que va a su favor. Grandes sectores del autonomismo, formado por terratenientes y ganaderos del viejo rosismo se pliegan a las urnas del mitrismo, en virtud a la bandera que Avellaneda enarbolaba: federalización de la ciudad de Buenos Aires. Las masas populares y los grandes jefes del alsinismo Carlos Pellegrini, Dardo Rocha, José Hemández serán los que después de apoyar a Avellaneda, contribuirán decisivamente al triunfo del general Roca.

El mitrismo no aceptó los resultados de las elecciones y se levantó en armas. Mitre en la provincia y el general Arredondo en San Luis, se lanzaron a una aventura revolucionaria, desconociendo la legitimidad del triunfo provinciano. El general Arredondo, un experto en liquidar montoneros y «anarquistas», hizo asesinar con la soldadesca al general Ivanovsky en Villa Mercedes; el tiranuelo Taboada se levantó en Santiago del Estero. Pero al desembarcar Mitre con 6.000 soldados en el Tuyú, tan sólo 600 milicianos al mando del comandante Arias derrotaron en La Verde a su numerosa tropa. Mitre se rindió²⁴. Al mismo tiempo, el coronel Roca deshacía al general Arredondo en Santa Rosa. La revolución había terminado como epilogaban siempre las batallas de Mitre. El famoso estratega se convirtió en el hazmerreír de todo el país y Avellaneda fue presidente.

Al entregarle el mando, Sarmiento le dijo:

Sois el primer presidente que no sabe manejar una pistola²⁵.

Esto era cierto en 1874. Pero al concluir su mandato, en 1880, el libresco y tímido Avellaneda llevaba un revólver en el bolsillo. La insolente ciudad porteña le había enseñado al brillante orador que no podía ser sometida con discursos.

Notas

¹ GÁLVEZ: *Sarmiento*, p. 108.

² Posse a Sarmiento: *Epistolario*, p. 250, junio 9 de 1869,1.

³ ANIBAL S.VÁZQUEZ: *Caudillos entrerrianos*: López Jordán, p. 81, Ed. Peuser, Rosario 1940.

⁴ Gálvez, *ob. cit.*, p. 320.

⁵ *El Río de la Plata*, Buenos Aires, 22 de abril de 1870.

⁶ VÁZQUEZ: *José Hernández en los entreveros jordanistas*, Ed. Nueva Impresora, Paraná 1963.

No existía el propósito de matar a Urquiza, sino de apresarlo. El jefe de la partida que sorprendió en San José al gobernador entrerriano era el coronel Simón Luengo, caudillo federal de Córdoba, p. 22.

⁷ Vázquez, *ob. cit.*, p. 150.

⁸ ALBERDI: *Cartas quillotanas*, p. 147, Ed. Estrada, Buenos Aires, 1957.

⁸ bis GENERAL IGNACIO H. FOTHERINGHAM: la vida de un soldado o reminiscencias de las fronteras Bs. As. G. Kraft, 1909.

⁹ GÁLVEZ, *ob. cit.*, p. 355.

⁹ bis CHÁVEZ, *ob. cit.*, Héctor Varela fue el agente del gobierno nacional en Entre Ríos. Repartió importantes sumas de dinero bajo recibo y logró la desertión de numerosos jefes, oficiales y soldados.

¹⁰ OLEGARIO V. ANDRADE, el poeta José Hernández y otros federales que mantuvieron relaciones estrechas con López Jordán sobre todo el autor de «Martín Fierro», entrarán luego al partido autonomista nacional, con Avellaneda y Roca seguidos de numerosos partidarios del federalismo de provincias.

¹⁰ bis CHÁVEZ, *ob. cit.*, p. 230.

¹¹ *Ibidem.*, p. 255.

¹¹ bis VÁZQUEZ, *ob. cit.*, p. 21.

¹² VÁZQUEZ: LÓPEZ JORDÁN *ob. cit.*, p. 173. ‘

¹² bis *Ibidem.*, p. 175.

¹³ SCALABRINI ORTIZ, *ob. cit.*, p. 264.

¹⁴ FONT EZCURRA, *ob. cit.*, p. 30.

¹⁴ bis ALBERTO PALCOS: *Presidencia de Sarmiento*, p. 110. Historia Argentina Contemporánea, Academia Nacional de la Historia, Tomo 1, Ed. Ateneo, Buenos Aires 1963.

¹⁵ ROBERTO TARMAGNO: *Sarmiento, los liberales y el imperialismo inglés*, p. 138, E. Peña Lillo, Buenos Aires 1963.

¹⁵ bis LUCIO V. MANSILLA: *Entre Nos* p.332, Ed. Hachette, Buenos Aires 1963.

¹⁶ SEBASTIÁN MAROTTA: *El movimiento sindical argentino*, p. 25, Tomo 1, Ed. Lacio, Buenos Aires 1960.

¹⁷ bis JOSÉ HERNÁNDEZ: *Martín Fierro*, prólogo a la vuelta «Cuatro palabras de conversación con los lectores», p. 270. Ed. Estrada, Buenos Aires.

¹⁷ bis CARLOS ALBERTO LEUMANN: *El poeta creador*, p. 9, Ed. Sudamericana, Buenos Aires 1945.

¹⁸ V. LEOPOLDO LUGONES: *El payador*, Edic. Centurión, Buenos Aires 1944, p. 231.

¹⁸ bis Cít. PAUL LAFARGUE: *La méthode historique de Karl Marx*, p. 26, Ed. M. Girard, París 1928.

¹⁹ GÁLVEZ, *ob. cit.*, p. 358.

¹⁹ bis PALCOS, *ob. cit.*, p. 133.

²⁰ DORFMAN, *ob. cit.*, p. 145.

²⁰ bis TAMAGNO, *ob. cit.*, p. 65.

²¹ V. PAUL GROUSSAC: *Los que pasaban*, p. 137 y ss. E. Jesús Menéndez, Buenos Aires, 1919.

²² RIVERO ASTENGO: Pellegrini, p. 339, tomo 1.

²³ V. CARLOS HERAS: *Presidencia de Avellaneda*, Historia Argentina Contemporánea, p. 151, T. I.

²⁴ RICARDO ROJAS: *El profeta de la pampa*, p. 548.

²⁵ ENRIQUE POPOLIZIO: *Vida de Lucio V. Mansilla*, p. 150, Ed. Peuser, Buenos Aires, 1954.

LA REVOLUCIÓN DEL 80

La Presidencia de Avellaneda comenzó con una revolución y concluyó con otra. Ambos movimientos eran mitristas y los dos se proponían impedir la federalización de Buenos Aires, tanto como el crecimiento económico de las provincias. Al aplastar la intentona de 1874 Avellaneda dirigió a los 60.000 soldados del ejército movilizado un mensaje:

Queda ya demostrado que nada hay dentro de la Nación, superior a la Nación misma... Hemos vencido a una fracción oligárquica que reputaba patrimonio suyo el gobierno de la Nación¹.

El triunfo de Avellaneda, por los votos y por las armas, era una respuesta a Pavón. Ponía fin a la hegemonía porteña que ya duraba desde la caída de Rosas, esto es, un cuarto de siglo.

El baluarte mitrista de Santiago del Estero, feudo de los Taboada, fue barrido por una intervención militar del nuevo gobierno nacional. Las situaciones en el interior se equilibraban: se desvanecía la amenaza porteña. En revancha, en la ciudad de Buenos Aires, la prensa facciosa, con «La Nación» al frente, vaticinaba horas sombrías. Con su práctica secular, el periodismo apátrida ejercerá su terrorismo moral contra los gobiernos que no responden al Puerto. Los mercaderes del papel impreso derraman ríos de tinta para atacar al presidente. En la revolución de 1874 ya habían participado los amos de los dos diarios porteños más importantes: Mitre, de «La Nación» y José C. Paz, de «La Prensa»². Ese solo hecho lo explica todo. Los propietarios de la prensa mercantil que durante un siglo han calumniado y enlodado a los grandes argentinos, tomaban las armas y la pluma contra Avellaneda.

¡Extraño país! Ya recibíamos miles de inmigrantes anuales, pero el pasado fascinador y bárbaro, formaba parte del presente. El cacique Calfucurá maestro de la diplomacia pampa, escribía largas misivas al ministro de Guerra. Se quejaba

de los proveedores y jefes subalternos del Ejército, que violaban los tratados solemnes pactados con las tribus, o de los latrocinios que cometían. En sus cartas melosas y astutas, escritas bajo su dictado por lenguaraces adictos, pedía yeguas, guitarras, espuelas de plata, aceite perfumando para el cabello, «zapatos N° 6».

Namuncurá, hijo del cacique citado, «cuando fue gobernante, pedía continuamente botas con tacos Luis XV para ‘madame Namuncurá’, porque a poco de usarlas en el parquet irregular de las tolдерías quedaban chuecas³.

En esos días, Buenos Aires advertía horrorizada que el Colegio del Salvador era incendiado por sospechosas turbas. Liberales y jóvenes masones estaban complicados en el incidente.⁴ La prensa, en su mayoría masónica, prefirió imputar el asunto a una nueva tribu: *los extremistas*. La policía acusó a la Sección Francesa de la Internacional, sorprendida en un conventillo de Monserrat -Belgrano 448- mientras sus miembros deliberaban sobre la aparición de un periódico que se llamaría «El trabajador»⁵.

En aquellos días ya olvidados, la ciudad conservaba, hasta cierto punto, su aspecto colonial. La mayor parte de las casas tenían techos planos, aunque aquí y acullá se erguía alguna horrenda manzana de edificios modernos sobrecargados de detalles, que empequeñecía a las casas vecinas y parecía un inmenso lurte de estuco sobre un gran mar de ladrillos. Acababan de ser construidas algunas casas, como las de los Anchorena y los Lum, de estilo semiitaliano, con patios de mármol llenos de palmeras, con fuentes y con una grande esfera de vidrio opaco de monstruosas proporciones... La carne costaba diez centavos el kilo. El pan era un poco más caro que en París; se importaba la harina de Chile y de los Estados Unidos y toda la ropa se traía hecha de Europa, y si es cierto que era cara, es preciso reconocer que también era mala⁶.

Cunninghame Graham, el gaucho inglés, socialista y «gentleman» bohemio, veía con esos ojos el villorrio del Plata que, sin embargo, tenía «*más tranvías que Inglaterra*».

Indios y tranvías, marxistas y mitristas, casas coloniales con aljibe y negros libertos, palacios italianizados por la nobleza vacuna, colonos europeos metiendo

su arado virgen en el Litoral ante los últimos gauchos estupefactos, las provincias federales renaciendo después de 20 años de infamia porteña sin duda, la Argentina de Avellaneda, podría deslumbrar con sus contrastes a un inglés sin pecunia como Cunninghame Graham. Los otros ingleses eran menos líricos.

Naturaleza de la crisis de 1874

Con la presidencia de Avellaneda se inicia una aguda crisis económica, extendida a lo largo de su período. A semejanza de la conmoción del 90, los historiadores verán ante todo las causas internas en ella⁷. No obstante esa opinión, y como todas las crisis argentinas, la de 1874 estuvo determinada por las vinculaciones del país con la economía europea. Y como ocurrirá inevitablemente en las crisis posteriores (1890, 1914, 1929 y 1939), la que tratamos, a pesar de las perturbaciones lógicas, se convertirá en propulsora del crecimiento industrial de la Argentina. De donde debe inferirse que nuestro país sólo ha encontrado hasta hoy cauces propios para su desarrollo gracias a las dificultades y vicisitudes de las potencias metropolitanas. Han sido las crisis del imperialismo mundial las que han permitido a la Argentina desenvolver sus fuerzas productivas. A la inversa, el arbitrario carácter de nuestra estructura económica y social se originó directamente en la penetración imperialista. La prosperidad europea ha sido equivalente a nuestro atraso. Todo el proceso de acumulación primitiva del capital británico se nutre de la succión del mundo semicolonial y colonial.⁸ Las provincias argentinas ensangrentadas durante el mitrismo, lo mismo que los huesos de los tejedores en las llanuras de la India, son testimonios de esa operación de pillaje.

En 1873 comienza un largo período de depresión mundial.

Iniciado a fines de 1873, no toma fin sino hasta 1895. Después de la expansión de los años 1850-1873, el mundo pasa por un período de contracción de los precios, antes de volver durante treinta años, de 1895 hasta 1925, a un período de alza poco menos que continua⁹.

El comercio cesa de crecer, los precios caen:

es un fenómeno universal, que caracteriza toda una época¹⁰.

Sismondi y Marx habían señalado de la periodicidad de las crisis en el régimen capitalista. El padre del socialismo científico, escribía:

*En las crisis del mercado mundial estallan las contradicciones y los antagonismos de la producción burguesa*¹¹.

A las viejas Provincias Unidas no había llegado el grueso volumen del emigrado alemán. Pero las consecuencias de esa crisis fueron entendidas hasta por el más cerril estanciero de la pampa¹².

La era triunfal del libre cambio llega a su fin en Europa. Estados Unidos y Alemania amenazan el monopolio industrial de Gran Bretaña. Las naciones europeas, lanzadas al proceso de industrialización, se vuelven contra la escuela manchesteriana. En 1890 el presidente español Cánovas del Castillo publica un folleto titulado:

*De cómo he venido yo a ser doctrinalmente proteccionista*¹³.

Los empréstitos extranjeros se depreciaron en Londres en un 25 por ciento. El tipo de descuento subió a un 9 por ciento, los gobiernos turco y peruano, se declararon en bancarrota, después del «crack» austroalemán originado por la especulación financiera.¹⁴ La industria alemana invade los mercados británicos con artículos baratos y de inferior calidad. Sin embargo, éstos mejoran poco a poco: la Inglaterra victoriana se alarma¹⁵. Pero la depresión alcanza también al Imperio germano¹⁶. El «zollverein» aduanero y la unidad política bajo Guillermo I habían desencadenado un gigantesco crecimiento de la economía alemana. Apenas nacida, ya percibía los efectos de la crisis mundial.¹⁷

El joven y robusto capitalismo norteamericano no gozará de privilegios en esta crisis. En septiembre de 1873 la iliquidez obliga a cerrar la Bolsa de Nueva York. La «fiebre ferroviaria» que consume a los caballeros de la industria y a los rufianes de la banca no será un fenómeno argentino, sino la expresión misma de la corrupción capitalista. Estados Unidos se ve sumido en grandes negociados: uno de ellos envuelve a los Northern Pacific y arrastra a la quiebra a numerosos bancos, entre ellos a la Jay Cooke and Company¹⁸.

*Cundían la especulación y el derroche y la ética comercial de políticos y capitalistas, como se puso de manifiesto en los escándalos del Credit Mobilier y del Viernes Negro, dejaba mucho que desear*¹⁹.

Ante este panorama, don F. L. Balbín, explicaba la crisis argentina afirmando que se trataba de un fenómeno provocado por la abundancia de dinero, a raíz de préstamo otorgado a Obras Públicas...²⁰.

La plaza de Londres, principal acreedora de la Argentina, ante la avalancha, exigió el pago de sus créditos. El gobierno de Avellaneda comenzó a exportar oro para cubrir sus compromisos con el exterior.

Por otra parte, había crecidas sumas inmovilizadas por la inversión en tierras para especular, cédulas hipotecarias y acciones del Banco Nacional, todo lo cual restaba el dinero indispensable al giro comercial. Sobrevino entonces la paralización de los negocios, las quiebras y la disminución de las rentas del Estado, constituías en sus 4/5 partes por la renta aduanera²¹.

La exportación disminuyó en un 30%. La importación se redujo asimismo. En tales circunstancias Avellaneda declaraba su fe incommovible a las maravillas del crédito externo:

La República puede estar dividida hondamente en partidos internos: pero no tiene sino un honor y un crédito, como sólo tiene un hombre y una bandera ante los pueblos extraños. Hay dos millones de argentinos que economizarán hasta sobre su hambre y sobre su sed, para responder en una situación suprema a los compromisos de nuestra fe pública en los mercados extranjeros²².

Esta actitud reverencial de los hombres públicos argentinos hacia los centros financieros internacionales cubre todo un período histórico y no puede ser explicada lisa y llanamente por la palabra «entreguismo».

Aún no se exportaba trigo, la riqueza cerealista recién estaba en el horizonte. La resistencia a la economía agrícola, por lo demás, era proclamada por los ganaderos.

Renunciar a los beneficios tan conocidos de la ganadería - dice el Senador Barros en la legislatura de Buenos Aires- para dedicar fuerzas y recursos a la agricultura ¿puede convenir a la Provincia, señor Presidente?²³

El órgano de la colectividad británica, «The Standard», en nombre de los estancieros de esa nacionalidad y los comerciantes de Buenos Aires, tan ciegos como sordidos, escribía:

No puede haber error más peligroso que suponer que los intereses de este país son agrícolas²⁴.

Pero desde 1877 hasta 1881 la importación de alambre llegaba a las 55.654 toneladas, lo que era suficiente para alambrar 61.000 km²⁵. La estancia capitalista definía sus límites legales y ultimaba simbólicamente la divisa del gaucho acorralado: «Pampa libre para todos». Además de los saladeros, fábricas de extracto y consumo interno, la riqueza ganadera se exportaba bajo la forma de ganado en pie hacia los países limítrofes: Brasil, Chile y Uruguay. Un año después de asumir Avellaneda la Presidencia salían del territorio nacional 129.346 vacunos y 31.130 toneladas de tasajo.

Pero en definitiva, ¿qué factor determinaba esa actitud del Presidente hacia los mercados financieros de Europa, de donde provenía su «agrarismo» esencial, como el de sus sucesores? Provenía de toda la historia argentina y, sobre todo, de su suelo, que fue la base económica de esa historia. Engels atribuía al clima y a la naturaleza del suelo la ausencia de propiedad territorial en Oriente²⁶. No podría caber duda alguna ya que en la fertilidad natural de la «pampa húmeda» rioplatense, muy superior a la de Nueva Zelanda, Australia, Canadá y Ucrania, debe buscarse el secreto de la historia económica y social de la Argentina y Uruguay²⁷.

Poco después de zarpar hacia el Río de la Plata la primera expedición británica invasora de nuestro país «The Times» decía el 24 de septiembre de 1806:

Tal es la fertilidad del suelo, que Buenos Aires, en poco tiempo, será probablemente el granero de Sudamérica... Los campos de pastoreo soportan millones de vacas, caballos, ovejas y porcinos²⁸.

La percepción británica de la productividad de nuestras praderas era óptima. Y como habrá podido verse, el proceso histórico argentino ha discurrido no sólo a través de la lucha entre el Interior y Buenos Aires, sino ante todo en las divergencias económicas de dichos sectores, fundadas en el diverso tipo de producción y en el privilegio geográfico de Buenos Aires. Ni Avellaneda, ni Roca más tarde, concebirán siquiera la posibilidad de alterar, en las condiciones del país unificado, la estructura agraria y exportadora de la República que en ese

período no hacía más que iniciar un prodigioso crecimiento. El carácter capitalista de la producción ganadera y agrícola provenía de los tiempos coloniales. No había ni rastros de feudalismo en esos comerciantes y ganaderos que atesoraban libras esterlinas en sus petacas de cuero crudo, cuando no en los Bancos de Descuentos, o en las casas consignatarias que hacían el papel de Bancos. No se trataba, en consecuencia, de oponer un capitalismo industrial a un feudalismo agrario: las provincias luchaban en ese momento para emplear el capital privado de la renta aduanera y de la producción exportable en el desarrollo civilizador de todo el país.

¿Podría proponerse la «clase dominante de un país dominado», para usar la expresión de Methol Ferré, luchar por la acumulación primitiva del capital industrial, cuando la naturaleza pródiga había engendrado un tipo excepcional de capital agrario fundado en las pariciones anuales y cuya exportación permitía un enorme crecimiento cuantitativo de transportes y servicios? Lo que estaba en juego era la distribución de ese capital agrario, no la creación de una economía industrial moderna, antiguo programa de las provincias inferiores. De Avellaneda a Hipólito Yrigoyen, los grandes movimientos populares argentinos combatirán durante casi sesenta años en democratizar la renta agraria, no en sustituirla o superarla por formas económicas más evolucionadas»²⁹.

Pues si la penetración imperialista británica en la Argentina deforma el país, rompe sus rutas económicas interlatinoamericanas, lo aísla en sus fronteras y los proyecta hacia Europa, no es menos cierto que esa influencia, no ejerce los mismos efectos que en la India, Kenya o Venezuela. La diversidad de la producción entre esos países y la Argentina, impone al imperialismo facilitar una estructura agraria capitalista. Sin producción capitalista, el Litoral no habría sido una «fábrica de trigo», ni una «fábrica de carne». Esa modernización y el nivel de vida derivado de ese capitalismo agrario, favorecido por el imperialismo, se explica sólo a la luz de las necesidades internas de dicho imperialismo, no de su filantropía. Esa es la razón por la cual no existió nunca en la Argentina un poderoso «antiimperialismo inglés» y que publicistas: como Raúl Scalabrini Ortiz o Arturo Jauretche hayan sido marginados de la vida pública, cuando no silenciados o lapidados en la indiferencia. La razón era muy simple: el «imperialismo inglés» realmente dejaba a las clases dominantes y a importantes sectores de la clase media participar de esta renta agraria. Piénsese por un momento en el cuadro social de la India inglesa o del Medio Oriente de influencia británica, y se comprenderá en seguida la diferencia entre exportar carne y trigo y exportar petróleo, estaño, algodón o caucho.

De donde podrá inferirse que la Argentina y el Uruguay gozaron de un «status» especial en el mundo periférico de los últimos 100 años. Las

semicolonias de la pampa húmeda, fueron «colonias privilegiadas». Sus respectivas sociedades fueron las que mejor asimilaron las formas europeas de vida. El pensamiento europeo no fue en ellas un remedo simiesco, como en el resto del continente, sino la expresión misma de cierta analogía social y económica. En la Argentina, estos fenómenos se manifestaron con particular relieve en el Litoral.

Pero como habría de ocurrir periódicamente, la idea de la industrialización y de la necesidad de un cambio, surgió con fuerza durante la presidencia de Avellaneda, en virtud de la crisis mundial. Las conmociones del imperialismo europeo hacían recaer sobre las regiones semicoloniales las consecuencias peores de dicha crisis. Hasta los sectores más directamente vinculados al comercio exterior se aterrorizaban; se sentían abandonados por el perverso Imperio que, como Shylock, exigía en los momentos difíciles su libra de carne, aunque no de carne vacuna. El clamor por una política industrial será característico de cada crisis: en 1874, en 1890, en los años de la Primera Guerra Mundial, en 1930, y en la Segunda Guerra Mundial.

El nacionalismo democrático lucha por la industrialización

En el gobierno de Avellaneda nace la primera legislación de proteccionismo industrial en escala nacional que conocería el país desde Caseros. Téngase presente que la ley de Aduana de Rosas tenía un carácter limitado; pero hasta sus beneficios fueron barridos por el librecambismo triunfante en Buenos Aires al caer Rosas. No se trataría solamente de la modificación de la tarifa aduanera de avalúos, aprobada por las Cámaras en 1875, con la que se ponía fin al librecambismo destructor de la era mitrista. Todo un movimiento intelectual y político se pone en marcha para levantar la bandera del proteccionismo industrial.

Caudillos del movimiento serán José y Rafael Hernández, amigos personales del presidente y luchadores intrépidos por el desarrollo democrático del país. Tampoco Buenos Aires levantará estatuas de sus figuras recias, probablemente las más grandes y significativas de la segunda mitad del siglo XIX. En el libro de Osvaldo Guglielmino, escritor de Pehuajó, sobre la vida de Rafael Hernández, se describen los momentos decisivos de su vida. Soldado en Paysandú, contra la provocación brasileña-mitrista, ya había tomado las armas, niño casi en Cepeda y Pavón con las fuerzas nacionales contra Buenos Aires separatista; periodista de

combate junto a su hermano poeta, será también legislador, fundador del Club Industrial, iniciador de industrias, fundador de la Universidad de La Plata (erróneamente atribuida a Joaquín V. González, que únicamente la nacionalizó), adversario de la enajenación del Ferrocarril Argentino del Oeste, creador de pueblos y ciudades en la campaña bonaerense³⁰.

Todo eso hará en su vida fecunda, porque

soy hijo de gaucho, hermano de gaucho y he sido gaucho. He vivido años en los campamentos de los desiertos y en los bosques, viéndolos padecer, pelear y morir, abnegados y sufridos, humildes, desinteresados y heroicos. Sin codicia de lucro, sin exigencia de ascenso, sin ambición por la gloria. He compartido sus aspiraciones y sus alegrías. He confundido mi sangre con la suya en las batallas; me han admirado mil veces con sus oscuras hazañas³¹.

Este espléndido tipo de argentino no merecerá los honores de la oligarquía sumida en su clásico parasitismo. Rafael Hernández dirá en un discurso que el criollo

como agricultor pertenece al tipo de aquella falange de paisanos que fundaron Chivilcoy y San Carlos de Bolívar, con gran sorpresa de los que creían que sólo el europeo era apto para labrar la tierra y prosperar³².

Con la simpatía de Avellaneda se congregan significativas figuras en el movimiento industrialista: además de los hermanos Hernández, actuarán Don Vicente Fidel López, Roque Sáenz Peña, Estanislao S. Zeballos, Nicasio Oroño, Carlos Pellegrini, Amancio Alcorta, Lucio V. Mansilla. Se publica un periódico «El industrial» y se pronuncian conferencias ilustrativas destinadas a crear una conciencia industrial en los argentinos, abrumados por el mito de su destino agrario³³. Carlos Pellegrini, hijo de un talentoso europeo asimilado profundamente a la vida argentina y precursor de nuestra industrialización, seguirá la tradición familiar en la materia. Brillante miembro de la generación del 80 que organizará la República, Pellegrini dará ya en el tema de su tesis doctoral la clave de su filiación:

La protección del gobierno es necesaria para el desarrollo de la industria de la República Argentina³⁴.

Pellegrini dirá en un discurso pronunciado en el Congreso:

Permítaseme que haga esta afirmación y que la pruebe. No hay en el mundo hoy día, un solo estadista serio que sea librecambista, en el sentido en que aquí entienden esta teoría. Hoy todas las naciones son proteccionistas, y diré algo más. siempre lo han sido y tienen fatalmente que serlo para mantener su importancia económica y política. El proteccionismo industrial puede hacerse práctico de muchas maneras, de las cuales las leyes de la Aduana son sólo una, aunque sin duda la más eficaz, la más generalizada y la más importante.

Y agregó lapidariamente:

Es necesario que en la República se trabaje y produzca algo más que pasto³⁵.

No será obvio anticipar que Pellegrini, junto a Roca, inspirará la federalización de Buenos Aires y el Partido Autonomista Nacional que fue su apoyo político³⁶.

Las ideas de Pellegrini eran muy claras a este respecto. En 1876, al discutirse la ley de presupuesto afirma:

El libre cambio mata a la industria naciente, todo país debe dar desarrollo a su industria nacional; ella es la base de su riqueza, de su poder, de su prosperidad y para conseguirlo debe alentar su establecimiento, allanando en cuanto sea posible las dificultades que se oponen a ello». Aprueba gestionar capitales extranjeros para la red ferroviaria en poder del Estado, «porque siendo el gobierno el propietario, ayudará al desarrollo industrial del país, lo que no sucederá en manos de empresas particulares, que no irán a las zonas despobladas o de naturaleza pobre, ni teniendo en vista la defensa de la Nación.

La reacción contra el Club Industrial y sus sostenedores fue inmediata y estaba profundamente vinculada con el carácter antimitrista de los hombres que actuaban en la campaña. «La Nación», órgano de los importadores rebate las tesis del

proteccionismo³⁷. Toda la prensa participa en el debate económico. Avellaneda está frenado por el ambiguo carácter de su gobierno y el temor a la opinión porteña. En un acto organizado por el Club Industrial, el Presidente pronuncia una de sus frases elocuentes y vacías, dictada por su aislamiento en el poder:

*La protección que cae de las esferas superiores, cubre como un manto, pero suele también aplastar como un manto de plomo*³⁸.

Avellaneda prefería soslayar el ataque al mitrismo librecambista, ante la revisión de las tarifas aduaneras, fomentando bancos industriales, escuelas de artes y oficios y otras formas de protección^{38 bis}. Dice Heras: «El Partido Liberal sostuvo el libre comercio; su órgano más autorizado, «La Nación», combatió en diversas oportunidades el proteccionismo y Mitre, consecuente con su ideario liberal, también lo hizo desde su banca de diputado, al debatirse la ley aduanera correspondiente al año 1890³⁹. En 1876 el «hermano de Martín Fierro», Rafael Hernández, junto a los diputados Miguel Cané y Ataliva Roca, presenta un proyecto de ley por el que se establecía que los uniformes de la policía debían ser confeccionados con telas nacionales^{39 bis}.

Ya en 1873, con los primeros síntomas de la crisis mundial, Don Vicente Fidel López, maestro de Carlos Pellegrini, formaría una vigorosa exposición de política proteccionista:

Si tomamos en consideración la historia de nuestra producción interior -decía-, vemos que desde que la revolución de 1810 empezó a abrir nuestros mercados al libre comercio extranjero, comenzamos a perder todas aquellas materias que nosotros mismos producíamos elaboradas y que en nuestras provincias del interior, que tantas producciones de esas tenían, la riqueza y la población comenzó a desaparecer a términos que en provincias que eran ricas y que podían llamarse emporios de la industria incipiente, cuyas producciones se desparramaban en todas partes del territorio, hoy están completamente aniquiladas y van progresivamente en el camino de la ruina... En el camino que hemos adoptado, este mal tiene que ir en aumento, señor Presidente, porque en ese camino la provincia de Buenos Aires tiene que arruinar a las demás, sin ganar otra cosa que la expansión ampulosa y ficticia de su grande ciudad al lado de su grande aduana.

Con un Congreso maniobrado por los mitristas del Puerto, las advertencias de López cayeron en el vacío. Pero el triunfo nacional de Avellaneda varió la composición de las Cámaras y predominó una posición industrialista. La crisis castigaba ya a toda la República y operaba milagros en la educación y la prudencia de los sectores exportadores. Pellegrini tomó la palabra el 14 de septiembre de 1875:

Todo país -dijo- debe aspirar a dar desarrollo a su industria nacional, que es la base de sus riquezas, de su poder, de su prosperidad, y para conseguirlo debe alentar su establecimiento... Cuando un género de industria se plantea por primera vez es imposible, sólo en circunstancias muy excepcionales, que sus productos puedan desde el primer momento sostener competencia con los productos de la misma industria establecida desde tiempo atrás. Y la razón es porque el costo de producción tiene que ser mayor para la primera que para la segunda... Cuando esta cuestión se discutió en el Parlamento inglés, uno de los ilustrados defensores del librecambio decía 'que él quería, sosteniendo su doctrina, hacer de Inglaterra la fábrica del mundo y de la América la granja de Inglaterra'. Y decía una gran verdad, señor Presidente, que en gran parte de ha realizado porque, en efecto, nosotros somos y seremos por mucho tiempo, si no ponemos remedio al mal, la granja de las grandes naciones manufactureras⁴¹.

La Cámara de Diputados discutía en ese momento un proyecto del gobierno de Avellaneda, redactado por su ministro de Hacienda, Norberto de la Riestra (agente inglés y notorio mitrista), sobre la tarifa de los avalúos.⁴² La mayoría de la Cámara rechazó el criterio puramente fiscal y rentístico de esta tarifa y reclamó una tarifa proteccionista de la industria. La opinión de la Cámara movió a De La Riestra a renunciar a su cartera; lo reemplazó Victorino de la Plaza, que aun cuando había pasado largos años en Londres, no era un redomado cipayo como su antecesor.

De la Riestra vivió gran parte de su vida en Inglaterra emigrado durante el gobierno de Rosas. Fue empleado principal de Hut, Genning y Cía de Liverpool. Sarmiento, que lo conoció en Europa, dijo de él:

Nunca pude deducir su inteligencia, ni inclinación siquiera a la política de su país; era un empleado de comercio de una casa inglesa en toda la extensión de la palabra.

Al caer Rosas, regresó a Buenos Aires con el cargo de jefe de la casa bancaria Nicholson-Green. Fue legislador separatista y contrató en Londres, en 1865, el primer empréstito inglés de la «era constitucional». Era el candidato perpetuo de Mitre para Ministro de Hacienda. Lo fue así en los gobiernos provinciales de Obligado, Alsina y Mitre y en los nacionales de Derqui y Avellaneda. Al dejar el ministerio, integró el directorio del Banco de Londres y Río de la Plata. La banca inglesa, en reconocimiento de sus servicios, le obsequió una estatuilla de Canning fundida en plata. Lord Beerwick hizo lo propio con un cofre de oro adornado con un gran topacio análogo a la corona de Escocia. Al morir, Mitre hizo su elogio:

Es un restaurador, el fundador de nuestro crédito exterior; sin él no lo tendríamos hoy.

Los diputados nacionales provincianos y alsinistas rectificaron así la política vacilante de Avellaneda y se abre de ese modo el ciclo de la industria argentina. Con la ayuda de las tarifas proteccionistas de 1875, dice Dorfman

*se consolidan las industrias, fundándose entre 1881 y 1890 los primeros grandes establecimientos, verdaderas fábricas modernas de carne, cerveza, cigarrillos, jabón, fideos, curtiembre, cal, yeso y mosaico, etc.*⁴³.

Pero con la industria apareció el proletariado, y esto ya no agradaba ni a los librecambistas, ni a proteccionistas. Justamente en 1878, dos años antes de la revolución del 80, estalla la primera huelga obrera de la historia argentina. Fueron los obreros tipógrafos de Buenos Aires quienes se lanzaron en esa memorable lucha, exigiendo un mejor régimen de salarios. La asamblea del gremio estaba presidida por el obrero francés Gauthier; más de mil tipógrafos asistieron a ella. La prensa porteña no salía de su asombro. «El Nacional» diario fundado por Vélez Sársfield, decía que la huelga era

un recurso vicioso, inusitado e injustificado.

Era una

interpretación de derechos exagerados, contemporizar con los cuales hubiera sido invertir las reglas de trabajo,

pensamiento profundo muy de acuerdo a los intereses y pillerías del ilustre fundador de la hoja.⁴⁴

El socialismo usa las huelgas como instrumento de perturbación, pero el socialismo es una necesidad en América,

concluía «El Nacional» con su sabiduría bebida del Código leonino.⁴⁵

Avellaneda tenía en su gabinete a un viejo federal rosista, gran estanciero y orador pulcro, que en sus mocedades había gozado de la confianza del Restaurador en los saraos diplomáticos de Palermo. Don Bernardo de Irigoyen había desaparecido de la vida pública un cuarto de siglo, como los otros federales.⁴⁶ Y a través de Adolfo Alsina, Sarmiento y Avellaneda, entre el clamor de odio de los mitristas, había hecho su aparición. Ministro de Relaciones Exteriores del gabinete, Irigoyen se enfrentó con el mitrista Manuel Quintana, un adocenado petimetre que se vestía en Londres, pensaba como Londres y era, por supuesto, abogado del Banco de Londres en Buenos Aires. ¡Todo un dandy!⁴⁷ Este Quintana será presidente de la República en 1905 y ya hablaremos de él: sus trajes, su política, su economía, tienen el mismo corte.

El incidente que enfrenta a ambos hombres es tan típico del mitrismo, que antes de considerar otros aspectos de la presidencia de Avellaneda, nos detendremos un momento en él. Acogiéndose a las leyes provinciales de Santa Fe, el Banco de Londres estableció en Rosario una sucursal. Al determinar en 1876 la legislatura de esa provincia la conversión en oro de todas las emisiones de papel moneda hecha por el gobierno, la sucursal del banco inglés no dio cumplimiento a esa disposición legal. Decidió invertir el oro en otras operaciones. Ante el manifiesto delito de desacato, el gobierno de Santa Fe ordenó la detención del gerente del Banco, que era un señor Behn.

El gerente solicitó la protección diplomática de la delegación británica. En consecuencia, el 24 de mayo de 1876 hacía su entrada en el despacho de don Bernardo, Federico S. John, encargado de negocios de Su Majestad británica, acompañado por el inevitable Manuel Quintana, abogado del Banco. El Ministro argentino explicó a sus visitantes que el gobierno nacional carecía de derechos para intervenir en la aplicación de leyes provinciales. Pero estaba dispuesto a hacer una gestión oficiosa y amistosa. El paquete Quintana se sintió incapaz de contener su servilismo: anunció a Don Bernardo que

*el jefe de las fuerzas navales británicas en el Río de la Plata, ha ordenado que una cañonera se dirija a Rosario para recibir a bordo en depósito los caudales del Banco de Londres*⁴⁸.

Ante esta salida, el ministro declinó en el acto toda gestión oficiosa y señaló al inglés que «enojosas consecuencias» acarrearía esa actitud.

Mister John, ante la respuesta de Irigoyen, consideró más práctico olvidar sus amenazas. Liberado el gerente por el gobierno de Santa Fe, el problema se trasladó a otro plano: el de la ausencia de nacionalidad de las sociedades anónimas, que carecían de todo derecho para invocar la protección diplomática. Esa fue la doctrina sentada por Don Bernardo, que quedó ratificada por la jurisprudencia posterior. La prensa de Buenos Aires mordía furiosamente al ministro, recordando sus antecedentes federales. Como siempre, junto al inglés⁴⁹. Avellaneda marchaba en puntas de pie entre la tormenta que a diario desencadenaba el mitrismo en la ciudad porteña. Su política de otorgar ministerios a sus adversarios, no conduciría a nada. Bernardo de Irigoyen dejó su cartera y pasó a desempeñar el Ministerio del Interior. En su reemplazo Avellaneda nombra como canciller nada menos que a Rufino de Elizalde, el célebre bufón anglo-porteño-brasileño. Mitristas y federales, librecambistas y proteccionistas, el gabinete del presidente tucumano no sería una garantía de paz perpetua⁵⁰.

A través de la devastadora crisis, sin embargo, se echan las bases de la industria del azúcar y de vinos cuyanos; comienzan las exportaciones por los métodos de enfriado inventado por Tellier. Pero la experiencia fracasa y es sustituida por el congelado del sistema Carré-Julien, que endurecía la carne y la mantenía indefinidamente helada hasta su consumo. No era éste el mejor tipo de carne, pero prosperó durante el período de perfeccionamiento técnico del enfriado, que es el empleado actualmente⁵¹.

La polémica entre librecambistas y proteccionistas se resolvía en favor de éstos últimos, aspecto que no ha sido bien estudiado por los historiadores de «izquierda», en particular por los stalinistas. Estos no saben ver en el proceso histórico más que «progreso» o «reacción» (que al fin de cuentas es racionalismo pre-marxista). Los nacionalistas, por su parte, consideran que a partir de Caseros, cesa de fluir la historia nacional: desde ese eclipse, todos los gobiernos son vendepatrias. Si los maestros del marxismo formulaban observaciones irónicas sobre el librecambismo hipócrita que los ingleses recomendaban a los países débiles, no es difícil imaginar qué habrían pensado de los *marxistas* de estos países coloniales que proclamaban las ventajas del librecambio.

Engels no parece partidario del determinismo vulgar de los stalinistas o de la «división internacional del trabajo» entre las naciones preconizada por Juan B. Justo. En un viaje en tren con un comerciante inglés de Glasgow, Engels conversó sobre el proteccionismo yanqui, que el inglés atacaba diciendo, como si fuese absurdo, que

los norteamericanos se imponían a sí mismos gabelas fabulosamente altas con la única finalidad de enriquecer a dos o tres avariciosos dueños de altos hornos. Sin embargo -intervine yo- la cosa puede verse también por otro lado. Como usted sabe, en materia de carbón, fuerza hidráulica, yacimiento de hierro y otros minerales, productos alimenticios baratos y otras materias primas, los Estados Unidos disponen de recursos y ventajas que nada tienen que envidiar a ningún país europeo y que sólo podrán desarrollarse en plenitud cuando Norteamérica sea un país industrial. Reconocerá usted también que un gran pueblo, como el norteamericano no se va a dedicar eternamente a la agricultura como su única ocupación, pues ello sería condenarlo a la eterna barbarie y a la sumisión perpetua; hoy en día, ningún gran pueblo puede sobrevivir sin una industria propia. Pues bien. Si los Estados Unidos ha de convertirse en un país industrial, y no cabe duda de que cuenta con todas las posibilidades para alcanzar y, aún más, para batir en este terreno a sus competidores, sólo tiene ante sí dos caminos: o librar, en régimen de libre comercio, digamos cincuenta años, una lucha de competencia extraordinariamente costosa contra la industria inglesa, que le lleva cien años de delantera o, recurriendo a los aranceles protectores, eliminar la competencia de los ingleses, por espacio, supongamos de veinticinco años, con la casi absoluta certeza de que, al cabo de ese tiempo, la industria norteamericana conquistará un puesto en el mercado mundial abierto. ¿Cuál de estos dos caminos es el más corto y el más barato ?.. El librecambista escocés me escucho sin replicar ni una palabra⁵².

Al promediar el gobierno de Avellaneda, la sociedad arcaica recibía los últimos y decisivos golpes del ferrocarril británico. En 1876 el Central Argentino obtenía del departamento de ingenieros un arreglo

para hacer desaparecer la competencia de las tropas de carros⁵³

Todo el viejo sistema de convoyes en carretas y mulas agonizaba; con él desaparecían miles de artesanos a quienes servían y que el ferrocarril ya no unirá con los mercados internos de consumo. La estructura de las redes respondía específicamente a un orden geoeconómico dictado por Gran Bretaña. Las antiguas provincias ricas y pobladas se transformaban en provincias pobres y las pobres se convertían en prósperas asociadas del «Viejo Mundo»⁵⁴.

Los fraudes electorales de Mitre

En la Legislatura de la provincia de Buenos Aires, mientras tanto, estallaba un curioso escándalo. El joven legislador Marcelino Ugarte se incorporaba a la Cámara con un discurso en el cual pedía se investigasen las acusaciones de fraude electoral que le dirigía un periódico mitrista. En caso de resultar ciertos los cargos, decía Ugarte, elegido por el alsinismo, renunciaría de inmediato a su banca. Héctor Varela, antiguo mitrista y luego diputado independiente, pronunció un discurso resonante:

Dígase la verdad y establézcanse los hechos históricos, una vez por todas, para que todos carguen con la responsabilidad de un pasado en que todos han tomado parte: desde el día en que el entonces Coronel Bartolomé Mitre, nuestro amigo político, nuestro jefe en la lucha ardiente, cometió grandes fraudes para vencer en las urnas al caudillo que vino a golpear con su lanza la puerta de esta misma Cámara tratando de imponer de nuevo al pueblo redimido, hasta hoy, ¡todos han hecho fraudes electorales!

Sr. Méndez Paz: «¡Protesto contra las palabras del señor diputado Varela!»

Sr. Varela: «Puede protestar cuanto quiera, pero ha de oír las verdades que estoy dispuesto a decir... En estas grandes y agitadas corrientes de la revolución en que estamos viviendo, desde la caída del tirano, todos los partidos políticos han hecho fraudes electorales y es soberanamente ridículo que los mismos que han cometido esos fraudes, que los que han establecido esa escuela funesta para la libertad pretendan ahora lavarse las manos como Pilatos... Cuando se me

interrumpió, hablaba del primer fraude cometido al día siguiente de caído el tirano que enlutó la patria argentina. ¿Qué se hizo entonces? El señor don Bartolomé Mitre, nuestro compañero político, poniéndose al frente de las necesidades supremas de aquel momento solemne, comprendiendo la necesidad de vencer a Urquiza en los comicios, desenterró los muertos del cementerio, llevó sus nombres a los registros y venció a Urquiza en la contienda electoral, sin que a nadie se le ocurriese, entonces, ni después, en nombre de eso que se ha llamado aquí la pureza del sufragio, espantarse ante la aparición de aquellos muertos que venían a dar vida a las instituciones y a la libertad amenazada! ... ^{54 bis}

En esta defensa de su antiguo jefe, Varela anticipaba en medio siglo la doctrina del «fraude patriótico» que esgrimiría más tarde el mitrismo, transformado en partido conservador durante el siglo XX.

¿A quién pertenece Buenos Aires?

Pero el problema principal de la presidencia de Avellaneda era el de la federalización de la ciudad de Buenos Aires. Esta cuestión era la fuente de la intranquilidad que recorría el país, la herencia incobrable de la Revolución de Mayo y el factor ulcerado de nuestros conflictos civiles.

La futura presidencia -todos lo presentían- iría a jugarse en ese dilema medular de la historia argentina: o la Nación recuperaba su capital, o la Provincia seguiría reteniendo en sus manos esa enorme cabeza alimentada con la savia de todo el país. No habría un verdadero gobierno con fuerza nacional, si las provincias argentinas, empapadas con la sangre de varias generaciones, carecían de una plataforma federal propia: ésta no podría ser otra que la ciudad de Buenos Aires. A esta solución se habían resistido todos los gobiernos porteños. La ausencia de conciencia argentina en la ciudad porteña ya había sido advertida por el general Roca, que diría cinco años después del triunfo:

El foco del sentimiento nacional se encuentra en Córdoba. Todavía no ha podido arraigar en Buenos Aires, donde los argentinos son una minoría y los intereses extranjeros predominan.

El propio Sarmiento, en su ancianidad, coincidiría en 1887:

En Buenos Aires no está la Nación, porque es una provincia de extranjeros⁵⁵.

El Partido Autonomista bonaerense dirigido por Adolfo Alsina abrazaba sectores sociales contradictorios, según se ha indicado. La proximidad de la renovación gubernativa de la provincia y en el país ahonda la crisis interna latente en dicho partido. Mientras Cambaceres dirige el ala socialista, porteña y ganadera de la agrupación, Dardo Rocha, Aristóbulo de Valle y otros encabezan la tendencia más popular, nacional y plebeya del alsinismo. Alsina vacila entre ambas, buscando mantener el control de partido. Pero la evidencia de la federalización, que todos sentían como algo inevitable e irresistible, acelera la descomposición del Partido Autonomista. Alsina es seducido por Mitre, que le ofrece la futura presidencia a cambio de la Gobernación de la Provincia de Buenos Aires. Este acuerdo, llamado la «conciliación», se funda esencialmente en la resistencia de ambos en entregar al país la ciudad porteña. Del Valle, seguido por los jóvenes Alem e Hipólito Yrigoyen, organiza el Partido Republicano y se aleja de Alsina.

El 16 de octubre tuvo lugar en la Opera el célebre banquete con que se festejó la fraternidad. Después de Avellaneda, Mitre y Elizalde, habló Alsina. Cuando éste se adelantó en el proscenio con su aire desenfadado de 'compadrito lindo, el público perdió la medida. El caudillo estaba en su apogeo⁵⁶.

Alsina y Mitre convienen en sostener para gobernador al doctor Carlos Tejedor, el representante mitrista más característico de la irreductible ceguera porteña. Antiguo antirrosista, miembro de la Asociación de mayo, Tejedor no había olvidado nada, y menos que nada, el orgullo casi delirante de ser porteño. El oportunismo de Alsina fue admitido por el vacilante gobierno de Avellaneda. Este propuso a todos los partidos eliminar la guerra civil que asomaba en el horizonte. Se trataba en realidad de conciliar dos cosas incompatibles, esto es, el interior nacionalista y el porteñismo antinacional en lucha sorda por la posesión de la capital histórica.

El triunfo de Tejedor para Gobernador de la Provincia de Buenos Aires abría oscuras perspectivas. La «conciliación» de Alsina y Avellaneda condujo a la guerra civil. El discurso inaugural del nuevo gobernante no dejaba lugar a dudas: procuraría

*conciliar las prerrogativas propias, con la obediencia que en asuntos nacionales debemos a nuestro huésped*⁵⁷.

El «huésped» de este obtuso localista era el Presidente, el gobierno que se había dado a la Nación. Tejedor ratificaba con esa expresión que la Provincia prestaba su capital al Presidente, o sea al país.

Sin base propia, Avellaneda ha perdido el control de la nave. No oculta sus simpatías por la estrella naciente del general Roca, su comprovinciano. Pero no era una hora de juristas sino de soldados. Buenos Aires debía ser doblegada.

Muerte de Alsina y campaña del desierto

Era ministro de Guerra de Avellaneda el caudillo autonomista Adolfo Alsina. Su nombramiento, en momento que el país no conocía ningún conflicto internacional, se originaba en un viejo problema sin resolver: el indio. Las estancias vivían bajo en constante temor del malón. No había seguridad para los establecimientos de campo. La provincia misma carecía de límites precisos. En sus confines, a una noche de galope, se movía la indiada. El malón siempre presente en nuestra literatura, marcaba con su rastro de incendio las ciudades «de frontera». La naciente oligarquía veía en la eliminación del indio la condición primera de su consolidación económica definitiva. De ahí que bajo Rosas, Mitre, Sarmiento y Avellaneda, la diplomacia pampa y la diplomacia urbana alcanzaran un gran desarrollo, sin obtener una solución definitiva. Se trataba de llevar la «civilización» contra el indio, sin buscar incorporarlo a su seno. Ello no obstaba para que los partidos políticos argentinos se apoyaran alternativamente, en algunos caciques amigos como fuerzas de choque en nuestras disputas civiles. Todos -porteños y provincianos- se acusaron recíprocamente de utilizar la lanza bárbara para fortalecerse en las batallas. Lo cierto es que ninguno intentó ofrecer al indio un nivel superior de vida, asimilándolo a la sociedad argentina.

Sería de una exageración deformante concebir otros métodos para la época. Algunos redentoristas del indio del desierto derraman lágrimas de cocodrilo sobre su infortunado destino; pero la «exterminación» del indio fue inferior a la liquidación del gauchaje en las provincias federales, tanto en números absolutos como en la importancia económica y política del procedimiento. Pero estos «indiófilos» no se acuerdan del gaucho. Por lo común, lo denigran: es una variante oligárquica. La represión mitrista y las guerras civiles alteraron profundamente el mapa humano y

social de la República, invirtiéndolo en beneficio del Litoral europeo. La conquista del Desierto, por el contrario, amplía la soberanía política del país en las 20.000 leguas de territorio excluido de la historia y la economía argentina. El destino ulterior de esas regiones pertenece a otro tema y no lo trataremos aquí.

Son raros los argentinos de nuestra época que conocen, aunque sea ligeramente, la marcha hacia el Sur, lo que el desierto encerraba, las batallas que se libraron y el estremecedor universo de la pampa. No eran esas llanuras mares sin límites ni horizontes.

Al oeste, las pampas del indio eran otras, con sus bosques de caldenes y algarrobos, tales y espinillos, sus médanos gigantes, sus rías y lagunas, sus salinas y guadales, sus pastizales tan altos que pueden ocultar jinetes⁵⁸.

El desierto empezaba casi en las orillas de la gran Capital del Sur que, altiva y voraz, no quitaba el ojo de su Puerto sino para temblar de terror ante el malón. El gaucho llamaba a esas pampas, «tierra adentro»: era un mundo sobrecogedor de turbadoras maravillas. La vizcacha y sus cuevas alevosas, o los ganados alzados o cimarrones que reinaban en la inmensidad, compartían la tierra con perros salvajes, el soberbio chajá y la yarárá temible, el puma y el avestruz y el zorro previsor.

Un solo enemigo había para esta variada sociedad animal: el fuego arrasador. Brotaban de pronto en la pampa incendios grandiosos, misteriosos flagelos del Creador sobre sus criaturas del Arca pampeana. La llanura era hermosa y astuta, jamás se rendía a sus invasores, indios o cristianos. Había que dominarla una y otra vez. Su encanto primitivo se desvaneció con la llegada de las nuevas brujerías: el telégrafo y el rémington. El blanco ocupó el desierto y concluyó con su poesía bárbara.

Nuestros soldados habían hecho la guerra de la independencia con el fusil de chispa, de avancarga y 200 metros de alcance, y la guerra del Paraguay con el fusil a pistón fulminante, también de avancarga, con un alcance de 700 metros. Los indios con sus caballos veloces atravesaban con rapidez y en dispersión la zona de fuego. Pero desde 1871 tuvimos el rémington, de retrocarga, con un alcance de 1000 a 1800 metros. Esto apresuró el desenlace. Otro factor de éxito fue el telégrafo, cuyos hilos unieron los puestos militares entre sí, y a éstos con las ciudades⁵⁹.

Resulta por lo menos curioso que algunos «izquierdistas» sean hostiles a las provincias del norte, asoladas por los procónsules porteños, al mismo tiempo que condenan severamente a la «oligarquía» que conquista el desierto. Hay una íntima relación entre ambas actitudes. Sobre todo si se considera que las bajas fueron equivalentes entre las tolderías y el ejército regular, mientras que, por el contrario, los montoneros fueron pasados a degüello por miles en poco tiempo.

La lucha por la pampa duró trescientos años. Las negociaciones se prolongaron décadas. Irritado por esta espera, un historiador comenta:

El desierto era impenetrable, a la puerta del Azul, se cerraba su noche eterna. Era la gran fauce abierta sobre la ciudad: tragaba sus haciendas, sus mujeres y sus niñas. La obra de la conquista española quedó interrumpida dos siglos antes; el soldado y el misionero se habían agotado. Pobre y humillada, la República compraba la paz del indio, haciendo generales a salvajes hediondos, los trataba de usía, les enviaba embajadores y presentes, como a reyes⁶⁰.

Sin embargo, no se trataba de la lucha entre la República del Espíritu Santo y el aduar del infiel. A los rudos masones que formaban la plana mayor del gobierno y del Ejército no los movía ninguna voz sobrenatural.

Toda la estructura agraria del país en proceso de unificación exigía la eliminación de la frontera móvil nacida en la guerra del indio, la seguridad para los campos, la soberanía efectiva frente a los chilenos, la extensión del capitalismo hasta el Río Negro y los Andes.

Estanislao S. Zeballos ofrece la calumniosa versión oficial:

La paz se hace bajo la condición de que el gobierno le ha de dar aguardiente, vacas, yeguas, telas, prendas de plata, raciones anuales y mucho más pues nunca cesan de lamentarse de sus miserias y son la gente más pedigüeña que se conoce. La paz con los indios dura lo que dura la paz de la República, pues apenas la guerra interna o externa reclaman acción del ejército de línea en otro teatro, los indios, nuestros aliados y amigos, ensartan el tratado en las chuzas y se lanzan de nuevo al pillaje y a la carnicería... He aquí trazada a grandes rasgos la política exterior de aquellas horas de ladrones

*corrompidos en infernales borracheras, sin más hábito del trabajo y de la milicia, que el vandalaje... Felizmente el día de hacer pesar sobre ellos la mano de hierro del poder de la Nación ha llegado*⁶¹.

El amable Zeballos incurre en un olvido penoso: que las depredaciones de la indiada obedecían al despojo de sus mejores tierras de que eran objeto. La «civilización» no daba nada a cambio de ellas, salvo la de crear un «status» de mendicidad permanente para las tolderías amigas.

El coronel Juan Carlos Walter, historiador militar de la Campaña, observa:

*Los mismos indígenas, despojados paulatinamente de sus haciendas y zonas fértiles, se encontraban carentes de recursos, así que muchas veces impulsados por su pobreza o por la falta de entrega de las raciones por el gobierno, asaltaban las estancias para no perecer de hambre, habituándose así al robo*⁶².

En su vida social, los dueños de la pampa poseían mayor urbanidad que muchos de sus civilizadores, según Dionisio Schoo Lastra.

Sería un error inferir por estos rasgos que las tolderías eran equivalentes a la Corte de Viena:

En aquella misteriosa ‘tierra adentro’ -dice Cunninghame Graham- penaban mujeres cristianas de toda clase social desde la china infeliz arrastrada como la yegua de una estancia, hasta mujeres educadas en las ciudades y, en una ocasión, una ‘prima donna’ capturada al viajar de Córdoba a Mendoza...

Millacurá estableció en 1858, en Guaminí, un mercado de cautivos que vendían en 2.000 pesos por cabeza. Las cautivas no se vendían. Las «chiñoras bonitas», como decían los pampas, las reservaban para su solaz los caciques y capitanejos. Los cristianos rubios y los negros no eran bien vistos en las tolderías. A los negros generalmente se los quemaba, para que

*el blanco no hiciera pólvora con él*⁶³.

No se cita a caciques tiranos o que abusaran de sus prerrogativas: muy al contrario...

En las tolderías no había autoridad judicial ni policial: las cuestiones eran resueltas exclusivamente por los interesados, por lo común mediante compensaciones⁶⁴.

Esto último revela un grado de sabiduría que la humanidad quizá logre recuperar en un régimen superior al capitalismo.

Todos los caciques eran, a su manera, jefes de Estado. El cacique Mariano Rosas leía asiduamente «La Tribuna» de Buenos Aires.

En una caja de madera con tapa corrediza, el cacique guardaba su archivo de relaciones exteriores, repartido en saquitos de tela. Las notas del gobierno de Buenos Aires, las publicaciones de interés aparecidas en los diarios, hallábanse depositadas allí⁶⁵.

Eran tan hospitalarios como los gauchos: sus chinás se pintaban los labios, se oscurecían los párpados y se dibujaban lunares en las mejillas.⁶⁶ En cuanto a su diplomacia, el Archivo del Ministerio de Guerra encierra un caudal de notas escritas por los lenguaraces y escribanos de la pampa. Mariano Rosas era un «Tayllerand del desierto»: le enviaba al coronel Lucio V. Mansilla embajadas que integraba con las indias más bellas, persuasivas y astutas a negociar con el jefe militar de la frontera de Río Cuarto. De todas las tolderías partían gritos de protesta contra la rapacidad de los pulperos españoles, italianos o criollos que robaban o engañaban a los indios. El coronel Álvaro Barros documentará esta rapiña en su libro sobre la guerra de fronteras⁶⁷.

Eximios jefes militares, algunos caciques habían demostrado astucia gaucha en las batallas. El general mitrista Hornos salió de Azul en 1856 a escarmentar al cacique Calfucurá, pero éste

mejor conocedor del terreno, logró atraer al ejército nacional hacia una llanura que resultó ser un tembladeral e inmovilizó completamente a la caballería. La misma sin mayor adiestramiento, poco o nada podía hacer en esos suelos fangosos donde se hundía pesadamente con sus jinetes⁶⁸.

Advertido de que los indios obligaban a un género vernáculo de guerra, el teniente coronel Aguilar expone su fórmula:

Estos hombres que compongan nuestra columna expedicionaria a escarmentar a los salvajes que están tan engreídos, deben ser guardias nacionales de la campaña, gauchos todos de a caballo; para esta expedición no se precisa batallones de línea, compuestos de negros a blancos, afeitados a la francesa, ni menos recortado el pelo a la misma moda; precisamos pobres hombres gauchos de a caballo, de bola y lazo, para cuanto se ofrezca y entonces tendremos el triunfo⁶⁹.

El mismo autor agrega: «Uno de los amigos del general Mitre, Don Antonio Llorente, le escribió el 5 de diciembre de 1856 para consultarle sobre un plan por el que se ofrecía 1.500 a 2.000 yeguas al indio ranquel Cristo, a cambio de la cabeza de Calfucurá. Agregaba que esto no sería honroso cuando fuera con un hombre racional, pero que a los indios él los consideraba como a cualquier otro animal».

En definitiva, las anomalías y fricciones con Chile, obedecían en esa época a la presencia de pueblos nómades que atravesaban los valles cordilleranos, alimentaban con ganado de malón el comercio chileno del sur y suscitaban cuestiones de cancillería.

Lugones escribe a este respecto:

Las invasiones de los indios vinculábanse a vastos intereses de la república transandina. Allá iban a parar gran parte de los ganados del saqueo; y en cuanto a los cautivos, palabra que nada exageraba en verdad, mientras las mujeres aumentaban el serrallo de los caciques, los mozos válidos y sin rescate fueron muchas veces vendidos como esclavos de la trascordillera actual⁷⁰.

Rosas se propuso terminar con el problema; pero su época no le facilitó los medios técnicos de la guerra moderna; Mitre intentó una campaña militar que terminó en la desbandada ingloriosa de las armas porteñas en Sierra Chica; Sarmiento no hizo nada porque matar gauchos le llevó todo su tiempo; Avellaneda puso en práctica el plan Alsina, que consistía en organizar series sucesivas de fortines y fortificaciones para ganar dos mil leguas al desierto, sistema que se reveló impracticable. Es el joven general Roca quien propone el plan que en definitiva habrá de triunfar y que consistía en llevar

una operación ofensiva destinada a arrojar a los indios más allá de Río Negro. En ese momento Alsina deja de existir.

Su muerte dejó estupefacto al país; pero la naturaleza y la sociedad «aborrecen el vacío» y otro hombre ocupó su lugar. La historia de ese tiempo requería otro hombre. Sólo la importancia posterior de las fuerzas que Alsina encarnó, y que lo trascendieron, evoca su intensa y fugaz figura. El «Barba Azul» de esos tiempos, el «viudo implacable» que conmovió a la muchedumbre porteña, es en nuestros días un difuso camafeo de la historia argentina. Con él moría una conciliación imposible. Las armas tendrían la palabra.

La hora de Roca

Roca, nombrado ministro de Guerra en su reemplazo, lleva a cabo con gran eficiencia militar las operaciones proyectadas. Por su acción se incorporan al control nacional más de 20.000 leguas, sometiéndose a 12.000 indios.⁷¹ Al mismo tiempo se internaba la línea militar en el Río Negro, núcleo estratégico y factor de desarrollo económico en el Sur. Liberábase al mismo tiempo al soldado «de frontera» de los horrores del servicio que Martín Fierro ha descrito como una maldición de la época para el criollo pobre o perseguido. Sobre todo, ábrese una enorme fuente de recursos para los estancieros antiguos y nuevos que se forman después de la campaña; entre las fuerzas expedicionarias, se distribuyen por ley grandes extensiones de tierra.

El puritanismo hipócrita de los historiadores seudo izquierdistas juzgará más tarde ese reparto de tierras como expresión de una política «oligárquica». En realidad, la verdadera oligarquía terrateniente de Buenos Aires, ya estaba consolidada desde el régimen enfitéutico de Rivadavia, que Rosas amplió y que legalizaron los gobiernos posteriores. A los soldados veteranos de Roca les dieron las tierras del Sur, en pago de sus penurias y de sueldos no cobrados, tierras que malvendieron, movidos por la necesidad, a los especuladores y agentes de compañías extranjeras.

La tradición de la guerra de fronteras tuvo su poeta genial, menos difundidos son sus narradores y entre ellos el teniente coronel Manuel Prado. Uno de los más jóvenes expedicionarios al Desierto -Prado tenía sólo 14 años al incorporarse a las filas- escribía dos libros realmente clásicos: «Guerra al malón» y «La Campaña del Desierto», dignos de una analogía con la epopeya ranquelina de Mansilla.

Prado escribió algunas páginas esclarecedoras sobre la vida del soldado gaucho en la frontera, páginas dignas de releerse para justipreciar en su magnitud la proeza civilizadora de aquella milicia, y el premio que recibió.

Si alguien de afuera nos hubiera visto formados, se habría preguntado qué hordas de forajidos éramos. No había dos soldados vestidos de igual manera. Este llevaba de chiripá la manta; aquel carecía de chaquetilla, unos calzaban botas viejas y torcidas, otros estaban en alpargaatas; los de este grupo tenían envueltos los pies con pedazos de cuero de carnero; aquellos otros descalzos. Lo único uniforme y limpio eran los caballos y las armas. Sin embargo, cuando se tocó el Himno nacional, cuando el jefe dió un grito vivando a la patria, aquellos pobres milicos respondieron con todo el entusiasmo de sus corazones y acaso creyeron que no habían aún hecho bastante para merecer la gratitud de la nación⁷².

El hambre, la sed, la soledad inaudita y casi eterna, la lucha exterminadora con los indios, las mutilaciones que éstos cometían contra los cadáveres de los soldados caídos, la ferocidad indescriptible de una lucha agotadora, los tres o cuatro años sin cobrar los cincuenta pesos papel de suelos, los contratos de enganche vencidos y no renovados -éstas eran las condiciones de Martín Fierro en la «frontera» con el salvaje-

¡Fulano de tal!- llamaba el pagador, escribe Prado, y para uno que contestaba presente, exclamaba el sargento de la compañía en que había revistado el llamado:

-Muerto por los indios.

-Fallecido en tal parte.

-Desertó.

-Se ignora su destino.

-Perdido en la expedición de tal año, etcétera.

Y volvían al tesoro los de aquellos pobres mártires cuyos huesos se pudrían en la pampa, o cuyos cuerpos mutilados y deshechos rodaban por ahí en la miseria y el dolor.

Hoy en aquellos lugares donde tanto hemos sufrido, se levantan ciudades prósperas y ricas, el trigo crece en la pampa exuberante de vicio, abonada con la sangre de tanto pobre milico, y, en cambio, los hijos de éstos no tendrán acaso un rincón donde refugiarse, ni un pedazo de pan con que alimentarse allí mismo, en ese antiguo desierto que sus mayores conquistaron y que otros más felices, o más vivos supieron aprovechar⁷³.

Un silencio tan profundo como el desierto donde se hundieron para siempre, rodea la historia de esos héroes, que sólo se quiebra para que algunos livianos historiadores recuerden, con ímpetus moralizadores, el reparto de tierra realizado en beneficio del Ejército pampeano al día siguiente de su triunfo. El teniente coronel Prado escribió a este respecto:

¡Pobres y buenos milicos! Habían conquistado veinte mil leguas de territorio y, más tarde, cuando esa inmensa riqueza hubo pasado a manos del especulador que la adquirió sin mayor esfuerzo ni trabajo, muchos de ellos no hallaron - siquiera en el estiercolero del hospital- rincón mezquino en que exhalar el último aliento de una vida de heroísmo, de abnegación y de verdadero patriotismo.

Al verse después despilfarrada, en muchos casos, la tierra pública, marchanteada en concesiones fabulosas de treinta y más leguas; al ver la garra de favoritos audaces clavada hasta las entrañas del país, y al ver cómo la codicia les dilatava las fauces y les provocaba babeos innobles de lujurioso apetito, daban ganas de maldecir la gloriosa conquista, lamentando que todo aquel desierto no se hallase aún en manos de Reuque o Sayhueque⁷⁴.

El soldado de frontera recibía seis pesos mensuales «pagados a razón de un mes cada veinte⁷⁵. Diana, dos o tres horas antes de aclarar; a las siete un descanso de media hora para el desayuno, consistente en té pampa sin azúcar. La carneada era tarea más breve y se reducía al carneo de algunas yeguas flacas y viejas, que se cocían sin sal al calor del fuego hecho con estiércol. La galleta y el arroz eran artículos que no llegaban⁷⁶. La tarea era luchar contra los indios, zanjear, hacer adobe, construir muros, ranchos y otras edificaciones, porque el ejército de Alsina y Roca irá construyendo pueblos y ciudades en su marcha hacia el Sur.

Los caciques se iban rindiendo por hambre y tristeza⁷⁷. Al capitular se les otorgaba el grado de coronel o teniente coronel con sueldo, de alférez para algún hijo y de oficiales para sus capitanejos⁷⁸.

Los pampas, sometidos en masa, lo mismo que los ranqueles, ocuparon tierras de pan llevar dentro de la antigua línea, sobre la antigua frontera. Muchos de sus hombres sentaron plaza en el Ejército de Línea o como agentes de policía. Numerosos eran puesteros y peones mensuales en estancias argentinas⁷⁹.

¿Qué serían los criollos del Ejército sino antiguos mestizos de español e india, esos «chinos» de uniforme que Pellegrini verá haciendo guardia en el stand argentino de la brillante Exposición Universal en el París de 1889? La sangre se mezclará sin derramarse con la profusión de la guerra de montoneras. Y si los gauchos al «disgraciarse» atravesaban la pampa para sumergirse en las profundidades de los toldos, los indios del desierto se «agaucharán» o argentinizarán después de la conquista. Indio o gaucho, todo junto, formarán parte indestructible del tipo argentino, combinados con la sangre del poverío europeo que llegaba al país después de 1880.

Álvaro Barros, que acariciaba la esperanza de conquistar el desierto sin expulsar al indio, colonizando la pampa con sus antiguos dueños, observará que en un regimiento bajo su mando militaba un soldado llamado Martín Fierro. Amigo de José Hernández, ese coronel civilizador y rebelde comprenderá decepcionado que Martín Fierro desaparecía al mismo tiempo que Pincen, devorados ambos por un sino implacable.

Observemos, antes de seguir adelante, la diferencia entre la estrategia de Alsina y la de Roca. El sistema de fortines propuesto por Alsina y el famoso «zanjón» revelaban un criterio militar estático; pero reflejaba la limitación provincial de la ganadería bonaerense.

Roca, en cambio, lleva a cabo un plan de alcances nacionales e incorpora a la soberanía argentina todo el sur sometido al atraso de la toldería⁸⁰.

Pero más allá de su significación económica y militar, la expedición al desierto rindió un importante resultado político. Al regresar, Roca era una personalidad nacional. Este mozo tucumano, educado en el Colegio de Concepción del Uruguay, fundado por Urquiza para abrir del camino a una generación que dirigiese al país con la conciencia nacional que faltaba en Buenos Aires, era hijo del coronel Segundo Roca. Guerrero de la

Independencia, soldado de nuestras luchas civiles, el padre de Roca habría de ir con sus siete hijos a la guerra del Paraguay, donde moriría. El joven general Roca había luchado junto a Urquiza en Cepeda y Pavón, incorporado luego al ejército nacional, debió combatir en tal carácter contra Varela y López Jordán, últimos destellos de nuestra resistencia gaucha⁸¹.

La violenta desaparición de los caudillos armados dejó sin expresión los intereses de las masas populares. Pero como esas aspiraciones subsistían y se confundían con el país mismo, surgieron nuevos jefes. Del mismo modo que Adolfo Alsina, antiguo unitario fanático se transformará en su madurez en la cabeza del autonomismo federal, Roca, que como militar de carrera había combatido a los montoneros, se hará intérprete de las provincias que habían sostenido a aquellos. La burguesía intelectual provinciana suplantarán a los caudillos en la lucha del interior empobrecido contra la plutocracia porteña.

En esos conflictos conoció palmo a palmo la geografía física y humana de la Argentina: comprendió sus problemas esenciales, y estudió, libro en mano, junto al vivac. Nacido en Tucumán, casado en Córdoba, militar profesionalmente brillante, sus ambiciones crecieron con el país y con la necesidad de una política auténticamente nacional. A través de su concuñado Juárez Celman, dirigente de la juventud intelectual de Córdoba, Roca fue tendiendo las líneas de su acción: evaluó así atentamente las alternativas porteñas de postergar una vez más la federalización de la ciudad Buenos Aires. Los mejores dirigentes de la juventud porteña y bonaerense se irán nucleando alrededor del sutil tucumano: delgado, rubio, de ojos azules en los que resplandecía la malicia criolla, sus manos habían oprimido la lanza de tacuara y el libro de Tácito, síntesis viva de la patria vieja en su nueva edad. Por primera vez, con Roca, el interior pasará a la ofensiva. Pero ahora la estructura nacional del Ejército en manos de los provincianos, permitirá contrabalancear el poder económico del Puerto.

La desaparición de Alsina ha matado asimismo el acuerdo entre autonomistas y mitristas, que no significaba otra cosa que un pacto entre ganaderos y comerciantes de Buenos Aires, para rehusar la gran capital que la reclamaba. La fracción más resuelta y popular del partido alsinista de Buenos Aires apoyará a Roca, cuya intuición política no hará sino refinarse en la lucha, advierte claramente cuáles son las fuerzas fundamentales en el debate que se plantea, y los orígenes históricos que subyacen en esas fuerzas. En una carta señala al pasar: «tengo mis ribetes de federal», indicando con esa expresión el sentido popular y nacional de las tendencias que irresistiblemente debía interpretar. Por el contrario y en circunstancias en las que Mitre aparece como candidato a una nueva presidencia, Roca escribe:

*Mitre será la ruina del país. Su partido es una especie de casta o secta que cree tener derechos divinos para gobernar a la República*⁸².

El presidente, simple «huésped» de Buenos Aires

Si Tejedor había sido elegido Gobernador de Buenos Aires como fruto de la «conciliación» de 1877, la muerte de Alsina dejó en libertad al mitrismo frente a la sucesión presidencial. Las fuerzas porteñas postularán la candidatura del mismo Tejedor, que apoyado por Mitre definirá su programa localista al declarar que el Presidente de la República era en Buenos Aires «un huésped». No se detendría ahí. Afirmó que la Constitución era un simple pacto; ratificó su pensamiento de que las provincias tienen derecho a organizar fuerzas militares propias y a ejercer la policía marítima. El fogoso anciano se burlaba de la frase de Avellaneda de que «nada hay dentro de la Nación superior a la Nación misma».

El concepto típicamente imperialista de nuestros días de que el «federalismo» consiste en el derecho de cualquier gobernador a contraer empréstitos extranjeros o enajenar el subsuelo, ya había encontrado en Tejedor a su abogado más exaltado. Roca, en cambio, será la encarnación misma del poder centralizador del Estado y, como se demostrará en sus Presidencias, es el constructor moderno del Estado argentino.

El país vive sobrecogido por el peligro de una revolución. Tejedor se convierte en el símbolo del localismo porteño. Ignorando un precepto constitucional expreso, la legislatura bonaerense vota cincuenta millones de pesos para comprar armas. Tejedor hace desfilar y practicar tiro a los soldados de Buenos Aires disfrazados de bomberos. El mitrismo rodea al insolente gobernador y hace de él su candidato, junto con un sector de los autonomistas reclutado entre los ganaderos y terratenientes.

El joven universitario cordobés, Ramón J. Cárcano recordará, muchos años más tarde, al sector que en Córdoba sostenía la causa separatista porteña:

El grupo metropolitano -dice Cárcano- partidario de Tejedor es reducido por su número, pero importante en distinción e influencia. Se apoya en el clero y estimula su acción. El histórico 'Eco de Córdoba' y 'La prensa Católica' son sus órganos, Luis Vélez, eminente periodista de reputación americana, Monseñor Castellanos, Monseñor Yáñis, el presbítero Falorni, los clérigos Mercado, Ríos y

Cabrera están siempre en la batalla con vehemencia agresiva. No proclaman candidato a la presidencia, pero atacan al gobierno que sostiene la candidatura de Roca. Saben que no triunfarán en el comicio y propician la revolución coordinada con Buenos Aires⁸³.

Las grandes líneas del conflicto se van tendiendo. La prensa porteña asume cada día un tono más subversivo y habla abiertamente de defender la ciudad contra la intromisión provinciana. Avellaneda es humillado en la ciudad capital y desconocida su autoridad nacional en los hechos más nimios. Cuando el Presidente de la República se dispone una noche a entrar en un teatro, un agente de policía de la provincia le impide la entrada. Tejedor premia al día siguiente al agente. Los diputados provincianos del Congreso Nacional están amedrentados por la arrogancia porteña: un grupo de legisladores cordobeses que llega del interior a Retiro, es saludado por una lluvia de porotos y de harina por algunos niños bien de la ciudad puerto, envanecidos por el alumbrado a gas y sus bastones de empuñadura de oro⁸⁴.

Refiere Lugones que «hacíase gala del desprecio provinciano. El gobernador disputaba al presidente el asiento de honor en las fiestas públicas. El pueblo silbaba al jefe de la nación porque éste hacía despejar el camino de su coche⁸⁵.

Los porteños se burlan de Avellaneda por provinciano y por su baja estatura. Recuerdan los versos crueles y estúpidos de Ricardo Gutiérrez:

*patria de San Martín y de Belgrano
hundida bajo el taco de un pigmeo.*

Un hermano de Ricardo Gutiérrez, que será luego el célebre folletínista y prolífico autor de esa literatura «para porteras» con nuestro color local, pondrá su pluma abundante al servicio de la causa porteña y la tilinguería en auge. Eduardo Gutiérrez será el cronista de la guerra civil del 80; nadie mejor que él describirá la psicología, las costumbres, los chismes de corrillo, las bromas desafiantes de los patoteros de buena familia, el desprecio hacia los provincianos, el enrarecido clima creado por la avidez porteña. El tal sentido, su obra magna será «La muerte de Buenos Aires» —esto es la federalización, tal cual la veían los porteños y su plumífero—.

El mitrismo había organizado una rebelión porteña contra el gobierno de Avellaneda mediante el establecimiento del Tiro Nacional, a efectos de

preparar a los jóvenes de la aristocracia porteña en el manejo de las armas y demostrar que contra aquello que usualmente se decía (*los porteños sólo se baten con los perfumes de las peluquerías*) eran capaces de enfrentar a toda la Nación.

El punto de reunión del Tiro Nacional se había convertido en un paseo magnífico por su gran significación social. Allí se reunían unos dos mil jóvenes de nuestras principales familias con un arma al brazo, alentados por una concurrencia espléndida de damas, que ardiendo de entusiasmo, iban a significar con su presencia que los hombres no estaban solos en aquella gran cruzada

escribe Eduardo Gutiérrez. Observe el lector la condición social de aquellos jóvenes que el propio Gutiérrez no deja de subrayar en cada página.

¿Barrería la metralla a la juventud que componía el Tiro, que era la más noble, la más distinguida y la más brillante de Buenos Aires?⁸⁷

Gutiérrez, cada vez que menciona al Presidente Avellaneda, se burla de su presunta cobardía y reitera: «*el pequeño Avellaneda*». Al describir una reunión de «notables» convocada por el Presidente Avellaneda para discutir la solución de la crisis, Gutiérrez reproduce con satisfacción las siguientes palabras de Sarmiento:

Pero es necesario que desarmado Buenos Aires, se siga por desarmar a Córdoba y esos doce gobernadores de la Liga, que no son otra cosa que doce mulatillos que pretenden imponer a la República, un general que se ha retirado en estos momentos al interior, para usar allí todo género de situaciones mentidas y armar toda clase de embrollos. Si yo soy de opinión que se desarme Buenos Aires -concluyó también creo que Buenos Aires tiene derecho y razón de oponerse bestialmente a la candidatura de Roca, pues hasta las piedras han de levantarse en su contra⁸⁸.

Por su parte, Roca llegaría a tener un juicio definido sobre Sarmiento. Pocos años más tarde, ya presidente, escribía a Juárez Celman:

Lo que no me gusta del gobernador Olmos es su admiración por Sarmiento que nos ha estado haciendo pasar su audacia sin límites por genio y grandeza moral, durante treinta años. Yo también he pagado ese tributo de inocencia.

Los jóvenes voluntarios porteños, reunidos en los cuarteles a la espera de un encuentro armado con las tropas nacionales de línea, tomaban verdes cimarrones, «cebados por sus propias manos por primera vez en la vida; la juventud aristocrática estaba encantada con el nuevo sport bélico. Y hacía uso de su

crédito en Sempé, Marechal o Charpentier, para proporcionarse un poco de buen café y un cajón de cigarros con que engañar la velada.

Las grandes fortunas familiares de la clase terrateniente y comercial se ponían a disposición de la causa localista: los Casares, los Bullrich, los Cantilo, los Argerich, los Estévez Seguí, los Ramos Mejía. La tensión político y militar aumentaba. Gutiérrez comenta:

Los guardias santafesinos, los lanceros de la muerte cordobeses y los greñudos del interior del monte, afilaban ya las chuzas con que habían de entrar a la gran ciudad⁸⁹.

Este autor se anticipaba a los pasquineros de 1945. En su odio racista contra los «cabecitas negras», no omite destacar en cada caso la «impureza de la sangre» de las fuerzas provincianas, y por contraste, la «posición y fortuna» de los defensores del localismo (p.93); enumera apellidos con largueza, para aprobar su aserto: los Bullrich, Cantilo, Argerich, Casares, Videla Dorna, Montes de Oca, Lacroze, Echagüe Quintana, Ramos Mejía, Mujica, Lynch, Lezica, Gainza, Cobo Lavalle, Lanusse y muchos otros. La «población extranjera» saludaba con alborozo a las fuerzas porteñas (p. 71) lo mismo que «las matronas desde los balcones» (p. 71) el 8° de línea del Ejército Nacional estaba formado por indios (o sea criollos), (p. 83); «la población ilustrada de las provincias no estaba con Roca» (p. 171); en Catamarca tampoco estaban con Roca «el elemento decente e ilustrado» (p. 711);

entre los que decidieron la guerra sin cuartel a Buenos Aires, formaron seis porteños, a cuya cabeza se hallaba el doctor Rocha. Eran los hijos que ofrecían en venta a la madre patria!(p. 175);

se organizó una manifestación de las fuerzas vivas para pedir al general Roca la renuncia a su candidatura:

La manifestación se puso en marcha a casa del Gobierno nacional, en el siguiente orden: miembros de la Cámara Sindical, presididos por el señor Emilio Fernández, Centro Comercial, el Club Industrial, la Sociedad Rural, las Logias Masónicas, el personal de los Bancos y la Comisión de pagarés (p. 182);

Buenos Aires, sobre las armas, con todos sus hijos bajo sus gloriosas banderas, con toda su riqueza y su importancia moral y material, era un coloso formidable que se levantaba ante la ambición de aquellas verdaderas tribus (p. 723 l).

Y para terminar esta selección:

Así, los que habían sostenido que la juventud de Buenos Aires sólo se batía con los perfumes de las peluquerías, los que creían que arrollar al Tiro Nacional con las vainas de las bayonetas de sus soldados y los indios erigidos en soldados de línea, tenían que bajar la cabeza y retroceder ante aquella juventud.. Tres asaltos fueron traídos a la meseta, todos ellos vigorosos, bien dirigidos y recios. Pero las tres veces tuvieron que retroceder ante el Krupp, y el rémington manejado por las aristocráticas manos de la juventud porteña, que hasta entonces no había manejado otra cosa que la varita y el guante (p. 385).

Por su parte, la facción porteña contaba con el apoyo de las colectividades extranjeras, del comercio europeo en Buenos Aires y de legiones «ad hoc» del tipo garibaldino, integradas por dos cuerpos de italianos, como lo establecía la tradición de la Segunda Troya. El comercio en pleno, legendaria base social del mitrismo, apoya económicamente la resistencia porteña a la federalización de Buenos Aires. Sus principales establecimientos –P. y A. Lanusse, Escalada

y Marini Rocha Hnos. y muchos otros—, envían al Cuartel de la Guardia Provincial numerosos cargamentos de provisiones

desde la bolsa de nueces y el rico queso, hasta el exquisito chocolate, y desde la criolla pipa de caña hasta el canasto de champaña». Gutiérrez se pregunta: «¿Luego, por qué causa iba a batirse el ejército con el pueblo de Buenos Aires, cuya fortuna particular costeaba sus asilos de inválidos?»

Habían pasado setenta años de la Revolución de Mayo y todavía la arrogante imbecilidad portuaria creía en su derecho divino para disponer en su propio goce de la renta nacional.

¡Ya circulaban los ferrocarriles, funcionaba el telégrafo, existía el Rémington a repetición, el gas iluminaba las calles y poco faltaba para que lo hiciera la luz eléctrica y se tendieran los primeros teléfonos y todavía el cajetilla porteño, según la expresión orillera, que se agringaba paulatinamente de acuerdo a las nuevas modas, se creía la nobleza de la República!

Véase, a través de la pluma de Gutiérrez, cómo la opinión pública porteña veía al general Roca, uno de los dos o tres grandes y sagaces políticos de su siglo:

El gobierno nacional conocía el poquísimo talento del general Roca, y temía que éste fuese envuelto por el doctor Tejedor, hombre de más alcance intelectual y más avezado en la política⁹⁰.

Tal era la agudeza de la gran ciudad y de sus periodistas más notorios. La llegada de los diputados cordobeses de filiación roquista a Buenos Aires es objeto de groseras burlas.

Envueltos en sus enormes boas de vicuña, con sus sombreros de panza de burro y su ropa barateada en Córdoba, estos diputados eran un verdadero atentado contra la seriedad del transeúnte⁹¹.

Los patoteros del 80, elegantes de confitería y que paseaban por Palermo a cuenta del Bois de sus sueños, vejaban a los diputados de la Nación, que

eran diputados pobres y no solían hablar francés. Eran corridos por la calle al grito de «Púchero de hóbeja».

Gutiérrez explica, lleno de gozo:

Siendo el puchero de oveja un alimento de lujo entre la gente provinciana, nuestro buen pueblo, alegre siempre, los califica de esa manera dando a la frase la misma entonación que ellos usan⁹².

Mitre y Tejedor alientan en las provincias rebeliones locales para fortificar sus posiciones. Las armas circulan por todo el país. Con una firmeza inquebrantable, Roca fija su cuartel político general en la provincia de Córdoba, de cuyo gobierno Juárez Celman es ministro; al mismo tiempo, mantiene una correspondencia constante con los dirigentes prominentes de cada provincia. Cosa significativa, todos ellos son muy jóvenes: el general Roca tiene 37 años, Juárez Celman, 36. Será ésta la generación del 80 la que infundirá una nueva fisonomía al país.

Sarmiento, al que Avellaneda hiciera su ministro del interior para tonificar su tembloroso gabinete, está decepcionado. Creía que entre los dos partidos belicosos de Tejedor y Roca él podía ser un candidato de transición. Pero la hora de las negociaciones ha pasado y la cuestión de la capital no puede postergarse ni resolverse por vía pacífica. Los porteños estaban ensorbecidos.

Al comenzar la lucha por las candidaturas, nada menos que Roca, con su fama de zorro y león, incurrió en la inocencia de suponer que podía contar con la provincia de Buenos Aires y sus hombres representativos en su triunfo.

Aquí me encuentro, mi amigo -escribe Roca a Juárez Celman- con un gran partido. ¡Quién lo creyera! ¡Un provinciano crudo y neto, sucediendo y recogiendo el disperso partido de Adolfo Alsina! Irigoyen, Rocha, Cambaceres, ya están todos resueltos y decididos y dentro de pocos días harán mi proclamación de una manera pública y solemne. Cada día se reciben más adhesiones y, como dice Casares, somos y vamos a ser tantos al fin, que no habrá mérito ni hazaña en vencer⁹³.

Días más tarde, informa a su concuñado:

La manifestación del domingo ha sido, sin exageración alguna, una de las más grandes o más bien dicho la más grande reunión que ha tenido el Partido Autonomista. Es verdad que, además de los

autonomistas, han concurrido numerosos elementos mitristas que simpatizan y trabajan con ardor por mi candidatura. Estaba ahí todo el 'Centro Popular', el núcleo de Ezequiel Paz, los elementos de Unzué, Lezama y muchos otros ricachos, antiguos mitristas. En la campaña son más fuertes y numerosos nuestros elementos. No será difícil que también triunfemos en Buenos Aires, a pesar de todo el poder oficial de Tejedor⁹³ bis.

La carta está fechada el 31 de julio de 1879.

Durante los doce meses siguientes los acontecimientos marcharon en línea recta hacia la guerra civil. La cuestión de las candidaturas, que enfrentaba a los autonomistas con los mitristas, ambos de origen liberal, se transformó por la lógica de hierro de toda la historia argentina, en la lucha por la posesión de la Capital. Entonces los autonomistas, los mitristas y los líricos (tejedoristas), se unieron en un bloque sólido contra Roca. Los partidarios de Roca en Buenos Aires quedaron reducidos en un año a un puñado de hombres amedrentados. Toda la provincia de Buenos Aires y la capital votaron contra Roca incluidos los «ricachos» y los grandes nombres del latifundismo bonaerense que lo habían alentado al comienzo, por su vieja aversión al partido mitrista.

La prensa porteña acusaba a Roca de pretender imponer su candidatura por medio de la fuerza:

Avellaneda -decía un diario porteño- subió en 1874 a la Presidencia de la Nación porque contó con el apoyo de Adolfo Alsina y su partido, de gran influencia en Buenos Aires; pero Roca no tiene puntal alguno en esta provincia; se sostiene con los batallones de líneas, compuestos por indios reclutados o enganchados, que a pesar de tener vencidos sus contratos no se les libera del servicio. Roca se empeña en gobernar a la República olvidando que ésta no es gobernable si se carece del apoyo de Buenos Aires⁹⁴.

Buenos Aires prepara la guerra civil

Buenos Aires pretende humillar a los provincianos ¡La ciudad contrabandista se jacta de su presunto abolengo! Intimida a los diputados del Interior echando

mano a todos los recursos. En las sesiones del Congreso los regimientos de rifleros de Tejedor ocupaban el lugar de la barra, con sus armas prontas. En cierto momento del debate, un diputado mitrista se dirige a los rifleros diciéndoles: «¡Ya es tiempo!» y los soldados, dirigiendo sus fusiles hacia los diputados provincianos, se disponen a abrir fuego. Se produce una escena de confusión indescriptible, hasta que Mitre, comprendiendo su responsabilidad, grita «¡No es tiempo!» y pide que se levante la sesión^{94 bis}.

Un diputado exclamó en la Cámara:

Una oligarquía provinciana vendrá a dirigirlo todo, a fin de que no se levante una oligarquía porteña.

A varios diputados roquistas se los corre a latigazos, a otros, autonomistas porteños que apoyan a Roca, se les acusa de traición a Buenos Aires. Algunos de ellos, como lo ha relatado Felipe Yofre, se desmoronan, flaquean y se retiran.⁹⁵ En una reunión celebrada después de una sesión tempestuosa en el Congreso, don Vicente G. Quesada, figura muy respetada entre «los hombres del Paraná», declara que una firma suya en la Legislatura le había costado una emigración de veinte años:

Temo verme por segunda vez camino del destierro; no puedo negar mis compromisos con el general Roca, pero a mi edad me falta el ánimo para sufrir otra emigración. No podré seguir acompañándolos, no cuenten ya conmigo⁹⁶.

En idéntico sentido se expresa el diputado Carlos Marengo, quien anuncia su decisión de irse a Montevideo: sus amigos porteños le acusan de traidor. El propio Juan Bautista Alberdi, que luchara durante décadas en sus escritos por la federalización de Buenos Aires, amedrentado, envejecido, vota en contra de Roca y junto a sus implacables enemigos mitristas^{96 bis}.

El diputado electo por Córdoba, Dr. Felipe Yofre, relataba a Juárez Celman:

Aquí me tiene en Buenos Aires, como si dijéramos en la Tierra del Fuego, oyendo el prolongado sonido de los estremecimientos de un volcán. Por todas partes ruidos de tambores, de cornetas,

ecos de guerra, batallones de ‘voluntarios’(a un patacón por día de servicio) haciendo movimientos marciales de izquierda a derecha, de derecha a izquierda... ¡Esta provincia se arma, pues, a gran prisa!... Estamos pues, colocados frente a este dilema: o nos defendemos de las agresiones ad hoc preparadas para eliminar nuestros votos en la Cámara, o nos dejamos apalear... Nos encontramos librados a nuestras propias fuerzas, pues el partido roquista no se hace sentir. Estos diablos son muy porteños y Tejedor muy brutal. Los porteños, mi amigo, tienen a Roca un miedo cerval, por más que griten contra él, desconociéndole hasta el valor, no pueden ocultar que le temen».

Pero la juventud porteña revolucionaria del 80, con Pellegrini y Dardo Rocha al frente, está resuelta a todo. Una generación intermedia los apoya, es la generación de José Hernández, Rafael Hernández, Guido y Spano, Mansilla, que rodea al roquismo del prestigio político e intelectual que a sus adversarios supuestamente «cultos» les falta.

Avellaneda ha seguido una política plena de debilidades; sus frecuentes invocaciones a la «paz» son recogidas por el mitrismo, que lleva a cabo una maniobra «pacifista» destinada a obligar a los dos candidatos a renunciar a sus aspiraciones, en prenda de «conciliación nacional». Pero el sentido central de la propuesta, que Roca advierte, es la renuncia a la federalización de Buenos Aires. A esta altura de los acontecimientos, la guerra civil es inminente. La situación evoluciona peligrosamente. De una manera arrolladora la cuestión presidencial se ha ligado a la cuestión Capital. Se dirime aquí un gran pleito histórico. Observemos que el ala popular del autonomismo, circunstancialmente alejada del partido por la «conciliación» de Alsina, regresa a él, unificándose alrededor de Roca. En ella militan Leandro N. Alem e Hipólito Yrigoyen, que adoptarán actitudes opuestas frente al más importante problema de la época.

Mientras que Leandro N. Alem, como diputado a la Legislatura bonaerense, será el único legislador que se opondrá a la federalización de Buenos Aires (su adversario en la Cámara, significativamente, será José Hernández), su sobrino Hipólito apoyará a Roca, aprobará la federalización y será elegido en el grupo de los 24 diputados roquistas en el Congreso del país, unificado al fin. Todo ello no obstará para que los epígonos de Yrigoyen, setenta años más tarde defiendan a Alem, que asumió la bandera de Mitre, callen el significado de la actitud de Yrigoyen y consideren a Roca como el «Jefe de la oligarquía».

El triunfo era inevitable si se consideraba que los gobernadores del interior veían a Roca como jefe de la unidad y a Tejedor como defensor del separatismo porteño. Gran parte del ejército, gauchesco por su origen y su temple, estaba con Roca. Pero las intrigas y las maniobras de Buenos Aires, las vacilaciones y las dudas de Avellaneda, que temía la guerra civil, los cambios probables de frente en los aliados bonaerenses de Roca (al fin y al cabo porteños y sujetos a una gran tradición localista) hacían oscilar toda la situación. Como un testimonio sugestivo de ese instante de nuestra historia, transcribimos algunos párrafos de una carta que Roca dirigió a Juárez Celman desde Rosario, en viaje a Buenos Aires:

¿Por dónde principiar? Son tantas las cosas que bullen en mi cabeza y vivo en una agitación tan continua, que sería largo y difícil transmitirle los mil detalles curiosos de estos quince días que falto de allí. Bástele saber que estamos embromados; que todo el mundo conspira contra mí en Buenos Aires; griegos y troyanos, provincianos y porteños, principiando por los que componen el gobierno nacional, el Presidente inclusive, que habla de renunciar que tiene hijos «porteños», que no quiere salir de Buenos Aires, etc. El que debía garantizar la paz de la República y el derecho de los pueblos, ha perdido toda autoridad como Jefe de Estado.

Pellegrini me habló también de que no sabía que hacer y sin aconsejarme nada, me dijo que él no tenía otro remedio que retirarse a su casa. En Buenos Aires no queda ni sombra de Gobierno Nacional⁹⁷.

Roca contra la oligarquía

Días después, como la tensión aumentaba, «El Nacional» anunció que un comerciante español, jefe de una gran casa importadora, organizaba una comisión de doscientos extranjeros que se trasladarían a Rosario para pedir al general Roca la renuncia de su candidatura. Tales eran los intereses que respaldaban la posición porteña de Tejedor y Mitre. Roca comentó:

ahora son los comerciantes extranjeros los que van a arreglar el país.

En esos días la casa inglesa Samuel Hale y Cía. obsequiaba al gobernador Tejedor tres cajones de armas.

Avellaneda estaba reducido a la más completa impotencia. Dijo a unos diputados que le fueron a pedir garantías por su seguridad personal frente a los ataques mitristas, que él nada podía hacer; como Presidente de la República carecía de autoridad antes el vigilante porteño que estaba en su puerta; él mismo veíase obligado a llevar el revólver en el bolsillo, rectificando así la definición que le aplicó Sarmiento al transmitirle el poder. En tales circunstancias, interrogado Tejedor por un grupo de diputados bonaerenses acerca de si contaba con fuerzas para enfrentar al gobierno nacional, respondió: «tengo elementos sobrados para reproducir otro Pavón». Como se ve, a ninguno de los actores del drama se les escapaba el hilo histórico del episodio que vivían. Pero el 11 de abril se realizan elecciones nacionales. Doce provincias se pronuncian por Roca. Buenos Aires y Corrientes, en manos del mitrismo, votan por Tejedor.

El triunfo provinciano no hace sino llevar la exaltación porteña al más alto nivel. El mitrismo y Tejedor se preparaban ya abiertamente a desconocer el resultado de las urnas. Se hacían colectas a fin de adquirir armas para el batallón de Rifleros de Tejedor: los soldados porteños recorrían los comercios pidiendo dinero para comprar armas y vestuario. Los diputados provincianos al Congreso no podían salir a la calle sin ser agredidos de palabra y de hecho por provocadores mitristas. El clima se vuelve irrespirable, los escasos amigos porteños de Roca titubeaban ante el espectro de la guerra civil⁹⁸.

Frente al hotel Helder donde se alojan los diputados del interior, un día aparece un carro descargando fardos de pasto, la gente pregunta: ¿para quién es esa carga? Y le responden: para que coman los diputados provinciales.

Pero ahí estaba Roca duro como un diamante. Presidente electo, la asunción del cargo se volvía problemática. Entonces escribe una carta desde su finca de Córdoba, donde se ha recluso a Dardo Rocha. La transcribiremos a pesar de su extensión, porque en ella se retrata al hombre que la firma y a la generación que lo sustenta:

Es usted mi amigo –escribe Roca rompiendo su deliberado silencio–, un hombre de fe y de energía moral incontrastable. Me explico sus temores y pesares por los peligros que amenazan a la nacionalidad argentina y a los progresos de veinte años.

Usted ha pasado por pruebas bien duras y la caída de la Legislatura bonaerense en manos de los mitristas debe haber repercutido hondamente en su corazón. Nada sería todo esto si esos hombres se contentaran con sus triunfos que, aunque arrancados por medio de la violencia, revisten hasta cierto punto formas legales. Pero no es así, esa victoria no ha de servir sino para excitar su ambición, que no se detendrá ante el crimen contra la Constitución, que debiera ser valla insalvable de todos los partidos.

Estos hombres van a la rebelión y a la guerra. Las debilidades de nuestro amigo Avellaneda les ha allanado el camino desde hace mucho tiempo. Se creen fuertes y no hay duda que se han robustecido con la disciplina y organización dada por Tejedor, y cada día han de ser más insolentes. Pero nosotros no tenemos por qué desesperar. Si ellos se han entronizado y han avasallado completamente a Buenos Aires, nuestro poder e influencia ha crecido y aumentado en las demás provincias, animadas en estos momentos por un solo espíritu y un solo pensamiento. Estamos nosotros también fuertes y bien fuertes.

¿Cuál será el desenlace de este drama? Creo firmemente que la guerra. ¡Caigan la responsabilidad y la condenación de la historia sobre quienes la tengan; sobre los que pretenden arrebatar por la fuerza los derechos políticos de sus hermanos! Los contemporáneos aplaudirán a los que avanzan en los campos de batalla. Lo único de desear sería que el Presidente, que se encuentra con fuerzas para contener a los rebeldes y detener la anarquía, pusiese todos los elementos nacionales (la Escuadra, el Ejército y el armamento a salvo de un golpe de mano. Que se haga esto y yo le garantizo la victoria con mi cabeza.

Ya que lo quieren así, sellaremos con sangre, y fundiremos con el sable, de una vez para siempre esta nacionalidad argentina que tiene que formarse como las pirámides de Egipto y el poder de los Imperios a costa de las sangre y el sudor de muchas generaciones. Es posible que esté reservado a la nuestra el último esfuerzo y la coronación del edificio. ¡Que no nos falte coraje, la energía y la decisión en el momento de la prueba! Si sucumbimos, habremos retrocedido veinte años con el triunfo de la injusticia, pero esto mismo no es gran cosa, a fin de cuentas, en la vida de las naciones.

No extrañe no le escriba con más frecuencia; cuando hablan los acontecimientos, es mejor dejarles a ellos la palabra⁹⁹.

La situación en Buenos Aires era un caos. Los partidarios porteños de Roca se ocultaban, vacilaban, vivían al borde del pánico. El Presidente Avellaneda hablaba a sus íntimos de renunciar. Se empleaban toda clase de recursos contra Roca, entre otros, el de enviarle telegramas falsos a Córdoba firmado por sus amigos políticos pidiéndole su renuncia¹⁰⁰. La presión de toda la provincia sobre los partidos políticos era tan enorme ante el peligro de perder el monopolio aduanero que la había enriquecido desde la Revolución de Mayo que las tendencias nacionales estaban a la defensiva.

El ex gobernador de la provincia de Buenos Aires, D'Amico, señala la soledad de Roca:

Tejedor, arrastrando a la mayoría de los alsinistas y Mitre a todo su partido, se alzaron en armas unidos para destruir a Roca, sin perjuicio de pelear después para saber quién aprovecharía de la victoria»^{100 bis}.

Roca, Presidente electo, veía desvanecerse sus posibilidades para asumir el poder. Quedaba en ese caso una solución intermedia:

Para vengarme de todo esto -escribía a Juárez- no se me ocurre otra cosa que Sarmiento; y, también, como medio de asegurar las situaciones y fortuna política de nuestros amigos. El loco se nos entregará en cuerpo y alma y nos dará todo lo que le pidamos... Cuando nos veamos muy arrinconados, le clavaremos este agudo arpón en medio del lomo a los señores mitristas, autores de todo esto, y seguiremos preparándonos en silencio y con disimulo para pasar el Rubicón en mejor oportunidad¹⁰¹.

En ese momento Roca estaba dispuesto a apoyar el nombre de Sarmiento, a condición de que el sanjuanino federalizase la ciudad de Buenos Aires.

En otra carta a Rocha, del 6 de mayo, Roca decía:

es tan tentadora mi posición como general, teniendo la razón, la legalidad, el número y una confianza ciega en la victoria que no

sin esfuerzos he de hacer el sacrificio, no por la presidencia, sino por perder la oportunidad de salvar con las armas esta nacionalidad efímera, que basta un atolondrado para ponerla en peligro. Sarmiento me parece que no se ha de resistir a la gloria de fundar la capital del imperio argentino, haciendo una ciudad modelo en la América del Sud... los mitristas se van a desencadenar contra Sarmiento con más furia y desesperación que contra mí. Ya me parece que los veo retorcerse como las víboras y siento una especie de placer.

El frenesí bélico de Tejedor ya no reconocía límites. Enviaba piquetes de Guardias Provinciales y Policía Rural a la provincia para obtener el apoyo del paisanaje; pero los gauchos y peones de la campaña huían

*A los montes negándose a presentarse*¹⁰².

Como cabía esperar, la adhesión fundamental que recibió el viejo rivadaviano, provino de la juventud oligárquica. La ciudad porteña, al caer Rosas, creó la Guardia Nacional para defender sus privilegios con el brazo de sus más dilectos hijos:

desde allí cesó el predominio de la campaña sobre la ciudad, se templó la bayoneta, se quebró la chuza y fue herido de muerte el caudillaje,

escribe Mitre.¹⁰³ Un historiador comunista, que simpatiza con Tejedor y que es mitrista, como cabría esperar, ofrece un testimonio involuntario de alto valor demostrativo sobre el carácter social de las Guardias Nacionales:

era un ejército de ciudadanía consciente, no una máquina que iba en pos de su caudillo o de su jefe como una montonera o el batallón de línea. Su aspecto -pantalón y levita azul y vueltas celestes, morrión-, su arrogancia, están pintadas en 'La gran aldea' de Lucio Vicente López. Por supuesto esta constituía la aparatosa y turbulenta Guardia Nacional ciudadana. La del campo eran gauchos pobres a los que se dejaban sus andrajos y a quienes se los arreaba a pelear

por causas que desconocían. La guardia nacional campesina se desgarró en fronteras anónimas, frente al indio bravo, sin armas de fuego casi. La urbana fue quien se levantó el 11 de septiembre (1852) contra Urquiza, quien defendió Buenos Aires mandada por el táctico Paz, quien peleó en Cepeda contra los lanceros gauchos de Urquiza y los ranqueles de Baigorria, quien repitió la prueba de Pavón, quien fue al Paraguay y a la revolución de 1874 con Mitre -aunque estas veces confundida con la de la campaña quien afrontó la embestida de los veteranos en Puente Alsina y Los Corrales -1880-, peleándolos con heroicidad, quien fue el 90 al Parque, encendida de ardor cívico Cuando el peligro de guerra con Chile, volvió a aparecer esta guardia mitrista, oponiendo a las fachas de los 'enganchados', chinotes de avería, la gracia risueña de su juventud, la fácil arrogancia del que se siente héroe sin haber probado la guerra¹⁰⁴.

En este magnífico resumen se mezclan armoniosamente stalinismo y mitrismo.

Tejedor planea la movilización de unos 50.000 hombres agrupados en 22 batallones de infantería y 53 regimientos de caballería. Ante su derrota electoral, el gobernador bonaerense escribe a un amigo:

los partidos liberales del interior no ven otra solución que la revolución anticipada... Mi consejo a todos, es ir a las armas, resistir con ellas, o antes de ellas, la fuerza con la fuerza; y si por esto resultase un sacudimiento general la culpa sería de los opresores¹⁰⁵.

La prensa mitrista corea denuestos contra Roca, al que acusa de

raquíptico, enano.... guaso joven que mira de soslayo, anda en los ranchos de Córdoba en mangas de camisa, vareando caballos y sacando para comer el cuchillo de la cintura...

Según los porteños era un mazorquero, el símbolo de la barbarie, rodeado por caudillos de chiripá y con aro en la oreja y chupa de tabaco negro. Si triunfaba, los indios abrirían con sus chuzas las cajas fuertes de los bancos¹⁰⁶.

Su triunfo sería el triunfo de los «mulatillos» de las provincias; el Presidente Avellaneda era un «miserable, infame y traidor.»¹⁰⁷ Al mismo tiempo, un grupo de

emponchados, en la noche, baleaban la casa del Presidente, en la calle Moreno 522. Avellaneda, en todo este período crítico, reaccionaba con lentitud. Tenía hijos porteños, era un hombre dulce, un intelectual irresoluto, de esos tan comunes, que piensan bien y obran mal:

El presidente -decía el general Roca en esos días- es hombre audaz y atrevido en sus concepciones, pero cuando llega la acción o tiene necesidad de imponer su voluntad, se retuerce, da mil rodeos, mira a la cara de todo el mundo para pronunciar la palabra¹⁰⁸.

«La Nación» es la «tribuna de la doctrina» del Puerto contra el país. El desenfreno de su lengua, en las horas decisivas, resulta muy útil para comprender al mitrismo:

Basta de presidentes provincianos; o será un porteño o iremos a la guerra civil

decía en un editorial del mes de julio¹⁰⁹.

Las gestiones de «paz» entre los dos bandos agregaban nuevos factores de confusión política a esas horas de suyo turbulentas. La intriga destinada a arrebatarse su triunfo al general Roca asumía las formas más refinadas. Roca, ante todas las presiones dirigidas a obtener su renuncia de Presidente electo, se replegó finalmente en una posición: su designación estaba en «manos de sus amigos: ellos decidirán».

El 2 de junio, en horas de la madrugada, un batallón provincial se dirigió hacia la Boca para proteger un desembarco de armas que, procedente de Montevideo, transportaba un vaporcito: eran 5000 fusiles Schneider y 500.000 cartuchos. El gobierno tuvo conocimiento de ese propósito y envió un batallón del 1° de línea para impedirlo. Tejedor movilizó más fuerzas provinciales, y con la policía y los bomberos de auxiliares, se dispuso a enfrentar las fuerzas nacionales. La pequeña fuerza de Avellaneda se retiró. Las armas fueron desembarcadas y conducidas a la Casa de Gobierno de la provincia¹¹⁰.

Desafiada así la autoridad nacional, Avellaneda tomó su decisión. Abandonó la capital e instaló su gobierno en Belgrano. Dictó un decreto designando a ese municipio capital provisoria de la República y movilizó el Ejército Nacional. La guerra civil había estallado.

Belgrano era por ese entonces un villorrio de quintas arboladas, calles sin pavimentar cenagosas en ese año de lluvias extraordinarias. En la plaza levanta su campanario la iglesia y se destacan el edificio de la Municipalidad y el de la Escuela Graduada. Los congresales adictos al presidente se hospedaban en casas de pensión, duermen sobre catres, se alumbran con petróleo o velas¹¹¹ .

Aunque el Gobierno tenía su sede en Belgrano, Avellaneda vivía en esos días en el Cuartel 1° de Caballería de Chacarita.

En vez de su hermosa cama de jacarandá, de su dormitorio de la calle Moreno, tenía una humilde cama de fierro y sustituían sus cómodos muebles una modesta silla y una mesa desmantelada. De su hermosa biblioteca sólo conserva «El arte de hablar» de Hermosilla, que lo acompañó durante toda su campaña¹¹².

Roca estaba en el Rosario, desde donde dirigió todas las operaciones militares. La burguesía porteña se lanzaba al fin a la lucha total. Había fracasado ya en desatar revoluciones en las provincias, como la intentada en febrero en Córdoba, baluarte del roquismo. El doctor Gerónimo Del Barco y el coronel Lisandro Olmos habían hecho una intentona en la capital de la provincia mediterránea, capturando al gobernador Del Viso y a su ministro Juárez Celman, este último alma de la campaña roquista en el interior. Pero los conspiradores fueron rápidamente reducidos y Buenos Aires quedó circunscripta a su puerto y a la provincia de Corrientes, que tampoco pudo lanzarse a la revolución a la hora decisiva¹¹³.

El diario localista «La Patria Argentina» titulaba su edición extra del 2 de junio: «¡ A las armas! ¡ Viva Buenos Aires!». Tejedor declaró el estado de sitio en toda la provincia y creó el Ministerio de Milicias designando titular al general Gainza. El 19 de junio organizó la Legión Italiana. El gobierno nacional de Belgrano respondió declarando rebeldes a todos los ciudadanos que obedeciesen la orden de movilización de Tejedor. Mientras la mayoría de la Cámara de Diputados de la Nación, controlada por los mitristas, sesionaba en Buenos Aires, la minoría se constituía en Belgrano y declaraba cesantes a todos los diputados que rehusaban seguir al poder legítimo. Eran cuarenta. Desde Rosario, Roca informaba a Dardo Rocha que los trenes eran escasos en el interior para transportar las tropas llegadas

desde las provincias más lejanas: tal era el entusiasmo reinante. Agregaba que en pocos días estarían sobre las armas 50.000 hombres¹¹⁴.

El 22 se nombra a Mitre comandante en jefe de la Capital, único reducto del separatismo. Los combates se libraron en Barracas, Puente Alsina, Los Corrales y Plaza Constitución, casi en el centro de la Capital. En las acciones participaron por ambas partes 20.000 hombres, empleándose 80 piezas de artillería: la ciudad estaba cruzada por líneas de trincheras y barricadas¹¹⁵.

Pero todo el país estaba resuelto a terminar para siempre con la maldición del puerto. Tejedor y Mitre estaban derrotados desde el primer disparo. No se repetiría otro Cepeda, ni otro Pavón. Las bases del armisticio establecían el desarme de Buenos Aires, la renuncia de Tejedor, la intervención federal en Corrientes y el estado de sitio en el Litoral. La derrota del puerto había costado 3.000 muertos en los combates. El 24 de julio Avellaneda, después de días interminables de dilación, jaqueado por la prensa porteña que no perdía su jactancia y por los roquistas que exigían coronar la guerra civil con la nacionalización de la ciudad, envió al Congreso un mensaje y un proyecto de ley declarando Capital de la República al municipio de Buenos Aires¹¹⁶.

Tan enfurecida como impotente la prensa mitrista llama a esa ley N° 1029, la «ley de Krupp»¹¹⁷. Para calmar a Mítre,

*le acordaron una subvención para publicar noticias oficiales en su diario*¹¹⁸.

Quedaba perfectamente evidenciado que la lucha por la candidatura de Roca estaba íntimamente vinculada a la organización del País.

*Roca era sin duda el exponente de la corriente federal que siempre había resistido la hegemonía porteña y ansiaba cobrarse la revancha de Pavón*¹¹⁹.

Seis meses antes de la guerra civil, el general Roca enviaba un obsequio al general Ricardo López Jordán emigrado en Montevideo después de sus levantamientos; y escribía una carta a un común amigo entrerriano que debía visitar al caudillo en el destierro:

me refiero a cuanto te tengo protestado de mucho tiempo atrás, en favor de nuestro compatriota, el general López Jordán. Creo en

*él, como en un amigo sincero, en un elemento de orden, en un elemento de paz y te consta cuanto es mi deseo si subo a la presidencia, de gobernar con el pueblo y con la ley. Estréchale la mano en mi nombre y pídele el último esfuerzo en el infortunio*¹²⁰.

La antigua discordia entre Buenos Aires y el país moría por fin. Una nueva generación levantó la bandera de los caudillos exterminados. De esa continuidad esencial y no formal, extrajo Roca su fuerza irresistible en 1880.

Oligarquía y patriciado

Observemos aquel país criollo en esa hora decisiva, antes de la disolución irrevocable. En las trincheras humeantes de Puente Alsina o Los Corrales ese país vive aún. Va a desaparecer bajo el torrente de la inmigración europea que se precipita sobre esa Argentina armada hasta los dientes. En treinta años ingresan más de tres millones de hombres, en su mayor parte adultos. ¿Qué ven esos inmigrantes? Ven a Roca y a Juárez Celman exactamente en el momento en que la exportación asciende vertiginosamente a cifras siderales, que la red ferroviaria se extiende sin cesar, que Buenos Aires se convierte en la primera capital latina de la tierra, que una opulencia insolente domina la vida urbana y el frenesí del progreso recorre de arriba a abajo la sociedad argentina. Esto ocurre en menos de diez años.

El salto que dará el país desde la guerra civil de 1880, realizada por los gauchos del Ejército de línea, cuando aún los indios no terminan de rendirse en el Sur y las cautivas blancas se resisten a volver a las ciudades, al eufórico 90, es un salto que da vértigo. Nadie que no hubiera vivido en la Argentina antes de 1880 podía entender al país una década más tarde. Esos inmigrantes legaron a sus descendientes su incomprensión de una historia que no habían padecido. La «oligarquía» del 80 y del 90, ¿quiénes la constituían? ¿Roca, el soldado de Pavón que vivía de sus sueldos, hijo de otro soldado de la independencia, muerto en la guerra del Paraguay? ¿Pellegrini, hijo de inmigrante francés? ¿Wilde, el mediquillo bohemio? ¿Cárcano, hijo de un inmigrante lombardo, músico de profesión? ¿Magnasco, hijo a su vez de otro inmigrante italiano? ¿Cané, emigrado durante Rosas sin más fortuna que su nombre y sus libros? ¿Los abogados y oradores, soldados del desierto o poetas y periodistas errabundos, como Andrade o Hernández, eran la oligarquía? No, eran el patriciado.

Oligarquía y patriciado son dos categorías que será preciso diferenciar en el análisis del 80 y del 90, pues a partir de la dispersión del roquismo se fundirán para siempre en una sola y misma clase.

La oligarquía argentina, desde la Revolución de Mayo, fue siempre bonaerense. Era la clase social dueña del puerto y los campos de la provincia, que directamente o por sus políticos pretendía gobernar la Nación sin entregar nada a cambio. ¿Quiénes la formaban? Los estancieros como Anchorena, los políticos como Rivadavia, Rosas o Mitre, los comerciantes como los Lezica, los abogados como los Vélez, ese «viejo porteño con acento cordobés», como diría Figueroa Alcorta. Esa oligarquía tenía intereses específicos, se dividía en partidos dentro de su seno, se acuchillaba entre sí, pero se unía siempre frente a las provincias.

Si algo creemos que ha sido expuesto con claridad en esta obra, es justamente la política invariable de la Provincia- Metrópoli a lo largo de siete décadas. La función desempeñada por la oligarquía porteña en ese período sostiene la aserción anterior.

¿Había «oligarquías» en el interior? Es ridículo siquiera plantearlo. Lo que había en el interior eran las familias más o menos tradicionales, algunas veces ricas, otras simplemente acomodadas pero que en general se distinguían por ser «gente decente», propietaria de campos heredados que solo llegarían a valorizarse después del 80. Por un Príncipe de los gauchos, como el Candiotti de principios de siglo XIX en Santa Fe, o el Urquiza millonario de una provincia semiarruinada como el Entre Ríos de 1870 existían innumerables familias de antiguo arraigo desprovistas de poder económico y político de que gozaron los integrantes de la oligarquía bonaerense, que no pertenecían tan sólo a un grupo social vinculado a la ganadería, sino que eran parte de un sistema completo, de una rosca conectada a la aristocracia del comercio, los hombres de la banca, los intermediarios del Puerto y los abogados de la «inteligencia». En su conjunto dominaban la ciudad-puerto y, por medio de ella la política argentina. Nada de esto podía asimilarse al puñado de ricachos salteños, de terratenientes mendocinos o de hacendados de La Rioja, impotentes muchas veces hasta para gobernar su propio terruño.

El estado económico de las provincias argentinas ha sido descripto ya y es innecesario volver sobre él. Pero el sistema de fuerzas que se muestra como roquismo en el 80 y el 90, constituye sin duda un verdadero patriciado, en el sentido que sus miembros han luchado por constituir y fundar la Nación, atribuyendo a esta palabra su forzoso carácter provisorio y convencional. Habían extendido su soberanía hasta Magallanes. Habían cumplido el mandato de la Revolución de Mayo, que si reemplazó al Rey por Buenos Aires, no pudo sustituir a Buenos Aires por la Nación. Ahora iban a organizar el país de arriba a abajo. La rapidez

del proceso ha impedido su estudio sereno; el odio político y la ceguera de la izquierda cumplieron su tarea. Los hijos de la generación del 80 ofrecerán la segunda parte de esta evolución: el hijo de Roca y el hijo de Cárcano demostrarán simbólicamente que la fusión del patriciado con la oligarquía ha sido completa y definitiva. El imperialismo los unifica; hacia 1916 son una sola y misma cosa. El triunfo del radicalismo cierra el período.

Un nuevo partido nacional

El 29 de junio de 1880 se publicaba un manifiesto firmado por Miguel Cané, Dardo Rocha, Bernardo de Irigoyen, Luis Sáenz Peña, Aristóbulo de Valle, Hipólito Yrigoyen y Eduardo Wilde anunciando la constitución del «gran partido nacional» que apoyará el nuevo gobierno del general Roca. Hipólito Yrigoyen, el futuro radical sostenía como diputado la federalización de Buenos Aires, incorporándose políticamente al movimiento roquista.

Hipólito Yrigoyen y otros muchos hombres de las dos fracciones del autonomismo, han de servir de apoyo a Roca en su acción inmediata.

Su tío, Leandro Alem, por el contrario, argumentará su oposición a la federalización, en un debate parlamentario con José Hernández. Retengamos esos dos hechos que constituyen la médula misma en la dilucidación de los orígenes históricos del radicalismo¹²².

Desde la Revolución de Mayo la cuestión Capital había dividido a los argentinos. Resuelta por una nueva generación de provincianos y porteños, la unidad del Estado había sido duramente conquistada. Posteriormente, la penetración imperialista en el país, la consolidación de la oligarquía y las enormes proporciones que alcanzará la ciudad de Buenos Aires harían pensar a los sociólogos improvisados que la federalización era la causa del gigantismo porteño. Nada más falso que esta aserción, sostenida por Leandro N. Alem en su debate con José Hernández. Los historiadores radicales –Del Mazo, Salvadores–, señalarán luego la posición porteñista de Alem como un ejemplo de capacidad «profética»; sitúan al caudillo de Balvanera junto a Mitre y Tejedor, que defendían la misma posición reaccionaria. Con una perfecta inocencia dejan en la sombra la opuesta actitud de Yrigoyen, que jugó el papel de ala popular del roquismo, así

como su tío desempeñó objetivamente la misma función en el frente porteño. La divergencia entre ambos arranca en el 80 y se reiterará definitivamente en cada situación crítica. Ningún radical se ha atrevido hasta hoy a reconocer que el «personalismo» y el «antipersonalismo» nacen de las posiciones antagónicas de Alem e Yrigoyen.

La tesis de Alem «popularizaba» la posición de Tejedor: el tío de Yrigoyen afirmaba enfáticamente que la federalización de Buenos Aires crearía un poder monstruoso; al devorar las energías provinciales adquiriría una fuerza incontrolable capaz de avasallar las soberanías regionales. Se refería a la provincia de Buenos Aires y su capital como a la «única provincia respetada» en la República: al perder la ciudad porteña, sería usurpada en sus derechos, junto a las demás. Detrás de este argumento demagógico estaba la oligarquía porteña dispuesta a la guerra para no perder el supremo privilegio que había detentado desde la Revolución de Mayo.

Lo que resultaba indiscutible es que la federalización de la ciudad de Buenos Aires fue impuesta por todo el país. Pero se produjo en la época imperialista, cuando el capital europeo establecía férreos lazos de subordinación con la misma oligarquía bonaerense que terminaría por doblegar a la República, aunque sin vencerla por entero. La federalización fortaleció al país como Estado¹²³. El imperialismo influyó en la Argentina a pesar de ella y no por su causa. Si las provincias no hubieran logrado resolver el viejo problema antes de terminar el siglo, no es improbable que la formidable presión del capital extranjero habría creado un nuevo Estado independiente en el estuario del Plata, sobre la base de la Provincia-Metrópoli. Sólo la más completa ceguera y una dependencia ideológica evidente de la oligarquía porteña han podido impulsar a algunos teóricos del radicalismo a defender la posición de Alem. No repetiremos las fórmulas lapidarias de Alberdi, en las que explicó, durante cuarenta años al país el secreto de la fuerza porteña contra las provincias indigentes. La federalización de Buenos Aires, amputó a la oligarquía bonaerense la capital usurpada y creó una base nacional de poder.

El factor centrífugo de la unidad argentina era aniquilado. Esta victoria nacional fue obra de la generación del 80.

La significación profunda que la unidad del país tenía para el imperialismo británico, está claramente expresada en las palabras del investigador inglés Ferns:

Fue la integración de la provincia rica a la Nación la que suministró los recursos financieros para vastos programas de dimensiones continentales, que produjeron pérdidas altas durante

años y algunos permanentemente. Estas vastas líneas ferroviarias atravesando áreas de baja población y productividad, fueron construidas con capitales extranjeros, por la excelente razón de que excedían la capacidad argentina...

Un desarrollo geográficamente más concentrado, dentro de la provincia de Buenos Aires y pampa, donde los costos de construcción eran más bajos y las distancias relativamente cortas, no sólo hubieran sido menos pesadas sino que hubieran conducido a una economía más balanceada y a un desarrollo industrial paralelo¹²⁴.

En otras palabras, según este amable oxfordiano, la provincia de Buenos Aires, con su pampa, su ciudad y su puerto, hubiera constituido otro magnífico Uruguay en el Plata. Con dos ciudades Estado en el imponente río, la granja se habría montado sin las turbulencias de una política nacional posible. El roquismo impidió la creación de otro Gibraltar en el Sur.

Notas

¹ CARLOS HERAS: *Presidencia de Avellaneda*, p. 150, Tomo I, Historia Argentina Contemporánea, Bs. As. 1963.

² AGUSTÍN RIVERO ASTENGO: *Pellegrini, ensayo biográfico*, en Obras, p. 342, Tomo I, Ed. Jockey Club, Buenos Aires. 1941.

³ CORONEL JUAN CARLOS WATHER: *La conquista del desierto*, p. 771, Ed. Círculo Militar, Buenos Aires, 1964. V. DIONISIO SCHOOLA LA STRA: *El indio del desierto*, p. 115, Ed. Meridión. Buenos Aires. 1957.

⁴ HERAS: *ob. cit.*, p. 153.

⁵ MAROTTA: *ob. cit.*, p. 27.

⁶ CUNNINGHAME GRAHAM en JOSÉ LUIS BUSANICHE: *Estampas del pasado*, p. 814, Ed. Hachette, Buenos Aires. 1959.

⁷ HERAS: *ob. cit.*, p. 232.

⁸ MARX: *El Capital*, Tomo I, p. 602, Ed. Cartago, Buenos Aires. 1956.

⁹ MAURICE BAUMONT: *L'essor industriel et l'impérialisme colonial*, p. 339, Ed. Presses Universitaires de France, París. 1949.

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ MARX, *ob. cit.*, Tomo V, p. 31.

¹² HERAS, *ob. cit.*, p. 233.

¹³ ROBERT SCHNERB: *El siglo XIX, el apogeo de la expansión europea*, p. 207, vol. VI, Ed. Destino, Barcelona. 1960.

¹⁴ VALENTÍN VÁZQUEZ DE PRADA: *Historia económica mundial*, p. 332 y ss., tomo II, Ed. Rialp S.A., Madrid. 1964.

¹⁵ E. FRIEDLAENDER Y J. OSER: *Historia económica de la Europa moderna*, p. 306, Ed. Fondo de Cultura Económica, México. 1957.

¹⁶ GUSTAV STOLPER: *Historia económica de Alemania*, p. 64, Ed. Fondo de Cultura Económica, México. 1942.

¹⁷ ARTHUR BIRNIE: *Historia económica de Europa (1760-1933)*, p. 100, Ed. Fondo de Cultura Económica, México. 1940.

¹⁸ VÁZQUEZ DE PRADA, *ob. cit.*, p. 336.

¹⁹ HAROLD UNDERWOOD FAULKNER: *Historia Económica de los Estados Unidos*, p. 580, Ed. Nova, Buenos Aires. 1957.

²⁰ HERAS, *ob cit.*, p. 232.

²¹ *Ibíd.*

²² *Ibíd.*

²³ GIBERTI, *ob. cit.*, p. 159.

²⁴ *Ibíd.*

²⁵ *Ibíd.*

²⁶ ENGELS, Carta a Marx en: *Sobre el sistema colonial del capitalismo*, p. 337, Ed. Estudio, Buenos Aires. 1964.

²⁷ V. ALBERTO METHOL FERRÉ: *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico*, p. 59 y ss., Ed. La Siringa, Buenos Aires. 1960. Methol Ferré es probablemente el primero que ha planteado esta particularidad fundamental en el desarrollo histórico del Uruguay, que engloba también, por la similitud del fenómeno, a las provincias del Litoral argentino. Esta idea es recogida y ampliada en las tesis política del Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN), aprobada en su III Congreso Nacional realizado en Villa Allende, Córdoba, en agosto de 1964. Ha sido editada posteriormente con el título de «Clase obrera y poder». Dicha tesis fue redactada por Jorge Enea Spilimbergo.

²⁸ Cit. en PUIGGROS: *La época de Mariano Moreno*, p 72. Ed. Soplions, Buenos Aires 1960.

²⁹ La relación entre las clases sociales argentinas, su conducta política y la estructura económica será estudiada en el tercer volumen de esta obra.

³⁰ Cr. GUGLIELMINO, *ob. cit.*

³¹ RAFAEL HERNÁNDEZ: Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires del 17 de diciembre, de 1891.

³² *Ibidem.*

³³ EDUARDO B. ASTESANO: *Historia de la Independencia económica*, p. 271, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1949.

³⁴ ALFREDO LABOUGLE: *Carlos Pellegrini: un gran estadista*, p. 10, Ed. El Ateneo, 1957.

³⁵ CARLOS PELLEGRINI: Discurso en la Cámara de Diputados de la Nación, Diario de Sesiones, año 1875, p. 123, tomo II.

³⁶ Cf. LABOUGLE, p.39.

³⁷ HERAS, *ob. cit.*, p. 244.

³⁸ *Ibidem* p, 245.

^{38 bis} *Ibidem.*

³⁹ *Ibidem.*

^{39 bis} *Ibidem.*

⁴⁰ Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación, p. 266, Buenos Aires, 1873. En la misma sesión agregaba López, refiriéndose a la errónea orientación de la política ferroviaria: «*Un camino de fierro, señor Presidente, de lo que nosotros favorecemos, representa un capital extranjero que tenemos que amortizar en un tiempo dado, llevando su valor a las plazas extranjeras en beneficio del capitalismo extranjero. Tenemos además que abonar los intereses de los intereses, la proporción del descuento con las comisiones de los otros servicios que son indispensables cuando se pide un capital de plazas extranjeras. Esto quiere decir señor Presidente, que nosotros pagamos en estos caminos la materia prima la mano de obra, la venta de la tierra extraña, la renta del capital, que importa el buque, los fletes, y los servicios infinitos que todo esto trae consigo. Después pagamos todo el material y hasta los elementos del movimiento. De modo que puede decirse que en cada una de nuestras obras, cuya utilidad relativa no niego, arrendamos nuestro territorio y lo gravamos fuertemente con una verdadera hipoteca en favor de la riqueza extraña; y esos caminos ganan llevándose una parte vital de lo que producen, y no se nos diga en contra de esos datos que los Estados Unidos sacrifican también enormes caudales para ese mismo objetivo. Allí se tiene el buen sentido de no desempeñarlos sino con capitales propios e internos. El interés la amortización y todos los otros servicios que vale el capital, se pagan dentro del país y al país mismo. Entre nosotros hacemos la contrario, pues gravamos la riqueza propia y todo el porvenir de nuestras rentas nacionales a la adquisición de este servicio, comprándolo a peso de oro y a una enorme carestía en beneficio del extranjero*». *Ibidem*.

⁴¹ Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación, p. 1124, tomo 11, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni, 1876.

⁴² TAMAGNO, *ob. cit.*, p. 152, tomo VI, Buenos Aires, 1964.

⁴³ DORFMAN, *ob. cit.*, p. 102.

⁴⁴ MAROTTA, *ob. cit.*, p. 22.

⁴⁵ JACINTO ODDONE: *Gremialismo proletario argentino*, p. 27, Ed. La Vanguardia, Buenos Aires, 1949.

⁴⁶ OCTAVIO R. AMADEO: *Vidas Argentinas*, p. 44 y ss.

⁴⁷ PILAR DE LUSARRETA: *Cinco dandys porteños*, p. 24, Ed. Kraft, Buenos Aires 1943.

⁴⁸ JULIO VELAR DE IRIGOYEN: *Bernardo de Irigoyen*, p. 146, Buenos Aires, 1957.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 147.

⁵⁰ HERAS, *ob. cit.*, p. 167.

⁵¹ GIBERTI, *ob. cit.*, p. 170.

⁵² ENGELS, *ob. cit.*, p. 363.

⁵³ RAÚL SCALABRINI ORTIZ: *Historia de los ferrocarriles argentinos*, p. 149, 4ª Edición, Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1964.

⁵⁴ ALVAREZ, *ob. cit.*, p. 23.

^{54 bis} JOSÉ ARCE, MARECLINO UGARTE (1855-1929): *El hombre, el político, el gobernante*, Buenos Aires, 1959, p. 71.

⁵⁵ Cfr. RIVERO ASTENGO: *Juárez Celman*, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1944.

⁵⁶ AMADEO, *ob. cit.*, p. 28.

⁵⁷ HERAS, *ob. cit.*, p. 170.

⁵⁸ ALVARO YUNQUE: *Estudio Preliminar, a Fronteras y Territorios federales de las pampas del sur, de Alvaro Barros*, p. 10, Ed. Hachette, Buenos Aires 1957.

⁵⁹ AMADEO, *ob. cit.*, p. 125.

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 14.

⁶¹ ESTANISLAO S. ZEBALLOS: *La conquista de quince mil leguas*, p. 296/297. Ed. Hachette, Buenos Aires, 1958.

⁶² WALTHER, *ob. cit.*, p. 382.

⁶³ Sería un error inferir por estos rasgos que las *tolderías* eran equivalentes a la Corte de Viena. «*En aquella misteriosa 'tierra adentro' —dice Cunninghame Graham— penaban mujeres cristianas de toda clase social desde la china infeliz arrastrada como la yegua de una estancia, hasta mujeres educadas en las ciudades y, en una ocasión, una 'prima-donna' capturada al viajar de Córdoba a Mendoza*» «... Millacurá estableció en 1858, en Guaminí, un mercado de cautivos que vendía en 2000 pesos por cabeza. Las cautivas no se vendían. Las «*chiñoras bonitas*», como decían los pampas, las reservaban para su solaz los caciques y capitanejos. Los cristianos rubios y los negros no eran bien vistos en la *tolderías*. A los negros generalmente se los quemaba, para que «el blanco no hiciera pólvora con él». Cit. en ALVARO YUNQUE: *Calfucurá*, p. 293, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1956.

⁶⁴ SCHOOLA STRA, *ob. cit.*, p. 98.

⁶⁵ POPOLIZIO, *ob. cit.*, p. 128.

⁶⁶ *Ibíd.*

⁶⁷ ALVARO BARROS: *Fronteras y territorios federales de las pampas de sur*, p. 97 y ss., Ed. Hachette, Buenos Aires, 1957.

⁶⁸ WALTHER, *ob. cit.*, p. 382.

⁶⁹ WALTHER, *ob. cit.*, p. 384.

⁷⁰ Cfr. LUGONES: *Roca*, Ed. Comisión Nacional de Homenaje, Buenos Aires, 1938.

⁷¹ SCHOOLA LASTRA, *ob. cit.*, p. 185.

⁷² COMANDANTE PRADO, *ob. cit.*, p. 59. Este libro eximio debería imponerse como lectura obligatoria para los jóvenes argentinos, en particular para los que ingresan a las universidades sin conocer historia argentina o, lo que es mucho más frecuente, conociéndola mal. Idem para izquierdistas cipayos.

⁷³ COMANDANTE PRADO, *ob. cit.*, p. 55.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 127.

⁷⁵ WALTHER, *ob. cit.*, p. 528.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 527.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 547.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 548.

⁷⁹ SCHOOLA LASTRA, *ob. cit.*, p. 113.

⁸⁰ AMADEO, *ob. cit.*, p. 14.

⁸¹ Cr. JOSÉ ARCE: *Roca*, Buenos Aires, 1960, 2 tomos; MARIANO DE VEDIA: *Roca en el escenario político*, Ed. de la Comisión Nacional de Homenaje, Buenos Aires 1939; LEOPOLDO LUGONES, *ob. cit.*; MARIANO DE VEDIA: *Roca*, Ed. Cabaut y Cía., 1928, Buenos Aires; AUGUSTO MARCÓ DEL PONT: *Roca y su tiempo*, Ed. Rosso, Buenos Aires, 1931; JOAQUÍN DE VEDIA: *Cómo los vi yo*, Ed. Gleizer, Buenos Aires 1854; EDUARDO GUTIÉRREZ: *La muerte de Buenos Aires*, Ed. Hachette, Buenos Aires 1959; RIVERO ASTENGO, *ob. cit.*; COMANDANTE PRADO: *Conquista de la Pampa*, Ed. Hachette, Buenos Aires, 1960, y *Guerra al malón*, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1961.

⁸² Cfr. RIVERO ASTENGO, *ob. cit.*

⁸³ Cfr. RAMÓN J. CÁRCANO: *Mis primeros ochenta años*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires 1944.

⁸⁴ GUTIÉRREZ, *ob. cit.*, p. 188.

⁸⁵ Cfr. LUGONES, *ob. cit.*

⁸⁶ Cfr. LUGONES, *ob. cit.*

⁸⁷ GUTIÉRREZ, *ob. cit.*, p. 97.

⁸⁸ GUTIÉRREZ, *ob. cit.*, p. 86. V. HERRERA: *La pseudo historia para el delfín*, *ob. cit.*, p. 24, tomo II.

⁸⁹ GUTIÉRREZ, *ob. cit.*, p. 108.

⁹⁰ GUTIÉRREZ, *ob. cit.*, p. 184.

- ⁹¹ *Ibídem*, p. 187.
- ⁹² *Ibídem*, p. 189.
- ⁹³ RIVERO ASTENGO, *ob. cit.*, p. 134.
- ⁹⁴ *Ibídem*, p. 165.
- ^{94 bis} RIVERO ASTENGO, *ob. cit.*, p. 182.
- ⁹⁵ Cfr. FELIPE YOFRE: *El Congreso de Belgrano*, Ed. Lojouane, Buenos Aires, 1928.
- ⁹⁶ YOFRE, *ibídem*.
- ^{96 bis} RIVERO ASTENGO, *ob. cit.*, p. 183.
- ⁹⁷ RIVERO ASTENGO, *ob. cit.*, p. 178.
- ⁹⁸ MIGUEL ANGEL CÁRCANO: *Sáenz Peña*, p. 93, Buenos Aires, 1963.
- ⁹⁹ RIVERO ASTENGO, *ob. cit.*, p. 177.
- ¹⁰⁰ RIVERO ASTENGO, *ob. cit.*, p. 160.
- ¹⁰¹ RIVERO ASTENGO, *ob. cit.*, p. 178. V. Lía E. Sanucci: *La renovación presidencial de 1880*. pag. 139 Ed. Universidad Nacional de La Plata, 1959.
- ¹⁰² *Ibídem*, p. 101.
- ¹⁰³ ALVARO YUNQUE: *Calfucurá*, p. 401, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1956.
- ¹⁰⁴ *Ibídem*, p. 401.
- ¹⁰⁵ HERAS, *ob. cit.*, p. 183.
- ¹⁰⁶ MAYER, *ob. cit.*, p. 869.
- ¹⁰⁷ *Ibídem*.
- ¹⁰⁸ POPOLIZIO, *ob. cit.*, p. 180.
- ¹⁰⁹ ARCE, *ob. cit.*, p. 28 1, Tomo I.
- ¹¹⁰ HERAS, *ob. cit.*, p. 198.
- ¹¹¹ POPOLIZIO, *ob. cit.*, p. 180.

¹¹² YOFRE, *ob. cit.*, p. 94.

¹¹³ SANUCCI, *ob. cit.*, p. 108.

¹¹⁴ HERAS, *ob. cit.*, p. 201.

¹¹⁵ *Ibídem*, p. 203.

¹¹⁶ MAYER, *ob. cit.*, p. 884.

¹¹⁷ *Ibídem*.

¹¹⁸ *Ibídem*.

¹¹⁹ HERAS, *ob. cit.*, p. 206.

¹²⁰ CHÁVEZ, *ob. cit.*, p. 288.

¹²¹ SANUCCI, *ob. cit.*, Pág. 169.

¹²² LUIS V. SOMMI: *Hipólito Yrigoyen*, p. 225, Ed. Monteagudo, Buenos Aires, 1947.

¹²³ Cfr. JUAN BAUTISTA ALBERDI: *La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital*, Imprenta Coni, 1881. Otra edición: «La revolución del 80», Ed. Plus Ultra 1964.

¹²⁴ FERNS, *ob. cit.*, p. 315.

EL CICLO DE ROCA

La generación del 80 se disponía a dirigir el país. Los agentes intelectuales de la oligarquía contemporánea serán benévolo con ella; con una simpatía condescendiente juzgarán a sus figuras como admirables «causeurs», cuyo encanto singular, apenas aprisionado en las páginas frívolas y olvidadas que escribieron, ha trascendido por un milagro de la tradición oral. No habría constituido sino un grupo sensual de literatos de salón, políticos mundanos, conversadores elegantes; algún desaprensivo crítico llegará a decir, ignorante de la materia que se trata: «Los hombres de 1880 no hicieron nada importante».

Al calificar de esta manera a la generación del 80, el sector cipayo de nuestros historiadores pretende ocultar el hecho de que fueron esos hombres quienes rescataron la ciudad de Buenos Aires para toda la República; el esplendor intelectual de esa época no tiene paralelos en nuestra historia. Nada se ha ahorrado para atribuir a esa generación un aire de improvisación y brillantez, ligereza y europeísmo. Lo hacen precisamente quienes en nuestros días aspiran a legitimar la servidumbre espiritual de Europa. El liberalismo cipayo desea asimilar su insignificancia a una supuesta extranjerización de los hombres del 80.

Si los epígonos del mitrismo valoran así a esos hombres notables, sólo buscan justificar su propia capitulación ante el imperialismo, a través de una identificación inaudita entre la aurora del liberalismo y su actual bancarrota. Tampoco ha faltado en este enjuiciamiento, tan interesado como falso, el nacionalismo clerical: éste se complace en condenar a la generación del 80 por un supuesto «desgaste». Estos jóvenes habrían carecido de fe en el destino de su pueblo. La tendencia católica juzga a la generación del 80 como indiferente a los problemas nacionales, europeizante, escéptica y, supremo anatema, liberal.

Como es corriente en nuestros días, los católicos tienden a confundir su credo con la bandera nacionalista y a condenar a Roca por «escéptico». Esta alusión equívoca se esclarece cuando se piensa que los hombres del 80 fueron indiferentes en materia religiosa, pero no tanto en cuanto al destino nacional, como

lo probaron con la pluma y la espada. Por el contrario, el oportunismo clerical se ha demostrado desde 1880 hasta 1955. Pactó con la oligarquía siempre que los intereses de la Iglesia así lo exigieron, aunque fuera contra las aspiraciones del pueblo argentino.

La política de la Iglesia ha sufrido un profundo viraje en los últimos papados. Por razones que no son del caso exponer aquí, la Iglesia se ha propuesto reinterpretar a la sociedad secular, sacudir sus profundos lazos con las clases dominantes arcaicas (en los países semicoloniales con oligarquías) y separar su destino, en la medida que le es posible, del destino del régimen capitalista mundial. De este modo y al recobrar el lenguaje evangelizante ha permitido la aparición de una joven clerecía rebelde, que se levanta contra el viejo orden, a la manera de los clérigos revolucionarios de la América bolivariana. Los laicos católicos han experimentado una conmoción análoga y nada más simbólico para señalar la victoria irresistible del socialismo que la incorporación a sus ideas de hombres y mujeres procedentes del pensamiento cristiano.

El liberalismo del siglo XIX, como el del siglo XVIII, poco tiene que ver con el del siglo XX, que ha revelado su complejo agotamiento y es sólo un disfraz del capital financiero. La aplicación a nuestros días del pensamiento de Rousseau puede parecer como ridícula o anacrónica a los críticos nacional-feudales del racionalismo, muchos de los cuales militan en nuestro nacionalismo clerical vernáculo. Pero en el siglo pasado, el pensamiento burgués estaba en relación directa con la expansión mundial de las fuerzas productivas. El progreso capitalista encontraba en él su justificación teórica. En cuanto a aquellos nacionalistas de tipo fascista que aún subsisten, añoran la época de los gremios patriarcales; juegan con la Edad Media y Santo Tomás para mostrarlos como elementos de una Arcadia desvanecida. Esta poesía del atraso resulta patética ante los acontecimientos que han pulverizado en nuestra época no sólo al nacionalismo clásico, sino también al fascismo, con su cachiporra, sus curas, su mito y su hacha. Idéntico destino han corrido sus exégetas americanos.

La generación del 80 y los hombres a ella ligados encontraron en el régimen roquista el apoyo y los estímulos que le habían negado los gobiernos anteriores, excepto el de Avellaneda, demasiado débil por otra parte, para realizar la gran tarea. El liberalismo nacional roquista se hundió al consolidarse la oligarquía. La aversión católica hacia el roquismo, por otra parte, reconoce causas bien claras: el matrimonio civil, la secularización de los cementerios y la enseñanza laica serán leyes revolucionarias del general Roca. He aquí cómo se ha establecido una curiosa afinidad entre laicos y creyentes, cipayos y nacionalistas católicos para confundir el carácter de una generación. Esta

sospechosa coincidencia habrá de repetirse varias veces en nuestra historia contemporánea –y siempre será contra el país–.

El carácter nacional de la generación del 80

Lo mismo ocurrirá con la interpretación del roquismo. Unánimemente –liberales, comunistas, católicos, nacionalistas, mitristas– dirán que Roca fue «el jefe de la oligarquía». Esta «unidad democrática» en torno a la dilucidación de uno de los períodos más interesantes de nuestro siglo XX debiera inquietar al investigador. Parecería existir una tácita confabulación para inmovilizar el análisis del problema. El imperialismo no ignora que la conciencia histórica es el pre-requisito de toda conciencia nacional; de ahí que los centros nerviosos de la cultura argentina continúen bajo el control espiritual de los intereses antinacionales. No hay la menor porción de bizantinismo en esta discusión histórica. Por el contrario, su examen correcto nos llevará al corazón de la moderna política argentina. Tres generaciones fundamentales se distinguen en la Argentina a partir de la caída de Rosas: los hombres del Paraná, la generación del 80 y los jóvenes del 900. Las tres interpretan, se apoyan e iluminan recíprocamente; sin una visión coherente de su significado, el proceso político argentino y su vida intelectual resultarían inexplicables.

Los hombres del Paraná fueron aquellos que rodearon la Confederación Argentina cuando la oligarquía porteña rehusó plegarse a la unidad del país, reteniendo con su avaricia portuaria la Aduana y la Capital. No eran todos provincianos los que apoyaron a Urquiza durante aquella larga separación. Por el contrario, había numerosos porteños y bonaerenses, a quienes más tarde veríamos unirse a las tendencias nacionales de Avellaneda y Roca. En el Paraná, ya lo hemos dicho, no sólo se reunieron los guerreros de la Independencia –los Alvarado, Guido, Pedernera, Iriarte, Espejo, Roca– sino también los intelectuales que habrían de apuntalar a la generación del 80 con su gran prestigio. Los ejemplos son innumerables: Vicente G. Quesada, que ha evocado esta época en sus «Memorias de un viejo», Carlos Guido y Spano, Lucio V. Mansilla, Nicolás A. Calvo, Benjamín Victorica, Mariano Fraguero, y sobre todo, Alberdi. Estará allí, asimismo, un joven llamado José Hernández. Casi todos ellos sostendrían más tarde al nuevo jefe de la política nacional, que era Roca.

¿Europea, la generación del 80? Esa generación es quizá la única verdaderamente argentina, en el sentido de que obró y pensó en las condiciones creadas por la unidad política del joven Estado conquistado por el roquismo. Era

una generación nacional en la que ya empezaban a borrarse los particularismos del viejo duelo entre provincianos y porteños. La derrota del mitrismo porteño abrió un ancho cauce a la propagación de una literatura y una conciencia genuinamente argentinas. Los viejos separatismos se fueron desvaneciendo. Carlos Guido y Spano, al que las antologías escolares de la era oligárquica difundirán como un inofensivo poeta lírico, es una de nuestros más grandes escritores políticos, por supuesto inédito desde hace más de noventa años. Su ensayo «La Guerra y la Alianza» es una pieza eximia de nuestra literatura polémica. En un país donde lo trivial se reedita y lo importante permanece inédito, no parecerá monstruoso que Guido y Spano siga pareciendo el buen poeta gris, rodeado de niños en su lecho de enfermo, que oye repetir desde el Limbo: «llora, llora, urutaú». Aquel ensayo, y numerosos artículos escritos en una prosa clásica, fueron dirigidos contra la guerra del Paraguay. Bien observa Julio Irazusta que en la actitud de Guido y Spano de abandonar la literatura política —para la que estaba ricamente dotado— por la poesía lírica, en la que nunca alcanzaría la cumbre, estaba la implícita confesión de una derrota¹. Léase su «Autobiografía» y sus entrelíneas. También el general Lucio V. Mansilla fue hombre del Paraná. Como muchos otros jóvenes porteños ingresó en esa corriente migratoria que viajó a tierra entrerriana para defender la idea nacional; sería en el 80 un hombre asociado al ciclo de Roca. Su contribución a nuestras letras fue imperecedera: en «Una excursión a los indios ranqueles» realiza la mágica resurrección de una época extinguida.

¿Qué diremos de Vicente G. Quesada, fundador de la «Revista del Paraná», funcionario de la Confederación urquicista, gran figura de la cultura argentina? En el prospecto inaugural de la «Revista del Paraná», escribía Quesada:

Creemos que la revista será un medio eficaz para propender a la formación de un círculo literario nacional que se consagre preferentemente al estudio de nuestro país y lo dé a conocer en todos sus aspectos; que preste a la historia, a la literatura y a la legislación americana una atención especial, poniéndonos al corriente del movimiento intelectual de las Repúblicas hispanoamericanas.

A figuras de este género la reacción clerical y la reacción cipaya clasificaban de extranjerizantes.

Hombre símbolo de esta generación fue Olegario Víctor Andrade, condiscípulo de Roca en el Colegio de Concepción del Uruguay, periodista y parlamentario al que también sepultaron bajo una fama poética que sustituyó su obra escrita de político militante. Andrade fue esencialmente a semejanza de Guido y

Hernández, un luchador, nacido como Fray Mocho en las tierras montieleras, con el gusto de la pelea en la sangre.

De José Hernández y su hermano Rafael, amigos fraternales de Guido, parlamentarios y combatientes de Avellaneda y Roca, ya hemos hablado en páginas anteriores y no haremos por supuesto la menor tentativa de defender al autor de «Martín Fierro» de la acusación de «extranjerismo» formulada por algún devoto de Borges. Los Hernández eran la generación del 80, como Miguel Cané, el autor de «Juvenilia»; Lucio V. López, el de «La gran aldea»; Florentino Ameghino, Fray Mocho, Adolfo Saldías, David Peña, Eduardo Wilde y tantos otros argentinos eminentes, generación de una riqueza y una variedad que no volvió a repetirse. Jamás había conocido el arte argentino, un florecimiento de pintores como el de la década 80-90².

Aludiendo a las discusiones de su juventud y a los ideales compartidos en esos años, dice Wilde:

Aquello era un continuo rebatir de opiniones, prestigios e ideas Sólo en una cosa coincidíamos todos: en ser ultraliberales y revolucionarios en arte y en política. Era necesario reformar creencias, instituir el socialismo, pero el socialismo liberal, inteligente, ilustrado; reorganizar la República; aún más: América y hacer de toda ésta una gran nación^{2bis}.

Tales eran los representantes de la burguesía intelectual argentina que había conquistado la capital de Buenos Aires para formar un gran Estado moderno. El carácter melancólico de su derrumbe ulterior pertenece a otro capítulo de la historia que evocamos.

El desplazamiento de fuerzas que se opera en el país después de Roca y la ausencia de un movimiento triunfante en el yrigoyenismo, permitió a la oligarquía ocultar la auténtica personalidad de esos hombres: los transformaron en poetas para aniversarios patrios y en cronistas picantes y amables. Sobre estas figuras desciende luego oscuridad y silencio. La argentina inmigratoria no entenderá a la inteligencia del 80 y la oligarquía consolidada va a trazar de ella un retrato a su imagen y semejanza.

El roquismo, síntesis de nuestra historia

Una pregunta se impone: ¿Cuál era el origen histórico y la base social de Roca? Su triunfo ¿obedecía a su habilidad? Su influencia ¿debíase exclusivamente a esa Liga de Gobernadores contra la que clamaban Mitre y los porteños? Si ese fuera el caso,

¿cuáles eran las razones que justificaban la liga y cuáles los fundamentos sociales de dichos gobernadores? Numerosos historiadores, incluidos algunos marxistas como Sommi, han creído ver en esa alianza de los gobernadores que apoyaban a Roca un acuerdo de las «oligarquías lugareñas». En el caso de Sommi, viejo stalinista, aunque escritor laborioso, trátase de una concesión al mitrismo. Nada más falso, sin embargo.

Julio Argentino Roca era un hombre procedente del norte criollo. Provenía de esa Argentina precapitalista que al vivir en su mayor parte bajo las condiciones de una economía natural, había conservado, como en un viejo arcón, el perfume del pasado, las tradiciones más hondas, el nacionalismo más profundo y la visión global de la patria, atmósfera formativa necesariamente extraña a la ciudad-puerto, comercial y cosmopolita.

Hijo de un guerrero de la Independencia, desde niño aprendió el juego terrible de las armas y no leyó en libros las razones poderosas que levantaron durante setenta años a las provincias interiores contra la metrópoli. Muchacho de quince años, Roca arrastró en la batalla de Pavón un cañón para ponerlo a salvo y recibir su bautismo de fuego.³ Era el antiguo ejército una formación irregular de soldados gauchos, paisanos de lanza, caballo y cuchillo, triple sistema técnico que constituyó la base de la guerra civil y que desapareció con el rémington, el ferrocarril y la inmigración. Nuestro soldado era un voluntario, arrancado de su majada y de su hogar por el caudillo provinciano, jefe rural de gran prestigio, que al sumir la defensa del suelo natal suscitaba la adhesión resuelta de sus habitantes.

La desintegración de la economía artesanal por la invasión comercial inglesa planteada después de Caseros, congrega en el ejército nacional desde el acuerdo de San Nicolás, a decenas de miles de hombres. Debe tenerse presente que la numerosa oficialidad de nuestras fuerzas armadas había nacido directamente en la improvisación de la lucha: la intuición guerrera y el coraje constituían sus lauros académicos.

Las vicisitudes internas del país habían impedido la organización sistemática de una enseñanza militar regular. Recién el provinciano Sarmiento creará la Escuela de Guerra; Roca, por medio de Ricchieri, echará las bases de una moderna institución castrense, cuyo origen montonero, es decir popular, será toda su heráldica.

El origen popular del Ejército Argentino

¿Qué soldados formaban el ejército de Roca? Rivero Astengo, en su documentada biografía de Juárez Celman, nos ha mostrado la figura del general roquista Eduardo Racedo, tipo característico de un oficial de aquellos tiempos:

Expresión genuina de su medio, ningún aire era mejor aire que el de su tierra, ningún arte comparable en emoción con el arte intuitivo del payador o del músico pampeanos, ninguna elocuencia superior a la elocuencia de las proclamas con que los viejos caudillos sabían animar a sus huestes; ningún paisaje, en fin, superior en belleza a los paisajes del suelo patrio... Racedo conocía, como pocos, todos los rincones del territorio nacional: ríos y montañas, caminos y desfiladeros, hombres y cosas. Era la encarnación del baqueano descrito por Sarmiento, y además, algo así como el resumen sintético de la historia militar de la Nación⁴.

El ejercicio de las armas no era sólo una profesión obligada para el hidalguelo de provincia, arrebatado por las peripecias patrias y la gloria al alcance de la mano, sino que la abogacía y el comercio, en condiciones misérrimas del país anarquizado, debían dejarse generalmente para un núcleo muy reducido en el interior y para la gran ciudad del Plata. Así, en muchos momentos no hubo en la vieja Argentina otro medio de vivir que el oficio de morir, ni otra perspectiva que el generalato, duramente ganado en el combate al arma blanca.

Pero cuando desaparecen los ejércitos provinciales y se exterminan los caudillos más rebeldes, cuando después de Pavón y de Mitre aparecen Sarmiento y Avellaneda, el ejército se estaba haciendo nacional por primera vez; la oficialidad, aunque con sueldos irrisorios, cobraba sus haberes y los soldados enganchados encontraban en la estructura militar el primer apoyo estatal jamás conocido en aquel país hambriento.

El avance del ferrocarril destruía al mismo tiempo, no sólo las primitivas manufacturas locales, dejando sin profesión al artesanado, sino que también aplastaba ese vasto sistema de comunicación apoyado en la carreta, abandonando a la desocupación y a la vagancia a miles de hombres que habían sustentado un sistema moribundo. ¿Dónde ir, a qué partido adherirse, en qué dirección desplazarse? Esa multitud de tejedores, troperos, plateros, pastores, gauchos nómades, talabarteros, boyeros y pequeños agricultores, es barrida por la industria europea y por inmigración extranjera, que acapara las tierras fértiles del Litoral y expulsa al criollo: miles de ellos ingresarán al Ejército de línea, sostenido por el presupuesto del Estado y no necesitará de muchos instructores para enseñar a esos soldados el manejo de las armas ni programa alguno para infundirles conciencia nacional ¡La conciencia nacional la llevaban en sus costurones y cicatrices!

El artesano de las provincias mediterráneas producirá para su propio consumo o abandonará su oficio, retrogradando a la agricultura en pequeña escala; otros

cuidarán algunas cabras, lo indispensable para subsistir. El gaucho más o menos errabundo del Litoral se hará soldado de la frontera, cabo, sargento o policía, o morirá en los últimos encuentros con Santos Guallama o López Jordán. Si sobrevive, será peón de campo de estancia o de chacra, al servicio de una gran compañía anónima (pues el patrón patriarcal ha desaparecido y sus hijos son accionistas de un emporio) o a las órdenes de un chacarero italiano, al que habrá enseñado probablemente el manejo de los útiles de labranza.

Toda esa masa desplazada se hará roquista: roquista será también la burguesía intelectual provinciana, esos doctores o pequeños terratenientes de San Luis, La Rioja, Tucumán, poseedores de campos chicos o grandes que no rinden nada, herencia remota del español que abrió la selva con su espada. No estamos en presencia del terrateniente o ganadero bonaerense, propietario de una fábrica de vacas para la exportación, a un paso del puerto y en conexión con el extranjero. Hablamos de esa nobleza provinciana que llevaba nombres viejos, cuyos antepasados tenían escudo de armas de Castilla o de Navarra. Pero que eran apenas vecinos respetados, cuyos hijos tomaban los hábitos que eran una dignidad para comer, o el doctorado en Córdoba para conseguir pleitos de veinte pesos fuertes.

La burocracia provincial —un ministerio, una fiscalía— era la solución decorosa en un medio primitivo sin porvenir. Federal por tradición, liberal por su cultura y ambiciones, nacionalista porque estaba enterrada en el país hasta los huesos, esa burguesía provinciana contempló la división del país en dos bandos: el aborrecido mitrismo metropolitano y el roquismo —nacional, federal progresista y provinciano—. Y se hizo roquista. En el ejército únese ese mundo de desarraigados del antiguo orden social argentino, aportando su conciencia nacional, su voluntad de una vida mejor, su heroísmo veterano. Con ese ejército venían los 40.000 hombres que reintegraron su capital histórica al país de Facundo.

Los chinos de Roca

En la composición política del roquismo deben incluirse también a aquellos estancieros medianos o grandes que producían para el mercado interno, desconectados de Europa, lo mismo que las poderosas corrientes populares del rosismo bonaerense, execradas por el unitarismo triunfante después de Caseros y que debieron refugiarse en el alsinismo para poder sobrevivir. Don Bernardo de Irigoyen no será el único caso representativo, pues debe añadirse asimismo en ese sector, a esa población gaucha de las viejas estancias de Buenos Aires, para

las cuales el rosismo había constituido un recurso defensivo: la organización moderna de las nuevas estancias ligadas férreamente al comercio de exportación destruirá todo vestigio de aquellos tiempos más libres del gauchaje. Las fuerzas aludidas compondrían la porción decisiva de aquel país que Roca conoció y encarnó en un momento de transición, un país semibárbaro pero genuino, fiel a sí mismo, y autor de su historia, país que al desintegrarse el complejo de fuerzas cuya síntesis fue el roquismo, cambiaría a tal punto que vendría a justificarse la expresión de Sarmiento sobre la «barbarie cosmopolita». Porque la Argentina de Roca en 1880 sufría una evolución tan vertiginosa, que sus contemporáneos pudieron asistir estupefactos a la remodelación y el reemplazo de una estructura por otra en menos de la edad de una generación. Veinte años más tarde Roca está incrustado en el sistema y el roquismo desaparece.

Alberdi en el 80

Ha regresado a Buenos Aires, casi al concluir la presidencia de Avellaneda, el doctor Juan Bautista Alberdi. Tenía 70 años y estaba mucho más viejo que su edad. Conservaba todo el vigor de su incisivo talento, pero los achaques físicos, las amarguras del destierro y el fracaso de su vida pública, lo habían vuelto vulnerable y pusilánime. En Buenos Aires, esa ciudad activa y moderna que le costaba reconocer al que la dejó cuando Rosas mandaba en ella, ejerce una gran influencia ese Mitre, con su importante empresa editora y cuyo odio jamás descansa. Pocos se acuerdan de la existencia física de Alberdi, pero la nueva generación argentina —la del 80— se ha educado en sus libros cuando éstos eran todavía folletos.

Elegido diputado nacional, este anciano recorre las calles de la ciudad renovada. Ahí está la calle Florida como un enjambre.

¡Cómo se ha transformado la vieja calle! Las confiterías resplandecen, por todos lados hay miles de mecheros de gas. Tiendas, sombrererías, cigarrerías, joyerías... De todo abunda. Las señoras siguen vistiendo las más recientes modas europeas; los caballeros no se quedan atrás, lucen vistosos bastones de puño de oro y sujetan entre los dientes aromáticos habanos. Al anochecer; el bullicio aumenta. ¡Qué cambio maravilloso desde 1838! Aquello no era París, ni Londres, ni siquiera Bruselas, pero de todos modos... El muchacho que llegara en una tropa de carretas en tiempos del general Las Heras podrá pronto, con la mayor

comodidad comunicarse con los amigos de los barrios distantes de la ciudad porque el teléfono se está instalando ya...⁵

Alberdi espera encontrar al fin la paz en la patria reencontrada. Pero le ocurre un poco como a Sarmiento: el manejo de la historia ha pasado imperceptiblemente a las manos de una generación más joven y los acontecimientos más decisivos se producen sin que los maestros puedan intervenir en su dirección. La federalización de Buenos Aires (la tesis que Alberdi sostuviera inquebrantable y lúcidamente como publicista y cuya defensa le costó al fin y al cabo su larga expatriación) ya está encima. Es el roquismo quien la lleva acabo.

La violencia que Tejedor y Mitre desatan en Buenos Aires contra Avellaneda y Roca aterroriza a Alberdi. Llegado el momento, el diputado avergonzará al pensador. Alberdi flaqueará y votará contra la federalización, como Vicente G. Quesada, bajo la intimidación porteña. El pobre y gran viejo será débil (hablamos del hombre con más coraje intelectual de su tiempo), pero el roquismo comprenderá su actitud; consumada la federalización Alberdi será nombrado presidente de la Comisión bonaerense, que elegirá nuevo gobernador de la provincia, en reemplazo del derrotado Tejedor.

El 14 de noviembre de 1880 el general Roca enviará al Congreso un mensaje pidiendo la aprobación de una ley para ordenar la publicación de las obras completas de Alberdi. Refiere Mayer que

el mensaje constituía el reconocimiento solemne del acierto de su actitud, al combatir la secesión de la provincia y la guerra del Paraguay, y la condena de una política que sólo había causado ruinas y desastres. A Mitre, el homenaje le produjo un ‘acceso de demencia’⁶.

Los diarios localistas «La Nación» y «La Tribuna» tachaban el mensaje de inconstitucional, de reminiscencia federal, y describían a los ministros de Roca

danzando un candombe sobre las libertades públicas.

Obsérvese que el presidente pedía al Congreso la publicación de las obras de Alberdi, en las que condenó la infame guerra del Paraguay, era un militar que había combatido en esa guerra, donde perdió a su padre y a su hermano. Alberdi

acababa de publicar, reaccionando de su debilidad en la lucha recién terminada, su libro: «La República Argentina, consolidada en 1880, con la ciudad de Buenos Aires como Capital», especie de resumen general de sus idas sobre la federalización, donde evidencia su habitual agudeza de visión y su estilo epigramático.

Luego el presidente Roca le ofrece el cargo de ministro de Francia, porque Alberdi ya no se siente bien sino entre sus cosas, libros y papeles de París donde ha construido su vida definitivamente. El general Roca, «que siente por Alberdi una irresistible simpatía», se dispone a enviar al Congreso el pedido para autorizar el nombramiento de Alberdi. El rumor de su designación se corre y Mitre, con su diario «La Nación», se alza a una brutal campaña contra la iniciativa. Se acusa a Alberdi de «consejero diplomático del tirano López», de haber ejercido una «diplomacia vergonzante», de «traidor».⁷

También se le reprocha haber fustigado la guerra del Paraguay, volcando sobre la gran figura, sin diario propio, todas las injurias de que es capaz el rencoroso Mitre. No era más que el reflejo intelectual del duelo que las armas de Roca habían resuelto: Buenos Aires y el interior, en sus dos encarnaciones más notables. Alberdi queda anonadado por el ataque. Mitre publica en «La Nación» una carta que Alberdi enviara a Vicente López y Planes hacía cuarenta y seis años en la que había escrito la palabra maceta, con zeta.

David Peña visitó a Alberdi al día siguiente del torpe ataque:

Juntando su silla con la mía –escribe Peña– hasta tocarnos las rodillas, djome de pronto con una voz imborrable: Así, así quisiera tener frente a mí al general Mitre, para preguntarle, mirándonos hasta el fondo de los ojos, en virtud de qué odio tan reconcentrado puede disculpar su persistente prolijidad de haber guardado la carta de un niño, escrita hace ya casi cincuenta años, para avergonzar a un anciano. ¿Es esto digno de un espíritu superior? ¿Es esto digno de un jefe de partido, de un jefe de la Nación? ¿Es esto digno de usted, general Mitre? Y la voz velada por un sentimiento indecible, ocultó a mi avidez y a mi cariño, acaso el arrepentimiento de haber regresado a la patria para juntar las irónicas recompensas de la crueldad de su destierro...»⁸,

Al mismo tiempo, el diario «La Patria Argentina», propiedad de los Gutiérrez, todos mitristas, afirmaba en un artículo que Alberdi era

una personalidad desconceptuada, mercantilista y versátil.

Volveremos sobre el asunto –agregaba el artículo significativamente– en el caso de que la Cámara reciba el mensaje pidiendo el acuerdo constitucional⁹.

El poder de Mitre era muy grande; como Rosas, sabía utilizar la propaganda sistematizada, su diario infundía temor hasta a las personas independientes, y David Peña recorrió inútilmente las redacciones para que publicaran la respuesta de Alberdi.

El nombramiento de Alberdi se había transformado por la perfidia de Mitre en un escándalo político que ató las manos a Roca. Profundamente humillado, Alberdi, que no había querido responder a la polémica soez, decidió regresar a Europa. Allí enfermó, mientras recibía de Roca una designación como ministro de Chile. Su salud le impidió asumir el cargo. Poco después, Roca insiste en ayudarlo de algún modo, nombrándolo en París, Comisario de Inmigración. Alberdi ya es una sombra cuando Roca hace aprobar por el Congreso en marzo de 1884, una pensión vitalicia de 400 pesos mensuales.

Abandonado en una clínica parisiense muere este gran argentino tres meses más tarde. En grandes y pequeños hombres del Plata había escrito:

El éxito de la mentira es el de un momento; él pasará y yo seré vengado sin ejercer venganza.

Ni la muerte salvaría a Alberdi del rencor porteño. David Peña ha relatado en 1911 un desconocido episodio:

Se decidió erigir en el cementerio de la Recoleta –escribe– un mausoleo coronado por su estatua. Pero el tiempo transcurría y el monumento no se inauguraba. ¿Por qué no se transportaban a él los restos del doctor Alberdi? Tal era mi demanda incesante.

Oiga usted, me dijo afectuosamente una vez un respetable amigo que me honraba con sus consejos y su afecto: no promueva usted este asunto mientras viva el general Mitre. El poder de «La Nación» es indiscutible. No se cierre, por usted mismo, las puertas de ese poder¹⁰.

Alberdi había prohibido en su testamento la edición de los papeles inéditos. Manos filiales los publicarán cinco años después en 16 volúmenes bajo el título de

«Escritos Póstumos». El odio porteño permitirá cumplir de una manera totalmente involuntaria la última decisión del pensador. Los «Escritos Póstumos», agotados enseguida de aparecer, no serán reeditados jamás.

Dios es Argentino

Roca toma posesión del gobierno y de la Capital Federal. «Se consumó el atentado» decía un diario porteño; otro agregaba «A bayonetazos»¹¹. Varios regimientos del ejército de línea quedaron prudentemente en los alrededores de la ciudad. La Universidad de Buenos Aires, también era nacionalizada. Su rector, el Dr. Manuel Quintana, aquel «cajetilla» del Banco de Londres que amenazó a Don Bernardo con la flota inglesa, renunció porque la nacionalización de la Universidad no debía ser

*consecuencia forzosa de la federalización de Buenos Aires*¹².

El joven general quiere otorgar respetabilidad a su gobierno: será un gobierno de «cinco presidentes y un timonel». Designa ministros a caballeros maduros y diestros en las cargas del gobierno. Ministro de Interior será el Dr. Antonio Del Viso, abogado de Córdoba, Don Bernardo de Irigoyen ejercerá el Ministerio de Relaciones Exteriores; la cartera de Hacienda es confiada al Dr. Juan José Romero, porteño y banquero; el Dr. Manuel Dídimo Pizarro, cordobés y muy católico asumirá el Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública. Un hombre de Paraná, «figura consular», como se dirá después, el doctor y general Benjamín Victorica, ocupa el Ministerio de Guerra y Marina. Había sido magistrado y soldado, senador, diputado y ministro, catedrático y Decano de la Facultad. Según Wilde, era de genio tan múltiple, que se habría lucido aún en el Episcopado¹³.

Y así, de pronto, como incorporados a un huracán, los argentinos del 80 se encontraron súbitamente lanzados a una carrera de prosperidad muy pronto trasmutada en opulencia y despilfarro. Apenas concluida la guerra civil, la fortuna y la especulación aparecieron juntas; el gobierno de Roca construyó aceleradamente los ferrocarriles, puentes, edificios, telégrafos, aduanas, puertos, teatros, calles, pueblos, ciudades, escuelas y correos que la República exportadora reclamaba con impaciencia. La sociedad criolla tradicional se conmovió hasta sus cimientos. No sólo ingresaban al país oleadas de inmigrantes cada vez mayores,

modificando la fisonomía del Litoral y hasta el habla de las ciudades, sino que una energía febril se propagó a todos los niveles sociales.

Aquellos coroneles del Desierto, curtidos en las batallas y fogones desolados, vendían las tierras que el Congreso les había otorgado como premio, para volver a comprar lo que revendían al día siguiente con multiplicadas ganancias. Si el propio presidente no hacía lo mismo y por el contrario construía su fortuna poblando de animales su estancia sureña «La Larga», su hermano, el coronel Rudecindo Roca, enajenaba sus leguas por pocos miles de patacones en un remate de Buenos Aires¹⁴.

El «Comptoir d'Escompte» colocaba en París su empréstito de 60.000.000 de pesos: Francia se interesaba en Sudamérica con sus banqueros. Sus generales, en cambio, ocupaban Tahití. Comenzaba el «affaire» del siglo: la construcción del Canal de Panamá. Rodin daba su último golpe de cincel a «El pensador». Con Offenbach soñaba la burguesía parisina en «Los Cuentos de Hoffmann». A Buenos Aires, en estado de progreso convulsivo, llegaban las últimas novelas de Emilio Zola, que se erigía en el dictador absoluto del gusto literario. Los naturalistas hacían furor en las letras aldeanas. Irrumpía sin ceremonias la era dominante del positivismo, identificado sin esfuerzo con la locomotora y la belleza útil. La Inglaterra de la Reina Victoria, siempre práctica, se desinteresaba de la filosofía: ocupaba Egipto. Rimbaud vagaba por Africa, entre marfiles y metáforas. El rey Leopoldo, de espíritu benefactor, fundaba el Estado del Congo, como parte de su patrimonio.

«El Nacional» del 22 de octubre decía:

La última hora de la bolsa de ayer ha sido agitadísima. A pesar del alto precio a que se cotizan, todos nuestros papeles de crédito tuvieron un alza tan rápida como inesperada. El oro bajó hasta 29,49 se dice que en el próximo mes llegarán fuertes sumas de dinero de Francia e Inglaterra, destinadas a emplearse en la compra de papeles de crédito¹⁵.

Llegan vapores de la compañía «La Varello» con 1.500 y 2.000 inmigrantes, respectivamente. Afírmase en los corrillos que ese año arribarán a la Argentina 100.000 inmigrantes. Un diario se hace eco de la noticia de que en los próximos días se espera un barco europeo con 200.000 libras esterlinas destinadas a dos bancos de plaza. El diario de Aristóbulo de Valle, presidente del partido oficial, responde a las críticas del mitrismo:

*Se acusa al partido triunfante de ser autor de inmensas calamidades, pero responde con él la prosperidad nacional que se traduce en la actividad del comercio y la industria, en la consolidación del Crédito Nacional; en el bienestar de que disfrutaban todas las clases sociales, desde las más humildes hasta la más encumbrada*¹⁶.

Y agrega:

*Se ha sancionado una ley autorizando un empréstito de doce millones de duros para llevar adelante los ferrocarriles nacionales y los prestamistas de los mercados europeos se disputan nuestra preferencia. Queremos concluir el puerto del Riachuelo y construir diques, y tenemos los capitales a mano, y empresas particulares solicitan las obras para hacerlas por su cuenta... Las tierras públicas que hace un año vendió el gobierno nacional a cuatrocientos pesos fuertes la legua, se venden a dos mil pesos y entre sus compradores se notan extranjeros que vienen con grandes capitales, atraídos por la notoriedad que ha alcanzado nuestra ganadería y la seguridad de paz que ofrece la nueva situación*¹⁷.

En 1880 había 2.318 kilómetros de vías férreas; seis años más tarde, al concluir su presidencia, Roca informaba que el país contaba con 6.142 kilómetros. En todos los órdenes el desarrollo capitalista alcanza un ritmo desconocido: de 4.990 kilómetros de extensión con que contaban las líneas telegráficas al iniciarse su presidencia, se pasa a 13.000 kilómetros en 1886¹⁸.

Sobre las provincias desangradas y exhaustas de la era mitrista, el poder nacional vuelca gigantescos recursos. En Tucumán y Santiago del Estero comienza la explotación intensiva de la caña de azúcar; las provincias de Cuyo, se anunciaba, tenían tanta capacidad para producir vino como España y Francia reunidas¹⁹. El espíritu de Pangloss reinaba en las alturas, gozoso de la feracidad de un suelo que prometía maravillas:

*Una Nación abierta a todas las corrientes del espíritu, sin castas, sin preocupaciones religiosas ni sociales, sin tiranía, ni Comuna, nuevo templo sobre la faz de la tierra, donde se consagran todas las libertades y todos los derechos del hombre*²⁰.

Con esas palabras el astuto general del Desierto compendia la generosa quimera de su generación. La joven burguesía exultaba bajo la lluvia de oro. Porque el equipo provinciano de antiguos segundones, esos militares y abogados del interior que dominaban la escena, había apartado enérgicamente del poder político a la oligarquía porteña, con su partido mitrista, y creía ilimitadamente en un porvenir sin nubes.

La renta agraria proveía al país de ingresos capaces de construir todo el sistema de infraestructura necesario; la incorporación de capital extranjero, con frecuencia ficticio, como en el caso de los ferrocarriles, contribuía de todos modos a completar el equipamiento básico del nuevo Estado.

A los hombres del 80 les resultó imposible, sin embargo, adivinar cual sería, en definitiva, el diseño completo del país que construían. No advirtieron, porque la prosperidad enceguecía todo, que la estancia y la granja capitalista que iba a surgir después de esa gigantesca jornada de treinta años, no sería sino una pradera moderna, anexa a un gran imperio industrial ultramarino. Habían derrotado a la oligarquía bonaerense, que se engullía hasta ese momento la renta aduanera para sí sola; con el poder militar lograron distribuir esa renta a todas las provincias. Pero el esquema básico del país importador y exportador predeterminado por el suelo ubérrimo y la política imperialista, no lograría ser modificado. La pequeña burguesía provinciana que vegetaba en el interior, al borde de la indigencia, comenzó a incorporarse al aparato del Estado con Sarmiento y Avellaneda. Miles de maestras y maestros en toda la República eran el «partido» del orador tucumano de 1874. La extensión de las líneas telegráficas y la red postal, de los ministerios y reparticiones a los que ingresaban ejércitos de nuevos funcionarios en los rincones más remotos, crea nuevas fuentes de trabajo y vincula a la política de Roca sectores de la clase media provinciana, marginados de la vida económica antes de su presidencia. El Estado nacional se eleva como un nuevo poder en aquella República flagelada durante tiempo por toda suerte de calamidades: Rosas, el monopolio portuario, las expediciones mitristas a las provincias, las guerras civiles y los saqueos, la guerra del Paraguay, las represiones a los entreveros jordanistas. Parecía a todo el país un verdadero milagro ese gobierno sobre el que llovían todas las bendiciones de la suerte²¹.

Durante las dos presidencias de Roca no se produjo ninguna revolución ni motín. En el curso de su primer período, se organiza prácticamente la estructura del Estado Argentino. Sería imposible resumir aquí las leyes fundamentales que se aprueban. Sólo se citarán las más importantes: Ley 1.420 de Educación Común; Ley 1.130 de Moneda, por la que se establecía la unidad monetaria en todo el país (entonces circulaban por el territorio nacional papel moneda bonaerense,

pesos bolivianos en Salta Fe, chirolas chilenas en Cuyo, chirolas bolivianas, quinto de peso peruano, soles y melgarejos en Salta y Jujuy). Organizó los Territorios Nacionales, fundó el Municipio de la Capital, los Tribunales de Justicia local, emprendió Obras de Salubridad, contrató la construcción del Puerto Madero y creó el Registro Civil de la Capital y Territorios Nacionales, primer paso a la ley de Matrimonio Civil, que promulgará Juárez Celman.

La Ley 1.420 de educación común, obligatoria, gratuita y laica iba a desencadenar una primera tempestad. Una vez pasada, se vio que Roca había creado 600 escuelas, elevado el número de maestros en cerca de 3.500 y de alumnos en más de 100.000²².

La política aduanera proteccionista que continuaba la orientación anterior, favoreció la evolución industrial. En 1882 se inauguraba una exposición industrial que revelaba los rápidos adelantos de la industria argentina en varios rubros: jabón, vino, cerveza, cigarrillos, manufacturas de calzado y vestido, maquinaria agrícola y artes gráficas²³. En los seis años del primer gobierno de Roca se radican definitivamente en el país 376.871 inmigrantes²⁴.

La gran capital del Sud, al asumir el gobierno el general tucumano, vivía bajo una nube de polvo perpetuo. «Su estado sanitario era deplorable». ²⁵ Algunas esquinas estaban cruzadas por puentes en épocas de lluvia. Las calles se transformaban en arroyos, llamados «terceros», foco de putrefacción alarmante.

Aún no existía el Puerto de Buenos Aires... las aguas sucias del Río de la Plata batían la costa de la ciudad casi sobre la línea de edificación del Paseo de Julio... vetustos muelles penetraban en el río para facilitar el desembarco de pasajeros y carga...²⁶

Un sobrino nieto de Rosas, nacido en París y educado en Europa durante sus primeros veinte años, llega a Buenos Aires convertido en un petimetre parisién:

Mal sabría describir la impresión extraña de exotismo que me causó prima facie esta bendita tierra de mis mayores, tan distinta de la civilización de la Europa tradicional y refinada en la que hasta entonces había vivido... Todo me parecía primitivo y distante como cosa del extremo Oriente²⁷.

Al desembarcar en la Boca del Riachuelo, los esperaba el cochero, un

*criollo muy trigueño, de librea, sombrero alto y escarapela argentina... ostentaba tamaños bigotes, detalle que en Europa constituía una perfecta herejía. Tan pésimamente pavimentadas se veían las calles, que cada vez que el coche salía del plácido deslizar de las ruedas de goma sobre los rieles del tranvía, padecíamos tremendos sacudimientos capaces de llevar el hígado a la boca; algo, a la verdad escandaloso... Nos alojábamos en el hotel Frascati, calle de Maipú... ¡Cómo sería la falta de higiene y de confort en uno de los mejores hoteles de la Capital que Eduardo y yo nos vimos precisados a inscribirnos como socios transeúntes en el Club de Residentes Extranjeros a fin de poder disfrutar de duchas y baños modernos y demás comodidades indispensables!*²⁸

El sobrino de Lucio Mansilla no se parecía a su bizarro tío, que al regresar del Viejo Mundo treinta años antes, visitaba a Rosas y se comía siete platos de arroz con leche, tan criollo como había salido. Eran otros tiempos, y otros sobrinos.²⁹

La ciudad se disponía a cambiar de piel; pero antes que las piquetas de Don Torcuato de Alvear, el Intendente nombrado por Roca, comenzaran a demoler la Buenos Aires del 80, podía verse la Recoba. Viejo edificio que dividía la Plaza de la Victoria, era el centro del bullicio y de la aventura cosmopolita. Así la verá Fray Mocho en su juventud:

*Las mesitas de hierro de los cafés y confiterías de la Recoba... rodeadas por borrachines paquetes, por otros ya transformados en verdaderos descamisados o que estaban en vías de serlo, por soldados y marineros barajados con clases, oficiales y hasta jefes, y en las calles laterales y en las veredas, hombres cargados con canastas, que anunciaban en todos los tonos las más variadas mercancías, gentes apuradas, que se llevaban por delante unas a otras, carruajes, carros, tranways, y más lejos, allá abajo, en el puerto máquinas de tren que cruzaban, vapores que silbaban, changadores que corrían, carros que andaban entre el agua como en tierra, y sirviendo de fondo a la escena, el río imponente con su festón de lavanderas en el primer plano, y en lontananza un bosque impenetrable de mástiles y chimeneas...*³⁰

Un italiano esmirriado y con aire doliente, con voz de tiple, exclamaba rítmicamente: «Pobre doña Luisa, pobre doña Luisa». En realidad vendía fósforos y cigarrillos, de un cajón que colgaba del cuello. Otro mercachifle, agobiado con canastas de bananas y naranjas, gritaba a voz en cuello sorprendiendo al distraído: «¡Arránqueme esta espina!» También recorría la Recoba un francés de poderosa voz que estremecía a los clientes incautos: «Soy un pillo», decía y ofrecía anteojos, cortaplumas y botones. Un gaucho urbanizado brindaba al público mazamorra batida; un negro pastelero silbaba ufano el peso de sus dulces y llamaba al transeúnte: «Ta tapao meté la mano». En el último vapor llegaban los ejemplares recién impresos de la última novela de Anatole France: «El crimen de Silvestre Bonnard». Miguel Cané daba a conocer «Juvenilia». Después de indagar su infancia, que era la de la patria, y los documentos, heredados del archivo paterno, Vicente Fidel López publicaba diez volúmenes de su «Historia de la Revolución Argentina».

Las cuadrillas de obreros guiados por Don Torcuato demolían parte del viejo Cabildo y abrían la avenida de Mayo. El escándalo de las viejas familias por estas iniciativas fue más ensordecedor que las demoliciones. Muchas de ellas, porteñas netas y altivas, al ver la ciudad ocupada por los «arribistas de la provincia», la abandonaron para fundar Villa Elisa, próxima al lugar donde Dardo Rocha erigió La Plata. Un puñado de palacetes y residencias señoriales construidos en esa villa, hizo brillar durante dos décadas, antes de extinguirse, el último destello de la soberbia porteña.

El conflicto con el clero

La crisis más grave del gobierno de Roca se plantea con el clero. Ella se deriva de las medidas de modernización legislativa planteadas por la naturaleza misma del roquismo. Ya en Córdoba, donde gobernaba Juárez Celman, la reacción ultramontana fustigaba la creación de parques y jardines, el alumbrado público, y las disposiciones de higiene urbana que para prevenir las epidemias adoptaba el gobernador. En tiempos de Avellaneda, cuando el doctor Lucero, rector de la Universidad cordobesa, compró instrumentos científicos para la misma, los clericales lo llamaron «Dr. Lutero»; Sarmiento recordaría la expulsión del claustro de un alumno al que sorprendieron leyendo a Renán.

Como la evolución científica y técnica del país adquirió un formidable impulso, los sectores clericales estimaron atacados en sus bases los dogmas católicos. La construcción del dique San Roque, llevada adelante por Biolet Massé y por

Cassafouths, bajo la protección de Juárez Celman, a pesar de significar un gran adelanto para la provincia, originó una ofensiva que condujo finalmente a la cárcel a los constructores de la obra. Aún perdura en la tradición cordobesa el infundio que echaron a rodar los clericales en su tiempo, enderezado a convencer al público de que el dique no podría soportar la presión de las aguas y que Córdoba sería anegada por ellas.

En tales condiciones, las medidas de Roca y de Juárez estableciendo el Registro Civil, secularizando los cementerios y organizando la escuela laica, acarrearón las furias católicas. El país conoció un debate público de gran intensidad. Los católicos fundaron el diario «La Unión», transformando esa lucha en un movimiento político confesional. Su director era José Manuel Estrada, profesor de historia argentina y orador pío, cuyas parrafadas castelarianas han sido recopiladas con cierta frecuencia. El prestigio de Estrada (alimentado, como cipayo, por el mitrismo, como católico por la curia) excede en mucho su significación. Lo acompañan en la empresa Pedro Goyena, Miguel Navarro Viola, Emilio Lamarca, Tristán Achával Rodríguez y otros varones elocuentes.

La violencia del lenguaje, las recriminaciones y los ojos en blanco, las advertencias solemnes y las vagas alusiones a una guerra santa, unido a los curas exaltados que habían convertido cada púlpito en un foco de perturbación política (escudándose en la inmunidad religiosa), tendían a anular las nuevas leyes y, en último análisis, a destruir la influencia del roquismo en la vida nacional. Por eso se nuclearon detrás de la Iglesia Romana, en algunos casos los sectores más antirroquistas; otros prefirieron no comprometerse con la cuestión clerical y dejarlo solo a Roca, creyendo que esa lucha era peligrosa y debilitante. Una Pastoral del Obispo de Córdoba, Monseñor Clara, asumió un franco carácter de desafío al poder nacional; sostenía que el gobierno carecía de facultades para intervenir en la instrucción pública del país. Roca declaró subversiva la pastoral, destituyó a Monseñor Clara, y lo sometió a proceso bajo la justicia federal. La Iglesia convocó a la lucha contra Roca, incitando a no cumplir las leyes recientemente dictadas.

La situación se agravó al aconsejar el Nuncio Apostólico, Monseñor Mattera, a su grey que no acatara las disposiciones legales. Después de una carta insolente y ofensiva que dicho monseñor dirigiera al general Roca, éste le dio 24 horas para abandonar el territorio argentino, entregándole sus pasaportes. Las relaciones con el Vaticano estuvieron interrumpidas durante 15 años reanudándose durante la segunda presidencia de Roca³¹.

La lucha no había escaseado en incidencias risueñas, suscitadas generalmente por el espíritu de Eduardo Wilde, ministro de Instrucción Pública de Roca, que polemizaba constantemente con los clericales desde el punto de vista de las nuevas

ideas. Cuando Monseñor Clara afirmaba con soberbia poco cristiana que era más fácil «extinguir el sol que destruir la Iglesia de Cristo», a la que, por otra parte, nadie amenazaba, Wilde observaba irónicamente:

¡Esa es otra barbaridad! La historia nos enseña que los hombres y los pueblos, las ciudades y los monumentos pasan, se reducen a polvo, se pierden en el olvido. El Sol, en cambio, permanece imperturbable desde el día de la creación, alumbrando a este mundo de tontos y de pillos³².

Como había ocurrido en los viejos tiempos, el clero criollo no se plegó a la furia de las jerarquías. Si el Obispo de Salta, Fray Buenaventura Risso Patrón y los Vicarios foráneos de Santiago del Estero y Jujuy, doctores Reyneiro J. Lugones y Demetrio Cao, son destituidos por solidarizarse con la actitud provocativa del Nuncio Mattera, todo el resto del clero acata la ley nacional de educación común. El nuevo Obispo de Córdoba, Monseñor Tissera, prestaba juramento de fidelidad a la Nación el 27 de junio. La controversia sobre la escuela pública se había transformado en un debate religioso; pero éste, a su vez, y en ese terreno lo planteó Roca, había derivado una cuestión de soberanía entre el representante diplomático del Estado Vaticano y el gobierno de la Nación³³.

Si el enfrentamiento había nacido de la leyes de Roca, toda la atmósfera que impregna el debate provenía directamente de Europa. Allí se atravesaba un período de intensos conflictos religiosos. A la industrialización acelerada y al triunfo completo de la burguesía occidental, había correspondido un acusado indiferentismo religioso de las masas. La opinión pública europea en la década del 80, sustituía la religión por la «Ciencia». La voracidad de los «hechos» no reconocía límites. Zola trepaba a las locomotoras para observar su funcionamiento mecánico y describirlo fotográficamente en sus novelas. Comte introducía la «ciencia» en el estudio de la sociedad; rechazaba toda expresión de pensamiento especulativo. Comenzaba el reino del empirismo sociológico, que alcanzaría en los Estados Unidos del siglo XX su expresión más indigente. Bajo las banderas del liberalismo, Spencer expandía su influencia reaccionaria. La teoría de la supervivencia del más apto, la hostilidad al Estado y a la legislación en general se manifestaba con la concepción spenceriana bajo la forma del individualismo burgués más sórdido.

La laicización de la vida social, que era un fenómeno engendrado por el desarrollo capitalista, se traducía en violentos debates sobre la cuestión escolar. Francia, Bélgica, Italia, eran su escenario. Perdido su poder temporal con la unidad

nacional de Italia, el papado romano había luchado contra esta secularización del mundo moderno con los antiguos métodos, abiertas todas las heridas. El Papa Pío IX había sido pontífice guerrero. Pero el sucesor, León XIII comprende las nuevas circunstancias mundiales. Es un diplomático y se inclina por la conciliación. A las sociedades de librepensadores que predicaban la irreligión militante, a todos aquellos que exclaman: «*El laboratorio reemplaza al oratorio*», León XIII opone una política flexible. Aislada en sus relaciones con los gobiernos de Europa, la Santa Sede ensaya sutiles pasos de aproximación. «*Les ofrece una alianza en el interés del orden social*». Al fin y al cabo, la burguesía incrédula ha visto quemarse su rostros en las llamas de la comuna en 1871. León XIII ve más lejos que los masones rentistas. Pero el episcopado, que declara su aceptación a la nueva política, la resiste en silencio. Así sucede en Francia y así sucederá en la Argentina de Roca³⁵.

Constituye un singular error suponer que la Iglesia es una servidora del imperialismo; lo precedió en la historia, conoce su origen, sospecha su pobre porvenir, aspira a sobrevivirlo. La Iglesia es una aliada insegura del régimen capitalista, pues una rica y meditada experiencia le ha señalado la conveniencia de abandonar la nave que se hunde; la era mundial del socialismo pondrá ante prueba su capacidad de adaptación.

En el período de Roca, el clero se levantó airadamente ante la renovación de nuestra legislación civil, que arrancaba de sus manos la educación infantil, el acta matrimonial y el reposo eterno, tres ciclos que la Iglesia había monopolizado durante su hegemonía secular. La flexibilidad y la energía con que Roca manejó este grave asunto de Estado, conducido en medio de un grande y fecundo debate ideológico que educó a toda una generación, debían revelarse en todo su valor setenta años más tarde, ante la inepticia de la burocracia peronista, provocativa y obtusa, para llevar adelante otras leyes igualmente progresivas.

Nuevamente provincianos y porteños

La primera presidencia de Roca se encaminaba a su fin. Un año antes de las elecciones comienzan a desplegarse en un confuso orden de batalla todas las fuerzas que aspiraban a reemplazarlo en el poder. La posibilidad de que el Dr. Miguel Juárez Celman, con cuñado del presidente, gobernador de Córdoba y caudillo de la juventud liberal mediterránea, ocupase el sillón presidencial, puso en movimiento a todos los adversarios, antiguos o nuevos. No se sabrá nunca si

Roca tenía en la cabeza a otro candidato para sucederle. Pero la dosis de fatalismo que era inherente a su temperamento lo llevó a aceptar la candidatura de Juárez Celman, propuesta por los más importantes núcleos del Partido Autonomista Nacional del interior³⁶. En realidad, Juárez llegó a adquirir una significación distinta de la que los adversarios de Roca pretenden atribuirle. Si gran parte de su carrera la debía a Roca y actuó en el Estado Mayor de esa figura, su actuación posterior en el gobierno nacional lo diferenció netamente de su predecesor y amigo.

Uno de los candidatos más serios para la presidencia era Dardo Rocha, fundador de La Plata y enérgico dirigente del autonomismo bonaerense. Se estimaba en los círculos de Buenos Aires que esa vez correspondía a un porteño la presidencia, pues en algunas cabezas no se había extinguido del todo la idea del localismo. La poderosa provincia bonaerense, afirmábase, tenía en esta oportunidad el derecho a elegir al Jefe de la República. Como de costumbre, el mitrismo se apresuró a organizar un frente con lo ganaderos de Buenos Aires para impedir otro gobierno provinciano. Al ofrecer su apoyo a Rocha, Mitre buscaba jaquear a Roca, y obligar a ambos a una «solución nacional», cuya encarnación era —¿cómo dudarlo?— él mismo. Pero Mitre ignoraba que su rol político había concluido para siempre. Con la aparición de la generación del 80 concluye definitivamente su «revanchismo» antifederal representado por Mitre y los «proscriptos». Los treinta años de influencia roquista marcarán para siempre el eclipse del mitrismo. Es un buen punto de partida para estudiar este período deliberadamente confuso de nuestra historia.

En esos días se levantó también la candidatura de Bernardo de Irigoyen, gran personalidad de orígenes federales, que Mitre impugnó por sus «antecedentes rosistas», considerándolo un «imposible moral». Su «imposibilidad» provenía de su condición de antiguo redactor de la «Gaceta Mercantil» y de ser autor de versos consagrados a la gloria del Restaurador y a las gracias de Manuelita. Agente diplomático de Urquiza más tarde, Bernardo de Irigoyen, político sutil, estanciero federal que nunca abjuró, se hizo autonomista como muchos otros y fue objeto del odio ardiente del partido mitrista.³⁷

Los católicos decidieron participar en una campaña general contra la dictadura de Juárez Celman. Se organizó bajo la bandera ultramontana agitada contra el «Atila Cordobés», como se llamaba a Juárez por sus leyes progresivas y laicas, el Comité de la Unión Católica, presidido por José Manuel Estrada, que vivía en estado de permanente elocuencia sagrada. Este movimiento propuso el nombre del Dr. Benjamín Gorostiaga, disponiéndose a volcar ulteriormente su apoyo a cualquier candidato antijuvarista o antirroquista. La campaña católica contra Roca

y Juárez se hizo en nombre del moralismo, del espiritualismo y contra el «espíritu mercantil».

Las maniobras para convencer a Juárez de que retirara su candidatura en aras de una «conciliación nacional» (fórmula maniática de Mitre, que rechazaban horrorizadas con regularidad todas las provincias) no lograron éxito. Juárez sentíase respaldado por el autonomismo nacional. Rivero Astengo observa que:

todo el interior lo apoyaba, sólo la tradicionalmente levantisca Buenos Aires, lo rechazaba por provinciano.

Juárez Celman fue elegido presidente por gran mayoría. La prensa católica, bajo la inspiración de Estrada, hervía de beata indignación ante ese triunfo, seguida de la conquista de la gobernación de Córdoba por Don Ambrosio Olmos, de la misma tendencia liberal que Juárez. Estrada escribía en el diario «La Unión» que

recaiga el cargo en Olmos o en algún otro tapado bajo los cubiletes roquistas, o sea que se les aventaje lo que don Marcos Juárez llama su elemento democrático, el imperio de los gitanos se prolongará merced a la fuerza y a la usurpación³⁸.

Gitanos, chusmas, peludistas o cabecitas negras, la fuerzas contrarrevolucionarias de nuestra historia encontraron siempre un nombre cáustico para las masas populares. Consolémonos: las masas les pagarán en buena moneda.

El imperialismo, que aparece históricamente en los alrededores de 1880 penetró en la Argentina, como en otros países coloniales y semicoloniales, y se apoderó de las palancas fundamentales de nuestra economía³⁹. En 1880 Inglaterra proporcionaba un 27,6% de las importaciones argentinas; en 1886, el 35%; en 1890, el 40,6%. Juárez Celman se encontró envuelto en este proceso que no era argentino ni se debía a ninguna particular flaqueza de nuestros gobernantes, sino que reproducía un fenómeno mundial. El sucesor de Roca se transformó, hasta cierto punto en un agente de esa colonización imperialista, en víctima, no en demiurgo.

NOTAS

^a Nota de la 4^a edición, 1970.

¹ IRAZUSTA, ob. cit., p. 233.

² Tal es el juicio del crítico Julio Payró. Y «Revista de Historia», ob. cit.

^{2 bis} Cfr. RIVERO ASTENGO, ob. cit.

³ AMADEO, ob. cit., p. 13.

⁴ Cfr. RIVERO ASTENGO, ob. cit.

⁵ Popolizio: ALBERDI, ob. cit.

⁶ MAYER: Introducción a *Cartas inéditas*, etc., p. 44.

⁷ *Ibíd.*, p. 38.

⁸ DAVID PEÑA: Defensa de Alberdi, Revista Atlántida, Buenos Aires, 1911.

⁹ MAYER: Alberdi y su tiempo, p. 900.

¹⁰ PEÑA, ob. cit.

¹¹ MAYER, ob. cit., p. 890.

¹² TULIO HALPERIN DONGHI: *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, P. 88, Ed., Eudeba, Buenos Aires 1962.

¹³ ARMANDO BRAUN MENÉNDEZ: *Primera presidencia de Roca (1880- 1886)*, p. 279, *Historia Argentina Contemporánea*, t: I, Buenos Aires, 1963.

¹⁴ MAYOL DE SENILLOSA: *Memorias Parleras*, en Busaniche, ob. cit., p. 842.

¹⁵ LUIS V SONNI: *Hipólito Yrigoyen*, p. 267, Ed. Monteagudo, Buenos Aires, 1947.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 268.

¹⁷ *Ibíd.*

¹⁸ BRAUN MENENDEZ, ob. cit., p. 307.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 3 10.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ ARCE, ob. cit. p. 143 y ss., tomo 1 y Braun Menéndez, ob. cit. p. 318.

²² BRAUN MENÉNDEZ, ob. cit., p. 321.

²³ *Ibidem*.

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ ISMAEL BUCICH ESCOBAR: *Buenos Aires, ciudad*, p. 145, Fd. Tor, Buenos Aires, 1936.

²⁶ *Ibidem*, p. 144.

²⁷ DANIEL GARCÍA MANSILLA: *Visto, oído y recordado*, p. 184, Ed. Kraft, Buenos Aires 1950.

²⁸ *Ibidem*, p. 185. v.

²⁹ V. LUCIO MANSILLA: *Los siete platos de arroz con leche*, en *Entre Nos*, p. 87, Ed. Hachette, Buenos Aires, 1963.

³⁰ FRAY MOCHO: *Obras completas*, p. 157, Ed. Schapire, Buenos Aires 1954.

³¹ ARCE, ob. cit., p. 236, t. I.

³² Cfr. RIVERO ASTENGO, ob. cit.

³³ BRAUN MENÉNDEZ, ob. cit., p. 319.

³⁴ GEORGE H. SABINE: *Historia de la teoría política*, p. 524, [FA]. Fondo de Cultura Económica, México, 1963.

³⁵ BAUMONT, ob. cit., p. 508 y ss.

³⁶ CÁRCANO: Sáenz Peña, ob. cit., p. 95.

³⁷ JULIO VELAR DE IRIGOYEN: *Bernardo de Irigoyen*, p. 31 y ss., Buenos Aires, 1957.

³⁸ RIVERO ASTENGO, ob. cit.

³⁹ FERNS, ob. cit., p. 428. En 1880 Inglaterra proporcionaba un 27,6% (le las importaciones argentinas; en 1886 el 37%; el 1980 el 40,6%).

LA CONTRARREVOLUCIÓN DEL 90 Y JUÁREZ CELMAN

Hombre muy próximo a Roca, pariente de él, identificado en apariencia con el ex presidente, Juárez Celman no era Roca, pese a todo. Representaba más bien un cambio, una suerte de retroceso con respecto a Roca, en una época en que los cambios no se operaban con un metro de décadas, sino de años o meses.

La potente ola inmigratoria que volcóse sobre el Litoral argentino después de Mitre, transformó rápidamente no sólo las condiciones de nuestra agricultura primitiva destinada al mercado interno, sino también el mapa racial, político, y psicológico de la Argentina. En el sur de las provincias de Santa Fe y Córdoba vendría a fijarse una frontera invisible: ese límite imaginario demarcaría lo que se ha llamado nuestra «pampa gringa», para distinguirla del interior criollo precapitalista, donde el sentido de la tradición nacional había encontrado su último refugio.

Roca era originario precisamente del norte argentino; nuestras guerras civiles lo habían forjado como un político militar directamente unido al pasado turbulento de un país que ya parecía muy viejo. Juárez Celman, en cambio, por su condición de civil y de cordobés asociado en cierto sentido a intereses semejantes a los de la pampa bonaerense —ya exportadora—, debía significar una transición hacia una política de tipo más oligárquico y más adaptada al capital extranjero. De ese hecho debían nutrirse las contradicciones y debilidades de su gobierno, presidido por la corriente ideológica del liberalismo revolucionario, pero pactando en la práctica con la oligarquía.

Distanciado rápidamente de Roca, apoyándose en la reciente «pampa gringa» (que era el aluvión ajeno al pasado, insensible a la política, consagrado únicamente a «hacer la América»), Juárez Celman sufrió la embriaguez de un período de prosperidad y especulación sin límites.

El imperialismo plantaba su puño de hierro en la vida argentina. Los bancos privados, generalmente en manos extranjeras, fueron autorizados a emitir dinero

con el sello de la nación, lo que determinó un empapelamiento escandaloso de todo el país, con la desvalorización monetaria consiguiente. La política de los empréstitos alcanzó un auge prodigioso; las llamadas «concesiones garantidas» empeñaron los recursos del pueblo argentino en manos de especuladores imperialistas.

La ideología nacionalista democrática de Roca, que representaba un nacionalismo posible, una forma de adaptación a la situación general del país y del mundo fue sustituida por un liberalismo económico ruinoso que debía resultar funesto para el futuro argentino. En esta política no sólo participaron Juárez Celman y su círculo sino también la poderosa oligarquía bonaerense y la burguesía comercial porteña que si lo detestaba políticamente como hombre del interior y pariente de Roca, veían en su política práctica la satisfacción de sus intereses inmediatos.

Durante el gobierno de Juárez se combinaron dos cosas de diferente naturaleza: si por un lado modernizaba la legislación argentina, introducía un espíritu avanzado en la educación (siguiendo en este camino a Roca), por el otro abría sin vacilar las puertas del país a la colonización extranjera. La falacia de la historia que se cree no ha vacilado en asimilar el espíritu de la generación progresista del 80 con la entrega al capital extranjero. La ideología nacionalista democrática de esa época, se identificaba con el cipayismo antinacional.

La influencia imperialista

El distanciamiento entre Juárez Celman y Roca fue, sin duda, estimulado por el círculo áulico que rodea a todo triunfador y que, pareciendo protegerlo, en realidad se protege y se beneficia a sí mismo; los favoritos de Juárez desempeñaron el papel clásico de los favoritos. Pero había en ese alejamiento, que la correspondencia íntima confirma, una base objetiva. Juárez adquiere una estancia en Arrecifes, en plena provincia de Buenos Aires, se asocia estrechamente a los intereses y a la sociedad porteña. Se trata de un símbolo conductor; pero eso mismo nos está diciendo que la fusión de los intereses del sur de Córdoba y de la oligarquía bonaerense –la verdadera oligarquía, la única– debía encontrar su reflejo en la política general de Juárez. Su gobierno no podía soslayar la transformación que sufría la infraestructura económica nacional; el país se inclinaba penosamente bajo el peso del capital extranjero y de la población de origen europeo. Una inagotable corriente de inversiones extranjeras representada por la Baring Brothers,

anegaba todos los recelos y recubría con una pátina dorada a la casta vacuna y sus abogados porteños. A la doctrina practicada por Roca, de que el estado debía propulsar, organizar y dirigir las grandes obras públicas y los sistemas de comunicaciones necesarios al desarrollo de la economía argentina, sucedió una política juarista (que en ese aspecto correspondía a las tendencias del capital extranjero) de enajenar las obras de propiedad estatal a consorcios imperialistas. La teoría de que el Estado es «mal administrador» (excepto cuando es el Estado inglés o el Estado francés) cobró enorme vuelo en esa época. Los terratenientes y comerciantes de la ciudad de Buenos Aires aprobaban complacidos esa política. En este terreno ya veremos cómo difería Roca de Juárez Celman.

La tentativa de vender las obras de salubridad había levantado un tempestuoso debate. Aunque Roca no se pronunciaba abiertamente durante el gobierno de Juárez Celman acerca de los problemas nacionales, para no interferir la gestión de aquél y debilitar el frente del interior, en una carta enviada en 1887 a Don Agustín de Vedia desde Europa, le decía:

Ese proyecto de venta de las Obras de Salubridad, ha sido también un proyecto desgraciado que se ha arrojado a los opositores, como buena presa para clavar su diente lleno de ponzoña. Yo aconsejé en contra, pero no me hicieron caso. La bulla y la resistencia que esta idea ha levantado hasta entre muchos amigos, en cuyo espíritu leo desde aquí, me prueba que yo tenía razón. Si a pesar de todo, el proyecto rechazado casi por unanimidad en forma de contrato se convierte en ley será una ley contraria a los intereses públicos en el sentir de la mayoría de la opinión de esa Capital tan esquilada por las compañías de gas y otros servicios. A estar en la teoría de que los gobiernos no saben administrar llegaríamos a la supresión de todo gobierno por inútil y deberíamos poner bandera de remate a la Aduana, al Correo, al Telégrafo, a los puertos, a las oficinas de renta, al Ejército, y a todo lo que constituye el ejercicio y deberes del poder¹.

Tal era la tajante posición que tenía frente al problema en cuestión el general Roca. De ahí el absurdo en que caen los «dilettantes» de nuestra historia política al atribuirle a Juárez Celman la culpa de la crisis mundial del 90 y a Roca las debilidades de Juárez Celman.

Con su habitual modo de expresarse, Roca reiterará poco después su pensamiento acerca de la explotación privada de las aguas de salubridad:

Si la rescisión del contrato se lleva a cabo, los habitantes de Buenos Aires podrán decir como una vieja de Córdoba que cada vez que bebía agua exclamaba:

¡Gracias a Dios que no tienes que pasar por las manos del pulpero!

Del mismo modo podremos decir nosotros, cada vez que hagamos uso del líquido elemento

¡Gracias a Dios que no pasas por las manos de una empresa particular!²

Las divergencias que separaban a estas dos figuras no eran únicamente producto de temperamentos opuestos, si no la refracción de un proceso histórico de extraordinaria intensidad: de 1880 a 1890 la vieja Argentina cedió del paso a una nueva. La penetración imperialista y el aluvión inmigratorio fueron los elementos más decisivos en este cambio. En una carta privada Juárez Celman expresaba: *seré el presidente de la inmigración*. Esa inmigración produjo fenómenos tan alarmantes en sus primeras etapas, que su más entusiasta propagandista, Sarmiento, ya en su ocaso se levantó a combatir sus efectos en la sociedad argentina. La intervención del sanjuanino en el debate iluminará con su prosa potente esa época de transición.

La crisis de la nacionalidad

Las grandes oleadas inmigratorias, muchas de ellas revistiendo un carácter golondrina, crean nuevos puntos de partida a los problemas nacionales. Gran parte del Litoral pierde su carácter criollo: los extranjeros sustituyen la mayoría de la población en la ciudad de Buenos Aires, son el 50% de sus habitantes; el 28% en Santa Fe y en la ciudad de Rosario, hasta ayer una aldea, alcanzan el 45% de su población. Estos hechos estadísticos significan que la mayor parte de los hombres de los centros urbanos argentinos carecerán de toda vinculación con las luchas que permitieron construir el

país, que impidieron a millones de argentinos poseer tierras, adoptar una profesión liberal, ser propietarios de chacras y enriquecerse. Por sobre todas las cosas determinará que el sector numéricamente más importante de nuestras ciudades se desinterese de la «política criolla» y del destino nacional. En esos años comienza a extenderse por nuestras pampas litorales el desprecio por el «negro», esto es, por el dueño del país. Los inmigrantes se agrupan en colonias, segregándose de la vida argentina. Conservan su idioma o dialecto de origen y lo transmiten a sus hijos argentinos; su preocupación cardinal es hacer dinero.

Ya hemos dicho que durante el gobierno de Juárez Celman los extranjeros comenzaban a ser la mayoría de la población económicamente activa. Púdose observar entonces que la vieja y candorosa propaganda de Sarmiento, de que los europeos vendrían a elevar nuestra cultura y civilizar nuestra pampa bárbara, no pasaba de ser una ficción conveniente a las empresas de colonización y a los autores de nuestra servidumbre colonial. Se vio, por el contrario, que mientras en nuestro país sólo los dos quintos de los argentinos eran analfabetos, la población inmigrante llegaba a tener dos tercios de hombres y mujeres sin saber leer y escribir³.

En la ciudad capital que siempre ejerció una hegemonía política, económica y cultural sobre el país, y en las provincias también de mayor significado en todos esos órdenes, y por el espacio de unos sesenta años, la población adulta era predominantemente extranjera o por lo menos igualaba a la argentina nativa. Si, por lo demás tenemos en cuenta que la población masculina adulta, lo que en realidad corresponde para medir la posible influencia extranjera en la actividad social en una época en que la mujer no se hallaba incorporada plenamente a todos los aspectos de la vida de la comunidad, estas proporciones se hacen todavía más elevadas: alrededor del 80% de extranjeros en la ciudad Capital y entre el 50 y 60% (según las épocas) en la región que señalamos más arriba.

A todo esto cabe agregar otro elemento, sobre el que no disponemos de datos para aquella época: la creciente proporción de habitantes nativos, pero hijos de familias extranjeras. No cabe ninguna duda de que por espacio de más de medio siglo, por lo menos en sus centros de mayor peso, la Argentina fue literalmente un país de inmigrados, de primera o de segunda generación.

Del mismo modo que Europa no venía para industrializarnos, sino para llevarse el trigo y las vacas e impedir nuestra industrialización, importaba asimismo la mano de obra compuesta de la barbarie europea, iletrada, sin oficio y generalmente dispuesta a hacer un viaje en redondo, después de levantar dos o tres cosechas frutuosas. Los agricultores que se radicaban definitivamente entre nosotros, generalmente de origen italiano, se constituían en «colonias» denominación que los ministros del gabinete romano estimaban como un signo de la expansión imperial de la península.

Aparecían en la Buenos Aires de ese tiempo numerosas publicaciones extranjeras que defendían estas tesis. El diario de Mitre, «La Nación» apoyaba como siempre estas tentativas disolventes del núcleo argentino tradicional. Alrededor de este tema se entabló una polémica en la que entró Sarmiento con toda su energía, último resplandor de su talento.

Qué influencia moral, industrial o política ejercerán estas razas –escribía el antiguo defensor de la inmigración indiscriminada– si todas ellas eran y son inferiores al tipo original americano? Pero los europeos que vienen a esta América nuestra, incluso españoles, portugueses o italianos, vienen creyendo que basta ser europeos para creerse que en materia de gobierno y de cultura nos traen algo muy notable, y van a influir en nuestra mejoría. Estamos en el medioevo ancora⁴

Sarmiento, tanto como Alberdi, habían predicado una inmigración colonizadora de procedencia anglosajona o nórdica. ¡Pero no vinieron los vikingos, sino los piemonteses! Las «razas de primera categoría» enviaron un núcleo de gerentes a vivir en Olivos. Para mano de obra remitieron meridionales. Si este fracaso no atenuó la anglofilia de Sarmiento, estimuló por cierto sus reaccionario antiitalianismo y antiespañolismo.

Cuando el gran escritor Edmundo De Amicis visita la Argentina en 1884, encuentra en ella una sorpresa que halaga su orgullo nacional. Visita algunas colonias agrícolas santafesinas: se lo recibe con grandes banderas italianas. Todos hablan piemontés, hasta los alemanes, los ingleses y los franceses, que residiendo en Santa fe negocian con la colonia piemontesa, deben aprender el dialecto. El único idioma que se ignora es el castellano:

Mil recuerdos inundan mi alma –refiere De Amicis– sumergiéndola en una corriente de amor y poesía. Me encontraba en

mi patria, vivía en una ciudad de Piamonte y estaba a 2.000 leguas de Italia. Algunos colonos que habían desembarcado en la República Argentina hambrientos e ignorantes, se habían transformados en hombres civilizados, con cierto baño de política y gusto literario, y llegado a ser lo que se llama hombres de peso. En todos, por otra parte, aun en los colonos más toscos, encontré la viva conciencia de la patria: un nuevo sentido de orgullo italiano⁵

Cosa sorprendente, De Amicis observa que los inmigrantes han salido de la patria desnudos y bárbaros, encontrando aquí instrucción y un nivel superior de vida, conservaban

una tendencia a olvidar defectos y miserias de que se dolían en Italia, para censurar las mismas cosas del país donde se encontraban, citando como modelo su tierra natal». Pero sus mujeres «tenían sin embargo cierto sentido de las proporciones ‘– trigo, plata; plata, trigo –decía una– y no se hablaba de otra cosa: ¡Que Dios me perdone! ¡Cómo acabarán estos países! ¡Da horror pensarlo!⁶

Dos décadas más tarde, el propio De Amicis, penetrado de la idea muy corriente en Italia de la italianización definitiva de la Argentina, pronunciaba un brindis en Turín, ante el cónsul argentino:

¡Brindo por la bandera azul y blanca que desde los bosques tropicales hasta los volcanes de Tierra del Fuego representa la fuerza victoriosa del espíritu del hombre italiano!⁷

La restauración nacionalista

En su obra «La Restauración Nacionalista», Ricardo Rojas, antes de ser amansado por la familia Mitre, planteaba con gran claridad estos mismos problemas. Citaba al respecto palabras del profesor Nitti, economista napolitano:

Si sabemos osar, la lengua y el nombre de Italia, dentro de algunos años, se difundirán en un continente inmenso donde el

*porvenir nos pertenece y encontraremos allí esa riqueza y ese poder que vanamente habíamos buscado en otra parte*⁸.

A su vez, el profesor René Gonnard testimoniaba cuán difundida era esa opinión en los círculos europeos cultos de fin de siglo. Decía Gonnard:

En tanto que colonia sin bandera, Argentina es para Italia la mejor colonia que pudiera ambicionar ... Italia puede legítimamente, si esta inmigración continúa, entrever el día en que sobre las tierras casi desérticas de la Argentina, una nacionalidad se constituirá en la cual el elemento italiano podrá dar su 'dominante' tipo étnico.

Y agregaba:

*Los italianos de la Argentina pueden aspirar a devenir el elemento preponderante en la Argentina, al menos en ciertas provincias, y a obtener para la lengua del Dante, en la América del Sur, un lugar oficial al lado de la lengua de Cervantes*⁹.

En efecto, en la provincia de Santa Fe había en 1887, 3.293 extranjeros propietarios y sólo 723 argentinos. El gobierno italiano apoyaba las tentativas de colonias en nuestro país para sostener sus propias escuelas, donde la enseñanza del castellano era desconocida, del mismo modo que la historia nacional y su geografía.

En nombre de una comisión de reformas, educativas, don Víctor M. Molina decía en un memorial a Wilde, ministro de Instrucción Pública de Roca:

Como VE. se impondrá por las actas, todos los miembros de la Comisión se pronunciaron unánimemente por la introducción de la historia patria en el plan de maestros primarios. Es evidente la conveniencia de que la enseñanza revista un carácter nacional, nuestro país posee dentro de sí un gran número de extranjeros que tratan de perpetuar sus tradiciones y hasta su credo político entre

*sus hijos, con peligro para nuestras instituciones y para el elemento nativo, que perdería poco a poco su espíritu de nacionalidad y vivirá en un medio cosmopolita olvidando lo que corresponde a su suelo y a su agrupación política. La Nación tiene el derecho y el deber de conservarse por el amor de sus hijos y de preservar sus instituciones de las degeneraciones que las corrientes inmigratorias podrían imponerle*¹⁰.

No se trataba solamente de las escuelas italianas; en 1909, 20 años después de la época de Juárez Celman, Ricardo Rojas se refería en su libro citado a las escuelas sostenidas por las congregaciones religiosas internacionales; a las escuelas dependientes de colonias extranjeras, con maestros extranjeros, subvencionadas por parlamentos y por monarcas de Europa; a las escuelas particulares con fines de lucro, frecuentemente por irresponsables; a las escuelas judías algunas dependientes de la Jewish Colonization Association, cuyos programas estaban completamente al margen de la vida, la historia, las costumbres y la geografía argentinas.

De esta manera, según Rojas, la

escuela privada ha sido en nuestro país uno de los factores activos de disolución nacional.

El mismo autor opinaba que

*en realidad no hacían en sus escuelas los judíos con lengua y su religión antiargentina, sino lo que hacen en las suyas, con su idioma y su imperialismo antiargentino, también los italianos, los ingleses, los alemanes...*¹¹

Diez años más tarde José Ingenieros respondía a una encuesta de la revista judía «Vida nuestra» en los siguientes términos:

*Tengo la creencia de que los descendientes de judíos serán cada vez más argentinos que sus padres. Eso me obliga a creer que su interés por nuestra patria común los inducirá en el porvenir a preocuparse de los problemas políticos y sociales que interesan a la felicidad de todos los argentinos*¹².

También aludía Rojas a la influencia francesa, cuya colectividad no necesitaba mantener escuelas propias, porque los gobernantes argentinos eran tan afrancesados que llegaban a

adoptar los manuales de historia escritos en Francia para sus escuelas primarias, convirtiéndose en una colonia intelectual de aquella.

Al referirse a este tipo de escuela católica para los niños ricos de nuestra oligarquía, dirigida generalmente por monjas extranjeras, Rojas señalaba que

suelen ser escuelas coloniales o imperialistas, que atacan nuestra personalidad sobre todo en los elementos primordiales de su idioma y de su carácter; o bien escuelas de viso mundano y pseudo religiosos, que ciegan las fuentes de las viejas virtudes republicanas¹³.

En la misma obra, que no volvió a reeditarse Rojas escribe:

No nos suicidemos en el principio europeo de la libertad de enseñanza. Para restaurar el espíritu nacional, en medio de esta sociedad donde se ahoga, salvemos la escuela argentina, ante el clero exótico, ante el libro también exótico y ante la prensa que refleja nuestra vida exótica sin conducirla, pues el criterio con que los propios periódicos se realizan, carece aquí también de espíritu nacional. Pedomina en ellos el propósito de granjería y cosmopolitismo. Lo que fue sacerdocio y tribuna, es hoy empresa y pregón de la merca. Ponen un cuidado excesivo en el mantenimiento de la paz exterior y del orden interno, aún a costa de los principios más altos para salvar los dividendos de capitalistas británicos y evitar la censura quimérica de una Europa que nos ignora.

Rojas daría estos ejemplos en 1909 cuando el país forcejeaba en el crisol. Cabe imaginar el caos del choque inicial de 1886. Dicho problema confirió a la presidencia de Juárez Celman un carácter explosivo.

Cuando en 1888 Jacobo Peuser y Joaquín Crespo en nombre de un grupo de extranjeros, presentaron al congreso un proyecto por el cual se otorgaría a todos los inmigrantes la ciudadanía automática, Sarmiento y muchos otros viejos argentinos salieron a combatir la peligrosa idea. La aprobación de un proyecto semejante habría puesto en manos de extranjeros los destinos políticos de un país por el cual no habían luchado y a cuya formación histórica eran ajenos.

Todos estos elementos étnicos y económicos señalaban, no sólo el nacimiento de nuestra «pampa gringa» y del cosmopolitismo que habrían de imprimir a Buenos Aires su sello característico, sino también la iniciación de una lucha tenaz entre el viejo y el nuevo grupo humano que se enfrentaban en la Argentina. Recién en nuestros días, y por razones que más adelante explicaremos, empieza a adivinarse el desenlace.

Al frente del gobierno, Juárez Celman debió sufrir todos los temblores y vacilaciones originadas en estos movimientos sísmicos de la estructura social. En próximos capítulos estudiaremos cómo los hijos de la marea inmigratoria entrarían a formar parte de las clases estables y de los nuevos partidos políticos. Su incorporación definitiva a la vida argentina, la modificará sin ahogar su índole nativa; los iletrados conquistadores, que parecen dominar por un momento la escena, serán finalmente conquistados por el viejo país. La economía industrial será el fundamento moderno de esa irresistible argentinización.

La gran ilusión

Arquitectos italianos o franceses construían palacetes en el Barrio Norte. Los saladeristas de antiguo y nuevo cuño se ennoblecían adquiriendo en Europa cuanto podía comprarse con dinero. Las antiguas residencias de origen colonial, situadas en los barrios del Sur eran abandonadas y se transformaban en inquilinatos siniestros, donde los inmigrantes se hacinaban a la espera de la fortuna o la desgracia¹⁴. La sociedad criolla miraba con asombro a los «leones» y «dandys» abrigarse en los inviernos con una deslumbrante «pelisse», tan adecuada a nuestro clima como los techos a dos aguas que exhibían orgullosamente los nuevos chalets de pizarra o tejas. Los mayores bigotudos y compadritos de los tranvías a caballo hacían sonar su corneta de asta al llegar a las esquinas¹⁵. En las nuevas casas señoriales se instalaban salas de esgrima, los jóvenes elegidos se entrenaban en la pedana, con maestros franceses alquilados a cuerpo de rey. En Francia se dejaba ya de llamar a los sudamericanos los de «pays chauds»: aparecía la palabra «rastaquoueres»¹⁶.

Fabián Gómez y Anchorena, sobrino de Nicolás Anchorena derrochaba los cien millones de su herencia en una vida de bacanales que dura veinte años. Es el espejo de la oligarquía: en París vive en un palacio que fue de la condesa de Montijo; mantiene bailarinas y príncipes otomanos en desgracia, firma un cheque en blanco para financiar el ascenso al trono de España de Alfonso XII, es nombrado conde del Castaño; pasea en un yate que sus amigos llaman «la orgía flotante» y sus amigas «el paraíso marítimo»; regala diademas de brillantes a gitanas, compra en Europa un chalet desmontable que instala en la terraza de Esmeralda y Arenales; se emborracha con el príncipe de Orange y sale de juerga con el rey de España que lo llama ‘chico’. En un banquete que ofrece a sus amigos en París, Anchorena prepara un postre colosal: colocado el pastel enorme en medio de la mesa irrumpe de su interior una célebre ‘cocotte’, Coral Perl, totalmente desnuda, aunque cubierta con un collar de perlas de ocho hilos «que le bajaba desde el cuello hasta el ombligo»¹⁷.

Causaba sensación en Buenos Aires un nuevo gran diario «Sudamérica», políticamente guiado por Carlos Pellegrini, Delfín Gallo, Roque Sáenz Peña. En su parte literaria lo dirigían Lucio V. López y Paul Groussac¹⁸. Era un diario sábana, lanzado para preparar la candidatura presidencial de Juárez Celman. En sus páginas comenzó la publicación en folletín de «La gran aldea», la novela de Lucio López que retrataba irónicamente la estrechez del partido mitrista y la burguesía porteña. Esta novela política no ha sido bien entendida por la posteridad; los críticos han soslayado, como siempre, sus explícito significado. La «clave» de la novela es transparente y por ella desfilan en toda su mediocridad los Mitre, los Elizalde, los Vélez, los Goyena. La literatura argentina engendraba así sus mejores hijos en las luchas políticas. «Don Quijote» bromeaba:

*en Córdoba con afán
han proclamado a Celman
y a Don Bernardo en San Luis
y a Pellegrini en París* ¹⁹

Los negocios adquirirían en medio de las disputas un auge asombroso. El rematador Bullrich vendía ovejas a \$80 cada una. La disipación, la especulación y el juego acompañaban a la prosperidad. En el Circo Rafetto se aceptaban apuestas por un valor de \$50.000 en torneos de lucha romana²⁰. Los caballeros de gustos más vernáculos que no habían arrojado todavía las botas de la vieja estancia y se reían de los «franchutes» seguían apostando en las

riñas de gallos. Sarmiento atacaba al joven presidente oriundo de Córdoba con su habitual violencia:

Gavier, gobernador de Córdoba, en reemplazo de Juárez Celman se hizo reformar la constitución durante su gobierno para hacerse senador.. Gavier es casado con la prima hermana de Juárez... Marcos Juárez acusado por la prensa con la firma del acusador de mala conducta en la administración, de enormes multas arbitrarias, impuestas por él en «Bell Ville», dónde era Bajá, lejos de responder al cargo, como lo debe todo funcionario público fue nombrado Jefe de Policía de Córdoba, y bajo su imperio se persiguió a los opositores de la candidatura Juárez Celman, su hermano... No más cuñados, concuñados y sobrinos hasta la cuarta generación²¹.

La prensa roquista llamará al sanjuanino «el general Facundo». Se dibuja la figura de Roca con la siguiente leyenda:

El general Roca de matrona recién librada, llevando en sus brazos a su bebé Juárez Celman, nacido con más dientes que una sierra²².

Al nuevo presidente se lo apoda Celemín, después de su primer bautizo como beduino.

Un periódico porteño informaba:

En Salta se han descubierto embutido de burro. Sin embargo no se ha notado la desaparición de ningún juarista²³.

Se le atribuía a Juárez una especie de dependencia del roquismo y las personas del vice Pellegrini y del general Racedo eran señaladas como adversarios potenciales del nuevo mandatario:

*Con Pellegrini y Racedo
Celemín no estará a gusto:*

*Pues le darán cada susto
Que le harán cantar el credo²⁴.*

Desde el diario «Sudamérica», Lucio V. López se burlaba, en su folletín literario, del derrotado partido mitrista, que debía soportar un cuarto presidente provinciano:

¿Qué sería de nosotros –decía un personaje de La Gran Aldea–, señores, el primer partido de la República, el partido que derrotó a Rosas, que abatió a Urquiza, el partido de Cepeda, esa Platea argentina, en que el jerjes entrerriano fue vencido por los Alcibíades y los Temístocles porteños, si entregáramos a las muchedumbres el voto popular? Nosotros somos la clase patricia de este pueblo; nosotros representarnos el buen sentido, la experiencia, la fortuna, la gente decente, en una palabra. Fuera de nosotros, es la canalla, la plebe, quien impera Seamos nosotros la cabeza, que el pueblo sea nuestro brazo²⁵.

Si los porteños liberales respiraban todavía el odio hacia el interior, sobreviviente desde el 80, el poderoso partido católico consideraba a Juárez Celman como la encarnación del liberalismo más intolerable. Al principio, sin embargo, la Capital pareció olvidar por un momento las rencillas de partido. Un agradable sentimiento de bienestar invadía a las clases principales de la República. El motor del progreso marchaba con toda su arrogancia. En 1887 habitaban el municipio porteño 433.375 almas. Se inauguraban obras monumentales como el Palacio de las Obras de Salubridad, al Departamento Central de Policía; se iniciaban las obras para el Teatro Colón y el Palacio del Congreso. El puerto inauguraba sus primeras secciones y los grandes transatlánticos, amarrados en el muelle, deslumbraban a la ciudad²⁶.

La Perla del Sud convertida en un vasto astillero, en un inmenso taller, mostraba sus entrañas socavadas por las costosas obras del puerto, por las cloacas, avenidas, parques, líneas férreas, edificios públicos y privados en construcción. Se caminaba entre escombros y surgían de las ruinas aparentes palacios y monumentos, estaciones colosales, obras hidráulicas, hospitales higiénicos, escuelas modelos²⁷.

Juárez Celman habilitaba el Puerto de Rosario y el de La Plata, organizaba el primer censo agropecuario, dictaba la Ley de Matrimonio Civil para toda la República (hasta entonces sólo regía en Córdoba), establecía la vigencia del Código de Comercio y construía más de 3.000 kilómetros de vías férreas.²⁸ Más aún, Juárez declaraba que el país exigía para su crecimiento 20.000 kilómetros de líneas ferroviarias, cifra que la oposición juzgó propia de un insensato. No se concebía nada pequeño: el orgullo nacional estaba en alza, como lo estaría más tarde el oro. Cenando en París, hacía poco, luego del Derby de Chantilly, Pellegrini y Miguel Cané idearon la fundación del Jockey Club en Buenos Aires, para el fomento de la raza caballar²⁹.

La generación del 80 se aburguesó rápidamente. Con la riqueza llegó el afán de un refinamiento que sólo Europa podía exigir. La avenida de Mayo creada por Don Torcuato era un eco platense del Boulevard des Italiens. Con la Exposición Universal de 1889 llegaría la hora del horrendo «art nouveau». Del stand argentino de París, saltaría el océano esta novedad y, en Buenos Aires, comenzarían a construirse palacetes con acero, ladrillos, mosaicos y vidrios de color³⁰.

En el interior, el progreso se manifestaba con igual intensidad; pero las costumbres variaban menos y las «novedades» se abrían paso lentamente. La tradición provinciana, siempre recelosa de las modas y extravíos, filtraba con desconfianza los nuevos placeres y rarezas de ultramar. En Buenos Aires, en cambio, los provincianos se aporteñaban. A la expansión ganadera, que los frigoríficos transformarían en su caudal de oro al parecer inextinguible, se añadía el crecimiento de la economía agrícola: tan sólo Córdoba sembraba 50.000 hectáreas de trigo, 80.000 de maíz y 80.000 de alfalfa. Se mestizaba por fin el ganado. La conquista del Desierto ofrecía sus frutos. En el sur ya había 47.000 vacunos, 1.670.000 ovinos (La Pampa). En Río Negro, a su vez, ya se contaban 77.000 vacunos y 300.000 ovinos³¹. Ya en 1888 Santa Fe cultivaba 400.000 hectáreas de trigo, mientras que la provincia de Buenos Aire sólo alcanzaba las 250.000.

En el Arsenal de Guerra funcionaban tres hornos de hierro de 10 toneladas de capacidad cada uno, instalados en el taller de fundición. Rafael Hernández, hermano de Martín Fierro, predicaba la industrialización. En su folleto «En barro inglés diez millones», sostenía que podía fabricarse cemento en la Argentina, lo mismo que mosaicos y baldosas.

Los diez millones de pesos que se van a invertir en la compra de caños ingleses para desagües, podrían emplearse en la fundación de cien colonias en el desierto³².

Había en Italia en 1888, 100.000 pasajes de inmigrantes reservados hasta el 31 de diciembre. Los agentes de vapores debieron fletar barcos de otras compañías para afrontar la demanda. El rematador Godoy, de Buenos Aires, anunciaba para un solo día 49 remates de propiedades. Comenzaba la especulación sin freno de terrenos y casas. Alojada en el «Hotel del Globo», Sarah Bernhardt se preparaba aparatosamente para actuar en el Politeama. La «divina» atraía la atracción de los nuevos ricos, de los escritores-políticos y de los ministros. Pellegrini le obsequiaba un cachorro de puma ¡era la Grande Argentina! ¡El tehuelche era una sombra! Namuncurá un cacique amansado, cobraba todos los meses su sueldo de coronel mientras Roca se hacía banquetear en Londres por la Baring Brothers. Se habían terminado las revoluciones y las proclamas.

Nadie se inquietaba mucho por lo demás, en medio del éxtasis por la huelga de panaderos La Sociedad Cosmopolita de Obreros Panaderos reclamaba un aumento del 30% en sus salarios, un kilo de pan diario y el derecho de los obreros a comer fuera del lugar de trabajo. Sus reuniones fueron prohibidas por la policía de Barracas al Sur (hoy Avellaneda). Al intentar cruzar el Riachuelo, la policía de la comisaría 19a los detuvo «en masa». Finalmente los patrones se avinieron a firmar un acuerdo que satisfacía las aspiraciones obreras³³. Al mismo tiempo estalla un conflicto sumamente enojoso para los hogares de la gente decente. Una ordenanza aprobada por el Concejo Deliberante en 1887, establecía una libreta de conchabo para el servicio doméstico, que virtualmente entregaba el destino de este explotado gremio en manos de sus patrones. En efecto, en dicha libreta, al abandonar su servicio el interesado, su patrón debía consignar el concepto que le merecía dicha persona, la que a su vez no podría encontrar empleo sin presentar su libreta. Era una verdadera trampa. Convalidaba un régimen de esclavitud, legalizando todo género de abusos. Los cocheros, incluidos en la categoría del servicio doméstico, junto con las sirvientas, mucamos, mozos y cocineros, se lanzan en solidaridad a la huelga. Mar del Plata, que comenzaba a ponerse de moda en los veranos, se paraliza. Buenos Aires está consternada. Muchos domésticos prefieren emigrar a Montevideo. Las «parditas», se dirigen a Río de Janeiro: se acaba de abolir la esclavitud en Brasil, ¡Y la Argentina se dispone en cierto modo a reimplantarla! El ministro Wilde escribe al presidente:

*Los caballos están de parabienes y algunos patrones también...
Hay patrones que no quedarían bien parados, si sus sirvientas les
firmaran una libreta. La reciproca sería de toda justicia³⁴.*

El movimiento obrero, o más bien artesanal, comienza a despertar, al mismo tiempo que la industria se desarrolla y se amplían las redes ferroviarias. La crisis

financiera que asume su fase más aguda en la revolución del 90, se manifiesta en la pérdida del valor adquisitivo de la moneda. Como los únicos que no participan en la especulación en Buenos Aires son los trabajadores, sobre ellos recae el peso de la inflación.

Los ferroviarios de los talleres de Sola del Ferrocarril Sur van a la huelga, ante el asombro de los gerentes ingleses, exigiendo el pago de los salarios en moneda oro³⁵. Un peón ganaba \$1,24 por día; carpinteros, herreros, tapiceros \$2,68 y \$2,88 diarios, encargados de cuadrillas \$3 diarios³⁶.

El país cambia rápidamente. Los últimos gauchos vagan asombrados entre las orillas de las ciudades cosmopolitas. Su cantor genial también es un extraño y se dispone a partir sin regreso: José Hernández agoniza en brazos de su hermano Rafael en su quinta de Belgrano. Un diario informa: «Ha muerto ayer el Senador Martín Fierro». Su antiguo enemigo, el viejo Sarmiento, vive sus últimos días en Asunción del Paraguay. El Chacho, que separó a ambos luchadores en aquellos días trágicos, es un lejano espectro. Cuando Sarmiento muere, y la columna de duelo rodea la estación del ferrocarril, ahí está, sin poder entrar en la ciudad por la muchedumbre, un gaucho vencido, amigo de José Hernández: el general Ricardo López Jordán, indultado por Juárez Celman, veía marchar hacia la tumba al loco Sarmiento, que quince años antes había puesto precio a su cabeza³⁷.

Las calles principales estaban iluminadas a gas; en los cupés, landós o victorias, guiados por cocheros de librea y chistera, pasaban damas agobiadas de diamantes. Pedían sus modelos a París por telégrafo, para asistir a una función de gala en el Colón donde cantara la Patti. La Argentina criolla se desvanecía como un sueño en los ojos del viejo montonero de Entre Ríos. Ensimismado en sus recuerdos heroicos marcharía esa tarde de 1889, por la calle Esmeralda, cuando un disparo de revólver lo concluyó todo. El asesino era un joven, Aurelio Casas. La prensa distrae un momento su atención de la carrera del oro y evoca como una curiosidad la figura del jefe entrerriano. La familia Urquiza obsequia a la esposa del asesino \$35.000, curioso regalo que explica por sí mismo los móviles del atentado.

Ante la tumba de Sarmiento, habla Paul Groussac con su amargo estilo:

Sus importadas veleidades de pedagogo a voleo no dieron fruto, sino en proporción mínima, y merced al cultivo de su ministro y sucesor. Cuadraba a su impaciencia creer, más que en la siembra humilde, en el injerto por corteza, sobre todo en el trasplante teatral.

Poco o nada subsiste hoy de aquellas cargas de caballería contra la indolencia criolla, de esos institutos mineros o agronómicos, de las bibliotecas que iban consignadas a comisarios analfabetos, de toda aquella dictadura escolar. ¿Arriesgaré la paradoja ? Entre tantos procedimientos yanquis, entre tanto instrumento educativo y civilizador como introdujera en su patria el orador de Indianápolis y émulo de Horacio Mann, se me ocurre que el más certero y eficaz contra la barbarie montonera haya sido el rémington³⁸.

Y así el despectivo emigrado, desgajado de Francia sin lograr arraigo entre nosotros, irritado perpetuo contra el destino que lo fijaba al país bárbaro, enterraba a Sarmiento y oficializaba la injuria oligárquica contra el gauchaje.

En sus cuatro años de gobierno, Juárez Celman ve pasar al país de una euforia creciente a la crisis más profunda. Se la llamará luego «crisis de progreso» por los adictos y «crisis de corrupción», por sus adversarios. Ni a unos ni a otros, ni siquiera a los investigadores marxistas que como Sommi estudiaron medio siglo más tarde el problema, se les ocurrió quizás indagar en el panorama mundial de la época. Pues los fenómenos críticos del 90 eran la incidencia local de otra de las crisis cíclicas del capitalismo europeo. En 1888 estaban a la vista todos los fenómenos de la enfermedad. En la matrícula de comercio se inscribían 134 sociedades anónimas, con un capital total de más de 500 millones de pesos papel. Las transacciones ascendían en la Bolsa de Comercio a más de 1.500 millones de pesos mensuales.

Los diarios publicaban páginas enteras de remates de tierras: esa era la lectura predilecta, casi exclusiva, del público^{38 bis}.

Insinuantes banqueros británicos recogían capitales del ahorrista francés en París, al 3%, para colocarlos con varios puntos de ganancias en ferrocarriles, ganados y campos argentinos³⁹. En los hipódromos de Palermo y de Belgrano, el Club de Armas, el Jockey Club y el Club del Progreso, y hasta en las casas de la aristocracia más indiferente, se jugaba a la Bolsa, con un frenesí antes desconocido.

Al año siguiente, Juárez Celman informaba al congreso que no solamente la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, sino también la de Rosario se habían convertido en los focos de la especulación.

Se retornaba a un nuevo descubrimiento de Buenos Aires; los descubridores ya no eran el enclenque Don Pedro de Mendoza y su grupo de infanzones tronados: pero venían, como aquéllos, a recoger el oro a paladas: eran los hombres de capital, de empresa o de lance de todas partes atraídos por los cálculos que no por ser exactos, para el futuro, dejaban de ser fantásticos en el presente: ¡la hectárea de tierra valía menos de la mitad del fruto anual que produciría! Emisarios de la banca europea cruzaban el país ofreciendo empréstitos a los gobiernos de provincia y hasta a las municipalidades de lugares apartados. Se habían creado más de cincuenta bancos que difundían las embriagueces del crédito en los últimos reductos de la modestia provinciana!^{39 bis}.

Empezaron a brotar los escándalos, como la espuma sucia de los naufragios. Un pillito ligur llamado Carlo Lanza, se apoderó, mediante engaños, de los ahorros de miles de inmigrantes italianos, diciéndose banquero, hasta que huyó con los caudales. La opinión porteña no era piadosa, sino muy «antigringa», y circulaba la burla:

*Garibaldi ti ha salvato,
Carlo Lanza ti ha fregato*⁴⁰

En el mes de junio de 1889 llegaban a Europa, de retorno del Río de la Plata, vapores ingleses cargando fuertes partidas de oro, entre 100 y 150 libras esterlinas cada nave⁴¹. No sólo emigraba el oro de la Argentina próspera

*Los inmigrantes se van en bandadas ante la suba del oro, y los jueces de comercio no dan abasto para entender en todos los juicios de quiebra. Las Obras de Salubridad destruyen calles y calzadas: barro en todos partes: en los pies y en las cabezas, decía una hoja opositora*⁴²

Todavía en 1888, y a pesar de los rumores subterráneos que anunciaban un sismo, el Gobernador de Córdoba informaba en un mensaje que el Banco de su provincia había distribuido entre sus accionistas para el ejercicio de 1887 un dividendo líquido del 28%. Ese mismo año se instalaba la primera fábrica de papel a

orillas del Riachuelo⁴³. Ante las críticas aireadas de las viejas familias que vivían en la calle Florida, con sus casas solariegas de planta baja, se construía un monstruo arquitectónico a la manera de las grandes tiendas francesas, llamado el «Bon Marché». Pero ya en 1889 la crisis está en las calles porteñas y en todas las bocas. Las dificultades financieras del gobierno, la irresponsabilidad de los protegidos, la impasibilidad de Juárez, persuadido de que todo iba bien y sólo se trataba de las eternas calumnias mitristas, las inverosímiles concesiones ferroviarias aprobadas sin el menor control, los Bancos garantidos y las emisiones sin freno culminan con el ofrecimiento a Europa de 24.000 leguas de tierra. El vicepresidente Pellegrini escribe a su hermano:

La venta de 24.000 leguas en Europa sería una calamidad que nos costaría la vida. Sería crear una Irlanda en medio de la República y sacrificar el porvenir de la Nación por las dificultades del momento⁴⁴.

La doctrina spenceriana abiertamente proclamada por Juárez Celman convenía a la política imperialista; pero conduce a la ruina al país indefenso. «El Estado es mal administrador» sería la fórmula, contrariada por los hechos y la rapiña de la empresa privada extranjera.

Se multiplican los restaurantes, bazares, joyerías y mueblerías de lujo. A los teatros vienen tres compañías líricas con los artistas más famosos de la tierra; la música italiana, generosa y heroica, los vinos franceses y los cigarros de La Habana, dan entusiasmo, alegría y aroma a la opulencia. Se suceden los festines y recepciones pomposos. Los hábitos y los jugosos gustos criollos son desplazados, por lo exótico y amanerado... Y es de admirar que en aquella Babel se conservara intacto y luminoso, como lámpara del templo, el espíritu argentino; tanto era el poder de la tierra, tan hondas las raíces de la vieja familia española sedimentada sobre la virtud de las mujeres y el honor de los hombres, en los callados siglos de la colonia; y tan sabia la estructura de la patria, concebida por la fe y el amor de nuestros mayores para asimilar a todos los fuertes y audaces del mundo que vinieron a buscar un destino mejor; es un actor quien habla y en esta idealización del pasado se combinan la melancolía, el candor y la fe en virtudes atávicas. Balestra nos dice que el espíritu argentino permaneció intacto entre los que no especulaban, que eran el pueblo anónimo⁴⁵. Pero mientras sopla el ciclón, Juárez desmantela su propia nave.

Ha querido ser no sólo el Presidente, sino también el Jefe del Partido Autonomista Nacional. Ha querido desplazar al general Roca de esa situación, y al parecer lo ha logrado. Una nube de adulones lo rodea, y hasta antiguos adversarios son acogidos ahora en el círculo áulico. La burguesía comercial mitrista participa de la disipación general; la oligarquía ganadera juega a la bolsa sus estancias y tierras; mucha de esa especulación es «pura tiza», pues se juega a las diferencias del día. Gran parte de los especuladores, estancieros, comerciantes, comisionistas, jefes de empresa, son extranjeros recién llegados y ya incorporados a la general demencia. Juegan a la Bolsa sacerdotes, artesanos, generales, periodistas, damas de alto coturno, apellidos linajudos mezclados con los de impreciso origen cosmopolita. Dos años han bastado para que la aldea se transformase en París.

Al convertirse la crisis económica en crisis política, Juárez advierte que está solo. Roca, desde lejos, resentido por la infidelidad de su concuñado, maniobra para retomar el control del partido y debilitar al Uicato, como se llama a la fusión de Presidente y jefe político inaugurada por Juárez. En su reducto de Córdoba, el Presidente cuenta con un aliado poderoso: su hermano, original caudillo Marcos Juárez, que ha establecido sus cuarteles generales en el Club principesco de la calle Rivera Indarte 55. «El panal» (es el nombre del club), reproduce la suntuosidad de esas horas. Desaparecerá con la revolución del 90 y con el jefe que lo anima. Marcos Juárez era uno de los últimos caudillos de Córdoba, digno de su época, millonario y desdeñoso de Buenos Aires y Europa, agasajará a Carlos de Borbón, le enseñará a jugar a la taba, le obsequiará una de oro y le dirá: «Che rey, te toca a vos». Muy antirroquista y antiporteño, renunció a la gobernación después del 90, diciendo a sus íntimos: «Mañana tiro el palo»...⁴⁶

Alarmado, en vísperas de la revolución, Juárez Celman señala al congreso:

*El juego y las ganancias fáciles suprimen el trabajo; el contagio se extiende: en Rosario ya tienen Bolsa también y se juega por decenas de millones Se anuncian nuevas Bolsas en Córdoba y otras provincias: la Administración no encuentra hombres preparados para determinados empleos, porque en la Bolsa, corredores y clientes ganan más y con más facilidad*⁴⁷.

Cuando el oro llega a \$310, la gran ilusión es reemplazada por el pánico.

El 90 en Europa y en Estados Unidos

A partir de 1880 se advierte la aparición de fenómenos nuevos en la economía mundial. Los «carteles», los «holdings», los «trusts» comienzan a dominar la vida económica del capitalismo. Los estrechos cuadros nacionales resultan sobrepasados por la expansión de estos colosos, la especulación trasciende ya la frontera interior de los Estados y abraza los más vastos teatros del globo. El fraude, la expoliación y la rapiña del gran capital están al orden del día. El célebre Comptoir d'Escompte de París, al que ya hemos aludido cuando ofrecía empréstitos Buenos Aires, maravillando a los aldeanos con sus abalorios, se hunde fraudulentamente en Francia, en 1889, arrastrando consigo millares de accionistas. Habían intentado realizar una operación especulativa con la Societé des Metaux, destinada a monopolizar la producción mundial de cobre⁴⁸.

Ese mismo año estalla el escándalo del Canal de Panamá. Lesseps, constructor de canal de Suez y Eiffel, ingeniero de la famosa torre, son encarcelados. Su compañía quiebra, después de gastar 1.274 millones de francos. Había sucumbido centenares de obreros por la fiebre amarilla. Se compraron sin éxito numerosos diputados del Parlamento francés para obtener un apoyo del Estado⁴⁹. El imperialismo europeo irrumpía a través del barro y la sangre. En Inglaterra se producen idénticos terremotos financieros. La Banca Baring, de antiguo vinculada a la Argentina por grandes estafas, va a la quiebra⁵⁰. Para salvarla, corren en su ayuda el Banco de Inglaterra, el Banco de Francia y el Banco Nacional de Rusia⁵¹. El Banco de Inglaterra sube el descuento al 6%. Los usureros exigen a los bancos y al Estado argentino, el pago inmediato en oro, factores que unidos al proceso especulativo en curso en la Argentina, desencadena la crisis en nuestro país. Los ingleses atribuirán luego al despilfarro argentino la quiebra del Baring, en lo que coinciden algunos historiadores europeos tan cínicos como los imperios que sirven⁵². La crisis del 90 se propaga del mismo modo y por las mismas causas en Italia: quiebra la Banca Romana y los dos mayores institutos de emisión: la Societé Generale di Credito Mobiliare y la Banca Generale, íntimamente vinculados a Francia.

Los capitalistas franceses exigían la restitución de sus préstamos; un inmenso reflujo vació los bancos italianos, frecuentemente obligados a suspender sus operaciones⁵³.

La crisis se expandió por toda Europa. Grecia, Serbia y Rumania no podían hacer frente a sus deudores. Portugal fue a la bancarrota en 1893, el año más

agudo de la crisis y anuló los dos tercios de su deuda⁵⁴. En Estados Unidos una turbia marea de especulación y fraude había acompañado las grandes construcciones ferroviarias del período precedente. Quiebra la Philadelphia and Reading Cordage Company, lo que conmueve a la industria, ya agobiada por la crisis financiera europea. Durante 1893 quiebran más de 600 instituciones bancarias y 74 consorcios, dueños de 48.000 kilómetros de líneas ferroviarias, pasan a manos de los síndicos. Ni la inmoralidad era patrimonio de Juárez Celman, ni la virtud se había refugiado en el país embellecido por Sarmiento. Enseguida quebraron otras 194 empresas ferroviarias; el mismo año se verificaban 15.000 quebrantos comerciales⁵⁵. En Inglaterra, cuya sangre nórdica, según Alberdi, engendraba las condiciones óptimas de honradez y el espíritu público, huelgas formidables enfrentaban a la policía victoriana con los obreros. «La depresión comercial correspondiente al período de 1890 se caracterizó en el continente europeo por una verdadera epidemia de atentados anarquistas. La relación entre esta epidemia y el paro es incontestable. En Inglaterra se reforzó también la agitación anarquista y las reuniones de obreros sin trabajo concluyeron frecuentemente con algaradas entre anarquistas y socialistas»⁵⁶. Más de 300.000 mineros británicos abandonaron el trabajo entre 1892 y 1893⁵⁷.

En Estados Unidos, en fin, el héroe de la guerra civil, el general Grant, es alcanzado por la crisis:

*Después de la quiebra de la Casa Grant and Ward, a la que el general había dado su nombre y donde pierde su fortuna y casi su honor, centenares de bancos liquidan, el millonario Gould, se hunde*⁵⁸.

Es dentro de este cuadro de la economía mundial, despedazada por los espasmos del nacimiento del capital imperialista, que surge la crisis del '90 en la Argentina y la revolución porteña que lleva ese año como nombre.

Pero el profesor Maurice Beaumont, con la notoria impavidez del académico, dice:

En 1890, la depresión general se acentúa: la banca privada más grande de Inglaterra, la casa Baring Brothers, especializada en inversiones argentinas, sucumbe bajo las repercusiones de una crisis que se abate sobre la Argentina, arrastrada en el mismo

momento en una revolución política que en julio de 1890 obliga al retiro de su mediocre presidente Juárez Celman, cuñado y sucesor de Roca. Inglaterra es rudamente conmovida por esta crisis.

Como tantos franceses, y no pocos argentinos, el profesor Beaumont parece influido por la versión británica de la historia universal. Por su parte, otro profesor, esta vez español, el señor Valentín Vázquez de Prada, afirma lo siguiente:

Fue en el otoño del año siguiente, al fracasar los empréstitos británicos en la Argentina, por la mala Administración financiera gubernamental, cuando la crisis financiera se precipita⁵⁹.

De modo que tanto en la Argentina, como en Europa, prevalece la idea errónea de que el gobierno de Juárez Celman no sólo conduce a la ruina su país, sino que además, y de puro corrompido, lleva al abismo al Imperio británico, y no sólo al imperio británico, sino a Estados Unidos; al pasar la crisis de Juárez Celman, golpea a Grecia, Rumania, Servia, Italia y Portugal. Las proporciones de la crisis internacional del 90, bastarían para rechazar por ridículas estas aseveraciones, si el examen más superficial, no indicara que se trataba de una manifestación típica de la formación del capital financiero y la aparición del imperialismo en el mundo. Estaba muy lejos de pensar el caudillo de Balvanera, Leandro N. Alem, que su quimérica revolución porteña poseía tan amplio contenido, ni el cordobés Juárez de sospechar que había hecho temblar al mundo.

Entre ingleses y yanquis

Volviendo la espalda a la crisis amenazante, dos argentinos desembarcaron en Nueva York, el 28 de septiembre de 1889. Impecablemente vestido con su aire de «Grande de España», el Dr. Manuel Quintana, acompañado por el Dr. Roque Sáenz Peña –un mitrista y un juarista–, se dirigían a Washington como delegados argentinos a la primera Conferencia Panamericana. Ambos constituían la quintaesencia del espíritu jurídico de Buenos Aires. Ninguno de los dos, a fuer de porteños, profesaban la menor simpatía por el joven Imperio del norte. Esta actitud no era espontánea, ni personal. Tenía hondas raíces en todo el proceso histórico del Río de la Plata, por tradición ensamblado a Europa y en particular a

Gran Bretaña. Posteriormente se convertiría en una política regular de la oligarquía argentina. Su base material consistía en el hecho de que

el freno más importante para el comercio entre ambos países era el carácter competitivo de sus economías^{59bis}.

Los ingleses habían cerrado sistemáticamente el paso a los intereses yanquis en la Argentina, desde los orígenes mismos de la Independencia. Todavía en 1881, el cónsul norteamericano en Buenos Aires, Mr. Baker, ante la ausencia de bancos de esa nacionalidad en el país, observaba melancólicamente en un informe a su gobierno que «casi no hay cuero o libra de lana embarcada aquí para Estados Unidos, cuya factura salvo en el caso de compras especiales, no esté dirigida a Baring Brothers o a Brown Bros. y Cía. o a cualquier otro establecimiento bancario inglés»⁶⁰.

El tormentoso crecimiento yanqui en la economía mundial iría a plantear una abierta rivalidad comercial en todos los escenarios. La industria norteamericana ya alarmaba a su congénere británica, que reclinada en la dulzura de la doctrina de Cobden, creía imperar para siempre.

Los ingleses adquirirían productos norteamericanos, borrraban esa marca de origen y los despachaban con ganancias hacia la Argentina y otros países con una marca británica sobreimpresa. Otros ciudadanos británicos, no menos honrados, se dedicaban a vender productos ingleses de baja calidad, a los que colocaban rótulos de marcas norteamericanas. Estas amabilidades irritaban a los puritanos del Norte. Pero su ingreso al mercado argentino estaba cerrado por las recíprocas corrientes comerciales entre Argentina y Gran Bretaña, que la expansión agrícola ganadera no hacía sino consolidar. También los testimonios de los visitantes diferían en esa época. Un inglés llamado Thomas A. Turner resumía sus impresiones de la Argentina en los siguientes términos:

En verdad sólo semicivilizado, el argentino aspira a ser considerado en pie de igualdad con el parisiense moderno... Es un plagiarlo, un imitador de todo lo que sea aparatoso y trivial, un francés sin la mesura o el talento de un francés. No tiene una nacionalidad discernible; si la tuviera, seguiría usando aún su poncho y comiendo su puchero. Estudia ingeniería y sus planos son peligrosos, a menos que sean revisados por un extranjero. Estudia

*derecho y proyecta leyes que provocan disturbios en el país. Estudia economía y roba hasta el último centavo de los bancos y saquea el erario*⁶¹.

Mientras el áspero viajero destilaba mieles sobre un país sometido al pillaje del imperio británico, otro turista, esta vez norteamericano, nos observaba con mayor simpatía, sin duda porque no había llegado aún el momento del saqueo:

*Buenos Aires, escribía, es la ciudad más emprendedora, próspera y rica de Sudamérica –algo así como Chicago–; el único lugar en todo el continente donde la gente parece estar apurada... La República Argentina algún día, se convertirá en un formidable rival de los Estados Unidos*⁶².

¡Arriesgada profecía!

Pero los juicios literarios o psicológicos citados no alteraban la situación de hostilidad apenas disimulada que separaba a los países del sur de su impetuoso buen vecino. Cuando el secretario de Estado Blaine concibió la realización de la Confederación Panamericana, todo el mundo advirtió claramente que se trataba de desplazar a Europa de su papel dominante en el comercio sudamericano. Esto no podía convenir a la política comercial de Juárez Celman, ni de sus antecesores, ni de sus sucesores. La bipolaridad del comercio exterior argentino estaba construida; la idea «triangular» aparecería mucho después, para no alterar el tradicional «status» con Europa, sino para adquirir con las libras obtenidas en Londres, productos norteamericanos requeridos por la Argentina. La consecuencia de esto último sería un déficit permanente de dólares con los Estados Unidos.

Pero en 1889, la Conferencia de Washington perseguía los más ambiciosos objetivos. Quintana y Sáenz Peña asistieron a ella para desmontarla, convertirla en un helado torneo oratorio, enterrarla en sus actas y cubrirla con un altanero olvido. La operación fue magistral. Está detalladamente narrada en el libro de Mc. Gann⁶³.

Dicho autor expone con destreza las complicaciones de la política argentino-norteamericana. Pero no comprende el papel jugado por la generación del 80, lo que no es un serio reproche, pues gran parte de los estudiosos argentinos tampoco lo comprenden. Lo que constituye la verdadera desgracia de Mc Gann (por lo

demás, un brillante escritor), es haberse nutrido para su investigación de las coordenadas interpretativas de la vieja inteligencia pro-inglesa, de los Martínez Estrada, José Luis Romero y otros miembros de la cofradía mitrista.

Los expertos abogados argentinos disputaron con Blaine desde el primer día sobre cuestiones de procedimiento. Objetaron la participación del Secretario de Estado como delegado, objetaron el uso del idioma inglés en la Conferencia, objetaron un viaje de cortesía de costa a costa y permanecieron en Washington mientras los delegados viajaban por Estados Unidos, objetaron la doctrina Monroe y sostuvieron la No Intervención, objetaron un «Zollverein» (unión aduanera) entre las Américas, objetaron el criterio del arbitraje de aquellos problemas en que pudiera estar envuelta la soberanía. Estas objeciones se prolongaron a lo largo de los seis meses que duró la Conferencia Panamericana. José Martí, el escritor cubano, apoyaba ardorosamente la intransigencia argentina, por sus propios motivos y «La Nación» publicaba las crónicas de José Martí, por los suyos que eran, además, los de los ingleses. Se recordará que Quintana, con sus aires de gran señor era un dócil abogado del Banco de Londres.

De este modo nació y prosperó el único «antiimperialismo» que la oligarquía argentina se ha permitido hasta hoy frente a los Estados Unidos, y que ha matizado con gruñidos hacia Inglaterra, cuando ésta vulneraba con exceso el valor sacrosanto de las carnes⁶⁴. Un mitrista y un juarista no era una mala combinación. Dejaron en Washington un prolongado recuerdo de elocuencia latina, moda inglesa y jactancia argentina. Los rústicos estadistas yanquis, asombrados ante la prestancia de Quintana, no sabían como expresar su admiración. Blaine dijo a Quintana:

Señor Delegado, en Boston la gente creería por su porte que Ud. es el presidente de una Universidad,

y Quintana le respondió, en un rasgo de patriotismo involuntario, pensando quizá oblicuamente en los chinos de Roca, que tanto despreciaba: «En mi país, todos tienen el mismo porte⁶⁵.

Poco después de la revolución del 90, Pellegrini era presidente de la República. Al proponerse arreglar las finanzas argentinas, el primer magistrado se encontró con que los ingleses, para acordar un nuevo empréstito destinado a sanear la situación, exigían un embargo preventivo sobre los ingresos aduaneros argentinos. Pellegrini vaciló ante la osadía y la perfidia británicas. Se dirigió reservadamente hacia los Estados Unidos para pedir ayuda y solicitar el establecimiento de

un banco norteamericano en Buenos Aires. El cónsul yanqui escribía al Departamento de Estado:

La gente se ha indispuerto con Inglaterra en forma bien notable.

Estas gestiones no prosperaron. Poco después, el nuevo ministro de Relaciones Exteriores, Estanislao S. Zeballos, planteaba al representante norteamericano confidencialmente que

Francia, Alemania e Inglaterra financieramente habían tomado posesión de la República

y añadía que el país

deseaba emplear a Estados Unidos para liberarse de Europa.

Pero todo quedó en vagas amenazas.

Resumiendo el punto de vista inglés ante la Conferencia de Washington, «The Standard», de Buenos Aires, escribía el 20 de marzo de 1890:

El capital británico constituye la base de casi todo el comercio y la industria en las repúblicas hispanoamericanas, y es absurdo soñar en destronar hasta dentro de muchos años la influencia que por este medio ha adquirido Gran Bretaña.

Este órgano inglés opinaba que en relación a Quintana y Sáenz Peña,

cuanto antes regresaran a su país, mejor.

Cuando Sáenz Peña resumió su rechazo de la doctrina Monroe proclamando ampulosa fórmula de «América para la humanidad», toda la política argentina quedaba revelada. Pues al fin y al cabo, esa fórmula negaba la ingerencia yanqui en nombre de una política que habría podido traducirse más claramente: «Argentina para Inglaterra»⁶⁶.

Las vísperas del 90

El régimen de Juárez Celman se debatía en una contradicción irresoluble: por las fuerzas nacionales que lo apoyaban, el gobierno aspiraba a llevar adelante un ambicioso plan para una Argentina minera, industrial, independiente. Se concibieron en ese tiempo los más audaces planes: el proyecto de una ley de subterráneos, el planeamiento de una fábrica de locomotoras, la fabricación de maquinaria agrícola, la explotación de nuestros productos mineros. Pero si la producción agraria se elevaba en tres años en un 750%, los proyectos industriales de Juárez no podían concretarse. El imperialismo no orientaba sus capitales para industrializar. Las fortunas argentinas privadas se interesaban sólo por la ganadería, que resultó suficiente, junto a la agricultura y hasta 1914, para construir una Argentina semicolonial de contornos modernos⁶⁷.

La sociedad urbana y mercantil que surgió después de la caída de Rosas, hubiese podido seguir el camino de los Estados Unidos después de la guerra civil si no hubiese existido una presión extranjera en favor de los terratenientes.

A la ideología nacionalista burguesa del roquismo, le faltaba la base material para el desarrollo técnico. Como era inevitable, cayó en manos del imperialismo, que sólo desarrolló aquello que singularizara nuestra estructura semicolonial. Juárez encarnó esta trágica imposibilidad del roquismo para fundar un país independiente. Las fuerzas mundiales que se ponían en evidencia en la Argentina eran más poderosas que los focos de resistencia nacional en que reposaba la generación del 80⁶⁸.

Una política que bajo la dirección de Mitre y de Sarmiento y, eventualmente de Roca, fue racionalmente concebida como una manera de unificar política y económicamente a la República, llegando a ser bajo Juárez Celman, una excusa para autorizar la construcción de ferrocarriles donde los amigos del gobierno querían construir. Como resultado, la Argentina se convirtió rápidamente en un infierno ferroviario donde no menos de 21 compañías ferroviarias disputaban los asuntos de aproximadamente cuatro millones de personas.

Esta observación de Ferns indica que los ingleses no deseaban construir ferrocarriles allí donde querían hacerlo los «amigos del gobierno», que eran argentinos.

La lucha preelectoral alrededor de la sucesión presidencial de Juárez Celman se combinó con la crisis mundial que en definitiva lo hará caer. En un estudio publicado en 1954, Juan Pablo Oliver proporciona datos sugestivos para caracterizar la asonada del 90. Dice Oliver:

Se declara la renovación presidencial y el ‘unicato’ de Juárez Celman tenía asegurada la elección del sucesor, pues contaba con todas las situaciones provinciales (excepto Buenos Aires) y con holgada mayoría parlamentaria. También estaba en su favor, lo que generalmente se llama ‘la opinión’ o sentido dominante del país en un momento dado: los nuevos ricos y nuevos argentinos, los industriales y los inmigrantes, los masones garibaldinos y las fuerzas armadas, los situacionistas y hasta muchos opositores a quienes resultaba más fácil entenderse con Juárez Celman que entre ellos mismos. Saldría así ungido su candidato, el joven Ramón J. Cárcano, talentoso hijo de un inmigrante lombardo radicado en Córdoba⁶⁹.

Es preciso agregar a estas palabras que «las situaciones» provinciales que apoyaban a Juárez y que constituían su verdadera fuerza nacional, no era sino el Partido Autonomista Nacional.

Aun a la distancia, el roquismo interior sostenía a una presidencia que a pesar de los errores y capitulaciones continuaba en línea zigzagueante la época inaugurada en el 80. Prosigue Oliver:

Dificultades producidas en los mercados financieros europeos unidas a causas intrínsecas argentinas, provocaron el retractamiento del capital inmigratorio y del capital monetario y luego su repatriación. Hacia falta tiempo o tino, especialmente respecto del dinero para aferrarlo y consustanciarlo al país como capital productor propio; así dejó de funcionar el ‘deus ex machina’ propulsor de todo este progreso⁷⁰.

Durante el curso de la crisis los valores ficticios de las tierras se vinieron abajo; la exportación mantuvo su volumen (los ingleses comían), pero perdieron su valor (los ingleses aprovecharon para comer barato). El oro huyó a sus nidos

Europeos. Los títulos de la Deuda Pública se depreciaron: únicamente las acciones ferroviarias en poder de los inversores británicos, permanecieron firmes, cosa que no extrañará a nadie. Los salarios perdieron su poder adquisitivo: las masas debían soportar, como siempre, las consecuencias de la crisis⁷¹.

Pellegrini desde Europa escribía:

Aquí empieza a descomponerse la plaza para las cosas argentinas. El Financial News, decía días pasados: El mercado sin novedad; la única noticia de sensación es que hace dos días no se ha presentado ningún nuevo empréstito argentino.

El origen del pánico del 90 se ligaba a la política de exportación de capitales sobre el mundo colonial, bruscamente cortada por la crisis cíclica del capitalismo mundial. La caída de los valores de la producción argentina y la insolvencia fiscal, permitieron a la Banca británica duplicar el valor de sus inversiones, sin entregar una sola libra más. La Argentina percibió agudamente su fatal dependencia. Al interrumpir Europa sus préstamos en 1889-90, el país hacía frente a una obligación anual de 135 millones de pesos en concepto de servicio de la deuda externa⁷².

A pesar del constante aumento de los fletes, durante los últimos meses de 1887 y los primeros de 1888, la administración del Central Argentino los aumentó en un 36% en el mes de julio. Los establecimientos de Cañada de Gómez se quejaron, ya que costaba más el flete de una tonelada de grano hasta Rosario, que desde Rosario a Liverpool. En su mensaje presidencial al Congreso Juárez Celman ya había calificado los fletes de la compañía ferroviaria como 'exacción es criminales e inicuas' y había declarado que la escasez de material rodante amenazaba con causar la pérdida de millones de toneladas de producción exportable.

Juárez Celman fue elegido «responsable universal» de esta catástrofe a la que era ajeno. La oligarquía porteña conspiró contra él y los historiadores de todos los bandos—liberales, «izquierdistas» y clericales—forjaron la leyenda negra que aún lo envuelve.

La aristocracia conspira

La preparación efectiva del golpe del 90 estuvo asociada a un hecho simbólico: el alza del valor del oro. El Gobierno tenía necesidad del precioso metal para responder a las exigencias de los acreedores europeos. Esta angustia constituía un poderoso estímulo para la alta cotización del producto. El diario «La Prensa» escribía:

Todo el mundo se preocupa: el millonario que asiste al derrumbe de su fortuna, el comerciante que ve oscurecerse el campo de sus transacciones y el obrero que duda de la suerte de sus ahorros⁷³.

La referencia al ahorro obrero era, por supuesto, un recurso teórico del articulista, obligado por su patrón a disimular la defensa de los millonarios y agitistas en crisis. Pocos días después el mismo diario escribió:

A causa de la baja de los títulos han perdido dos honorables caballeros, uno abogado y el otro general, cuatro millones de pesos. En la segunda rueda de la Bolsa se vio a un comerciante con lágrimas en los ojos cuando el apuntador marcaba la cotización de 272% ⁷⁴.

Era la quiebra total. La oposición clerical, que no hacía sino buscar la primera oportunidad para desatar sus furias contra el gobierno juarista, las familias «distinguidas» de Buenos Aires y de la oligarquía bonaerense, los jóvenes aristocráticos de la ciudad virreinal que consideraban a los hombres del 80 y del 90 como a una «chusma provinciana», consideraron que su hora había llegado.

La crisis del 90 cayó como un rayo paralizante sobre esa sociedad porteña sumida en el placer, repentinamente alzada a los gustos europeos más exquisitos; pareció de pronto que el país entero se hundía; pero «el país» no jugaba a la bolsa; ni tenía a su servicio mucamos de librea con botones de plata, ni frecuentaba las joyerías de la calle Florida, ni examinaba con ojo conocedor los rasos y las sedas importadas que el gran señor de Buenos Aires, entre jugada y jugada, o entre parición y parición, aquilataba con sus amigas. Como por otra parte y al margen de esta aristocracia tradicional espléndidamente enriquecida por la marea

crediticia y los altos precios agropecuarios, había surgido a la vida pública una generación política e intelectual predominantemente provinciana —la generación del 80—, el odio mundano se dirigió hacia ella.

En su novela, «La Bolsa», Julián Martel dejaría un boceto plástico de ese mundo cosmopolita que se movía en los entretelones de la crisis: aventureros de las finanzas y de la alta sociedad, chantajistas de frac, quebrados opulentos, bandidos galantes, apátridas y patricios, especuladores y políticos⁷⁵. También la conspiración ganó sus corazones.

La preparación del clima moral del golpe cobró carácter público con el llamado movimiento de «las tertulias». La iniciativa partió del doctor Manuel Gorostiaga, prominente dirigente católico, y al mismo tiempo hombre vinculado a importantes actividades económicas. Era en esa época Presidente del Banco de Consignaciones de Frutos del País, cuyo capital suscripto alcanzaba los diez millones de pesos. Asimismo, el Banco de Crédito Real estaba en manos de los católicos, entre ellos Héctor Soto, Emilio Lamarca, Pedro Goyena, Angel Estrada. Accediendo a una invitación formulada por Gorostiaga, un núcleo de destacadas figuras de la política y de la sociedad aristocrática porteña se reunió en un banquete «patriótico», en el Café París. El propósito era conversar sobre la situación política y la manera de coordinar los esfuerzos, «por encima de los partidos» para luchar contra Juárez Celman.

Asistieron entre otros, José Manuel Estrada, Aristóbulo del Valle, Pedro Goyena, Manuel Láinez, Bernardo de Irigoyen, Leandro Alem, Emilio Mitre⁷⁶. Señalemos que si la presencia de Bernardo de Irigoyen en el banquete antijuarista debe atribuirse a su condición de gran estanciero bonaerense, estrechamente ligado al puerto y cuya tradición federal se va diluyendo con la transformación del país, la asistencia de Leandro Alem, junto al hermano de Mitre, no hace sino confirmar sus papel dependiente de la burguesía porteña, visible desde el 80.

El banquete fue la señal para una serie interminable de tertulias donde los caballeros de la vieja prosapia tomaban té y hablaban de política. El general Mitre se incorpora a las reuniones. Con él, lo hicieron diversas figuras vinculadas a las actividades bursátiles cuyas fortunas y especulaciones peligraban con el ascenso del oro. La crisis, lejos de atenuarse, se extendía. En uno de los salones de la Rotisserie Mercier, un grupo selecto de la «jeunesse dorée» de Buenos Aires, constituía al fin un club político: Marcelo de Alvear, Rufino Elizalde, Augusto del Pont, Emilio Gauchon, Rómulo Naón, Octavio Pico, Luis Mitre, formaban su elenco inicial. Esos apellidos indicaban por sí mismos el origen oligárquico de sus miembros.

En esas circunstancias, un núcleo de jóvenes intelectuales afectos a Juárez Celman decidió manifestar su adhesión al Presidente de la República por medio de un banquete. La oposición llamó a esta reunión el banquete de los «incondicionales»; pero es justo decir que figuraban entre ellos los intelectuales y escritores jóvenes más importantes de su tiempo, cosa que no ocurría con los «turf-men» y elegantes de la oposición porteña, más versados en trajes y yeguas anglo-normandas que en ideas generales. Al «banquete de los incondicionales» asistieron entre otros, Osvaldo Magnasco, que fuera luego ministro de Justicia e Instrucción Pública en la segunda presidencia de Roca, y el más grande orador parlamentario de su generación; el poeta Leopoldo Díaz, el entrerriano José S. Alvarez, inmortalizado luego como Fray Mocho, uno de los escritores argentinos más notables de nuestra historia, Telémaco Susini, Lucas Ayarragaray, Marco Avellaneda, Osvaldo Piñeiro, Tomas de Veyga, Paul Groussac, Juan Balestra (autor del brillante libro sobre los 90) y Ramón J. Cárcano, a quien se indicaba como sucesor de Juárez Celman⁷⁸.

Según puede observarse, estos jóvenes eran hijos de inmigrantes, provincianos pobres o segundones de familias tradicionales del interior venidas a menos ¡Cómo no merecer el desprecio y la burla de los buenos catadores de vinos de Buenos Aires!

La realización de este homenaje al presidente originó la publicación de un artículo tonante de Francisco Barroetaveña, joven admirador de Alem, que insertó «La Nación» bajo el título «Tu quoque juventud – En tropel al éxito»; de su repercusión fulminante el autor resultó el primer sorprendido⁷⁹. El artículo en cuestión era una antología de lugares comunes y de flores retóricas que ya ni Mitre empleaba. Pero surtió el efecto buscado por la oligarquía al acecho. Esa fue la señal para la aparición pública del movimiento antijuarista. Por su parte, el oro seguía implacablemente su alza. Fue así como los especuladores se hicieron revolucionarios.

Al día siguiente de ver publicado su artículo, Barroetaveña, que era un modesto abogado de suburbio recién graduado, recibió una visita inesperada. Los señores Carlos Zuberbühler y Carlos F. Videla venían en nombre de núcleos influyentes de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires a ofrecerle un banquete en su homenaje. La desesperación de los agiotistas los llevaba a mezclarse con los «compadrones de Alem». Dicha demostración se transformó en un acto público que debía ser el primer paso en la fundación de la Unión Cívica de la Juventud.

El 1º de septiembre de 1889 se realizaba un mitín en el Frontón Florida. Allí se recibieron nuevas adhesiones: Celedonio Bunge, Nicolás Avellaneda, Leonardo

Pereira Iraola, Francisco Pereda, Belisario Huergo, Felipe Martínez de Hoz, Alfredo Ayerza. Apellidos distinguidos no faltaban, aunque un movimiento patrocinado por caballeros semejantes, pese a la inclusión en la nómina del joven médico Juan B. Justo, no podía aspirar a la representación de las «masas populares».

El general Mitre excusó su inasistencia al mitin, pero envió una carta con espirituales frases sobre «el despotismo» y «la corrupción», temas cuyas variaciones fueron ejecutadas en la tribuna por Barroetaveña, Torino y otros. Finalmente habló Alem, que había prometido el acercamiento con el intransigente partido católico, a pesar de su liberalismo ardoroso. Para atraerse a sus nuevos aliados, el tribuno aludirá al «culto bastardeado», señalando a la ley del matrimonio civil dictada por Juárez, y evocará las legiones que murieron en el Paraguay, lúgubre homenaje a Mitre⁸⁰. Los católicos no estuvieron ausentes: el tribuno confesional Pedro Goyena dijo las frases que la ocasión requería. Tres cosas unían tan sólo a sectores tan diferentes: la quiebra de los especuladores, su porteñismo, el odio a Juárez Celman. No era poco. El orador católico Pedro Goyena trazaría un año más tarde un retrato insinuante y secretamente demoleedor del famoso general:

Mitre no es un pensador, ni mucho menos. Parece un pensador distinguido cuando se lo compara con el doctor Obligado o el doctor Valentín Alsina; el primero localista convencido, estanciero y abogado a la vez, sin horizonte político y persuadido de que la República estaba contenida en la plaza de la Victoria y lo demás era una estancia; el segundo, un abogado sabedor de la Ley española, gramático perfecto, encorbatado, solemne, de hablar sentencioso y que acariciaba con delectación la idea de organizar una nación en que Buenos Aires fuera la parte y el todo. A lado de tales individualidades, el general brillaba con insólito fulgor. En esta relatividad, se halla el secreto de su prestigio y de su popularidad inextinguible.

Pero estos retratos diseñados por conocedores, ya son daguerrotipos y se encuentran olvidados en los archivos. El texto citado no fue publicado en vida del autor. Fue encontrado entre sus papeles póstumos y publicado por Groussac en «La Biblioteca», en 1896, tomo I.

La organización de este movimiento por los jóvenes aristocráticos, suscitó comentarios irónicos en los diarios oficialistas, entre ellos el «Sudamérica», que

dirigía Balestra, órgano calificado a su vez por la Unión Cívica de la Juventud, como redactado por «chusmas de malos antecedentes».

Esto de «chusma» ya lo teníamos oído en ochenta años de historia; pero será un dicterio que volveremos a escuchar. Una fuente insospechable en la materia, el doctor Juan Pablo Oliver, ha escrito al respecto:

Releyendo aquella nómina juvenil opositora, resulta indudable que pertenecía al más puro patriciado, a la clase superior, o 'elite' tradicional dirigente; pero cuyo patriotismo y desinterés era impropio de ser puesto en solfa. Estos jóvenes fueron vinculados por los líderes católicos José Manuel Estrada y Pedro Goyena con hombres de mayor envergadura política y surgió así la Unión Cívica, cuya dirección le fue ofrecida al general Mitre, que no la aceptó. Entonces se constituyó un Comité Ejecutivo constituido por Leandro Alem, como presidente, Bonifacio Lastra y Mariano Demaría como vicepresidente y Manuel Ocampo tesorero, todos porteños, de cerrada mentalidad conservadora, denominaciones partidistas actuales aparte⁸¹.

Con ligeros cambios, estos mismos hombres de la Unión Cívica habrían de integrar, en el plan conspirativo del 90, el Gobierno Provisional. Era una anticipación de la Unión Democrática de 1945 o, si se prefiere, de 1955.

Los documentos, artículos, discursos y libros de memorias publicados sobre la Revolución del 90, atestiguan de manera concluyente dos cosas fundamentales: la primera, que fue un golpe típicamente porteño, sin que ningún hombre destacado, ni fuerza alguna representativa de las provincias figurase en los elementos dirigentes, ni en las manifestaciones públicas que precedieron al motín⁸².

Fue sin duda, una revolución porteña puesto que los catorce ranchos restantes, incluyendo la provincia de Buenos Aires, no se movieron sino para poner en armas tropas en auxilio del gobierno nacional.

Segunda, que el tema dominante de la oposición «democrática» a Juárez Celman en las vísperas del 90, no era sino lamentarse, como dice Oliver, del

descrédito en que había caído el país ante los capitalistas europeos los perjuicios que acarrearían a las fortunas privadas los despilfarros de desaciertos financieros del gobierno.

Señalemos la unanimidad con que los historiadores de todos los sectores políticos juzgan a la revolución del 90 como un enfrentamiento entre el pueblo y la oligarquía. La «Revista de Historia», N° 1, 1er trimestre de 1957, ofrece una antología de este pensamiento banal, profundamente porteño y mitrista. Casi todos sus colaboradores son víctimas y autores a la vez, de la impostura general que rodea al 90, y que se deriva, como es natural, de la incomprensión del 80. Radicales, liberales a secas, cipayos declarados, marxistas, católicos o críticos «independientes», los publicistas de la mencionada revista parten de un supuesto básico: la revolución del 90 derribó a un gobierno estéril y aborrecible por múltiples motivos. ¡Qué extraña coincidencia! ¡Qué feliz casualidad! Andrés R. Allende juzga a Wilde «cínico y descreído»; Luis V. Sommi afirma que

el 90 fue una manifestación de defensa de los intereses populares y nacionales, negados y traicionados por el gobierno oligárquico.

Ataúlfo Pérez Aznar, fuera de sostener la cándida idea de que «*el capitalismo es hijo del ahorro*», añade que

los gobernantes del interior que invocan la defensa del federalismo para imponer a Roca,

sólo lo hacían para el

tranquilo disfrute de sus privilegios de satrapía,

y que la revolución del 90 aspira a crear un

movimiento que se coloque por encima de los conflictos confesionales o de los intereses de clase, para unir a todos aquellos ciudadanos que profesen una concepción ética de la vida;

Olegario Becerra, también radical como el anterior, no es menos ético y rocambolesco:

la revolución del 90 es una de las revoluciones que el pueblo argentino hace en defensa de sus libertades», y se refiere luego al descenso tribal de los incondicionales fulminados por Barroetaveña;

Emilio F Mignone, católico, a su vez señala que

la Unión Cívica en contraste con el régimen poseyó siempre un matiz menos liberal y un cuidadoso respeto por la Iglesia;

Roberto Etchepareborda, igualmente radical, reitera:

en 1880 se inicia el proceso regresivo de nuestro federalismo...

y alude a la

filosofía que todo lo fincó en beneficios materiales... y... enervó la contextura moral de la República;

en fin, un resumen editorial de la misma «Revista» declara al final:

católicos y liberales de verdad serán adversarios naturales del sistema.

Esta papilla ideológicamente informe resume la decadencia intelectual de izquierda y derecha en la política argentina. Si la caducidad de los viejos partidos no ofreciera pruebas más directas, su ocaso se probaría con esta indignancia para repensar el pasado.

¡Y lo que acabamos de leer se escribía en 1957!

La música de fondo en la preparación del 90, estaba compuesta por las «libertades públicas conculcadas», la «ruina moral del país» y los derechos del pueblo, genero en el que Alem y Mitre no admitían competidores. Los clericales, en plena furia, decían por boca de Navarro Viola, refiriéndose al gobierno de Juárez que «su Dios es el vientre»⁸³. Para iluminar la tremenda dictadura de Juárez Celman baste decir que de los 34 periódicos que aparecían en Buenos Aires, sólo dos de ellos lo apoyaban, los 32 restantes lanzaban cada día oleadas de injurias, sarcasmos y calumnias personales. Las revelaciones reales o supuestas sobre la vida privada de los ministros, se servían con el desayuno de cada mañana. Las

predicciones siniestras aludiendo a la catástrofe que se cernía sobre el país, habituaron el paladar público. Ya se sabía quien era el culpable; se imponía ajusticiarlo.

El candidato oficial a la presidencia era el joven cordobés Ramón J. Cárcano. ¡Otro cordobés! Esto dio motivo a la Unión Cívica de la Juventud para demostrar una vez más su carácter «popular» y «democrático». Entre otras cosas peores, Cárcano fue llamado

*jovenzuelo advenedizo levantado de la nada... rodeado de una ralea de advenedizos ensoberbecidos...*⁸⁴.

La juventud elegante se disponía a salvar al país.

El apóstol del credo

El movimiento cívico había conmovido a la ciudad hasta sus cimientos. La prensa opositora arrojaba combustible a la hoguera; el oro subía implacablemente, al tiempo que fracasaban todas las medidas de la alquimia financiera ensayada por los ministros de Juárez para contenerlo. Por lo demás no se trataba tanto de que el oro subiera, sino más bien de que viajaba, cuidadosamente depositado en las cajas fuertes de los vapores ingleses.

La desesperación de los agiotistas se había tornado mística. La maldición del oro se fundía en sus conturbados espíritus con la maldición encarnada en la figura paganizante del Presidente. En esta extraña revolución el moralismo rayó a mayor altura que en ninguna otra de nuestra historia. Los quebrados se abrazaban a la ética como a una sustancia mágica capaz de conjurar el rayo.

Los comerciantes alarmados ya no tenían confianza en el Gobierno e iban a casa del general Mitre a pedirle consejos. El gobierno oligárquico que nunca contó con apoyo del pueblo, entonces perdió la confianza hasta de los terratenientes, ganaderos, comerciantes y banqueros,

escribe Sommi con toda tranquilidad⁸⁵. La Unión Cívica de la Juventud decide convocar a otro mitin el 13 de abril. Esta reunión debía ser el punto de

partida de la unificación de todas las fuerzas políticas de la ciudad porteña contra el juarismo. Al elogiar a estas fuerzas, el mismo autor desnuda sin proponérselo el verdadero significado de la coalición:

*Buenos Aires, cabeza y corazón de la República era el centro de resistencia a la oligarquía. Ni Roca ni Juárez Celman jamás contaron con el apoyo del pueblo de la Gran Aldea*⁸⁶.

De poco sirve este marxismo mitrista para comprender la historia nacional, según se ve.

El Frontón rebosa, la muchedumbre es imponente.

*Allí están la tradición, la banca, la universidad, la prensa, el foro, los clubes sociales, hasta el clero. Hay, además, bajo la superficie un gran dolor que lastra las efervescencias de la superficie: son los millares de propietarios bolsistas y comerciantes en vías de arruinarse: menos que la riqueza a perder los escuece la perspectiva de no poder pagar sus deudas: salvar el crédito ha sido siempre una obsesión argentina. Una buena parte son extranjeros, pero no se los distingue: tienen las mismas pasiones: la tierra los ha renovado*⁸⁷.

Es dudoso que la pasión de pagar deudas sea una pasión de banqueros y agiotistas, argentinos o no. De todos modos tampoco el raro jacobinismo reinante era usual entre financieros.

El acto se abre de modo espectacular. Entre esa masa inmensa de damnificados, penetrado de delirio cívico, avanza hacia la tribuna el orador clásico de Buenos Aires, diríase Buenos Aires hecho hombre, su profeta y encarnación misma. El general Mitre abandona su gabinete de estudio donde masacra en sus libros a los gauchos que un día masacró en la realidad, para incorporarse al dolor público.

Mitre se quita su chambergo emblemático.

Estalla una ovación y todos lo imitan, descubriéndose. Su primer gesto confirma al dominador de muchedumbres 'Orden

General` dice con voz resonante e imperiosa 'Todos cubiertos menos el orador que se dirige al pueblo soberano ausente en los comicios pero presente aquí⁸⁸.

El famoso fraseólogo se encuentra en su elemento. Ambiguo enfático y de un lirismo humoso, el caudillo porteño concibe su público y no yerra jamás. Comprende claramente que ha llegado la hora de cobrarse la derrota de 1880. Después habla Barroetaveña el hijo espiritual de Alem; abogado entrerriano, joven y humilde, está deslumbrado por su repentino ascenso a las altas cumbres de la política. Es el verboso introductor de Alem entre la juventud, está imbuido de las escenas tumultuosas de la Montaña y la Gironda; lleva en el pecho una «revolución francesa», observa irónicamente Balestra.

Y aparece, por fin, en la tribuna, entre las aclamaciones de un público trastornado, Leandro Alem. El hijo de mazorquero, el caudillo de Balvanera, amigo de carreros y doctores, con el sombrero un poco ladeado signo quizás de su guapeza jamás desmentida, es el hombre del centro y del suburbio, apóstol de un nuevo credo. Esta allí, en el 90, y como antes y después del 90, estará siempre cerca de Mitre, aunque guardando su soledad orgullosa en la misma línea fundamental. Era

sutil y sencillo hasta la enfermedad,

dirán más tarde Barroetaveña, su sincero devoto:

hacía versos de amor, lloraba en los velorios; daba su sopa sin pensar en sí mismo⁸⁹.

Ha tenido duelos, luchó en la guerra del Paraguay, es pobre y austero, se opuso a la federalización de Buenos Aires. Romántico, parece un monje laico de la acción cívica. Pero toda su política y sus arrebatos coinciden siempre con los intereses de Buenos Aires. El pobre contenido de su arenga está en relación con esa política:

Con patriotismo no se puede tener troncos rusos a pares, palco en todos los teatros y fronteras, no se puede andar en continuos festines y banquetes, no se puede regalar diademas de brillantes a las damas, en cuyos senos fermentados gastan la vida y las fuerzas

que debieran utilizar en bien de la patria o de la propia familia.
(Prolongados aplausos)⁹⁰.

La pera militar, el poder magnético del iluminado, su postura de orador, su emoción que se transmite, todo en Alem cautiva a su público, que exige algo realmente milagroso para salvarse de la bancarrota. El caudillo popular, después de las palabras desmayadas de Mitre, que otea en el horizonte su candidatura presidencial, ha electrizado los espíritus. Al disolverse en la tarde, después de tres horas de copiosos discursos, la manifestación conserva en sus oídos las últimas palabras de Navarro Viola, el orador católico.

*La crisis no es ministerial sino presidencial: lo repito, lo repite el país entero, que maldita la esperanza que tiene de que el oro baje, si el Presidente no baja con él*⁹¹.

La conspiración ha creado su clima en la calle y los porteños ya tienen su fórmula.

Quiénes financiaron el golpe del 90

La contrarrevolución del 90 fue la réplica oligárquica, con sus inevitables aliados de «izquierda», a la revolución del 80 realizada por el nacionalismo democrático y la nueva generación. Es de alto interés histórico y político saber quiénes financiaron el golpe; aún en nuestros días se pretende fijar en esa fecha el acta de nacimiento del radicalismo y de la democracia argentina moderna.

La «unión democrática» del 90 estaba formada por banqueros agiotistas, terratenientes, comerciantes, importadores, jóvenes asesores de empresas extranjeras, hombres de club y abogados modestos como Leandro Alem, a quienes sus aliados mitristas llamaban por lo bajo «hijo de mazorquero» o «Robespierre de Balvanera» y al que utilizaban en sus maniobras⁹².

En el trabajo ya citado, el doctor Oliver explica claramente cómo se financió la contrarrevolución:

Los fondos necesarios relativamente cuantiosos, fueron arbitrados por el tesorero de la Unión Cívica, don Manuel A. Campos, ex presidente del Banco de la Provincia, quien obtuvo los principales aportes, además del suyo propio, de su cuñado el banquero Heinmendhal y de su padre, ex candidato derrotado a la presidencia como rival de Juárez Celman; del banquero Ernesto Tornquist, en cuya casa se efectuaron varias reuniones y de los señores Juan José Romero, Leonardo Pereira Iraola, Félix de Alzaga, Torcuato T de Alvear; el doctor Carlos Zuberbühler aportó el resultado de una colecta que tomó a su cargo, y el doctor Miguel Goyena el de un aporte innominado que irónicamente se apuntó como el del señor Juan, quizá por las iniciales⁹³.

Tales fueron los financistas de un motín que ha tenido «buena prensa» en nuestra literatura histórica renuente por lo general a entusiasmarse con las revoluciones verdaderas.

Como la historia es esclava de la política (aunque los historiadores lo nieguen), no es por simple accidente que una revolución financiada por la Bolsa de Comercio, los ganaderos y la banca haya sido presentada, sobre todo durante la «década infame», como un heroico asalto a los bastiones de la oligarquía y el Unicato⁹⁴. Para los que suponen que reescribir nuestra historia es una mera obstinación de eruditos, este hecho elemental probaría que los intereses económicos no sólo encuentran siempre políticos a su servicio sino también historiadores «independientes».

Preparado de tal suerte el golpe contra Juárez Celman, se produjo el 26 de julio de 1890. Estalló en pleno centro de Buenos Aires al sublevarse dos batallones de guarnición en la Capital. El brote de guerra civil en medio de la ciudad produjo una alarma general. Inmediatamente surgieron mediadores probablemente bajo la inspiración del general Roca, que aunque alejado políticamente del gobierno y alentando seguramente la caída de Juárez, se colocó en ese momento a su lado para apoyarlo frente a la oligarquía y también para dominarlo⁹⁵.

El golpe era típicamente porteño; la sed de revancha por la federalización del 80 subsistía; el odio al provinciano se avivó con la crueldad de la crisis y la inminencia de la sucesión presidencial.

Pero si el interior y todo el Ejército permanecían fieles al gobierno nacional, Montevideo, en cambio estaba con los revolucionarios. Esa ciudad puerto, al

igual que Buenos Aires, era una plaza fuerte del comercio imperialista y su clase media demuestra hasta hoy, junto a la pequeña burguesía porteña, una curiosa ineptitud para adquirir una conciencia nacional. El ministro argentino en el Uruguay, cuyas masas blancas y federales de la campaña observaban con desconfianza el golpe, escribía a Juárez Celman:

Debo informarle que la población de Montevideo, en su inmensa mayoría, por no decir en su totalidad, está de parte de los revolucionarios. El gobierno del Dr. Herrera ha dado pruebas inequívocas de lealtad impidiendo lo que aquí se proyectaba realizar: primero el envío de dos buques cargados con armas y municiones; segundo embarque de numerosos refuerzos para los rebeldes; tercero manifestaciones públicas en pro de la revolución⁹⁶.

La influencia ideológica predominante en Montevideo es patrimonio secular del imperialismo «democrático»; para guiarse en la política argentina bastará saber qué piensa la «democracia uruguaya»; el método es infalible y tampoco fracasó el en 90.

La lucha fue breve. Carlos Pellegrini, vicepresidente y hombre estrechamente asociado a Roca fue el alma de la represión militar. Todo el ejército argentino sostuvo al gobierno de Juárez⁹⁷. El gobierno de Juárez Celman llamó a la Capital a varias unidades del interior. El ministro de Guerra, general Levalle, dominaba ampliamente al Ejército, excepto parte de la guarnición porteña. El órgano mitrista «La Nación», refiriéndose al predominio militar del gobierno decía:

No tenemos oro, pero lo que es acero....

Pero la crisis financiera hacía furor y Juárez Celman carecía de base para seguir en el gobierno. Tuvo éxito de corrillo la frase de Manuel Didimo Pizarro, católico de Córdoba: «la revolución esta vencida, pero el gobierno ha muerto»⁹⁸.

La renuncia de Juárez contribuyó a desarticular las maniobras de la oligarquía porteña. Al voltear al presidente la reacción clerical mitrista obtuvo un triunfo mediocre. La generación del 80 continuaba en el timón en la persona de Carlos Pellegrini. Si el juarismo como tal había caído, si la candidatura de Cárcano se había volatilizado entre la pólvora de los encuentros callejeros,

no era menos cierto que el objetivo central de la conspiración había fracasado. El hombre más influyente del Partido Autonomista después de Roca, pasaba a ocupar la presidencia. No se le ocultó este hecho al clero, ni a las fuerzas coaligadas. D'Amico observará que

el pueblo no concurrió a la revolución, sea por indiferencia, sea por temor, sea por desconfianza. Nosotros creemos que no concurrió porque se dio al movimiento un marcado carácter mitrista⁹⁹.

Desaparecida la presión moral que los bolsistas, especuladores y ganaderos habían creado para facilitar la movilización política contra Juárez, Francisco Barroeteaña, «revolucionario de 90», analiza amargamente el movimiento frustrado:

Es triste confesarlo: el pueblo se lanzó contra el gobierno del doctor Juárez Celman alistándose bajo la bandera reaccionaria de la Unión Cívica, menos por amor a la libertad que por salvar sus intereses económicos, menos por defender sus derechos que por conservar sus propiedades¹⁰⁰.

Todo es equívoco en esta frase: «reaccionaria» sería la bandera de la Unión Cívica, y «pueblo» el que intentó salvar sus propiedades.

Pero es muy claro su sentido y nada puede agregarse sobre ello.

A este respecto y en relación con el carácter «popular» y «nacional» de la revolución, Aristóbulo del Valle (esforzándose por historiar la revolución del 90), decía:

La revolución era ya inevitable: el país la reclamaba a voces; el comercio siempre conservador la esperaba con anhelo; los hombres de Estado la autorizaban explícitamente.

La noche de su renuncia, el doctor Juárez Celman cenaba solo en su casa de la calle 25 de mayo 549 –hoy un caserón vacío y nostálgico– cuando algunos grupos de manifestantes recorrían la ciudad festejando su caída.

Ya se fue, ya se fue, el burrito cordobés,

gritaban. Toda la soberbia miope del localismo porteño se encerraba en el refrán. Así vengaba Buenos Aires en el 90 la victoria nacional del 80¹⁰¹.

En 1891 se publicaba en Londres un libro que señalaría la línea interpretativa posteriormente seguida por los historiadores argentinos de todas las tendencias ante el golpe del 90. Decía su autor que la Argentina había caído

en las manos de una pandilla inescrupulosa que aceptó préstamo tras préstamo con el ostensible propósito de desarrollar los recursos del país. Pero desgraciadamente la gran casa Baring Brothers y Co., una de las principales casas bancarias del mundo, era uno de los más importantes agentes de esos empréstitos flotantes en relación con el público... Y la banda que se consideraba responsable por los préstamos de acuerdo a la opinión popular huyó a su guarida al son de los millones y fue derribada del poder, lo que naturalmente fue un golpe fatal para el crédito de la Argentina^{101 bis}.

Esta opinión procedía de un país cuya burguesía comercial no había dominado el mercado mundial gracias a su poder ético.

La caída de Juárez Celman y la presidencia de Carlos Pellegrini, si bien alivió la tensión política, no conjuró la crisis. El oro continuó subiendo, las fortunas se deshacían cada mañana. Todo el sistema financiero se gangrenaba.

La política de Pellegrini

Pellegrini fue en el autonomismo nacional el nexo entre Buenos Aires y Roca, alianza poderosa que vivió tanto como las bases sociales del roquismo. Pellegrini era hijo del ingeniero italiano del mismo nombre, precursor de la industrialización, artista, publicista, personalidad rica y compleja. Carlos Pellegrini, con su gran vozarrón, su atlética energía, su versación cabal de los problemas de gobierno, suplantó al débil Juárez Celman, convirtiéndose en presidente de la República después del 90. No se le ocultó a Pellegrini que la razón fundamental de la crisis que castigaba de reflejo al país, era su excesiva dependencia del crédito extranjero y el carácter elemental de su economía, puramente agrícola-ganadera. De ahí que, en perfecto acuerdo con su ministro de Hacienda, el anciano Vicente

Fidel López historiador y adversario de Mitre, concibiera la creación del Banco de la Nación.

Fundado en 1891, dicho Banco debía cumplir, en el pensamiento de su inspirador, la misión de proteger con su política crediticia a la pequeña industria, gremio que

no ha merecido hasta hoy gran favor de los establecimientos de crédito y que es, sin embargo digno del mayor interés,

decía Pellegrini en su mensaje al Senado¹⁰².

El Banco de la Nación, creado con tales propósitos, corrió la suerte general del país, invirtiendo su orientación inicial hasta convertirse en un órgano de la actividad agropecuaria y comercial, desinteresándose de la industria, en fomento de la cual había sido fundado. No hubo un Pellegrini, sino varios, de la misma manera que Roca sufrió una transformación similar a la del país vertiginoso en que vivía. Aquel Carlos Pellegrini proteccionista de su juventud, sería en la madurez un íntimo amigo de Inglaterra (ver su discurso a la actividad británica en la Argentina), para retornar, en los años postreros, a una enérgica posición industrialista y a la exigencia de elecciones limpias. Distanciado al final de su vida de Roca, denunciaría en el Senado, en 1902, que la segunda presidencia de su antiguo jefe había propiciado

la reforma de algunas partidas de la tarifa de avalúos, al sólo efecto de arruinar ciertas fábricas, obligarlas a cerrar sus puertas, y poner en la calle a tres o cuatro mil obreros, y todo para favorecer a algunos importadores de mercaderías extranjeras¹⁰³.

Aliado porteño del roquismo, Pellegrini dio una expresión clara de las fuerzas económicas que sustentaban esa alianza. En un discurso pronunciado en la Cámara en 1895, afirmaba:

En la República Argentina, existen dos tendencias y casi puede determinarse la región territorial sobre la cual actúan una y otra. Hay un partido que tiene asiento en el pequeño espacio que rodea la Plaza de Mayo de la Capital Federal, y hay otro partido que tiene su asiento en todo el resto de la Nación. A un partido podría llamarle comercial; al otro lo llamaría industria. A cada instante se

revelan las distintas tendencias de estos dos partidos. Uno de ellos es enemigo declarado del Banco de Estado, del Banco habilitador, sólo cree en el Banco particular; el otro prefiere o tiene simpatías por los Bancos de Estado y por los Bancos habilitadores; uno es contrario a toda protección y quiere la libertad absoluta del comercio; el otro exige protección como condición indispensable para el desarrollo de las industrias nacionales; uno es contrario a todo lo que sea también emisión de cualquier forma, casi enemigo de la palabra emitir; el otro no es tan enemigo de estas emisiones, según la forma en que se presenten; uno se preocupa por el oro en la Bolsa, el otro se preocupa más por el valor de los frutos de país... ¹⁰⁴

Véase la transcripción anterior de la clásica polarización de fuerzas: por un lado el mitrismo metropolitano y del otro lado el roquismo nacional. En 1889 Pellegrini vuelve sobre el tema, señalando el papel improductivo de la burguesía comercial porteña, sostén del mitrismo:

La valorización del papel produce crisis más rápidas y agudas en su desvalorización. Creo, señor presidente, que en estas cuestiones, en estas luchas económicas que se inician, se presenta una lucha muy parecida a la que inició nuestra lucha política. De un lado la Nación, del otro lado, intereses radicados en esta Capital; con esta enorme diferencia, señor presidente, que esta vez el límite no es el Arroyo del Medio, pues forma parte del lado de la Nación la rica provincia de Buenos Aires. La lucha que se entabla es entre los que trabajan y los que no producen; entre el país entero y un grupo de especuladores, apoyados por la prensa metropolitana¹⁰⁵.

Más tarde precisará su pensamiento con respecto a la protección industrial:

La ganadería y la agricultura son dos grandes industrias fundamentales pero ninguna nación de la tierra ha alcanzado la cumbre de su desarrollo económico con sólo estas dos industrias... Todas las aspiraciones en los hechos son proteccionistas... y la

*agricultura y la ganadería son industrias precarias, pueden producir abundancia como ocasionar miseria*¹⁰⁶.

En 1892, Carlos Pellegrini y sus amigos Tornquist y Casares concurren a una fiesta vistiendo trajes, zapatos y sombreros confeccionados con materias primas, y mano de obra argentinas, desafiando así el arraigado prejuicio semicolonial contra la industria y capacidad nativas¹⁰⁷.

La figura de Pellegrini ha sufrido una deformación retrospectiva, resultado de la transformación del país en semicolonias del imperialismo. Para dar un solo ejemplo de esta confusión suprema de valores bastará indicar que los conservadores actuales consideran a Pellegrini como a uno de los suyos: identificar a este representante porteño de la generación del 80 con los continuadores oligárquicos de esa generación, equivale a ignorar el proceso de trituración sufrido por los viejos partidos políticos bajo la garra de la penetración imperialista. ¡Medio siglo bastaría para que un mismo partido reuniera en sus filas a Pellegrini y a Federico Pinedo! Truculencias de este género son frecuentes en nuestra vida política y en la literatura histórica.

Los distintos sectores políticos se preparaban para la contienda electoral de 1892. La Unión Cívica de la Juventud, esa agrupación heterogénea nacida en el 90, hizo de Mitre su penoso candidato a la presidencia¹⁰⁸. En la Unión Cívica actuaba no sólo Alem, sino también su sobrino Hipólito Yrigoyen, joven político taciturno que había sentado sus reales en la provincia de Buenos Aires y que, como tantos autonomistas bonaerenses, siguió con frialdad el curso ambiguo y pactante del juarismo. Yrigoyen había participado muy lateralmente en la revolución del 90; se mantuvo deliberadamente en segundo plano. Pero no cortó sus relaciones de amistad con Carlos Pellegrini, presidente de la República, íntimo de Roca y dirigente del autonomismo nacional.

Cuando la Unión Cívica proclamó el nombre de Mitre, el antimitrista Hipólito disiente con su tío y se niega a colaborar en la campaña. «¿Cómo quiere que me haga mitrista?, Dirá a alguien Hipólito Yrigoyen ¡es como si me hiciera brasileño!»¹⁰⁹.

El futuro jefe radical identificaba a Mitre, como todo el pueblo, con la guerra del Paraguay y la alianza con el Brasil. En esa frase, ya estaba retratado Yrigoyen.

Es entonces cuando se pone en evidencia la sagacidad política de Roca y su arte táctico, digno de un florentino. Poseía todas las virtudes de político que recla-

mó su primera gran época: intrepidez en el proyecto, prolijidad en la ejecución, serenidad en la crisis, energía indomable y flexibilidad suma, conocimiento del país y de los hombres. Pero la astucia, su astucia de zorro se desarrollará en él anormalmente, peligrosamente, con autonomía de los fines. Esto ocurre ya cuando las bases sociales e históricas que lo señalaron como el hombre del 80, comienzan a disgregarse bajo la presión de las nuevas relaciones económicas nacidas por la dominación ejercida por el imperialismo en la vida nacional.

Roca no ignoraba que en el seno de la Unión Cívica había fuerzas que se opondrían a todo acuerdo con su persona. Entonces ofreció al fundador de «La Nación» un pacto; para evitar una tumultuosa lucha electoral, insinuó a Mitre que su nombre de prócer sería la prenda de unión. Mitre aceptó halagado. La noticia sensacional del abrazo Roca-Mitre bastó para disolver el convenio circunstancial que había acercado fuerzas tan disímiles a la Unión Cívica. El acuerdo de Roca con Mitre, obra maestra del oportunismo político más descarnado quitó a Mitre la base política de los sectores furiosamente antirroquistas, sin garantizarle por supuesto, el voto de los roquistas. El antirroquismo de Alem le hizo romper con Mitre; los mitristas advirtieron además, desolados, que su jefe se había abrazado imprudentemente con su más encarnizado enemigo sin consultarlos.

El hundimiento de la Unión Cívica no se hizo esperar, Mitre se separó fundando la Unión Cívica Nacional que lo elegirá candidato mientras que Alem e Yrigoyen nuevamente coinciden; Alem por antirroquista e Yrigoyen por antimitrista. El primero, romperá con Mitre por su abrazo con Roca, el segundo se aproximará a su tía por su ruptura con Mitre. Ambos integrarán la tendencia «radical» de la Unión Cívica. Las más plebeya y popular que propone a Bernardo de Irigoyen como candidato a presidente¹⁰.

Reiteremos el sentido de estos desplazamientos, pues revisten una importancia capital en la historia del radicalismo. Alem se hizo radical por oposición al acuerdo de Mitre con Roca, Yrigoyen, por rechazar la propia candidatura de Mitre. La Unión Cívica Radical se funda en ese malentendido, o por mejor decir, descansa en esa contradicción que define al movimiento desde su origen; mitrismo o nacionalismo, transigencia o intransigencia, dilema que ha subsistido hasta nuestros días y que pone al desnudo la naturaleza contradictoria de nuestra clase media, y la laboriosa gestación que sufre en sus entrañas la burguesía industrial. El radicalismo admitió siempre en los hechos esta dualidad. Oligarquía y revolución nacional, clericalismo y liberalismo, Alem e Yrigoyen, todo nació al mismo tiempo, jamás pudieron escindirse por completo y juntos continúan.

La Unión Cívica surgida de la contrarrevolución del 90 se dividirá de este modo entre el ala popular que luego será radical y el mitrismo.

En pocos meses Mitre advierte que se encuentra irremediamente solo, sin más apoyo que su vieja clientela oligárquica de la Capital Federal. Había sido burlado una vez más por Roca, que al divorciarlo de sus aliados, lo sitúa en el vacío político; sin temblarle el pulso, lo deja caer suavemente. Al comprender demasiado tarde la sutil maniobra, Mitre renuncia a su candidatura.

Otra maniobra de Roca

Dentro de las filas del Partido Autonomista Nacional de la Provincia de Buenos Aires, en el cual Roca jamás tuvo influencia directa y verdadera, se destaca una tendencia, probablemente apoyada por el juarismo derrotado, que propone a Roque Sáenz Peña como presidente de la República. Se trata de un adversario de Roca de tradición federal, amigo del círculo de Juárez. Roque Sáenz Peña era orador fogoso, soldado voluntario (aunque se enroló por un amor contrariado, según dictamina la tradición romántica) en la guerra del Pacífico, de la que salió premiado con el grado de general peruano. Su personalidad independiente y su notoria enemistad con Roca lo convertían en un rival temible¹¹¹.

Para liquidar esa peligrosa candidatura gestada en los cuadros de su propio partido, Roca ejecuta un segundo movimiento no menos impecable e inescrupuloso; levanta el nombre del doctor Luis Sáenz Peña —padre de Roque— como aspirante a la presidencia de la nación. Interesa en esta «solución nacional» a Mitre. Atrofiado en su papel de personaje, Mitre vivía obsesionado por el deseo de impedir un segundo gobierno de Roca. Hostil, por supuesto, al viejo federal Bernardo de Irigoyen, sostenido por esos extraños y vociferantes «radicales» agrupados detrás de Alem y de un ex comisario de Balvanera, accede a prestar su apoyo al venerable magistrado de la Suprema Corte.

Era don Luis Sáenz Peña un hombre gris, federal, muy católico (calzonudo, le llama Manuel Gálvez), que no inspiraba recelos a nadie por su inocuidad y cuya blandura suscitaba el concurso de los fuertes, como Roca, que esperaba enredarlo en sus contradanzas.

El nuevo acuerdo Mitre-Roca alrededor del nombre de Luis Sáenz Peña determinó la inmediata renuncia a su candidatura de su hijo Roque. El propósito de Roca estaba nuevamente logrado; mereció más que nunca su apodo de «zo-

ro». Pero estos oblicuos acuerdos con Mitre —es decir con la oligarquía porteña— de aquel mismo hombre que doce años antes había entrado a Buenos Aires por las armas y con el apoyo del interior estaban indicando las profundas modificaciones estructurales que se producían en la Argentina. Al transformarse radicalmente la sociedad criolla, de abajo a arriba, aparecían los síntomas de un desplazamiento de las fuerzas populares tradicionales hacia un nuevo movimiento nacional. Averiguaremos su naturaleza en el capítulo consagrado al crepúsculo de Roca y al nacimiento del radicalismo Yrigoyenista.

Para ilustrar al lector acerca del carácter de Luis Sáenz Peña y el mitrismo, veamos qué decía Eduardo Wilde de la candidatura del anciano rosista en una carta melancólica escrita desde Europa al vencido Juárez Celman:

Desconcierta la candidez de los mitristas. ¡Creen que don Luis Sáenz Peña se ha de haber olvidado de treinta años de persecución inicua, infame, salvaje! (porque lo que nos han hecho a nosotros es una dulzura al lado de la que llevaron a cabo Mitre y comparsa contra Irigoyen, Sáenz Peña y otros). No les permitan ni comprar en los almacenes y suponiendo que don Luis quisiera olvidarse, su casa, cada uno de sus muebles, cortinas, forros, arañas y faroles, cuya forma color y disposición no han cambiado en treinta años, le estarían recordando amarguras y ultrajes inmerecidos. El que agoniza nada ambiciona, todo le es lo mismo y nosotros asistimos a la agonía del partido mitrista cuyos últimos actos causan aquella piedad un tanto respetuosa que se tiene ante los que fueron opulentos y mueren en la miseria; el entierro es clásico, pero pobre¹¹².

Todo era verdad en las líneas mordaces de Wilde. Sólo faltaría añadir que si el partido mitrista agonizaba, la agonía del roquismo no tardaría mucho en comenzar. Los sucesivos retrocesos, debilidades y fracasos del roquismo, del mismo modo que las triquiñuelas electorales de Roca, su «viveza» y sus maniobras, no hacían sino prefigurar la consolidación de la oligarquía argentina sobre la ruina de los viejos partidos.

La masa popular, federal y alsinista de la provincia de Buenos Aires, agrupada bajo las banderas del Partido Autonomista Nacional se irá desplazando hacia el radicalismo a medida que el partido autonomista se «aburguese» y se transforme en instrumento de la oligarquía ganadera. Después de Pellegrini los dirigentes del autonomismo se harán conservadores y las masas bonaerenses seguirán a

Yrigoyen. Como el proceso de adaptación del autonomismo bonaerense a la oligarquía ganadera era mucho más rápido en la Buenos Aires exportadora que en el resto del país, Yrigoyen será en 1893 el caudillo popular de la provincia. Pero el interior todavía será roquista, aunque no por mucho tiempo.

Hipólito Yrigoyen entra en escena

Todo el mundo comprendió enseguida que el acuerdo para votar a Luis Sáenz Peña no era sino el prólogo de una segunda presidencia del general Roca.

Sáenz Peña gobernó prisionero de una crisis política crónica. Los ministerios se sucedían sin interrupción. En pocos meses el presidente reemplazó a 17 ministros. Las «renuncias» preparadas por Sáenz Peña a los ministros que despedía eran llamadas por el pueblo los «cedulones».

Mientras mitristas y roquistas se disputaban los puestos claves del aparato gubernativo, en 1893 estalla una revolución radical en la provincia de Buenos Aires. El movimiento moviliza a más de 30.000 civiles armados y ocupa sin derramamiento de sangre la ciudad de La Plata. Su inspirador y dirigente supremo es Hipólito Yrigoyen. El joven caudillo bonaerense adquiere de pronto dimensiones nacionales, revelándose como un jefe y conspirador consumado.

Las divergencias de Yrigoyen con Alem ya habían sido planteadas abiertamente en 1891, cuando Alem sostuvo la candidatura de Mitre. Se ahondan ahora con esta demostración de fuerza cuyo mérito exclusivo recae sobre Yrigoyen. Al mismo tiempo, la revolución del 93 demuestra que fuera de la provincia de Buenos Aires, baluarte del viejo alsinismo federal, cuya herencia Yrigoyen recoge, el naciente partido radical no posee aún la fuerza que adquirirá más tarde. Presionado por Mitre, el presidente Sáenz Peña, finalmente, desconoce el nuevo Gobierno Provisional de la provincia impuesto por la revolución radical y aplasta al movimiento. Pero el prestigio de Yrigoyen se va extendiendo por todo el país. Si el comicio libre y la Constitución es su bandera, su fuerza reposa en el comité de la provincia, que ha organizado minuciosamente y le responde por entero.

Alem, caudillo más próximo al tipo político de Alsina que al de Rosas o Roca (Yrigoyen pertenecerá a la familia psicológica de estos últimos), siéntese aislado en su propio partido, que de una manera en apariencia misteriosa se le desliza entre las manos. El «hijo del ahorcado» el tribuno de la plebe, el «mazorquero» (como murmura un viejo rencor porteño) advierte con amargo

asombro que su sobrino tan callado, tan humilde –ni orador, ni escritor–, un ser opaco en apariencia lo ha reemplazado silenciosamente en la adhesión apasionada de los jóvenes bonaerenses. Al exaltado agitador que no ignora su fascinación, esto le parece cosa de brujería o malas artes. Alem no puede luchar; él mismo habrá de confesar que no sirve para las «maniobras políticas» (de las que acusa a Hipólito), lo que equivalía a confesar su fracaso como jefe.

El tío de Yrigoyen se proponía encabezar en septiembre de ese mismo año otra revolución en las provincias. Pero Yrigoyen no le prestó su apoyo por considerarla mal preparada y prematura. Este hecho desnudó la completa independencia de Yrigoyen frente a Alem y la profundidad de sus desacuerdos.

Juárez Celman, cubierto de oprobio, se había retirado de la vida política a su estancia de «Villa Elisa». Alem, había sentido esa victoria como una derrota personal, pues la revolución del 90, por la habilidad felina de Roca había dispuesto las cosas de tal modo, que el poder cayó en manos del roquismo. Así, el 90 cobró dos derrotados: Juárez, jefe del gobierno y Alem, profeta de la oposición. La segunda derrota de Alem debía provenir de su partido, de su familia, de su sobrino. Un drama íntimo se enlaza con las diferencias políticas para volver irrevocable la ruptura entre ambos.

El radicalismo ya era un movimiento; pero nadie suponía que su jefatura estaba dividida, cuando en la noche de julio de 1896 un coche se detuvo en la puerta del Club del Progreso; en su interior yacía el caudillo con la cabeza perforada. Dejaba una carta que sus amigos llamaron el «testamento político», donde admitía su fracaso y una divisa: «adelante los que quedan». En una reciente polémica con Carlos Pellegrini, debió exhibir ante el público el estado de sus deudas; la lucha sorda con Hipólito lo había aniquilado y, en fin, terminó de desbaratar su precario equilibrio nervioso, un amor imposible. Mal de la época: pasión, duelo y vitriolo. Hacía poco, el general Boulanger después de una carrera política meteórica, había puesto fin a sus días sobre la tumba de su amada. Agitador sublime según sus amigos fieles, Alem sin embargo era incapaz de llevar su partido a la tierra prometida. Balestra, y con una ambigua ironía, hará su epitafio:

y así pasó a la historia como prócer después de encarnar el ideal político más avanzado y un mesianismo siempre peligroso en las democracias, este varón impresionante, a quien ayudaron, el destino, librándolo de gobernar y la virtud estoica, haciéndolo elegir la hora de su muerte¹¹³.

Otro país surgía entre tanto, otras clases pedían su lugar bajo el sol¹¹⁴.

Según el censo de 1895 la gestión de la industria y el comercio se hallaba en alrededor de un 80% en manos de extranjeros, que la ejercían como propietarios.

En 1895, en Buenos Aires había 31 analfabetos extranjeros por cada 100 extranjeros, en 1914, 25 por cada 100. En el resto del país, la proporción de analfabetos era mayor: 40% en 1895 y 43% en 1914.

Los extranjeros naturalizados en 1895 eran: 0,2 por cada 100, en Buenos Aires; en el resto del país, 0,1 por cada 100. En 1914 las proporciones eran las siguientes: 2,03 por cada 100 extranjeros, en el resto del país 0,9 por cada 100.

En la ciudad de Buenos Aires cifras de varones de 20 años o más 1869: argentinos, 12.000; extranjeros 48.000. 1895: argentinos, 142.000; extranjeros, 174.000.

El lirismo enfático del caudillo, sus versos llorosos y su desprendimiento, su bohemia, su espontaneidad, no bastaban para movilizar y dirigir en el entrevero de la corriente a las grandes masas que venía engendrando el desarrollo social del país. El verdadero jefe de ese movimiento ya visible sería Hipólito. El suicidio de Alem confirmó el traspaso histórico de poderes. No recaería en Alem la herencia de Alsina, como afirmaba un diario, sino en Yrigoyen, pero su partido no será simplemente bonaerense sino nacional.

Industria y movimiento obrero

La crisis del 90 ofreció dos curiosas comprobaciones: que el detestado Juárez Celman, no había robado ni un centavo como ritualmente la prensa porteña imputa a todos los presidentes que no gozan de su simpatía, y que la industria nacional había resultado de la hecatombe. Esto último también se revelaría una ley en el desarrollo económico de la Argentina. Pues el ubérrimo país de la pampa húmeda no desplegará su energía interior hacia la diversificación de sus economía pastoril y agrícola, sino a través de las grandes conmociones del régimen capitalista mundial. El 3 de marzo de 1890 el periódico «El Industrial» exclamaba alborozado:

no hay viento tan malo que no sople bien para algunos. La crisis por que atraviesa el país es tremenda Asimismo sopla perfectamente viento para la industria nacional, y sería de desear verla aprovechar la ocasión para levantarse... a las alturas y hacer adoptar por el público y las administraciones nacional y provincial sus numerosos y excelentes productos... Ha sonado la hora en que debe esa producción industrial desarrollarse con ímpetu a favor de ese enorme premio del metálico que constituye para ella la protección más eficaz que nunca pueda conseguir¹¹⁵.

Esta euforia tenía sus razones: en los talleres y fábricas trabajaban mujeres y niños de 6 o 7 años de edad en jornadas de 10, 12 y 14 horas. También los industriales tenían disgustos. Con la mano de obra, Europa enviaba a las huelgas. Justamente en medio de la crisis del 90, se había celebrado por vez primera el 1º de mayo en el Prado Español¹¹⁶. ¡Un mitin inquietante en Buenos Aires! Con desconfianza apenas reprimida los diarios comentaron el raro suceso: un orador alemán, otro francés, tres italianos y un español pronunciaron discursos llamando a la unión de los trabajadores:

Había en la reunión poquísimos argentinos, de lo que nos alegramos mucho,

decía sarcásticamente «La Nación»¹¹⁷. Poco le duró la alegría. Pues se diseminó rápidamente entre los trabajadores la doctrina anarquista que reclutó pronto más criollos que europeos. Pero en el acto solemne y simbólico de aquel 1º de mayo concurrieron todos los socialistas reformistas y los anarquistas. Entre las entidades adheridas figuraban el club alemán Vorwarts, la Sociedad Escandinava «Norden», la Sociedad «Figli del Vesubio», el Círculo Mandolinístico Italiano, y la Societá Force Unite¹¹⁸.

Tanto el proletariado como los patronos son en su mayoría extranjeros. En 1891 el Comité Internacional enviaba una nota al Presidente de la República doctor Pellegrini en la que se leía:

Miles y miles de miembros de la clase obrera han visto sus capitalitos absorbidos por el grande capital, y ellos mismos echados a las filas del proletariado, obligados a vender su fuerza de trabajo al capital, que le echa a la calle en el momento que así convenga a

*sus tendencias acumulativas. Miles de pequeños patrones han desaparecido y los que todavía se han podido sostener han rebajado los salarios notablemente buscando su salvación en la explotación ilimitada de estos*¹¹⁹.

Este curioso texto arroja una viva luz sobre un importante sector de la pequeña burguesía artesanal europea en Buenos Aires, golpeada por la crisis del 90; el Comité Internacional que asumía su defensa en nombre del «proletariado» era el que había organizado el mitin del 1º de mayo y estaba inspirado como el mismo memorial deja sospechar, por el notable ingeniero Lallemand, el primer socialista de formación teórica aparecido en Buenos Aires. Esos «artesanos» y «pequeños patrones» serán luego la base fundamental del Partido Socialista de la Argentina.

Pero en la década que transcurre entre la revolución del 90 y la segunda presidencia de Roca, aparecen los anarquistas. Emigrados de España, Italia y Francia, los países clásicos del anarquismo, se encuentran en medio de una sociedad nueva, hostil y convulsiva que los rechaza con todas sus fuerzas. A una oligarquía soberbia y despótica, se le agrega una burguesía incipiente y voraz, formada por los connacionales de los trabajadores y con la psicología de verdaderos «patrones de combate»: a su lucha por el mercado interior deben agregar el esfuerzo por incorporarse, también ellos, a una sociedad extraña. Mientras que los socialistas, con su criterio de consumidores reclaman a los poderes públicos una política de libre comercio para barrer la industria nacional y adquirir a bajo costo los artículos importados, los anarquistas se desprecupan de estos problemas: buscan soluciones más radicales. A partir del 90 aparecen publicaciones que hielan la sangre de horror a la Gran Aldea: los periódicos «Gli Sforzati»,

«I Malfattori», «Gli Incendiari», «Sempre Avanti», «Vendetta», «II Pugnale», «El perseguido», «Ni Dieu Ni Maître» difunden la idea de la «acción directa»¹²⁰. En un impreso secuestrado por la policía se lee: «A los obreros de la República: la rapacidad de la burguesía argentina va creciendo cada día de más en más y es ahora el momento oportuno para lanzarse a la revolución social»¹²¹.

El periódico «II Pugnale» por su parte exponía en uno de sus artículos piadosos consejos a sus lectores; sugería

*el empleo de bombas explosivas compuestas de nitroglicerina y clorato de potasio para realizar los postulados de la revolución social*¹²².

Esta propaganda química en la Argentina criolla ocasionaba sobresaltos, no sólo por su candorosa literatura, sino porque algunos anarquistas la cumplirían al pie de la letra. «El perseguido» que apareció en mayo de 1890 revelaba en un artículo el carácter embrionario del movimiento obrero, la desesperación nihilista del pequeño patrón arrojado a la condición de asalariado, del artesano proletarizado o del nuevo obrero de origen agrario que recién llegado a la ciudad ya conocía la desocupación:

*Nosotros somos los vagabundos, los malhechores, la canalla, la escoria, el sublimado corrosivo de la sociedad actual, nuestra divisa es la de los malhechores, nuestros medios, todo lo que la ley condena, nuestro grito ¡Muera toda autoridad! Por eso somos anarquistas*¹²³.

El desarrollo industrial que se inicia en la presidencia de Avellaneda y que alcanza mayor auge gracias a la crisis del 90, originó escasez de mano de obra. Los salarios subieron rápidamente. A la alarma de los fabricantes por este hecho, correspondió una medida sugerida por Estanislao Zeballos: se crearon 30.000 pasajes subsidiados para importar obreros hábiles de Europa en 1889¹²⁴. Los salarios descendieron a su vez y comenzó un fenómeno social que se prolongará durante más de medio siglo, se crea una subclase permanente de desocupados. El «ejército industrial de reserva» mantendrá los salarios a un nivel adecuado para la explotación capitalista, desalentará la formación de sindicatos obreros y contribuirá a «proteger» la industria con la sangre obrera, ya que la oligarquía desdeñaba protegerla por otros medios. La superexplotación obrera no figura en los discursos de los teóricos argentinos del proteccionismo¹²⁵. En la lucha entre librecambistas y proteccionistas, estos últimos estaban menos inclinados a considerar las demandas obreras que los primeros. La oligarquía no veía con malos ojos, dentro de ciertos límites, la legislación social, que comprimía las ganancias de los industriales y reducía su poder competitivo.

La violencia de los anarquistas, durante todo un período heroico del naciente movimiento obrero, debía encontrar una explicación concurrente en la voracidad de la nueva burguesía y en la violencia desatada de los gobiernos sucesivos que se resistían a comprender los fenómenos modernos atraídos por el desarrollo capitalista.

«La protesta humana» describía la miseria obrera de 1897:

*No sólo en la Argentina donde en la ciudad y en el campo pulula jadeante, extenuado, aterido de frío y vacío el estómago, el ejército de los sin trabajo, la legión de los que, sin casa ni hogar, mendigan asilo y ocupación... Del Uruguay emigran los obreros a millares porque allí la vida es imposible En el Paraguay la escasez es aterradora. En Chile se reúnen más de 8.000 obreros reivindicando su derecho a la existencia y aclamando la revolución social*¹²⁵.

«La Prensa» proponía enviar a los obreros desocupados al territorio nacional de El Chaco. En el Teatro Doria se reunían 5.000 desocupados que se esparcían por la calle, colmada la capacidad del local. En las calles Florida y San Martín, los agentes de policía con el machete desnudo, atacaban la muchedumbre¹²⁶.

Un joven poeta, recién llegado de Córdoba a la gran Capital, publicaba versos feroces contra la burguesía y el Ejército en una hoja titulada «La Montaña»: «Mi buen amigo Pedro el murguista/ viste a su mono de coronel... «. Era Leopoldo Lugones en sus años lozanos: «*Mi bandera roja ha flameado sobre la cabeza del pueblo, como un relámpago sobre una cumbre*», escribía mientras proponía a sus compañeros que la República adoptara como Himno Nacional un «himno incendiario» para sustituir la letra de Vicente López y Planes¹²⁷. Alberto Ghirardo, con bigote en punta y corbata voladora de espumilla negra, a la Lavallière, declamaba los versos bronceos de «la huelga» en los salones húmedos de los sindicatos de «oficios varios», Los policías eran los «sicarios»; la cárcel la «ergástula»; la doctrina era, naturalmente, la «idea»; la lucha se libraba para la «humanidad». Desvanecidos por las nuevas condiciones de producción los antiguos payadores, aparecerán en los suburbios los trovadores anarquistas, generalmente criollos; y en las guitarras con cintas rojas ya no resonaban las décimas de Hernández, sino letras imperiosas, donde resplandecía Bakunin y Darwin, junto a la nueva deidad que había encendido todas las esperanzas: la Anarquía.

Los artesanos más moderados y amigos del orden, proclamaban las ventajas de la «evolución» contra la «revolución catastrófica» y formulaban pedidos de una legislación obrera a los poderes públicos. Un joven médico, Juan B. Justo organizaba el partido socialista: aconsejaba la creación de cooperativas de consumo y la lucha contra el alcohol y el tabaco. Era positivista en filosofía, librecambista en economía y mitrista en historia. La industria tendía a mecanizarse después del 90; se introduce el trabajo a destajo y la división de las operaciones¹²⁸.

Pero estas miserias repulsivas de la vida cotidiana no atraen con frecuencia la atención de la prensa argentina. Despierta su admiración sin límites, en cambio, el jubileo de la reina Victoria. El diario de Mitre dedica largas columnas telegráficas a la información de los grandiosos festejos que se preparan en Londres. De todos los rincones del imperio llegan las delegaciones. El Secretario de Colonias, Joseph Chamberlain, hijo de un fabricante de zapatos, se habría jactado:

*Me atrevo a reclamar dos méritos: mi fe en el Imperio y mi fe en la raza inglesa. Sí, yo creo en esta raza, la más grande de todas las razas gobernantes que el mundo haya conocido jamás; en esta raza anglosajona orgullosa, tenaz, confiada en sí misma, resuelta, a la que ningún clima, ningún cambio puede bastardear y que infaliblemente será la fuerza predominante en la futura historia universal. Yo creo en ese Imperio, amplio como el mundo, del que ningún inglés puede hablar sin experimentar escalofríos de entusiasmo*¹²⁹.

A la capital de ese Imperio concurrían los vasallos, cargados de ricos presentes; la reina Victoria, para la oligarquía argentina, era la clave de su opulencia. En Londres los

*primeros ministros de los Dominios con levitas y galeras de copa, gobernadores coloniales con uniformes bordados, Rajás indios tocados con turbantes y cubiertos de pedrerías, mandarines birmanos con vestimenta de sedas preciosas, sultanes indonesios llevando sus kris en torno de la cintura, jefes zulúes cubiertos de pieles de pantera, derviches sudaneses con larga djellaba, reyezuelos de Nigeria con aros en la nariz, sachens pieles rojas de las reservas canadienses*¹³⁰

En esa reunión universal el siglo victoriano se celebraba a sí mismo y cantaba su poder «La Nación» de Mitre entonó, cómo dudarle, su propio «hosanna» al jubileo:

La colonia británica no está sola en nuestro país para honrar el acontecimiento que despierta las más nobles y patrióticas emociones en el espíritu de todos los hombres libres en cuyas almas

*el sentimiento de la justicia y el derecho tiene su expresión más amplia y verdadera en la Gran Bretaña. La historia de la colectividad inglesa en nuestro país está ligada a todas las iniciativas, a todas las empresas a todos los momentos individuales y colectivos que han impulsado nuestro desenvolvimiento económico y social en los últimos 50 años*¹³¹.

En el mismo editorial añadía, aludiendo a los ingleses residentes en la Argentina:

el espíritu de aquellos hombres emprendedores, inteligentes, honrados que hacen un culto de la labor y una religión de sus deberes, ha sido uno de los factores más poderosos y eficaces para el progreso argentino, influyendo activamente en la prosperidad comercial de nuestra plaza que hoy se cuenta entre las más ricas e importantes del mundo. Todos esos viejos ingleses que constituyeron el primer núcleo comercial de Buenos Aires, con sus casas importadores y exportadoras vinieron al país o vincularon al país sus mejores obras, durante el gobierno de la reina que ocupa desde hace sesenta años el glorioso trono de Inglaterra.

Imposible resumir el vasallaje en tan pocas palabras; esta proeza suele hacerla «La Nación».

Así, en los últimos años del siglo, la oligarquía argentina, ciega, obesa y feliz, reconocía su dependencia, y la proclamaba con orgullo.

Roquismo e yrigoyenismo

El gobierno de don Luis Sáenz Peña se arrastraba penosamente. Jaqueado por radicales, roquistas y mitristas, Sáenz Peña, definitivamente hartado, renuncia en 1895, entregando el mando al vicepresidente, el doctor José Evaristo Urriburu, político salteño y amigo personal de Roca. La estrategia roquista triunfa a través de la confusión de esos días.

Al plantearse el espinoso problema de la sucesión, los radicales tenían dos jefes: uno era el «figurón» anciano patricio de horas históricas, el doctor Bernardo

de Irigoyen de estirpe federal rosista. El otro, era el caudillo invisible pero incomparablemente más fuerte en el manejo real del partido, Hipólito Yrigoyen.

Rico estanciero bonaerense, estrechamente vinculado a los intereses de la sólida oligarquía que se formaba bajo la tutela imperialista, Don Bernardo estaba devorado por una antigua ambición: el rosista de ayer se sentía inclinado a pactar con el mitrismo para conquistar la presidencia. En efecto, el general Mitre le propone la formación de una «paralela», don Bernardo sería candidato común a la presidencia y el mitrismo elegiría el nombre del vice. Venciendo su repugnancia de viejo unitario, Mitre acepta a Don Bernardo «porteño al fin», antes que al odiado y temible Roca. Los convencionales radicales de todo el país, reunidos para discutir esa propuesta que cerraría el camino a la segunda presidencia del «Zorro», deciden aprobar el «acuerdo».

Pero el inescrutable Hipólito Yrigoyen convoca al Comité de la Provincia, el más importante y mejor organizado de la República. Allí propone que antes de aceptar un acuerdo con el mitrismo, el radicalismo bonaerense debe disolverse y esperar nuevos tiempos¹³². La propuesta de Yrigoyen es aceptada por unanimidad. Esa decisión mata el acuerdo con Mitre y facilita el triunfo de Roca. Será en esa oportunidad que Lisandro de la Torre, un joven y elocuente abogado rosarino, amigo del círculo transaccionista de Alem y partidario del acuerdo con Mitre, rompe con Yrigoyen para siempre. Lo acusará de «destruir en estos instantes la gran política de coalición»¹³³. En una renuncia célebre a su mandato de convencional de Santa Fe, De la Torre señalará a Yrigoyen como el principal factor en la impotencia del partido. Exige la expulsión del lacónico caudillo, proposición que es escuchada en medio de grandes silbidos. Termina afirmando, hastiado de todas las intrigas partidarias que no logra dominar, «resaca moral que disgusta de la vida», que en estas circunstancias «merecemos a Roca»¹³⁴.

Véase como De la Torre, declarado antirroquista, hijo de mitrista y admirador de Mitre él mismo, discípulo de Alem el transigente, se aparta definitivamente de Yrigoyen por rechazar éste el acuerdo con el jefe de la oligarquía porteña.

La historia ulterior de ambos personajes iluminará significativamente este choque que epilogará en un duelo. El diario de Roca «elogia la figura moral de Yrigoyen»¹³⁵.

Vale la pena insistir en que al romper el acuerdo con Mitre y disolver su partido, Yrigoyen dejaba la escena a Roca que sube a la presidencia sin difi-

cultades. Historiadores radicales se han rehusado a explicar este apoyo objetivo de Hipólito Yrigoyen a Roca. Gabriel Del Mazo, que tan detalladamente ha escrito la historia del radicalismo pasa por alto este hecho, que puede y debe ser esclarecido.

Con su certera penetración, Yrigoyen siempre vio en Roca no al escéptico político del «régimen» del que hablan sus curiosos exégetas póstumos, sino a la corriente más nacional y progresiva que su tiempo admitía. No lo dijo, porque además de hablar poco, Yrigoyen no era un publicista individual sino un político militante y no se vio obligado a pronunciarse; en último análisis no le convenía. Pero su política práctica se orientó invariablemente contra los enemigos de Roca, en primer lugar contra el mitrismo. El asociado político más íntimo de Roca era Pellegrini, a su vez, amigo personal de Yrigoyen, vinculación que este último jamás rompió, lo mismo que su amistad con Roque Sáenz Peña, también del Partido Autonomista Nacional, aunque no roquista.

Yrigoyen aspiraba incorporar a su movimiento, como en efecto sucedió, a aquellos vastos sectores provincianos que desde 1880 habían constituido el partido de Roca y que eran completamente inasimilables por los partidos porteños o bonaerenses. Esperó pacientemente la hora declinante del roquismo y jamás le hizo una revolución a Roca (aunque sí a Sáenz Peña y luego a Quintana). Esa indescifrable estrategia preparó lentamente las condiciones de un reordenamiento político de las masas populares: al desaparecer Roca de la política argentina en 1905, los sectores fundamentales del roquismo provinciano se integraron en el radicalismo.

Notas

- ¹ RIVERO ASTENGO, *ob. cit.*
- ² RIVERO ASTENGO, *ob. cit.*
- ³ GINO GERMANI: La asimilación de los inmigrantes en la Argentina y el fenómeno del regreso en la inmigración, p. 14, Ed. Instituto de Sociología, Buenos Aires, 1964.
- ⁴ SARMIENTO: Condición del extranjero en América, p. 499. Ed.: La Facultad, 1928.
- ⁵ V. H. GARCÍA LEDESMA: Lisandro de la Torre y la pampa gringa, Ed. Indoamericana, Buenos Aires, 1954.
- ⁶ *Ibíd.*
- ⁷ *Ibíd.*
- ⁸ RICARDO ROJAS: La restauración nacionalista, p. 342, Ed. Ministerio de Justicia e Instrucción pública, Buenos Aires, 1909.
- ⁹ ROJAS, *ob. cit.* p.342.
- ¹⁰ *Ibíd.*, p. 317.
- ¹¹ *Ibíd.*
- ¹² DELIA KAMIA: Entre Ingenieros e Yrigoyen, p. 77, Ed. Meridión, Buenos Aires, 1957.
- ¹³ ROJAS. *ob. cit.* p. 342.
- ¹⁴ POPOLIZIO, *ob. cit.*, p. 192.
- ¹⁵ CÉSAR VIALE: Estampas de mi tiempo, p. 23, Casa Editora: Julio Suárez, Buenos Aires 1945.
- ¹⁶ GARCÍA-MANSILLA, *ob. cit.*, p. 142.
- ¹⁷ Pilar de Lusarreta: Cinco dandys porteños, p. 41, Ed.: Kraft, Buenos Aires, 1943.
- ¹⁸ Diccionario histórico argentino, *ob. cit.*, p 545, tomo VI.
- ¹⁹ RIVERO ASTENGO: Pellegrini, *ob. cit.*. p. 125, tomo II.
- ²⁰ *Ibíd.*, p. 128.
- ²¹ Sommi, *ob. cit.*, p. 10.
- ²² RIVERO ASTENGO, *ob. cit.*, p. 160.
- ²³ *Ibíd.*, p. 161.
- ²⁴ *Ibíd.*, p. 166.
- ²⁵ LUCIO V. LÓPEZ: La gran aldea, p. 38, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1961.
- ²⁶ RICARDO R. CAILLET-BOIS: Presidencia de Miguel Juárez Celman, Historia Argentina Contemporánea, p. 347.
- ²⁷ MAYOL DE SENILLOSA, *ob. cit.*, en Busaniche, *ob. cit.*, p. 884.
- ²⁸ CAILLET-BOIS, *ob. cit.*, p. 347.
- ²⁹ THOMAS F. MC GANN: Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano 1880-1914, p.85, Ed. Eudeba, Buenos Aires 1960.
- ³⁰ GARCÍA-MANSILLA, *ob. cit.*, p. 243.
- ³¹ CAILLET-BOIS, *ob. cit.*, p 348.
- ³² RIVERO ASTENGO, *ob. cit.*, p. 168.
- ³³ MAROTTA, *ob. cit.*, p. 43.
- ³⁴ RIVERO ASTENGO: Juárez Celman, *ob. cit.*, p. 467.
- ³⁵ MAROTTA, *ob. cit.*, p. 51.
- ³⁶ *Ibíd.*
- ³⁷ Chávez, *ob. cit.*, p. 258.
- ³⁸ PAUL GROUSSAC: El viaje intelectual, p. 21, Ed. Victoriano Suárez, Madrid 1904.
- ^{38 bis} JUAN BALESTRA: El Noventa, una evolución política argentina, p.8, Ed. Fariña, Buenos Aires, 1959.
- ³⁹ MAYOR DE SENILLOSA, *ob. cit.*, p. 836.
- ^{39 bis} BALESTRA, *ob. cit.*, p. 9.

- ⁴⁰ GARCÍA MANSILLA, *ob. cit.*, p. 201.
- ⁴¹ RIVERO ASTENGO: Juárez Celman, p. 516.
- ⁴² RIVERO ASTENGO, Pellegrini, p. 237.
- ⁴³ Rivero Astengo: Juárez Celman, p. 426.
- ⁴⁴ *Ibidem*, Pellegrini, p. 226.
- ⁴⁵ BALESTRA, *ob. cit.*, p. 14.
- ⁴⁶ MANUEL LÓPEZ CEPEDA: Marcos Juárez, su vida y su tiempo, p. 249, Córdoba, 1962.
- ⁴⁷ BALESTRA, *ob. cit.*, p. 9.
- ⁴⁸ VÁZQUEZ DE PRADA, *ob. cit.*, p. 9268169, tomo II.
- ⁴⁹ SCHNERB, *ob. cit.*, p. 183.
- ⁵⁰ SCALABRINI ORTIZ: Política Británica en el Río de la Plata, p. 71.
- ⁵¹ VÁZQUEZ DE PRADA, *ob. cit.*, p. 339.
- ⁵² BEAUMONT, *ob. cit.*
- ⁵³ Beaumont, *ob. cit.*, p. 400.
- ⁵⁴ *Ibidem*.
- ⁵⁵ Underwood Faulkner, *ob. cit.*, p. 584.
- ⁵⁶ TUGAN BARANOWSKY. Las crisis industriales en Inglaterra. p. 462 Ed. La España Moderna Madrid.
- ⁵⁷ *Ibidem*.
- ⁵⁸ Beaumont, *ob. cit.*, p. 399.
- ⁵⁹ VÁZQUEZ DE PRADA, *ob. cit.*
- ^{59bis} MC GANN, *ob. cit.*, p. 155. En el texto de esta obra se lee «carácter complementario», lo que sin duda es un error de traducción o corrección. Debe ser, evidentemente, «no complementario», o en su defecto, «competitivo».
- ⁶⁰ *Ibidem*. p. 141.
- ⁶¹ *Ibidem*. p. 102.
- ⁶² *Ibidem*. p. 103.
- ⁶³
- ⁶⁴ *Ibidem* p. 248 y 259.
- ⁶⁵ *Ibidem* p. 239.
- ⁶⁶ *Ibidem* p. 240.
- ⁶⁷ FERNS, *ob. cit.*, p. 292.
- ⁶⁸ FERNS, *ob. cit.*, p. 410.
- ⁶⁹ JUAN PABLO OLIVER: La revolución del 90, Revista Esto Es, 10 de agosto de 1954.
- ⁷⁰ *Ibidem*.
- ⁷¹ RIVERO ASTENGO: Pellegrini, *ob. cit.*, p. 241, tomo II.
- ⁷² FERNS, *ob. cit.*, p. 412.
- ⁷³ Cfr. JUAN BALESTRA: El noventa, Fariña Editor, Buenos Aires.
- ⁷⁴ *Ibidem*.
- ⁷⁵ JULIÁN MARTEL: La Bolsa, p. 14, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1959.
- ⁷⁶ LUIS V. SOMMI: La revolución del 90, p. 82, Ed. Monteagudo, Buenos Aires, 1948.
- ⁷⁷ FRANCISCO A. BARROETAVERÑA: Origen de la Unión Cívica de la Juventud, en La Revolución del '90, p. 19, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1940.
- ⁷⁸ Cfr. BALESTRA, *ob. cit.* .
- ⁷⁹ Barroetaveña, *ob. cit.*, p. 22.
- ⁸⁰ BALESTRA. *ob. cit.*, p. 86.
- ⁸¹ OLIVER, *ob. cit.*
- ⁸² LÓPEZ CEPEDA, *ob. cit.*, p.239. «Fue, sin duda, una revolución porteña puesto que los catorce ranchos restantes, incluyendo la provincia de Buenos Aires, no se movieron sino para poner en armas tropas de auxilio del gobierno nacional».
- ⁸³ RIVERO ASTENGO: V. *ob. cit.* y Miguel Navarro Viola, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1947.

- ⁸⁴ RIVERO ASTENGO: Juárez Celman, *ob. cit.*
- ⁸⁵ SOMMI, *ob. cit.*, p. 106.
- ⁸⁶ *Ibidem.*
- ⁸⁷ BALESTRA, *ob. cit.*, p. 66.
- ⁸⁸ BARROETAVERÑA, *ob. cit.*, p. 70. BALESTRA, *ob. cit.*, p. 67.
- ⁸⁹ BALESTRA, *ob. cit.*, p. 78.
- ⁹⁰ *Ibidem*, p. 85.
- ⁹¹ *Ibidem*, p. 87.
- ⁹² GÁLVEZ: Vida de Hipólito Irigoyen, p. 35 y ss. Ed. Tor, Buenos Aires, 1951.
- ⁹³ Oliver, *ob. cit.*
- ⁹⁴ GABRIEL DEL MAZO: El radicalismo, Ensayo sobre su historia y doctrina, p.13 y 14. Ed. Raigal, Buenos Aires, 1951. Este autor afirma: «La revolución del 90 advino como reacción moral contra el sensualismo desbordado», interpretación radical primero y tradicional después, que es manifiestamente inexacta.
- ⁹⁵ RIVERO ASTENGO: Navarro Viola, *ob. cit.*, p. 441.
- ⁹⁶ RIVERO ASTENGO: Juárez Celman, *ob. cit.*
- ⁹⁷ V. RICARDO R. CALLET BOIS: Presidencia de Miguel Juárez Celman, p. 331, tomo I de Historia Argentina Contemporánea, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1963.
- ⁹⁸ SOMMI, *ob. cit.*, p. 222.
- ⁹⁹ D'AMICO, *ob. cit.*, p. 286. Personaje singular de la política bonaerense, D'Amico escribe amargamente en la obra citada que los argentinos sufrirán crisis sucesivas hasta que llegue un día «*en que los usureros del otro lado del mar sean dueños de todos sus ferrocarriles, de sus grandes empresas, de todas las cédulas y de las cincuenta mil leguas que les hayan vendido a vil precio. Cuando no tengan más bienes que entregar en pago empezarán a entregar las rentas de sus aduanas, seguirán con entregar la administración de todas sus rentas; permitirán, para garantizar esa administración, la ocupación de su territorio, y concluirán por ver flotar sobre sus ciudades, en sus vastas llanuras, en sus caudalosos ríos, en su altísima montaña la bandera del imperio que protege la libertad de Inglaterra, pero que ha esclavizado al mundo con la libra esterlina, cadena más fuerte y más segura que el grillo de acero más pesado que haya usado jamás ningún tirano*», p. 165.
- ¹⁰⁰ BALESTRA, *ob. cit.*, p. 441. V. BARROETAVERÑA, *ob. cit.*
- ¹⁰¹ SOMMI, *ob. cit.*, p. 234.
- ^{101 bis} HENRY DUNNING MACLEOD, The theory of credit, London, 1891, Tomo II, p. 835.
- ¹⁰² PELLEGRINI: Obras, p. 98, tomo V.
- ¹⁰³ *Ibidem*, p. 439, Tomo IV.
- ¹⁰⁴ LABOUGLE, *ob. cit.*, p. 69.
- ¹⁰⁵ PELLEGRINI, *ob. cit.*, p. 237, tomo IV.
- ¹⁰⁶ LABOUGLE, *ob. cit.*, p. 84.
- ¹⁰⁷ ASTESANO, *ob. cit.*, p. 235.
- ¹⁰⁸ ANGEL CARRASCO: Lo que yo vi desde el 80, p. 69, Ed. Promo, Buenos Aires, 1947.
- ¹⁰⁹ GÁLVEZ, *ob. cit.*, p. 60.
- ¹¹⁰ Cárcano, *ob. cit.*, p. 105.
- ¹¹¹ IBARGUREN, *ob. cit.*, p. 95.
- ¹¹² RIVERO ASTENGO, *ob. cit.*, p. 585.
- ¹¹³ BALESTRA, *ob. cit.*, p. 250.
- ¹¹⁴ GERMANI, *ob. cit.*, p. 95 y ss.
- ¹¹⁵ DORFMAN, *ob. cit.*, p. 142.
- ¹¹⁶ MAROTTA, *ob. cit.*, p. 80.

- ¹¹⁷ ODDONE, *ob. cit.*, p. 52
- ¹¹⁸ MAROTTA, *ob. cit.*, p. 80
- ¹¹⁹ ODDONE, *ob. cit.*, p. 56
- ¹²⁰ MAROTTA, *ob. cit.*, p. 73 y ss
- ¹²¹ *Ibíd.*
- ¹²² *Ibíd.*
- ¹²³ *Ibíd.*
- ¹²⁴ DORFMAN, *ob. cit.*, p. 88 y ss -
- ¹²⁵ DIEGO ABAD DE SANTILLÁN: La F.O.R.A. ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina, p. 56, Ed. Nervio, Buenos Aires, 1933.
- ¹²⁶ *Ibíd.*, p. 57.
- ¹²⁷ MANUEL GÁLVEZ: Amigos y maestros de mi juventud 1900-1910, P. 220 y ss., Ed. Kraft, Buenos Aires, 1944.
- ¹²⁸ DORFMAN, *ob. cit.*, P. 88 y SS.
- ¹²⁹ JACQUES CHASTENET: El siglo de la reina Victoria, p.132, Ed. Argos, Buenos Aires 1949.
- ¹³⁰ *Ibíd.*, p. 440.
- ¹³¹ «La Nación», 22 de junio de 1897.
- ¹³² LISANDRO DE LA TORRE: Obras, p. 18 y ss., tomo I, Ed. Hemisferio, Buenos Aires, Segunda edición, 1952.
- ¹³³ *Ibíd.*, p. 14.
- ¹³⁴ *Ibíd.*, p. 16.
- ¹³⁵ GÁLVEZ, *ob. cit.*, p. 103.

EL OCASO DEL ROQUISMO

El conquistador del Desierto tenía 54 años al comenzar su segunda presidencia. Su figura se había redondeado, la mirada era siempre serena, teñida de ironía. La calva precoz y los escasos cabellos blancos añadían gravedad a la juvenil estampa del general, que había tenido en un puño a la República durante las últimas dos décadas. Hacía veinte años había entrado a la orgullosa ciudad con 40.000 soldados de línea; con ese acto había decapitado la hegemonía portuaria y puesto fin a la dominación del partido mitrista.

Después de vencer al mitrismo, negoció con él; pues el partido porteño poseía en la Capital lo que Roca jamás logró conquistar: la popularidad de una clientela cada vez más cosmopolita. Roca fingía consultar a Mitre en cada ocasión trascendente, en realidad sondeaba el estado de ánimo de Buenos Aires, que lo miró siempre con recelo. Roca hacía lo que en esos tiempos llamase «gobierno de opinión». Unos pocos miles de argentinos votaban en las elecciones; el resto eran extranjeros, que constituían la mayoría adulta de la población. Durante los últimos gobiernos del régimen antes de Yrigoyen, la lucha política realizábase entre argentinos, fueran estos mitristas o roquistas, sólo con la segunda generación de hijos de inmigrantes se abrirán las puertas de la libertad electoral. Yrigoyen dará la fórmula que no sólo era democrática sino también nacional e integradora.

El mundo, entretanto, había modificado profundamente su fisonomía. La era del imperialismo, vivía su turbulenta juventud. Kipling había cantado:

Tenemos los hombres, tenemos los barcos y tenemos el dinero también.

El reparto de las colonias y las disputas de las grandes potencias se leían en los diarios de Buenos Aires. El Transvaal y el Lago Victoria, Sudán y Egipto, China y Nigeria –todo Asia y todo Africa– eran meticulosamente saqueados por

la civilización. Los ensayistas indagaban sobre el genio racial del hombre blanco, capaz de realizar tales proezas:

Es necesario que el negro sepa que la nación que se ha instalado como dueña en medio de sus sabanas y de sus bosques es más fuerte, más poderosa, más gloriosa que sus antiguos amos¹.

Gobineau conceptuaba al «ario» como el tipo aristocrático de la raza humana; Carlyle y Kipling señalaban al sajón como el único creador de la historia. El «peligro amarillo» se convierte en el tema favorito de los imperialistas blancos. Ingleses, franceses y alemanes compiten en atribuir a sus respectivos países la función de soldados de una nueva cruzada en los territorios del mundo excéntrico. El joven imperialismo norteamericano acude jadeante a la sublime competencia:

Hemos alcanzado ya tal grado de desarrollo industrial que para asegurar la venta de nuestro excedente de productos, nos es preciso abrirles nuevos caminos,

dice sin poesía el presidente Mac Kinley². Teodoro Roosevelt, cínico y rapaz declara:

La guerra es lo único que nos permite adquirir estas cualidades viriles, necesarias para triunfar en la lucha sin cuartel de la vida actual³.

Rubén Darío, el nicaragüense contesta al perro de presa con lo único que en aquella época, antes de Sandino y de Fidel Castro, podían responder los latinoamericanos:

Tened cuidado ¡Vive la América española! ¡Hay mil cachorros sueltos del León Español! Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo, el Riflero terrible y el fuerte cazador, para poder tenernos en vuestras férreas garras. Y, pues, contáis con todo falta una cosa ¡Dios!⁴

El hambre se volvía una «institución en la India»⁵. Comenzaban las intrigas norteamericanas para obtener del Senado de Colombia la concesión en la provincia de Panamá y construir un canal. Se ponían de moda las virtudes raciales: «los cruzamientos borran las mejores cualidades»⁶, caían los más cálidos elogios sobre el «dolicocéfalo imperialista y codicioso»⁷.

El «affaire» Dreyfus en Francia había replanteado con furor antes desconocido la cuestión judía en Europa. La tolerancia cede su paso al antisemitismo en virtud de las migraciones de los judíos perseguidos de Rusia zarista y Polonia, que alarman a las potencias civilizadas. «La Francia Judía» de Eduard Drumont inicia el escándalo que se prolonga hasta el 900. El militarismo, el antisemitismo, la aversión al socialismo, nuclean a las clases conservadores de Francia. A la hora del ajenjo, los antisemitas se reúnen en la «Place Blanche»⁸. Maurice Barrés y los patriotas que predicaban la hora del regreso a la tradición y a la sangre, formaban el espíritu de Maurras y los hombres de la «Action Française». La «abuela de la Europa monárquica» se dispone a morir después de un largo reinado; el galante y afrancesado Eduardo VII sube al trono envuelto en la gloria de la guerra anglo-boer, la rebelión de los boxers en China, las aventuras de Cecil Rhodes. Hartos de un naturalismo sofocante los poetas habían iniciado, años antes, la reacción simbolista; había que «torcerle el cuello a la elocuencia», según el dictamen de Verlaine. De allí al esteticismo, no había más que un paso. Con el puritanismo de la era victoriana aparecen el «dandy» y el esteta. En ese maravilloso y confortable fin de siglo, muere en París, Oscar Wilde. Rubén Darío traería a la Buenos Aires absorta todas las primicias de las palabras nuevas.

Para la Argentina novecentista de Roca, no obstante, la historia espiritual del mundo sólo se expresaba en el imperio despótico del positivismo. En esos años, ocurrían cosas sorprendentes: Freud publicaba «Interpretación de los sueños»; se escuchaba en París la primera audición de «Pavana para una infanta difunta» y Ravel era audazmente aprobado por ciertos círculos; el enigmático anuncio de Max Plank sobre la teoría de los «cuanta» despertaba menos emoción. ¡Pero el positivismo! ¡Pero la ciencia! La idea de la evolución y del progreso ilimitado eran la religión de la época, una verdadera obsesión. Darwin había teorizado sobre la evolución de las especies, por obra de Spencer, se extiende esta idea a la esfera social. Ferdinand Brunetiére la aplica a su dominio y habla de la «evolución de los géneros literarios»⁹.

Todos los pensadores proclaman la identidad de la evolución con el progreso, transfiriendo a la esfera de la filosofía y de la sociología el optimismo panglossiano de la burguesía próspera del siglo XIX. Es la concepción positivista

de un universo rosa. «El presente es superior al pasado, el porvenir será superior al presente» como el capitalismo a lo largo del siglo anterior, no había hecho sino progresar sin tasa, como el acrecentamiento de los bienes materiales, de las leyes benefactoras y de los nuevos inventos parecía sin término, la burguesía mundial encontraba de su agrado este valle de lágrimas e imponía a los filósofos su propia concepción del mundo.

La guerra franco prusiana, con su fulminante epílogo, había sido un insignificante lunar en el plácido rostro europeo. Desde las guerras napoleónicas, el Viejo Mundo vivía en paz. Haeckel, Darwin, Spencer, Stuart Mill, Comte, son los corifeos supremos de la nueva evolución. Algunos sostienen que la religión no se funda en la selección natural, sino en la adaptación al medio, pero todos coinciden en la idea motriz: la evolución guiada por la ciencia ilumina el camino triunfal de una humanidad nueva. La fe en la ciencia adquiere caracteres místicos. La historia se transforma en una línea recta; la historiografía saluda la aparición del erudito prisionero del «hecho» y de la «ficha». También la «ciencia» se apodera de los indagadores del pasado.

Los coleccionistas de fichas se sienten sacerdotes de la verdad augustas¹⁰.

En la Argentina tenía su eco esta sociología positivista. Lucas Ayarragaray publicaba en Buenos Aires «La anarquía y el caudillismo». Como lo hará Carlos Octavio Bunge, Agustín Alvarez, José Ingenieros o José María Ramos Mejía, se prolongan aquí, bajo un solemne manto científico, las ineptias de Sarmiento o Mitre sobre nuestra historia.

Las revoluciones sudamericanas no son sino pronunciamientos, subversiones de grupos y de caudillos, sin orientaciones de ideales, expresiones de politiqueros subalternos o mestizos que por azar tuvieron una acción efímera o irregular en la anarquía argentina.

Ingenieros observa, con aprobación, que en esas luchas, los caudillos

encarnan la resistencia feudal contra la unidad civil de la Nación¹¹.

El mismo autor comenta el libro de Ayarragaray en los siguientes términos:

la psicología de mulato y su influencia en nuestro ambiente político, queda bien evidenciada en muchas páginas brillantes, así como las otras formas de hibridismo: 'Toda la gama del mestizaje' (p. 194).

Según se ve, tampoco escapó Ingenieros a las ideas en boga, que adquirirían importancia política de primer orden con el triunfo de Yrigoyen en 1916 y con el de Perón en 1946. El liberalismo y la izquierda cipaya nutrieron su odio al criollo en las fuentes del positivismo.

Con un lenguaje donde el positivismo se ennoblece con un vago marxismo, Ingenieros alude al combate entre la «economía feudal y la economía burguesa». Y agrega que

la ley de herencia psicológica, constante en la psiquis individual como en el alma de las naciones, induce a buscar entre los progenitores el encubierto estigma que asume en sus hijos caracteres notables y violentos¹².

En otras palabras la maldita herencia española, rebrotada en la América bárbara:

el caudillo argentino, al nacer, trae intensificado los vicios de sus antecesores españoles.

Ayarragaray, por su parte, juzga que en ese origen

se engendró el instinto de la prepotencia personal, como norma para ejercer el poder.

Bunge, a su vez, señala la «pereza criolla» y la «tristeza» nacional, como herencia del conquistador. La cualidad del europeo reside, por el contrario, en la alegría y el trabajo. «Resignación, pasividad y vergüenza» serían otros tantos rasgos

del indígena, con lo que corrobora a Sarmiento y otros teóricos de la supremacía blanca. Ramos Mejía incurría en esos días en errores no menos monstruosos; si dejamos de lado su índole «científica» políticamente servían para modelar la idea porteña y oligárquica en la formación de la sociedad argentina. Su libro «Las multitudes argentinas» se fundaban en las vacuidades del célebre divagador Gustave Le Bon, inventor de la «psicología de las multitudes». Sólo puede formar parte de la multitud, escribe Ramos Mejía

*el individuo humilde, de conciencia equívoca, de inteligencia vaga y poco aguda, de sistema nervioso relativamente rudimentario e inadecuado, en suma el hombre cuya mentalidad superior evoluciona lentamente, quedando reducida su vida cerebral a las fuerzas instintivas*¹³.

Este biologismo, este «psicologismo» y este sociologismo de pacotilla mal traducida, hacían furor en la Argentina de Roca.

Juan B. Justo adaptará este indigente legado a su partido Socialista. La tradición argentina desaparecía. David Peña, el joven amigo de Alberdi, pronuncia sus lecciones sobre «Facundo», en la Facultad de Filosofía, cuyo decano es Miguel Cané, ensayando una reinterpretación del caudillo; asombró su elocuencia, pero no tuvo eco.

La juventud frívola, sin embargo no prestaba atención en esos años a tales especulaciones. Prefería deslizarse hacia el peringundín del sueco Hansen, en un Palermo descocado y libertino donde se tocaba y bailaba una danza nueva: el tango. Un cuarteador de Barracas, llamado Villoldo, silbaba cierta melodía profana que daría la vuelta al mundo, «El Choclo».

En los círculos obreros se leía «Germinal» de Zola, en las ediciones de Sempere de Barcelona. La revista «El Sol», escrita por Alberto Ghirardo, rendía homenaje a la Escuela Racionalista de Francisco Ferrer, apóstol fusilado en los fosos de Monjuich. Estaba de moda el anticlericalismo. El diputado Carlos Olivera presentaba un proyecto de divorcio en la Cámara de Diputados y las polémicas estremecían la ciudad. El drama «Electra» de Pérez Galdós, era tomado como pretexto para conmover a la muchedumbre de liberales, masones y anarquistas. Se estrenaba simultáneamente en tres teatros porteños; el concluir la función los espectadores salían en manifestación y desfilaban ante la Iglesia de San Miguel al grito de ¡*Electra!* ¡*Electra!* ¡*Y mueran los frailes!* En una de las funciones se vio

a un abogado desconocido, casi adolescente, llamado Alfredo Palacios, vestido de negro y con un chaleco rojo, encabezar la multitud vociferante. En Córdoba, del mismo modo, la inocente obra de Galdós originaba manifestaciones semejantes: el público salió a quemar conventos y el diario «Los Principios»: pero sólo hubo pedradas contra La Merced¹⁴. Al morir Zola, la colectividad judía de Buenos Aires cablegrafiaba a la viuda una sola palabra: «Verité». Los hombres de «ideas avanzadas» bautizaban a sus hijos con el agua laica de nombres arrebatadores: Anarquista, Floreal, Amanecer, Acracia, Libertario, Armonía, Alba. «La Nación» antes de hacerse beata, tenía sus arranques antisemitas: advirtió al gobierno que no convenía favorecer la inmigración judía porque los judíos eran

*sucios, indolentes e ineptos para las labores agrícolas y en todas partes donde se han reunido en número considerable han provocado cruzadas en su contra*¹⁵.

La clase decente tenía sus periódicos: «La Nación» en primer término; «El diario», de Manuel Láinez; «La Prensa» de los Paz, ferozmente antirroquista; el semanario la «Hojita del hogar» y «La buena lectura», que devoraban las hijas de María.

Pero el espejo risueño del 900 era «Caras y Caretas». Cada semana escribía Fray Mocho sus diálogos admirables. Allí desfilaban todos los tipos humanos y sociales de una sociedad en vertiginosa transformación rebosante de ironía, colorido y vitalidad.

*Aquí en Buenos Aires, no hay más gringo qu'el doctor Pellegrini.. ¿sabe? ... como no hay sino un solo Don Bartolo y no habrá más Roca que Julio, a quien los amigos le llamamos el Zorro en la intimidá, pa significar que el hombr'es capaz de pelarse un gallo sin que cacaree y hacerle creer que le van a salir las plumas el domingo de carnaval*¹⁶.

Anarquistas e iluminados, criollos y cosmopolitas, clericales y divorcistas, estancieros con hijos en Europa, coroneles del Desierto aburguesados en la prosperidad, soldados patrias en los asilos de inválidos, primas-donnas y sirvientas gallegas, positivistas y bohemios, millonarios y parias, toda la sociedad argentina se dirigía rápidamente en el 1900 hacia la «bella época», que vivirá su apogeo en las fiestas del centenario.

Era otra Argentina la que presidía por segunda vez este general de 54 años en 1898. La Gran Aldea, transformada por el furor del progreso que se propaga en su presidencia del 80, se daba aires de gran metrópoli; la Gran Argentina soñada por su generación parecía una realidad. Ciertamente es que todo ese progreso, perceptible en los nuevos edificios –Roca hacía construir el actual Palacio de Justicia, la Escuela Industrial de la Nación, la Facultad de Medicina, los Institutos de Agronomía y Veterinaria–, había sido logrado simultáneamente con el control imperialista de resortes fundamentales de nuestra economía. Sus causas ya las hemos expuesto en este relato y Roca, como Yrigoyen, sólo se moverá dentro de los límites fijados por la historia precedente: el auge mundial del imperialismo era incontestable.

¿Qué quedaba de aquel país de 1880? En la capital que Roca había conquistado para todos los argentinos, acariciada todavía por el viento pampeano, ya se hablaba por teléfono. El compadrito de Fray Mocho, encaramado en el «tranway» a caballo profiriendo piropos a las chinitas, comenzaba a desaparecer; el cuarteador se hacía vigilante y se enfundaba orgullosamente su casco con punta; el orillero se mudaba de la pulpería al almacén y se empleaba como guapo profesional en el comité. Aquellos bravos cuchilleros alsinistas que pelearon en el atrio por su caudillo, a puro corazón, se harían muy pronto matones de Marcelino Ugarte, el «petiso orejudo», prototipo del oligarca bonaerense, conservador desafiante en el umbral del nuevo siglo. La musa plebeya de Evaristo Carriego cantará al matón, confinado en el suburbio, ya carne de presidio.

El invento de Edison iluminaba las calles porteñas: los troncos Orloff se disponían a dejar su sitio a unos artefactos monstruosos que corrían sin caballos. En los Corrales Viejos hacían sitio para nuevos Mataderos y las casonas amplias de Rosas caían bajo la piqueta de intendentes que admiraban al barón Haussmann. El jardín Zoológico, que llamaban «las fieras», era reorganizado bajo su forma actual; la ciudad entera sufría un cambio prodigioso. Era este el siglo XX, temido por los agoreros y ambicionado por la nueva generación: la embriaguez de nuevos ideales se apoderaba de la juventud. Roca representaba en ese momento una transición entre la vida Argentina de nuestras guerras civiles y la organización del Estado moderno. Reúnense en él, de manera alegórica, el curtido soldado de fogón que combatió una vez a lanza, y el hombre culto: esta rara síntesis de nuestra historia se dará recién en Roca.

En su gabinete figura el Dr. Osvaldo Magnasco, orador de palabra mordiente, un parlamentario excepcional en una época de cultores del verbo.

Era hijo de un marino mercante de origen italiano radicado en Entre Ríos; si el padre, como cumplía a un garibaldino era mitrista, el hijo, ya argentino, educado en un colegio de Concepción del Uruguay, por cuyas aulas habían pasado Roca, Andrade, Fray Mocho y tantos otros sería roquista. Una gran sombra vela la posteridad de Magnasco; hay que explicar este silencio, y terminar con él. Magnasco habíase vinculado desde muy joven (nació en 1864) al partido Autonomista Nacional, como casi todos los provincianos pobres. Bajó a Buenos Aires con su apostura no exenta de cierta grandilocuencia, bien plantado y seguro de su valía, dispuesto a ocupar su lugar en la altiva ciudad porteña. Integró el círculo político del juarismo en auge, pero no se encadenó a la adulación organizada y ciega. Si participó del banquete de los «incondicionales», en vísperas del 90, siempre actuó con plena independencia en la Cámara donde adquirió fama de un hombre que supo conservar el sentido del interés nacional en el torbellino áureo 90. Sabía bien su latín, y nadie pudo asombrarse de su versación jurista y humanista; pero concentró la atención general cuando formuló un certero ataque a las tropelías del capital ferroviario británico, considerado en esos momentos la varita Mágica del progreso argentino.

En un trabajo sobre Magnasco, Julio Irazusta transcribe algunos fragmentos del discurso pronunciado por Magnasco en la Cámara de Diputados con respecto al tema antes aludido¹⁷. Miembro de la Comisión Investigadora de los Ferrocarriles Garantidos, este «incondicional» diría sobre el capital británico, palabras que no han perdido actualidad:

¿han cumplido las compañías privadas los nobles propósitos que presidieron estas concesiones de ferrocarril, tan prodigiosas en estos últimos años? El espíritu civilizador, que animó las disposiciones legislativas, ¿Ha sido satisfecho por las empresas? ¿Han servido como los elementos de un progreso legítimamente esperado, o por el contrario, han sido obstáculos, obstáculos serios, para el desarrollo de nuestra producción, para la variedad de nuestras industrias y para el desenvolvimiento del comercio? Mejor sería, señor que no contestase tales preguntas, porque aquí están los representantes de todas las provincias argentinas, que experimentalmente han podido verificar con los propios ojos, el cúmulo de pérdidas, de reclamos de dificultades y de abusos producidos por esto que en nuestra candorosa experiencia creímos factores seguros del bienestar general...

Ahí están las provincias de Cuyo, por ejemplo, víctimas de tarifas restrictivas, de fletes imposibles, de imposiciones insolentes, de irritantes exacciones, porque el monto de esos fletes es mucho mayor que el valor de sus vinos, de sus pastos y de sus carnes, Ahí están Jujuy y Mendoza, sobre todo la primera, empeñada desde hace 12 años en la tentativa de la explotación de una de sus fuentes más ricas de producción: sus petróleos naturales. Pero no bien llega a oídos de la empresa la exportación de una pequeña partida a Buenos Aires o a cualquier otro punto, inmediatamente se alza la tarifa, y se alza como un espectro, y se alza tanto, que el desfallecimiento tiene que invadir el corazón del industrial más emprendedor y más fuerte. Ahí están Tucumán, Salta y Santiago, especialmente Tucumán, lidiando por sus azúcares, por sus alcoholes y por sus tabacos, con una vitalidad que, a no haber sido extraordinaria, habríamos tenido que lamentar la muerte de las mejores industrias de la República, porque habrían sucumbido bajo la mano de hierro de estos israelitas de nuevo cuño...¹⁸

Magnasco agregaba en ese discurso memorable e inédito que el Ferrocarril del Este Argentino costó menos de la suma que percibió la compañía inglesa en concepto de garantía; que un ferrocarril mantenía en Londres un Directorio con un presupuesto anual de \$ 124.000 pesos oro mientras que el directorio local sólo costaba \$ 27.000 oro al año; que las diferencias de remuneración entre los empleados ingleses y argentinos eran enormes: un jefe de almacenes extranjero ganaba \$ 505 pesos oro, y su segundo, que era el que trabajaba sólo \$20 pesos oro. Añadía que la política ferroviaria británica saboteaba la producción argentina en todos sus rubros: azúcar, cereales, ganado del interior y petróleo. En esa época se ensayó el empleo de petróleo argentino en las locomotoras y dio excelentes resultados y rendimientos; pero las empresas británicas, dice Magnasco, interesadas en la importación de carbón, sabotearon el petróleo argentino. «Una de ellas consumía leña y revendía el carbón importado con exenciones impositivas».

De este género de «incondicionales» del juarismo poco han dicho el cipayaje mitrista y los radicales habladores de todas las épocas, usufructuarios históricos del 90. Pero esto no es todo. Cuando se debatía en la Cámara, en 1892, durante el gobierno del Dr. Luis Sáenz Peña circunstancialmente dominado por los mitristas, entre ellos Quintana, una intervención en Santiago del Estero, se escuchó la voz de Magnasco:

Porque lo que se está perfilando y me temo mucho que suceda, es que los hombres arrastrados, señor presidente, por corrientes históricas conocidas, me temo –Dios quiera que me equivoque– levanten de nuevo aquella vieja tendencia de otros tiempos que tantos dolores nos cuestan: del gobierno de Buenos Aires sobre el gobierno de las 14 provincias... El Poder Ejecutivo, el gabinete, no es solamente un ejecutivo y un gabinete reclutado en Buenos Aires, casi exclusivamente en Buenos Aires, sino un ejecutivo y un gabinete de barrio¹⁹.

¡Un ex «incondicional», un adversario del capital británico y para colmo, un enemigo del mitrismo localista! ¡Cuánto puede aprenderse de la significación histórica del roquismo a la luz del destino corrido por uno de sus voceros más notables! Magnasco ha sido borrado de la nomenclatura política del país en mérito a dichos antecedentes. Precisamente porque la burguesía comercial porteña, con su gran vocero «La Nación», ha hecho un matrimonio morganático con los ganaderos bonaerenses, fusionando así definitivamente los elementos de la oligarquía, es que Magnasco, como tantos otros, es un desconocido para las nuevas generaciones argentinas. Sería injusto atribuir a ese hecho un designio puramente personal: el mitrismo ha sido glorificado como una necesidad de clase, y sus adversarios no asimilados a la oligarquía fueron reducidos a la oscuridad.

Pero faltaría a la personalidad de Magnasco un rasgo esencial para comprenderla en su totalidad: su proyecto de reforma de la enseñanza, que fue al mismo tiempo la razón de su eclipse político. Entramos aquí a la consideración de uno de los fenómenos más reveladores del roquismo en el cuadro de la historia argentina: el primer intento de transformar desde la raíz el sistema universalista, verbal y enciclopédico de nuestra enseñanza, pertenece a Magnasco, ministro de Instrucción Pública de Roca.

El audaz proyecto le costó su carrera. El ministro Magnasco propuso en su reforma educacional sustituir el «Colegio Nacional», ese semillero de bachilleres que aprenden Historia Universal en Jujuy como en Buenos Aires, Química y Física en Junín como en Chilecito, y Filosofía en Berisso como en Trelew, por una organización descentralizada de colegios secundarios que reflejara en sus programas las características geoeconómicas de su ciudad o provincia, reduciendo la enseñanza humanista a lo necesario. Magnasco concebía la enseñanza secundaria como la palanca para construir un país moderno, y como el medio de modificar las condiciones, atrasadas en cada región argentina, proporcionándoles los técni-

cos requeridos. En el fondo de esta reforma radical, se encontraba la antítesis del universalismo abstracto que desvincula actualmente al estudiante de su tierra, su historia, su tiempo y que conforma la masa del estudiantado cipayo.

Era un proyecto revolucionario de la burguesía intelectual provinciana en una hora irrepetible. El insigne latinista suprimió la enseñanza del latín, con el apoyo de Lugones, y así como los clericales lo acusaron de anticlerical por esa medida, los mitristas combatieron su proyecto de ley en nombre del verbalismo clásico de los colegios Nacionales, fundados por Mitre de acuerdo a su política europeizante, que complacían su inclinación natural.

Todo esto ocurría en 1901 y la oposición porteña y mitrista a las medidas renovadoras del joven ministro propendían a transformar el debate en un escándalo que reuniría nuevamente en un bloque a los masones mitristas, a parte del roquismo liberal y a los clericales más fanáticos. Ante el anuncio de Magnasco de que ninguna extorsión lo haría renunciar, el diario «La Nación» publica una denuncia según la cual Magnasco se habría hecho fabricar en la cárcel y con fondos oficiales, algunos muebles de uso personal. ¡El noble general Mitre no alteró nunca su estilo político! El traductor del Dante cumplía el 26 de junio de ese año 80 años, y la máquina de prestigio ya estaba montada. Se preparaba un fastuoso jubileo, con la participación de la camarilla inamovible de viejos campanudos que surten desde entonces nuestras academias y magistraturas.

En tales circunstancias, el ministro Magnasco desbaratando con dos frases aclaratorias la mezquina intriga urdida entre «La Nación» y el director de la cárcel, funcionario incompetente en vías de ser removido, lanzó a la cámara estas palabras dirigidas al austero Mitre:

Quizás haya llegado a oídos del señor general mi desafecto por la ceremonia de su deificación. Quizás, señor, yo profeso principios republicanos, por lo menos trato de ajustar a ellos mi conducta. Puede también que haya llegado a sus oídos la frase acaso festiva -que me debía disculpar y no puedo repetir porque no hablo en nombre del poder ejecutivo: después de la ceremonia tendremos que llamarlo como a los emperadores romanos Divus Aurelius, Divi Fratres, Antonii, Divus Bartolus.

Según el diario «La Prensa», Mitre que era senador, dijo: «Magnasco está muerto». A su vez, «La Nación» defendió al turbio director de la cárcel. Y en el debate parlamentario, púdose observar la descomposición mortal del roquismo, que ya empezaba a perder su nacionalismo para quedarle tan sólo su liberalismo;

cuando los roquistas fueron sólo liberales, se hicieron conservadores, sobre todo los ganaderos y la gente de pro. La resistencia a la Ley Magnasco, pues, no fue sólo de los mitristas; también partió de numerosos parlamentarios roquistas, puramente anticlericales e influidos por los debates de Francia, quienes pensaban que de prevalecer la ley propiciada por Magnasco, los colegios nacionales subsistentes, con su humanismo abstracto, quedarían en manos de los curas. Por lo cual masones, mitristas y clericales –adversarios estos últimos de la expansión de la enseñanza técnica– se unieron –como en el 80 y en 90 contra Magnasco.

El general Roca demostró en la emergencia que su época había concluido. No sostuvo a Magnasco el soldado lúcido del 80, y lo dejó caer, cediendo a la campaña difamatoria de «La Nación», que todavía se daba el lujo de voltear ministros, ya que no podía nombrarlos. Roca estaba acabado, como lo diría su antiguo amigo Pellegrini, él mismo envejecido y desengañado ante las poderosas fuerzas económicas y sociales de una oligarquía que se consolidaba rápidamente. La desaparición del joven Magnasco de la vida pública fue total y ese fue el epitafio de Roca. El ex ministro se recluyó en su casa, tradujo a los clásicos y cuando murió en el más completo aislamiento, el diario «La Nación», que es habitualmente un verdadero fascículo necrológico, fue sobrio por una vez y sólo dijo:

Ha fallecido esta mañana en Buenos Aires el Dr. Osvaldo Magnasco.

Desde entonces, y han pasado sesenta años, Magnasco fue como un personaje inexistente, porque Mitre tenía razón al afirmar en el Senado: «Magnasco ha muerto», ya había demostrado su pericia como sepulturero al lapidar a Rosas, al Chacho y a los caudillos populares. Comenzaba la edad glacial de nuestro pasado: Magnasco fue la primera víctima. ¡Cuántos siguieron después!: Ernesto Quesada, David Peña, Juan Bautista Alberdi, Manuel Ugarte y, como era de esperar, el propio Roca, ahogado en la mortaja de bronce que fundió, irónicamente, la oligarquía victoriosa.

La política interior y exterior de Roca

Un telegrama procedente de Londres y publicado en los diarios argentinos el 27 de junio de 1900, transcribía las palabras de un discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes por el Ministro de Comercio, Charles Thompson Ritchie:

*La política de la Gran Bretaña no se halla ahora sujeta a las estrictas reglas de la escuela de Manchester y será proteccionista en todo cuanto tenga racionalmente que hacerlo para proteger los intereses comerciales del Imperio*²⁰.

Los industriales de la Argentina tomaron buena nota de la advertencia. En un artículo titulado «La Inglaterra proteccionista», publicado por el Boletín de la Unión Industrial Argentina, podía leerse:

*Los que combatimos la tendencia indígena-rural que nos quiere entregar más aún de lo que lo estamos a la conquista comercial extranjera y que en nombre de intereses egoístas y no perjudicados quieren que nuestra aduana sea un jubileo y que el país viva de ilusiones y que no aspiremos a ser nación, sino factoría, tienen que reflexionar ante el telegrama transcripto, y confesar su error al ver que en la guerra económica actual hay que estar en la actitud defensiva de una manera positiva y real, y no ir a la batalla como el Cuáquero de Lord Salisbury ‘tirando sus armas, cantando salmos y confiando en la Providencia’*²¹.

La lucha incesante entre el grupo agrario exportador y el grupo industrial, se manifestaba en los corrillos de las Cámara o en los pasillos de los ministerios. Roca mantuvo una posición equidistante; el régimen proteccionista, iniciado en 1875, incluye su segunda presidencia, como lo observará secamente su sucesor, Manuel Quintana, en su primer discurso. Por lo demás, a partir de 1898, la buena estrella de Roca lo ayuda una vez más: desvanecidos los años borrascosos del 90, una nueva ola de prosperidad recorre el país. Aumenta prodigiosamente el área sembrada: de 3 millones de hectáreas se pasa a 8 millones. La inmigración continúa sin pausa. Hay superávit en las cajas fiscales. Roca crea la Caja de Conversión: un billete de un peso moneda nacional por 44 centavos de peso moneda nacional oro sellado. Con esta drástica medida concluye con la especulación monetaria y asegura una moneda estable²².

El diario «The Standard», órgano británico de Buenos Aires, consideraba una estafa el valor fijado al peso. Manifestaciones alentadas por el mitrismo recorrían las calles rubricando la acusación inglesa. Ernesto Tornquist escribía:

El puritanismo del ‘Standard’ que hoy exige de los argentinos la libra de carne de Shylock, es el mismo ‘Standard’ que desde ocho

*años atrás, en sus correspondencias a 'The Economist' de Londres, trata con el más profundo desprecio a todos nuestros hombres públicos sin excepción, y solamente a muy pocos de ellos les admite el calificativo de honrados*²³.

Roca, en cambio, perdió la batalla de la unificación de la deuda. El país tenía desde 1880 más de 30 empréstitos extranjeros que exigían intereses de un 5 a un 7%, produciendo además todo género de servicios en el exterior. Se proyectó unificar todos los empréstitos en uno solo, que devengaría un interés del 4%, más 1/2 de amortización. El punto vulnerable del proyecto, en el orden político, consistía en la garantía de la renta aduanera. El mitrismo desató una oposición general que alcanzó grandes proporciones en la Capital. Pellegrini, gestor y defensor del proyecto de unificación en el Senado, empeñó todo su esfuerzo para obtener su aprobación parlamentaria, a pedido de Roca. Sin embargo, cuando el presidente midió la importancia de los tumultos —de tal gravedad que decretó el estado de sitio— retiró del Senado el pliego del proyecto y dejó a Pellegrini en incómoda situación. Esto ocasionó la ruptura política entre ambos y la definitiva fisura del viejo Partido Autonomista Nacional²⁴.

El conflicto de límites con Chile permitió demostrar las habilidades diplomáticas de Roca. Tanto en la vecina República como en Buenos Aires, se debatía en las calles y en la prensa por dónde debían establecerse las fronteras respectivas. Unos sugerían que debía seguirse la línea de los ríos; otros, las «altas cumbres». Pero asomaron en seguida los partidarios de la guerra y la situación se tornó difícil. Estanislao Zeballos, Indalecio Gómez y Carlos Rodríguez Larreta, en Buenos Aires y Joaquín Walker Martínez, en Chile, pronunciaban conferencias públicas ante ardorosas muchedumbres, proponiendo la lucha armada. Argentina ordenaba la construcción en astilleros italianos de dos acorazados de 8.000 toneladas cada uno; Chile, por su parte, contrataba otros dos, en astilleros ingleses, de 12.000 toneladas. La absurda carrera naval era, además, ruinosa. Roca maniobró para moderar el belicismo porteño y logró un acuerdo, ratificado por los llamados «Pactos de Mayo». A pesar de la resistencia de la Marina, ordenó inmediatamente vender los buques en construcción al Japón, que los usó con éxito en la guerra ruso-japonesa²⁵.

Los preparativos bélicos de la época decidieron a Roca a reorganizar el Ejército. El coronel Riccheri estableció la ley del servicio militar obligatorio, que democratizaba el antiguo sistema del «enganche». Roca también puso final al conflicto de 1884 con el Vaticano, intercambiando representantes, son la Santa Sede.

El famoso ateo, por lo demás, protegía a los salesianos en el Sur, que a su juicio eran un factor de civilización en el desierto austral²⁶.

La doctrina Drago tiene el siguiente origen: en 1902 Venezuela sufría una guerra civil. Las compañías extranjeras radicadas en ese país habían intervenido en la lucha, financiando a uno u otro bando. Por ley de Congreso, Venezuela suspendió el pago de los servicios de la deuda exterior. Alemania, Inglaterra e Italia combinaron sus tres flotas, bloquearon Puerto Cabello, desembarcaron y tomaron posesión de la aduana venezolana para cobrar sus deudas. El gobierno de Roca intervino en la cuestión por medio de su Ministro Drago, estableciendo que

la deuda pública no puede dar lugar a la intervención armada²⁷.

La intervención diplomática argentina originó un debate que terminó con la aceptación de la tesis de Drago. Como todas las doctrinas, no habría de influir en las sucesivas tropelías del imperialismo, pero es útil para justipreciar la orientación general del gobierno de Roca.

Una nueva clase social: el proletariado

Cuando Roca se dispone a ejercer su segunda presidencia, el imperialismo había promovido un desarrollo económico de especiales características. Se había creado un país de estructura agrícola-ganadera, a manera de suplemento del taller industrial europeo.

Estaban a la vista las actividades tributarias de esa política económica: amplia red de comercialización, sistemas de comunicaciones y transportes, servicios públicos, algunas industrias conexas. Engendrada por este movimiento apareció una clase obrera, factor nuevo en la sociedad argentina. Al diversificar nuestras clases sociales nos incorporábamos a la historia mundial.

El rasgo sobresaliente de este proletariado residía en que la mayor parte de sus miembros eran europeos: los obreros argentinos formaban una ínfima minoría. Por otra parte, la clase obrera se concentraba fundamentalmente en el perímetro de la Capital Federal. Estos dos hechos se revelaron esenciales para la comprensión de la política «socialista» en la Argentina.

A poco de fundarse el Partido Socialista (1896) y tres años antes de la segunda presidencia de Roca, había en la Argentina 123.739 trabajadores empleados en empresas industriales, de la construcción y en actividades ligadas con los transportes. De esa cifra, citada por el socialista Enrique del Valle Iberlucea, 93.294 obreros eran extranjeros²⁸. En la ciudad de Buenos Aires, de acuerdo al censo de 1904, último año de la Presidencia de Roca y fecha en que ingresa al Parlamento nacional Alfredo Palacios, primer diputado socialista de América, la población estaba compuesta por 523.021 argentinos y 427.850 extranjeros. Estos guarismos nos parecen suficientes para ilustrar la tremenda presión que la corriente inmigratoria, asociada a la penetración imperialista, ejerció en nuestra economía agrícola, en la composición nacional del proletariado y en sus credos políticos.

El imperialismo importó a la Argentina capitales, máquinas, obreros, agricultores e ideas. Montó la plataforma de una factoría pampeana, se asoció en algunas estancias y campos a la vieja clase terrateniente, o adquirió directamente lonjas de territorio (Chaco) para explotarlo a gran escala; inundó de italianos pauperizados nuestro Litoral, para comprarles trigo y expoliarlos; obreros industriales o artesanos europeos fueron traídos para trabajar en los servicios públicos (ferrocarriles, gas, electricidad, etc.). En las bodegas de las mismas naves el imperialismo transportaba las ideas que convenían a esos obreros desarraigados, arrojados a un medio social en formación.

Rara vez el criollo fue asimilado a la industria en esos años. Se lo empleaba solamente como peón de estancia, domador, resero o jornalero. Era una prohibición tradicional en los ferrocarriles, por ejemplo, el ingreso de argentinos. El personal superior era inglés; el personal subalterno era italiano o español. Dicha estrategia no era improvisada, como no sería tampoco obra del azar el «internacionalismo» de Juan B. Justo. Este método imperialista se derivaba en la necesidad de contar con un personal asociado de algún modo a la explotación extranjera en el país. Si el chacarero italiano, miraba con desprecio al «negro» de provincia, al que acusaba de holgazán, borracho o pendenciero, el obrero europeo de la Capital Federal era inmediatamente educado por Juan B. Justo y sus discípulos en la abominación de la «política criolla», en la desconfianza hacia el yrigoyenismo y el desconocimiento del país entero. Al aislar al nuevo proletariado urbano del resto de la Argentina criolla, cerrábase así toda posibilidad de influir en el destino nacional incorporándose a él.

Los «maestros» de ese extraño «socialismo» colonial, propagaban entre los obreros europeos la funesta ilusión de que podrían resolver sus problemas independientemente del resto de las masas populares no proletarias del interior. El

proletariado euro-argentino era educado en la idea de una liberación de clase pura, a semejanza del teatro político del Viejo Mundo, del cual provenían y donde efectivamente el trabajador industrial constituía el grupo social más homogéneo, mayoritario y decisivo de la sociedad capitalista.

Pero en la Argentina semirural y precapitalista, por el contrario, la clase obrera era un pequeño factor de la economía y no actuaba en un amplio frente con las otras clases sociales descontentas o explotadas: pequeña burguesía urbana, industriales, campesinos arrendatarios, jornaleros agrícolas, peones de estancia y comerciantes ahogados por el imperialismo y por el gran capital comercial.

Típico de todo país semicolonial cuyo mayor enemigo se concentra en el exterior, un movimiento semejante hubiera colocado al proletariado de Buenos Aires, por su concentración y situación geográfica, a la cabeza de las luchas nacionales del pueblo argentino. Estas habrían alcanzado una gran profundidad, satisfaciendo en su despliegue las demandas obreras específicas, que en ese caso habrían contado con el ardiente apoyo de las masas no-obreras de todo el país. Muy por el contrario, si los nietos de Martín Fierro vegetaban en el interior en la más completa postración económica, los obreros mejor remunerados de Buenos Aires se agrupaban para luchar por sus «intereses de clase», divorciados del país. El proletariado urbano volvía de espaldas a la República, estratificada en una condición pastoril por la oligarquía gobernante, librecambista y antiindustrialista.

En ese medio nació el Partido Socialista. Formado por una concepción europeizante de la política obrera, jamás expandió su influencia más allá del municipio porteño. El apoyo conservador en las elecciones de Buenos Aires testimoniaba la lucidez oligárquica, que veía en el radicalismo al verdadero enemigo. Se dio así el caso de que en la Argentina país semicolonial el Partido Socialista no asumió un carácter antiimperialista, como su congénere de la India.

Si se quiere juzgar la actitud del Partido Socialista frente al proletariado rural, integrado por el personaje criollo, y que a diferencia del chacarero inmigrante, carecía de toda protección y de todo el porvenir, bastará leer la siguiente observación del Dr. Repetto en su libro «Mi paso por la política»:

¿Qué se puede hacer con los peones de campo? Confieso que para mí esta pregunta encierra una de las cuestiones más difíciles. Lanzarse a hacer propaganda entre los peones de los ingenios y los hachadores de leña es una obra difícilísima, llena de peligros para los que intentarán realizarla y a la que puede pronosticarse de antemano

*un resultado negativo. Se trata de gente muy ignorante, envilecida en una vida casi salvaje, que llegaría tal vez, después de un ímprobo trabajo de propaganda, a sentir vagamente la explotación de que es víctima, pero incapaz de disipar de su cabeza la idea supersticiosa que atribuye su triste condición a los designios de la fatalidad...*²⁹

Defensor de la aristocracia obrera en la ciudad y de la burguesía chacarera en el campo, propietario de chacra él mismo, en sociedad con el Dr. Justo, no vacila Repetto en reiterar su incomprensión y su desprecio, que la política general de su partido ha ratificado siempre, hacia el trabajador criollo de campo y hacia las masas industriales de «cabecitas negras». Con incomparable conciencia las multitudes argentinas supieron reducir al más completo aislamiento a esa secta estéril del municipio porteño.

Ideología «socialista» y ciudad puerto

El Dr. Justo tenía el mérito de la claridad, Una relectura de sus libros pondría de manifiesto su profundo carácter reaccionario. Dice Justo:

*El patriotismo mal entendido es una de las causas de nuestra mala política. Todavía hay estancieros a quienes se les llena la boca cuando hablan de nuestra industria nacional... La tontería es no darse cuenta de que esta protección se hace en detrimento de su propia industria, de la ganadería y de la agricultura, bases del bienestar y del adelanto económico del país... Es preciso que, hacendados agricultores y molineros, que producen para la exportación, se den cuenta de que, en lo que se refiere a nuestras relaciones con los mercados extranjeros, sus intereses son completamente opuestos a los de los fabricantes, que producen para el consumo y tratan de aislar nuestro mercado ...*³⁰.

A nadie extrañará que con un jefe semejante, saliera más tarde de las filas socialistas Federico Pinedo, maestro de Prebisch y teórico capital extranjero. Esta posición monstruosa no era más que un subproducto de la formidable penetración imperialista, perceptible en todas las esferas de la vida nacional. Buenos

Aires, ciudad puerto, aparecía como un «foco de civilización», plataforma de ataque del capital imperialista, poblada por extranjeros, con un nivel de vida superior al del resto del territorio argentino, con grandes teatros, partidos políticos europeizantes, industrias transformadoras y barrios residenciales.

La otra parte del país era un mundo periférico; agonizaba de hambre y de sed, ajeno al sistema colonizador. Esta estructura debía expresarse en las ideas socialistas de Juan B. Justo, cuyas reuniones iniciales se realizaban en tres idiomas lo que definía bien el carácter de ese partido. El desdén declarado de Juan B. Justo por los argentinos se expresaba ya en el primer número del periódico «La Vanguardia». Allí podía leerse:

Han llegado un millón y medio de europeos que unidos al elemento de origen europeo ya existente, forman hoy la parte más activa de la población, la que absorberá poco a poco al viejo elemento criollo incapaz de marchar por sí solo hacia un tipo social superior³¹.

Como es sabido, el Dr. Juan B. Justo y el Dr. Nicolás Repetto, su discípulo predilecto, eran hijos de inmigrantes genoveses. Mucho antes de que los genoveses, acorralados por la barbarie feudal de Italia, pensaran en emigrar a tierra americana, el pueblo argentino había rechazado las invasiones inglesas, hacía frente a los bloques imperialistas, mantenía las autonomías regionales a punta de lanza y construía el país, no con la ayuda de Europa, sino contra ella. La negativa de Justo a admitir que el criollo pudiese evolucionar hacia formas sociales superiores, como cualquier otro pueblo del mundo, filiaba el pensamiento del jefe socialista a las fantasías del racismo blanco en boga.

En una polémica sostenida con Justo, Lisandro de la Torre le diría cosas ilevantables al inflexible principista. Esto no impediría a De La Torre aliarse a los socialistas en 1932; pero los cálculos electorales del momento no harían perder al juicio su valor:

El Doctor Justo, decía el político santafesino, al cerrar a su partido, a la vez, el camino revolucionario y gubernamental, lo ha metido en un callejón sin salida, condenándolo a la impotencia perpetua... le faltan coraje y convicción para el martirio, y se quedó en un Lenin de la tarifa de avalúos.

El doctor De la Torre era un peligroso adversario. Si la razón estaba de su parte, además, su elocuencia adquiriría un poder irresistible. En su controversia con Justo, después de hacer un recuento de las fuerzas del Partido Socialista y comprobar su debilidad, observaba que pese a ese hecho, el doctor Justo hablaba «como si le siguiera el ejército de Jerjes». En cuanto al tema de sí mismo, el famoso librecambio obsesivo de Justo, De La Torre agregaba:

Así, por ejemplo, el móvil real que persigue el doctor Justo con las exoneraciones de derechos aduaneros, no es tanto que el obrero pague unos centavos menos por el par de medias de algodón, cuanto arruinar a todos los tejedores nacionales. Sin embargo, muerta la industria mal podrían haber altos salarios. La contradicción salta a la vista.

Las consideraciones agudas de De la Torre son numerosas con este debate y resulta imposible reproducirlas aquí. Sólo recordaremos lo siguiente:

Es muy posible que el doctor Justo se entere de esa situación por este reportaje, pues su vasta erudición libresca no excluye que tenga una venda sobre los ojos cuando se trata de percibir la realidad. Se puede haber traducido a Marx y no darse cuenta de que la defensa única contra la carestía de la yerba mate en la Argentina, consiste en el desenvolvimiento de la producción de Misiones (p 213).

Por su parte, el doctor Justo argüía que para rebajar el precio de la yerba mate se imponía abrir el mercado nacional a la yerba importada³².

En lo que respecta a la «política criolla», expresión despectiva de un hombre que no podía disimular su odio a los partidos populares de raigambre nacional, Juan B. Justo decía:

La lucha entre yrigoyenistas y antiyrigoyenistas consiste en saber quiénes van a manejar los dineros públicos.

Estas críticas aparentemente «independientes» ante los adversarios tradicionales, no afectaban en realidad a los conservadores, a quienes no podrían jamás arrancar un solo voto, pero agredía sí a los radicales, de cuyos flancos pequeño-burgueses podía desprenderse algún tintorillo distraído.

Los reaccionarios no ignoraban el papel del Partido Socialista. Así lo demuestran las palabras que pronunció Julio Costa, ex gobernador oligárquico de la provincia de Buenos Aires en plena Cámara de Diputados:

*El Partido Socialista no es aún nuestro adversario electoral, y los más de nosotros estamos conformes con él en las más de sus reivindicaciones. El adversario que tiene el socialismo es el Partido Radical, que le pisa los talones en la capital de la República*³³.

Para Justo todo debía reducirse a una cuestión de buena contabilidad y a la organización de un estado inerte, contemplativo y prisionero de la iniciativa privada que, como es sabido, está en manos del imperialismo. La admiración de Justo por las grandes potencias tenía el mismo carácter servil que la experimentada por el pequeño burgués ahogado en la mediocridad de la colonia ante las luces lejanas de la metrópoli arrogante.

Donde, como en Inglaterra, la clase capitalista gobernante comprende tan bien como el pueblo las verdades del socialismo, ella conserva su preeminencia moral y es capaz de conducir el país por el camino del progreso.

Defensor apasionado del librecambismo, irónico siempre hacia el criollo irredento del interior, antiyrigoyenista profesional, pacifista en tiempos de paz y belicista en tiempos de guerra, sostenedor de la explotación colonial inglesa en Africa, internacionalista en un país atrasado que necesitaba para liberarse autoafirmar su espíritu nacional, Juan B. Justo fundó en la Argentina un partido que debía desempeñar una función retardataria en nuestras luchas públicas.

Si al principio se nuclearon en él los obreros europeos súbitamente transplantados a nuestras tierras y con una visión correcta de la lucha de clases tal cual se daba en Europa, aunque inadecuada en un país semi-colonial, con el tiempo se transformó en el partido imperialista de la pequeña

burguesía urbana más estrecha y mezquina. Estaba condenado y nada ni nadie podría arrancarlo de su pantano histórico.

Juan B. Justo y el nacionalismo democrático

El partido de Juan B. Justo se especializó en organizar las ligas antialcohólicas –aunque publicaba en «La Vanguardia» avisos del trust de cerveza Bemberg–. Difundía la novela «Fecundidad» de Emilio Zola, creaba entidades mutualistas, luchaba contra la propagación del tabaco y santificaba el conjunto de su actividad pública con abundantes exhortaciones morales. Si no intervinieron en los coros dominicales protestantes, como los laboristas ingleses, se debía a la tradición mazziniana y masónica, que les vedaba el recurso de Dios. Liga de regeneradores e higienistas, la asepsia proclamada no le impidió hacer fraude interno para perpetuar en la dirección al grupo de ancianos selectos, ni obstó tampoco para que brindaran cálido apoyo a los latrocinios imperialistas en Africa. Justo tenía a ese respecto opiniones bien singulares:

*no nos indignamos demasiado porque los ingleses exterminen algunas tribus de negros en Africa Central ¿puede reprocharse a los europeos su penetración en Africa porque se acompaña de crueldades?*³⁴.

Estas citas no hacen sino probar la verdadera naturaleza del socialismo amarillo argentino desde su fundación; al mostrar sus orígenes, pretendemos probar que dicho partido no ha modificado su carácter reaccionario en setenta años de existencia. La leyenda de su «evolución hacia la derecha», base teórica en que reposa cierto reformismo de izquierda para postular su «regeneración», no resiste el análisis. El «retorno a las fuentes» no demuestra sino que el Partido Socialista ha terminado exactamente donde empezó su funesta carrera.

Refiriéndose a Cuba dice el «maestro» Justo:

*Apenas libres del gobierno español, los cubanos riñeron entre sí hasta que ha ido un general norteamericano a poner y mantener la paz a esos hombres de otras lenguas y otras razas. Dudemos, pues, de nuestra civilización (latinoamericana)*³⁵.

Explica así, cínicamente, la invasión de México por los imperialistas yanquis, fingiendo una justificación seudomarxista en el «desarrollo de las fuerzas productivas». Si el imperialismo desarrollara las fuerzas productivas de un país semi-colonial, levantara su industria y el nivel de vida de sus habitantes, habría que revisar la interpretación marxista de su naturaleza histórica. Pero toda la experiencia moderna prueba precisamente lo contrario. El imperialismo deforma el desarrollo económico y social de los países coloniales; al disminuir su capacidad de resistencia económica esclaviza a sus hijos. No realiza esa tarea por ninguna clase de «perversión moral», sino porque el conjunto de su existencia depende de esta trituración.

Cuando aparece el Partido Socialista en la vida argentina, la potente inmigración planteó una crisis de nacionalidad que alarmó a los hombres públicos. El libro de Ricardo Rojas ya citado fue un testimonio de esa inquietud. Parecía que esa oleada de inmigrantes iría a anegar toda la tradición argentina, la fuerza del pasado, las ideas y los ideales que habían presidido el proceso de su formación nacional.

En esa época, el internacionalismo obrero no pasaba de ser un hábito declarativo en los congresos de la aburguesada Segunda Internacional. Donde el principal enemigo estaba en el propio país, y el internacionalismo obrero debía brotar como directo resultado de la lucha de clases, justamente en la Europa colonialista y superindustrializada, los obreros de ambos bandos mostrarían un feroz espíritu chauvinista al principio de la guerra mundial. El asesinato de Jaurés pasaría en silencio y la voz heroica de Carlos Liebknecht sería ahogada.

Si Inglaterra basaba su poder y su tranquilidad social interior en la explotación despiadada de Argentina, India o Kenya, los obreros británicos eran políticamente anestesiados por las migajas derivadas del sangriento festín colonial. El fundamento de la «armonía» social de las metrópolis imperialistas se encontraba en las succionadas colonias. Inglaterra garantizaba su democracia insular exportando su guerra civil al mundo colonial explotado, donde prohibía las más elementales libertades democráticas.

La lucha contra el imperialismo se volvía, para países como la Argentina o la India, el prerequisite insoslayable, no sólo de la independencia nacional, sino también de la lucha por el socialismo mundial: sólo la destrucción de los fundamentos coloniales del Imperio Británico podría sacudir la siesta conservadora del proletariado inglés, asociado menor del imperialismo, minar su standard de vida (alimentado por la voracidad colonialista) y ponerlo en pie

contra su propia burguesía. En este plano, la lucha nacional de los pueblos coloniales o semicoloniales se transformaba en una etapa inevitable de la revolución socialista mundial.

El deber elemental del proletariado argentino, en 1900 como en nuestros días, era precisamente acaudillar a las restantes clases oprimidas del país y librar la batalla hasta la más completa autodeterminación nacional. Sólo así, en nombre de los intereses nacionales, se podría defender a sí mismo y elevarse a la escala de la historia moderna.

Juan B. Justo, en cambio, plantea en la Argentina semicolonial una posición «internacionalista», precisamente donde lo revolucionario consistía en afirmar la preeminencia de lo nacional.

Somos un pueblo –decía– cuyo carácter nacional es ser internacional... el mismo capital establecido aquí es extranjero. Aun las empresas fundadas por extranjeros que han habitado el país o por argentinos mismos han pasado a ser extranjeras. Se ha internacionalizado el trabajo y la explotación... Esta situación nos da una evidente superioridad y podemos ocuparnos en influir en la marcha del socialismo³⁶.

Es de todo punto imposible resumir aquí a nuestro spenceriano. Su importancia teórica persiste, sin embargo, pues de las ideas de Justo, explícitas, extraen su plataforma las izquierdas cipayas derivadas. En primer término su repugnancia por la política argentina y su barbarie ingénita. Anteayer el roquismo, ayer el radicalismo, hoy el peronismo, la izquierda cipaya, aún la más extremista, se funda en Justo. Su análisis de «clase» se expone en las siguientes líneas:

Roquistas, mitristas, Yrigoyenistas y alemistas son todo lo mismo. Si se pelean entre ellos es por apetito del mando, por motivo de odio o de simpatía personal, por ambiciones mezquinas e inconfesables, no por un programa ni una idea

(29 de febrero de 1896, Manifiesto del Partido Socialista).

En cambio, su fórmula para perfeccionar la política nacional, era muy clara:

Los gobiernos de opereta explotan la democracia, practican el despilfarro y crean la miseria del pueblo. El país progresa a pesar de los gobiernos, debido a la necesidad de expansión de los pueblos y al capital europeo, progresaría más si en lugar de este gobierno tuviéramos por gobierno un consejo formado por los gerentes de ferrocarriles^{36bis}.

He aquí una convincente explicación «socialista» para abandonar a su suerte a las grandes masas no proletarias de la Argentina, para las cuales el «socialismo» (al menos el de Justo) carecía de todo poder de atracción, precisamente porque aún no había ingresado al sistema técnico del capitalismo y únicamente podían ser movilizadas con banderas auténticamente nacionales. Esta situación no ha cambiado todavía. Refiriéndose a «socialistas» de este género, ya Trotsky señaló que frente a la «estrechez nacionalista» de un Gandhi, hasta un ministro socialista de Su Majestad, como McDonald, se siente «internacionalista». Nuestra época demuestra que todo aquel que niegue su apoyo al nacionalismo de una nación oprimida, se coloca automáticamente al lado del nacionalismo de la nación opresora. Esta última, por supuesto, puede manifestar un punto de vista mucho más «universal» que los luchadores coloniales.

Rehusando admitir la separación fundamental de nuestro tiempo en países explotados y países explotadores, Juan B. Justo y sus fieles se colocaron en el bando del látigo. Allí continúan.

La generación del 900

En nuestro estudio preliminar a «El porvenir de América Latina», libro que Manuel Ugarte escribió en Europa en 1911, aludimos al papel de la generación del 900 en nuestra vida política. En dicho trabajo particularizamos el análisis alrededor de la figura de Ugarte, y lo señalamos como su encarnación más intrépida.

Sólo diremos aquí que la generación del 900 está asociada directa o indirectamente al ciclo de Roca y al socialismo. La lenta extinción del roquismo, perceptible en la segunda mitad de la presidencia de su jefe, se debía a dos factores recurrentes: la consolidación de la oligarquía pro-imperialista; que se expresará abiertamente en Quintana, y la conmoción inmigratoria, que modificaría la com-

posición de los partidos clásicos, por el surgimiento de una nueva clase media. Esta corriente será canalizada por Yrigoyen. En el Roca del 900 vemos sobre todo una ideología sobreviviente, que pierde rápidamente sus fundamentos materiales. El nacionalismo democrático argentino, encarnado por la generación del 80, arderá aún por un momento en los hombres del 900, antes de desaparecer.

En los últimos años del siglo se plantean agudos conflictos obreros. La inquietud que la presencia de un proletariado vigoroso y anárquico despierta en la oligarquía sumida en el hartazgo, nos mostrará a un Roca desconocido por la posteridad. Veremos al hombre del 80, que busca apoyo en la generación del 900 y se rodea de «socialistas» para realizar su política. Si esto último constituía un ensayo imposible, indudablemente nos permite situar a Roca con toda precisión: genuino jefe de la burguesía argentina, aunque su postrera tentativa carecía de viabilidad, destacaba diáfananamente el esfuerzo por encontrar un nuevo eje en el desarrollo histórico argentino.

El equívoco de la generación del 900 consistió precisamente en su ingreso al Partido Socialista: Manuel Ugarte, Leopoldo Lugones, Alfredo L. Palacios, José Ingenieros, Enrique del Valle Iberlucea, Roberto J. Payró y muchos otros se vincularon al grupo de Juan B. Justo, para abandonarlo poco más tarde, horrorizados por su conservatismo, su ausencia de espíritu nacional, su mediocridad, su metro de tendero. La palabra «socialismo» permaneció ligada así durante medio siglo a la infamia de la Casa del Pueblo, mientras las grandes masas populares seguían a Yrigoyen. Si este último continuaba políticamente la gran tradición nacional, en el plano ideológico constituyó un franco retroceso con respecto a la generación del 80 y del 900. El radicalismo quedaría esclavizado por sus elementos clericales y oligárquicos en un compromiso perpetuo, prolongado en realidad hasta nuestros días.

En la generación del 900 se combinan la tradición del nacionalismo democrático con las nuevas tendencias socialistas. Algunos de sus hombres establecían como punto de partida su condición de argentinos y su reivindicación de las tradiciones populares revolucionarias de nuestro país, de América Latina y de España. Para Manuel Ugarte, la unificación nacional de América Latina constituía la única fórmula de nuestra redención social y política: tal era la respuesta del socialismo novecentista a la balcanización que nos legó la derrota de San Martín y Bolívar. Por esa razón, Manuel Ugarte consideró al Partido Socialista como la herramienta política del proletariado y del pueblo latinoamericano. Reducida, coherente y resuelta nuestra clase obrera lucharía por esa bandera en su calidad de vanguardia de las masas populares del continente.

Ugarte combatió por la defensa de la industria; condenó la primera guerra imperialista y proclamó la neutralidad de la Argentina; alertó contra el peligro yanqui, enarboló la bandera de la Reforma Universitaria, destinada a reafirmar la cultura nacional contra el imperialismo deformante. Tales posiciones le costaron su exclusión del Partido Socialista, como a Palacios, su apartamiento de la vida pública y el vacío que lo empujó a emigrar durante cuarenta años de nuestro sofocado país³⁷. José Ingenieros, cuya fama póstuma oculta sus verdaderas ideas, fue amigo entrañable de Ugarte y luchó junto a él contra el imperialismo. No fue ese «monje laico» que hablaba de los «ideales» abstractos o de «fuerzas morales» para filisteos, si no un combatiente de ideas bien afiladas. Por esa razón, según Ugarte

no encontró grieta que le permitiese abrirse paso para cumplir su destino. No hubo cuartel para su independencia... teniendo voz continental, no disfrutó de la más vaga influencia en un villorrio argentino.

Un destino similar, pero más trágico todavía, cernióse sobre Lugones, que terminó comprometido durante largos años con la familia Mitre, y hastiado de la jaula de oro se mató. A Palacios, eterno Hamlet, le faltó coraje moral para romper definitivamente con la Casa del Pueblo; concluyó al servicio de la oligarquía. Del Valle Iberlucea, talentoso revolucionario de origen español expulsado del Senado, abandonado por la camarilla justista, morirá poco después oscuramente, sin que nadie hable de él, ni se reediten sus libros. Payró se «adaptará». «El trágico destino de una generación», titulará Ugarte sus memorias, resumiendo lacónicamente la suerte de los mejores jóvenes del 900. Es preciso señalar que esos hombres notables encontraron su apoyo en el general Roca, del mismo modo que Yrigoyen auspiciará el movimiento de la Reforma Universitaria de 1918.

Roca y el código de trabajo

Las grandes huelgas desatadas por el movimiento obrero anarco-sindicalista de la época habían aterrado a la oligarquía. Se veía aparecer en Buenos Aires el temido espectro del Viejo Mundo. La intelectualidad socialista, reflejo político

de esos nuevos trabajadores industriales, sugirió a Roca la creación del Código de Trabajo argentino. Su ministro del interior, Joaquín V. González, el escritor riojano, tuvo a su cargo la elaboración del proyecto de Ley. La vastedad del plan, que le confería el carácter de un verdadero Código, sorprendió por su atrevimiento a la opinión pública.

El ministro de Roca reunió a ese efecto a los intelectuales jóvenes más destacados: era la «juventud dorada de la izquierda» que trabajaba con el poder. Fueron sus redactores Manuel Ugarte, en esa época delegado del socialismo argentino a la Segunda Internacional con sede en Bruselas; Enrique del Valle Iberlucea, miembro del C.E. del Partido Socialista, Augusto Bunge, dirigente del mismo partido, el Ingeniero Biale Massé y Leopoldo Lugones. José Ingenieros apoyó públicamente el proyecto de Roca y González. El diputado Palacios saludó la presentación del proyecto al Congreso, indicando que era la ratificación de las reivindicaciones inmediatas de la clase trabajadora y que, en consecuencia debía ser apoyado.

No obstante el Partido Socialista, se lanzó a una campaña contra la Ley González. Se fundaba en algunas disposiciones restrictivas del proyecto, inspiradas por los métodos de violencia estéril que ponían en práctica los anarquistas de aquella época. Pero los hombres de Justo rechazaban al mismo tiempo todo el proyecto, el más avanzado de su época en todo el mundo, según demostró en un ensayo José Ingenieros. Por cálculo electoral «antiburgués» y con el apoyo de la bancada conservadora, el proyecto fue rechazado.

Ingenieros, atacando al partido de Juan B. Justo por esa actitud, decía que eso

*costará diez, veinte o cincuenta años de lucha para conseguir lo que ahora se combate*³⁸.

Roca planteaba en su Código de 1904 la sanción de una ley que establecía: la jornada de ocho horas, la limitación de las horas de trabajo de los jóvenes obreros, la supresión del trabajo nocturno; el descanso semanal de 36 horas continuadas (sábado inglés); la prohibición de trabajar a los niños menores de 14 años; la exclusión de las mujeres de ciertos trabajos; el salario mínimo para los trabajadores del Estado, el alojamiento higiénico de los obreros y la seguridad en el trabajo, la responsabilidad patronal por los accidentes, el reconocimiento de las organizaciones obreras, los tribunales mixtos de obreros y patrones.

Sólo una revolución producida cuarenta y un años más tarde pondría al día y en vigencia el proyecto de Roca. No se había equivocado Ingenieros en su amargo pronóstico. Este Presidente ha sido llamado por los izquierdistas cipayos «Jefe de la oligarquía». Añadiremos que, por decreto del Poder Ejecutivo, se le regularían honorarios por su trabajo a Ugarte, del Valle Iberlucea, Bunge, Lugones y Biale Massé. Nicolás Repetto recordará en sus memorias, sin asignarle al hecho su real significado, que entre los tres principales contribuyentes que financiaron en 1899 la aparición del órgano socialista «El Diario del Pueblo» figuraba el comandante Celindro Castro, ex ayudante y amigo de Roca³⁹.

El destino de una generación

A Leopoldo Lugones, en su época de ultra revolucionario, lo conoció Roca en la redacción del diario roquista «La Tribuna»; más tarde lo designaría con un alto cargo en el Ministerio de Instrucción Pública. A esa generación perteneció también Manuel Gálvez, nuestro más grande novelista, en cuya obra «El mal metafísico» aparecen dibujados muchos de los personajes citados y que se refugiaría luego en su fe católica para resistir al proceso de capitulación argentina⁴⁰. Ricardo Rojas mismo, destruidas ya las bases para una superación ideológica de la generación del 80, integró asimismo esa corriente nacionalista democrática del roquismo, antes de subordinar su talento a la censura de «La Nación».

Pero el crepúsculo de este movimiento, la afirmación potente del predominio oligárquico, desbandó a la generación del 900, la arrumbó en cargos burocráticos, empujó al suicidio, a la capitulación o al aislamiento a casi todas sus figuras. El único que permaneció fiel a los ideales de la juventud fue Ugarte. La muerte salvó a Ingenieros de un destino incierto; Palacios pactó con la oligarquía, recordando débilmente sus arrestos juveniles Lugones deambuló por todos los campos del espíritu, saludó la hora de la espada, se hizo fascista por desesperación y mitrista para, «reconciliarse con la realidad»; esa realidad era tan ruin y tan amarga, tan oscura y despreciable, que se dio muerte en una isla del Tigre, justamente en el apogeo de la década infame. Hecho simbólico, dejó inconclusa una biografía de Roca, y la frase trunca del original, trazada con la caligrafía ininteligible de su agonía moral, decía así:

Pero nada tan concluyente como el saludo con que Mitre, dijelo ya, despidió a aquel en 'La Nac...' ⁴¹.

El nombre del diario que lo tenía atrapado para comer desde hacía cuarenta años, se le quebró en la hora tremenda. De Roca a Mitre, había recorrido Lugones el doloroso camino de una generación que no podía triunfar en un país derrotado.

Con la desaparición del roquismo de la vida pública parece hundirse en el silencio el nexo que unía a esos hombres. En último análisis, se asistía al fin de la Vieja Argentina. Los libros mayores y más significativos de David Peña, Ernesto Quesada, Ugarte y aún Ricardo Rojas («La restauración nacionalista») serían rara vez reeditados. El informe redactado por Biale Massé a pedido de Roca sobre la situación de la clase obrera en la Argentina, permanecería virtualmente inédito: y se trata de un documento insustituible de nuestra historia económica.

Por contraste, el período yrigoyenista, progresivo por su significación popular, asombraría por su esterilidad intelectual y teórica. La oligarquía establecería después del roquismo su completo dominio, no sólo en la esfera económica, que Yrigoyen no lesionó seriamente, sino ante todo en el plano ideológico e histórico, control que ha mantenido hasta hoy.

En vísperas de concluir la segunda presidencia de Roca, los comicios en la Capital Federal, realizados con el sistema uninominal, consagraron diputado nacional por el barrio de la Boca al socialista Alfredo Palacios. Su rival era el propio secretario del Presidente de la República. Este hecho, en una época en que las elecciones podían tranquilamente «digitarse», tiene una explicación: Roca «hace» un diputado socialista, apoyando el surgimiento de una nueva fuerza política argentina. Podrá decirse que era un obsequio molesto a su sucesor, el mitrista Quintana. Estaría muy dentro de su carácter. En todo caso, era su adiós al país.

Un cuarto de siglo había bastado para modelar la estructura de una nueva sociedad. Los resueltos soldados del 80 eran ahora políticos maleables y astutos. Estaban satisfechos. El emporio capitalista del Plata, exportador de carne y cereal, los había fascinado. Ya estaban integrados a él. No les quedaba nada por hacer.

La burguesía portuaria extraía ventajas inmensas de la unidad nacional que le fuera impuesta otrora por las armas. Perdida su hegemonía política, la había reemplazado por el dominio económico. Se fusionaba por lo demás, sin rencores, con los intereses provincianos de la región pampeana, ganadera y agrícola. Alimentado con los restos informes del roquismo y del mitrismo, se erigía un monstruo único: el poder oligárquico. El imperialismo británico y la pampa húmeda habían sido los factores decisivos de esa unidad. Hacia 1904 nadie podía discernir alguna diferencia entre oligarquía y patriciado.

Estaba concluido, en cierto modo, el viejo dilema entre Buenos Aires y el Interior. Las nuevas condiciones sociales del siglo XX, sin embargo, reproducirían el antagonismo secular entre los intereses nacionales y la oligarquía exportadora. Clases sociales nuevas y nuevas banderas se enfrentarían para dirimir el antiguo drama. Con el siglo XIX desaparece la Argentina criolla.

NOTAS

- ¹ SCHNERB, ob. cit. p.578.
- ² *Ibídem*, p. 577.
- ³ *Ibídem*, p. 583.
- ⁴ RUBÉN DARÍO: *Cantos de vida y esperanza*, p. 74, Ed. Zig Zag, Santiago de Chile.
- ⁵ BEAUMONT, ob. cit. p. 220.
- ⁶ Le Bon, en Schnerb, ob. cit. p. 580.
- ⁷ VACHER DE LAPOUGE, en Schnerb, ob. cit. p. 580.
- ⁸ ANDRE BILLY, L'Époque 1900, p. 397, Ed. Tallandier, París, 1951.
- ⁹ Beaumont, ob. cit. p. 541.
- ¹⁰ *Ibídem*, p. 549.
- ¹¹ JOSÉ INGENIEROS: *Sociología argentina*, P. 185. Ed. Losada, Buenos Aires, 1946.
- ¹² *Ibídem*, p. 16 1.
- ¹³ *Ibídem*, p. 103.
- ¹⁴ CARLOS DALMIRO VIALE: Buenos Aires, 1902, *Batalla del divorcio*, p. 15, Ed. El Cuarto Poder, Buenos Aires 1957.
- ¹⁵ *Ibídem*, p. 73.
- ¹⁶ FRAY MOCHO: *Obras completas*, Ed. Schapire, Buenos Aires, 1954.
- ¹⁷ JULIO IRAZUSTA: *Oswaldo Magnasco y su denuncia de los abusos cometidos por el capital británico*, Buenos Aires, 1959.
- ¹⁸ *Ibídem*.
- ¹⁹ *Ibídem*.
- ²⁰ *La Inglaterra Proteccionista*, Boletín de la Unión Industrial Argentina, Buenos Aires, agosto 15 de 1900, N° 380, año 14.
- ²¹ *Ibídem*.
- ²² ARMANDO BRAUN MENÉNDEZ: *La segunda presidencia de Roca*, p. 36, *Historia Argentina Contemporánea*, t. II.
- ²³ VIALE, ob. cit. p. 89.
- ²⁴ PELLEGRINI: *Obras*, p. 425, Ed. Jockey Club, Buenos Aires 1941.
- ²⁵ ARMANDO BRAUN MENÉNDEZ, ob. cit., tomo IV, p. 53.
- ²⁶ VIALE, ob. cit. p.63.
- ²⁷ *Diccionario histórico argentino*, ob. cit. p.215, tomo III.
- ²⁸ ENRIQUE DEL VALLE IBERLUCEA: *Industrialismo y socialismo en la Argentina*, en Revista Socialista, p. 272, tomo I N° 4, Buenos Aires, 1909. En el mismo trabajo del Valle Iberlucea dice: «Observando el movimiento obrero argentino, se nota que casi todos sus propagandistas de la emancipación proletaria, económica y política, salidos de la clase trabajadora, son extranjeros y proceden de los gremios cuyo malestar es menos acentuado, así como que los obreros argentinos que se deciden a entrar en la lucha, provienen del proletariado urbano y de los oficios mejor remunerados».
- ²⁹ Nicolás Repetto: «Mi paso por la política» (De Roca a Yrigoyen), p.48, Ed. Rueda, Buenos Aires 1956.
- ³⁰ V. JORGE E. SPILMBERGO: *El Socialismo en la Argentina*, Ed. Mar Dulce, Buenos Aires, 1969, trabajo que analiza detalladamente el «socialismo» de Justo.
- ³¹ «*La Vanguardia*», 7 de abril de 1894.
- ³² DE LA TOFFE, ob. cit. p. 207, tomo I.
- ³³ JOAQUÍN COCA: *El Contubernio*, p. 7, Ed. Claridad, Buenos Aires.

³⁴ Justo: *Teoría y práctica de la historia*, p. 122, Ed. Lotito y Barberis, 2' ed., Buenos Aires, 1915.

³⁵ *Ibíd.* p. 126.

³⁶ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, discurso del 31 de enero de 1912

^{36bis} *Ibíd.*

³⁷ V. JORGE ABELARDO RAMOS: *Manuel Ugarte y la revolución latinoamericana*, 2° edición, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961.

³⁸ INGENIEROS, ob. cit. p.273.

³⁹ REPETTO, ob. cit. p. 23.

⁴⁰ GÁLVEZ, ob. cit. p. 44.

⁴¹ LUGONES, ob. cit. p.205.

INDICE

LA DICTADURA DE MITRE	13
Historia y política	14
Mitre y Alberdi	16
El nacimiento del partido alsinista	20
Mitre declara la guerra al criollaje	23
El asesinato del General Peñalosa	24
José Hernández y el “bárbaro Sarmiento”	29
La penetración europea	31
El librecambio arrasa la industria provinciana	35
La guerra del Paraguay	41
Las vísperas del crimen	43
Alberdi desnuda la política mitrista	47
Felipe Varela y la rebelión montonera	52
El ejército de los “civilizadores”	54
La sucesión presidencial	58
LA CONTRAOFENSIVA PROVINCIANA	71
José Hernández enfrenta a Sarmiento	73
El asesinato de Urquiza	74
La lucha militar contra López Jordán	75
La política económica de Sarmiento	80
Adolfo Alsina: el tribuno de la plebe	87
Avellaneda, candidato de las provincias	88
LA REVOLUCIÓN DEL 80	93
Naturaleza de la crisis de 1874	95
El nacionalismo democrático lucha por la industrialización	100
Los fraudes electorales de Mitre	109
¿A quién pertenece a Buenos Aires?	110
Muerte de Alsina y campaña del desierto	112
La hora de Roca	118
El presidente, simple “huésped” de Buenos Aires	123
Buenos Aires prepara la guerra civil	130
Roca contra la oligarquía	133
Oligarquía y patriciado	142
Un nuevo partido nacional	144
EL CICLO DE ROCA	155
El carácter nacional de la generación del 80	157
El roquismo, síntesis de nuestra historia	159
El origen popular del ejército argentino	160
Los chinos de Roca	162
Alberdi en el 80	163
Dios es argentino	167

El conflicto con el clero	173
Nuevamente provincianos y porteños	176
LA CONTRARREVOLUCIÓN DEL 90 Y JUÁREZ CELMAN	181
La influencia imperialista	182
La crisis de la nacionalidad	184
La restauración nacionalista	187
La gran ilusión	191
El 90 en Europa y en Estados Unidos	202
Entre ingleses y yanquis	204
Las vísperas del 90	209
La aristocracia conspira	212
El apóstol del credo	219
Quiénes financiaron el golpe del 90	222
La política de Pellegrini	226
Otra maniobra de Roca	231
Hipólito Yrigoyen entra en escena	233
Industria y movimiento obrero	235
Roquismo e yrigoyenismo	241
EL OCASO DEL ROQUISMO	249
La política interior y exterior de Roca	261
Una nueva clase social: el proletariado	264
Ideología “socialista” y ciudad puerto	267
Juan B. Justo y el nacionalismo democrático	271
La generación del 900	274
Roca y el código de trabajo	276
El destino de una generación	278

